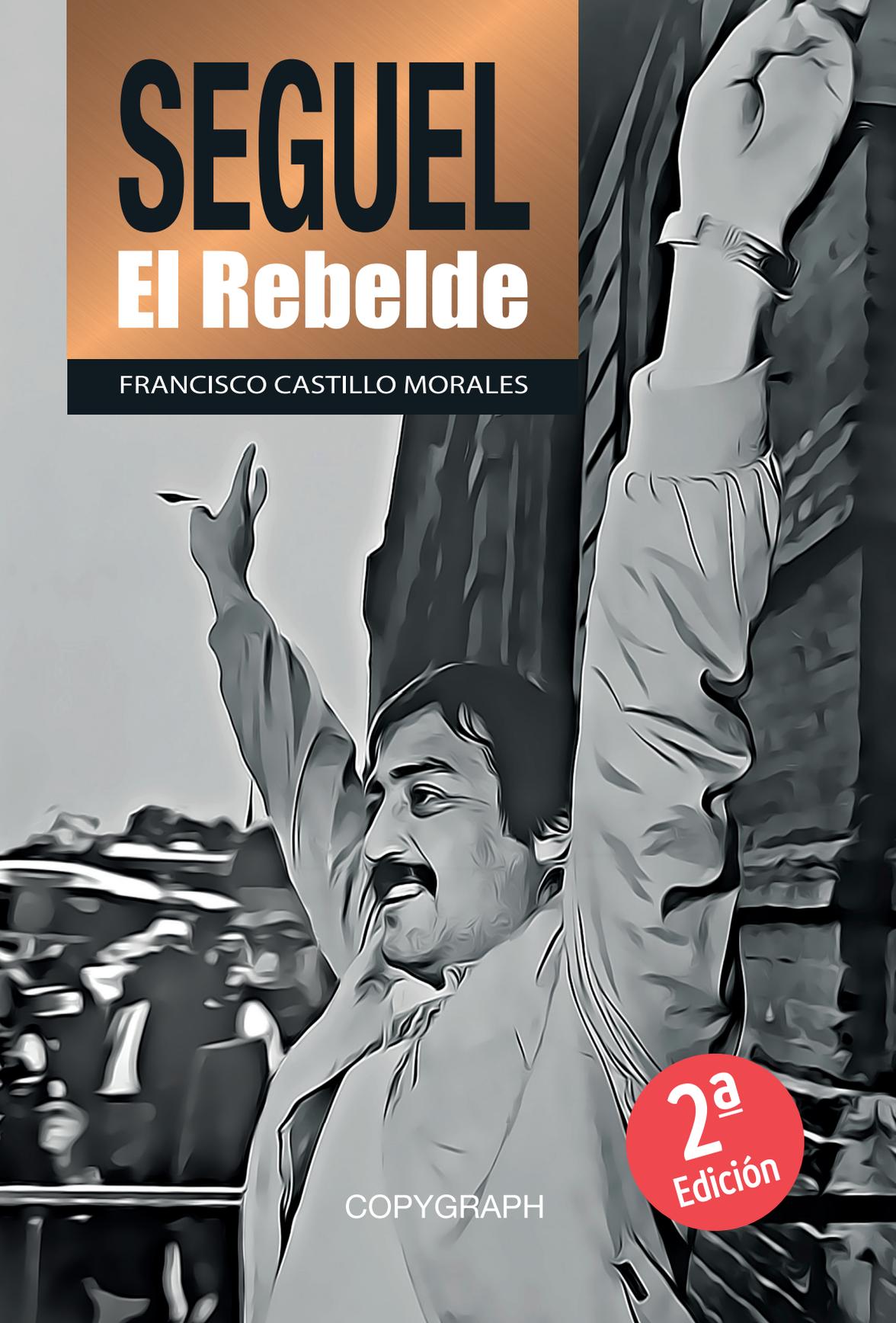


SEGUEL

El Rebelde

FRANCISCO CASTILLO MORALES



COPYGRAPH

2^a
Edición

SEGUEL

El Rebelde

COPYGRAPH

Seguel el Rebelde

Primera edición, octubre 2020

Segunda edición, enero 2021

Autor: Francisco Castillo Morales

Diseño de portada e interiores: Claudio Sapag

Equipo editorial: Claudio Sapag, Abel Esquivel, Pablo Huaracán,

Margarita Bascuñan

Inscripción N°: 2020 A 6840

ISBN edición impresa: 978-956-6079-01-9

© Rodolfo Seguel Molina

Sociedad Impresiones y Ediciones Copygraph SpA

Rafael Cañas 237, Providencia, Santiago de Chile.

Fono: 22 482 0200

Correo: editorialcopygraph@gmail.com

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta obra podrá ser reproducida ni registrada por medio alguno sin el permiso previo y por escrito del titular de la obra.

Se terminó de imprimir esta segunda edición en los talleres de Equipo Gráfico Impresores SpA

Seguel el Rebelde

Memorias de Rodolfo Seguel Molina, el sindicalista que logró que los chilenos le perdieran el miedo a Pinochet. Su rebelión de manos limpias triunfó y Chile retornó a la democracia.

Por Francisco Castillo Morales

*Sin el apoyo de Marita, mi mujer, esta obra
no estaría en vuestras manos*

Francisco Castillo M.

Me gustaría un Chile en el que los chilenos puedan mirarse de frente, sin vergüenza; un Chile en el que los chilenos se sientan libres, sin temor; un Chile democrático y justo, que restablezca el orden que hoy no existe.

Rodolfo Seguel, diciembre 1983, Oslo, Noruega

PRÓLOGO

Combatiendo el olvido

El prolífico escritor Stefan Zweig describió en 1927 los que bautizó como “momentos estelares de la humanidad”. “Miniaturas históricas” que, según él, marcaron un punto de inflexión en el desarrollo de los acontecimientos. Situaciones que, como se dice ahora utilizando un lugar común en nuestro periodismo, señalaron “un antes y un después”. Es decir, en lenguaje directo, ocasiones a partir de las cuales nada volverá a ser como antes.

Uno de esos momentos, aunque no cabría calificarlo como “estelar”, fue el 11 de septiembre de 1973. A todos los chilenos el violento golpe militar nos dejó una huella profunda en nuestras vidas.

El año estelar, sin embargo, fue 1983, una década más tarde. Fueron meses de inéditas protestas contra la dictadura, que obligaron al régimen a reconocer que era incapaz de imponer “metas y no plazos”. Por el contrario, entró entonces en una difícil espiral que, con un saldo de numerosas víctimas en episodios sangrientos, desembocó, antes del final de la década, en el triunfo del “No” en el plebiscito y la elección del Presidente Patricio Aylwin.

Hasta hoy, treinta años después del triunfo de Aylwin en las elecciones presidenciales de 1989, los chilenos sabemos que el retorno a la democracia no fue ni ha sido fácil. Nunca, en ningún país del mundo, lo ha sido. Pero, en nuestro caso, se ha olvidado (o casi) la gesta heroica que culminó en octubre de 1988 con el triunfo del “No”.

El 5 de octubre de 1988 es indudablemente nuestro “momento estelar”. Y entre quienes lograron derrotar a la dictadura, hay una serie de personajes injustamente olvidados.

Quienes vivimos esa época, algunos como Francisco Castillo y yo mismo en las trincheras del periodismo, tenemos presente, permanentemente, a los protagonistas y sus acciones en favor de la recuperación de las libertades democráticas. Vemos con angustia, sin embargo, que las nuevas

generaciones ignoran la historia. No supieron mucho, porque eran niños pequeños, o nada, porque aún no nacían.

A ello se suma el lado oscuro de la revolución tecnológica, la falta de rigor de las redes sociales y la ligereza de algunos juicios. El mejor ejemplo de esta insuficiencia informativa es la despectiva mirada acerca de los gobiernos de esta etapa, ejemplificada en la burla hacia la frase del Presidente Aylwin que pretendía lograr que se hiciera “justicia en la medida de lo posible”. Este reconocimiento de la precariedad de las herramientas con que recuperamos la vida democrática, es injustificable para muchos. No toman en cuenta –por ignorancia, generalmente– las amarras de la dictadura y el negacionismo de sus “cómplices pasivos”.

Este desconocimiento de las condiciones en que nos encontramos al comienzo de los años 90, tiene varias aristas. Una muy fundamental es la ignorancia del papel de los dirigentes sociales y los militantes de todos los sectores, no solo de la izquierda, en el combate a la dictadura.

Hay varios nombres que debemos rescatar de un olvido injusto: Manuel Bustos, Tucapel Jiménez, el trío de Guerrero, Parada y Nattino y muchos otros líderes laborales y sociales. Y, entre ellos, el protagonista de esta historia ejemplar escrita por Francisco Castillo: Rodolfo Seguel.

Lo señala la conocida periodista María Olivia Monckeberg, quien estima que existe una deuda pendiente con todos los sindicalistas que juntos abrieron un camino ejemplar. “Falta un reconocimiento a la hazaña que significó el haber encabezado ese movimiento unitario y pacífico que llevó a Chile por el camino de la recuperación de la democracia”.

Aminorar esta deuda es el propósito de esta investigación.

Abraham Santibáñez Martínez
Exdirector de revista Hoy y diario La Nación
Premio Nacional de Periodismo 2015

Nota de un colaborador

El título de colaborador me lo puse yo, pero con la anuencia del personaje central de este libro, Rodolfo Seguel.

La búsqueda al interior de la persona que generalmente esconde el personaje, la investigación periodística de los hechos y circunstancias que configuraron las protestas de 1983, las entrevistas a muchos actores y detractores del movimiento y la redacción directa y amena del texto de esta publicación son obra del periodista Francisco Castillo Morales, mi amigo Pancho Castillo. Son –lo digo con dolor– su obra póstuma.

El libro se encontraba a medio terminar cuando a Pancho le diagnosticaron un cáncer muy agresivo. En ese momento, sin que mediara duda alguna, tomó dos decisiones: luchar con todas sus fuerzas contra la enfermedad y terminar la obra en los tiempos comprometidos. Las dos tareas eran titánicas, más aún si había que realizarlas simultáneamente.

Ni en los días más malos que le producían el tratamiento, dejó de transcribir, redactar y editar. Pancho no tuvo un lecho de enfermo, tuvo un escritorio de enfermo. Quienes estuvimos cerca suyo, no entendíamos de donde sacaba energías para trabajar. En realidad, para él no era un trabajo, era una realización profesional, y también personal, porque su empeño iba más allá de cualquier cumplimiento del deber.

Llegó una etapa de la enfermedad en que se vio imposibilitado de abandonar su casa. Quedaban cosas pendientes que exigían desplazarse. Ahí me convertí en su ayudante. Hice entrevistas con sus preguntas, busqué datos con sus instrucciones y revisé material bajo su criterio. Y cuando todas las piezas calzaron, Pancho se dio a la tarea de darle forma final al libro. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, fue a la editorial y entregó el producto terminado.

No estaba terminado. Se produjo el estallido social del 18-O y pensó que había una similitud entre lo que estaba ocurriendo y las protestas del 83. El

periodista pensó que Seguel tenía algo que decir. Lo llamó y le pidió que grabara unas reflexiones sobre las manifestaciones pacíficas y violentas que tenían al país “patas pa’ rriba”.

No alcanzó a editar esas reflexiones. Estando ya en la Clínica, la última vez que pudimos conversar, me dijo “no te olvides de pedirle a Seguel lo que va a ser la última página del libro. Es muy importante”. Ese día o el siguiente, lo visitó Rodolfo y le recordó que estaba en deuda.

Así era Pancho Castillo, periodista de tomo y lomo hasta el último minuto. Así lo recuerdan sus colegas y quienes fueron parte de su vida profesional. Yo también lo recuerdo de esa forma, y con razón, ya que fuimos compañeros y amigos desde el primer día de clases en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica. Pero lo que más atesoro es su condición humana; es una de las personas más transparentes y gentiles que he tenido la suerte conocer.

Abel Esquivel, enero de 2020

Introducción

Un Zorro Correteado

Esta es la historia de Rodolfo Seguel Molina, “un zorro correteado” como él mismo se define, que bajó de Sewell a despertar a una sociedad somnolienta que parecía conformarse viviendo en dictadura, mientras a sus espaldas se cometían las atrocidades más espantosas. Un zorro correteado como los que deambulan en las montañas de la sexta región viviendo su libertad –con astucia, desparpajo y audacia– y luchando por ella.

Hay episodios increíbles en la vida del sindicalista. Apenas tenía 29 años de edad y 5 meses como dirigente de segunda línea en Caletones y llega casi por casualidad a la presidencia de la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC), la más poderosa del país, el 22 de febrero de 1983.

El 21 de abril, bajo la firma de Seguel, la Confederación llama a un paro nacional que exige al dictador Augusto Pinochet Ugarte “cambios al sistema económico, social, cultural y político, impuesto a la fuerza y con engaños, que nos ha tratado de asfixiar con armas, terror y represión”. Un planteamiento inaudito para la época.

La dictadura, en respuesta, desplaza tropas, artillería y blindados a los yacimientos mineros. Para evitar una inminente tragedia, Seguel cambia la huelga por protesta pacífica.

Invita a participar en ella no solo a los mineros del cobre, también a las dueñas de casa, estudiantes, profesionales, pobladores, gente de clase media y trabajadores, a condición de que se manifiesten sin violencia, tocando bocinas, golpeando ollas, no salir de compras, dejar a los niños en casa sin ir a clases, entre otras acciones así de inocentes.

El gobierno militar no puede creer que funcione “tamaña tontería”, como es calificada al interior de los cuarteles, la menosprecia y les deja actuar. También incrédulo, el Partido Comunista se margina, aunque parte de sus bases luego participan con cierta reticencia.

La Protesta se lleva a cabo el 11 de mayo de 1983. Dos millones y medio de personas, en todo el país, participan en esta primera expresión ciudadana de repudio a la dictadura. Hasta El Mercurio editorializó calificando, dos días después, la jornada como “el desafío más importante al gobierno en diez años de régimen militar, al que se debiera prestar atención”. El dueño del periódico, Agustín Edwards, manifestó a sus periodistas: “Salí en mi auto a ver y escuchar si era cierto lo que me contaban. Era cierto”.

Ese fue el momento en que los chilenos perdieron el miedo. Se dieron cuenta que, sí, se podía.

En estas páginas presentamos la historia del rancagüino Rodolfo Seguel Molina, quien ha resuelto contarla particularmente a las nuevas generaciones, a fin de que conozcan cómo partió el fin de una dictadura que tanto daño hizo a la sociedad chilena en la segunda mitad del siglo pasado, durante 17 años.

Su relato incluye situaciones tan diversas como detalles de su vida de niño, en que compartía deberes de estudiante con el reparto de pan en las frías madrugadas a orillas del Cachapoal, hasta su labor de ayudante de carpintero, vendedor de verdulería y repartidor de pollos faenados durante la Unidad Popular.

Todos modestos oficios, hasta que logró entrar con rango de obrero al laboratorio químico de la mina El Teniente, ya en dictadura, antes de ascender como empleado a un puesto administrativo clave: ser el funcionario que pagaba los salarios. Ahí supo que no todo era oro lo que brillaba en las remuneraciones de los mineros.

Fue en 1983, con su irrupción como sindicalista, que empezó a verse una al principio tenue, pero luego brillante luz que guió a los dirigentes políticos y sociales de la época a utilizar las protestas pacíficas primero, y el plebiscito de 1988 después, para sacar a Pinochet del poder, no con armas, sino con un lápiz y un papel.

Para lograrlo, Seguel debió recorrer un camino lleno de obstáculos. Estuvo preso, recibió golpizas y se libró de milagro en varios atentados que le afectaron.

En el lado lleno del vaso de la historia del entonces treintañero Seguel, además de su éxito político, están sus chispeantes encuentros en el Vaticano

con el Papa Juan Pablo Segundo, en Oslo, Noruega, con la florista polaca Mirosława Danuta Gołoś, esposa de Lech Wałęsa, premio Nobel de la Paz; en Madrid con el presidente del Gobierno de España, Felipe González; con el senador Ted Kennedy en Washington, con Lula en Sao Paulo.

Recientemente, celebra su doble triunfo en la lucha por su salud, refrendado por su médico tratante que le dijo: “Le ganaste a Pinochet y no le ibas a ganar al cáncer”.

Francisco Castillo Morales, octubre 2019.

1. La pizza quedó colgando

Encabritada como yegua acosada por un enjambre de moscardones estaba la dictadura militar en agosto de 1983. A poco de cumplir 10 años en el poder, la población manifestaba su disconformidad por la marcha del país. Las dificultades en temas laborales, el mal manejo de la crisis económica, los continuos abusos en derechos humanos, fueron el detonante para que la ciudadanía se sumara a las jornadas de protesta pacífica a las que convocaba un desconocido sindicalista del cobre, de apenas 29 años, llamado Rodolfo Seguel Molina, natural de Rancagua.

Viendo que el descontento aumentaba y que no era posible amedrentar a la población, Pinochet ordenó traer a Sergio Onofre Jarpa de Buenos Aires para instalarlo en el Ministerio del Interior. Jarpa podría usar su proverbial astucia para destruir a los moscardones. Esa era la idea.

Jarpa asumió en la noche previa a la cuarta jornada de protesta. Fue el 11 de agosto de 1983. Tal como lo hizo en los tres meses anteriores, el pueblo chileno salió a la calle a tocar bocinas y batir cacerolas, sin miedo, con decisión, pero sin violencia. Desconcertada, la dictadura ordenó una represión que fue la más dura de cuántas se conocieron. Salieron 18 mil soldados a las calles de Santiago a castigar a los descontentos. Murieron 26 personas.

Hubo natural conmoción en el país.

Días después, el embajador de España en Chile, Miguel Solano Aza, convocaba a su sede de El Golf esquina Apoquindo a políticos chilenos opositores a la dictadura, líderes sociales, diplomáticos y periodistas para comentar los dramáticos sucesos. Esas reuniones eran habituales en las embajadas europeas, y entre las más activas se contaba esa misión, desde que asumiera el socialista Felipe González la Presidencia del Gobierno español y Fernando Morán López su Cancillería, ocho meses antes.

Entre los invitados estaban Rodolfo Seguel, una suerte de “rock star” en las reuniones diplomáticas de esos agitados días, toda vez que el sindi-

calista, para sorpresa del establishment, tenía de cabeza a Pinochet y a sus servicios de seguridad y represión.

La conocida reportera en cancillería de Canal 13, Mónica Cerda, también presente, aprovecha de conversar con el sindicalista acerca del peligroso rumbo que había tomado el régimen para enfrentar a los opositores, lo invita a su casa para intentar un diálogo con su pareja, el coronel de Ejército, Ernesto Videla, quien como jefe de la misión chilena en la mediación papal con los argentinos, por el tema Beagle, había dado muestra de ser un militar atípico, abierto al diálogo, con el cual era posible razonar.

“Seguel, además, era algo así como el Lech Walesa chileno”, nos dice Mónica Cerda, 36 años después. “Él era un hombre que buscaba una transición pacífica a la democracia. Ernesto tenía las mismas inquietudes. Cuando le propuse la idea de juntarlo con Seguel esa misma noche, aceptó de inmediato. No creo que lo haya consultado con alguien. Fue algo espontáneo, repentino. Además, no había teléfono celular en esa época, así que estoy segura que nadie de su círculo se enteró”.

La periodista llamó desde la embajada española para convocar como testigo de la reservada cita a quien escribe, a la fecha subdirector de Prensa de Canal 11 de la Universidad de Chile. El insólito encuentro comenzó pasadas las 21 horas en calle Sagitario 1771, Vitacura, entre Piscis y Géminis. Fue difícil llegar, sobre todo a esa hora de la noche, pleno invierno, y sin la ayuda de Google Maps que por entonces no existía.

La casa de la periodista era un lindo chalet, a tono con el barrio. Seguel llegó en el Peugeot 404 de la CTC, conducido por su inseparable amigo, secretario y chofer, Hernán Garrido. “Sí, a él también lo invité”, recuerda la periodista. “No lo conocía. Resultó ser un hombre tan interesante como Seguel”.

¿Fecha exacta de la reunión? Ninguno de los asistentes la recuerda con exactitud. Solo que fue a mediados de agosto del 83. Hacía frío esa noche.

Tras las presentaciones de rigor, la anfitriona deja a los varones en el salón y va a la cocina a preparar una pizza napolitana, de queso, tomate y jamón, aunque ocasionalmente asoma la nariz en el acogedor living. De poder publicarse lo que allí estaba sucediendo habría sido noticia de primera página y nota principal en la TV. Pero, no. Era una cita privada. Nadie debía enterarse.

El primero en hablar fue Videla. Utilizó un tono claro, pero conciliador.

“Rodolfo”, dijo, “pienso que esto no puede continuar así; como usted debe saber, el gobierno ha convocado a Jarpa para que busque fórmulas de entendimiento con la Alianza Democrática, y ustedes continúan con las protestas. Para mantener el orden, al gobierno no le queda más alternativa que usar los medios disuasivos de que dispone, y ya ve las consecuencias. Esta vez hubo un número inaceptable de gente fallecida, lo que todos lamentamos. ¿Qué podemos hacer?”.

“Muy sencillo”, responde Seguel. “Que Pinochet renuncie, y que una autoridad representativa y aceptada por todos convoque a elecciones”.

“¿Qué renuncie mi general Pinochet?! Por favor, sabes que eso es imposible”, responde incrédulo el militar.

“Para que ustedes sepan, para los trabajadores no hay otra salida. Debe irse lo antes posible o las protestas seguirán. No hay otro camino”, insiste el sindicalista.

La anfitriona no recuerda con certeza el tono áspero que apareció en el improvisado diálogo. “Sí recuerdo haber ido a la cocina para ver cómo iba la pizza”, expresa Mónica.

El diálogo, en tanto, seguía en terrenos conflictivos. En eso, una tremenda explosión sacude la casa.

“¡Una bomba!”, fue lo primero en que pensaron los varones asistentes. El clima estaba revuelto en esos días y cualquier cosa podía suceder. Todos corrieron al sitio de la explosión: la cocina.

Allí estaba Mónica. Algo chamuscada, pero nada más. Los restos de la pizza colgaban del techo de la cocina, tras volar por el estallido. “No pasó nada, fue un escape de gas de un hornillo mal cerrado”, explicó.

Seguel recuerda sonriente, el episodio: “Por un momento, pensamos lo peor. Lo que nunca olvidé fue que a Mónica se le rompieron las medias con la explosión”.

La cita concluyó sin llegar a acuerdo. Videla comentó, escueto: “¿Sabes? Me pareció muy interesante el diálogo”. Mónica Cerda solo lo comentó con amigos y colegas. Lo mismo este testigo. Sobre el hecho, jamás se publicó línea alguna, hasta ahora.

Este insólito intento de diálogo, de abrupto y divertido final, fue el único encuentro cara a cara de Seguel con algún alto funcionario militar de la dictadura en esos tortuosos años. Fue posible por impulsos periodísticos y buena voluntad de las partes, pero improductivo. Quedó en el cajón de las anécdotas jamás contadas.

2. Hijo de modista

“Una persona como tú, con tanta historia, debe contarla antes de que sea tarde”, le decían algunos amigos que visitaban al sindicalista en su retiro familiar de Isla de Maipo. Rodolfo Seguel no quería. ¿Por qué si postergaba esta decisión para después, “podría ser tarde”? Se negaba a aceptarlo. Hasta que el cáncer tocó a la puerta, el 2017. Y dos veces. Entonces, Seguel se urgió. Se movió rápido, como en sus años de apogeo a comienzos de los 80, hizo los contactos y ya está. Manos a la obra.

El primer encuentro de Seguel con este redactor tuvo lugar en el verano de 2018. Fue en una bomba de bencina frente al Estadio Nacional, una Copec que conocía el rancagüino. El sindicalista estaba irreconocible. El recio líder con pinta de galán mexicano se había convertido en un hombre muy delgado, que cuando sonreía, eso sí, era igualito al Seguel de esa noche en casa de la periodista Mónica Cerda y al que era frecuente observar en los años 80, cuando estaba en la cresta de una ola de protestas impulsada por él y que después sería un tsunami que terminaría con la dictadura.

Tras los primeros finteos, sentados en su sedán Hyundai gris del 2011 estacionado junto a la piscina olímpica, se da comienzo a la primera de numerosas conversaciones en los más variados sitios: oficinas, cafés, en su casa de Isla de Maipo, también en La Reina, donde el redactor. Una tras otra salían historias y nombres de personas que podían aportar.

Él mismo abre los fuegos del relato:

“Jamás pensé que sería dirigente sindical, ni menos líder de un movimiento social que pondría en jaque a la dictadura militar. Cuando niño no tenía idea de lo que quería hacer con mi vida; creo que no pensaba mucho en el futuro. Cuando joven, como todo hijo de una familia pobre rancagüina, aspiraba a trabajar en el mineral El Teniente para tener un buen sueldo y estabilidad laboral.

“Nací en Rancagua, en la casa de mi abuela Erminda Villegas Villalobos. Mi madre Graciela Molina Villegas estuvo casada con un trabajador de Codelco, cuyo oficio estaba ligado a la construcción. En ese tiempo, los niños de familias modestas como yo nacían en sus casas. Mis padres tuvieron un matrimonio inestable. Duró poco tiempo. Hubo maltrato de parte del hombre a mi mamá. Un día, como se dice, “salió a comprar cigarros” y no volvió más. Por eso, vivimos todo el tiempo en casa de mi abuela, desde la infancia hasta parte de la juventud, en calle Pedro León Ugalde 204, esquina Mujica, población O’Higgins, casi frente al regimiento Membrillar¹. De niño era o’higginiano, ahora también soy colocolino.

“Mi madre era una mujer muy trabajadora. Era modista. Todavía tengo su máquina de coser, ahora restaurada. La conservo en casa como un recuerdo de ella. Nadie la puede tocar, ni ensuciar, ni poner nada encima. Es de marca Sigma. Esa máquina es un símbolo de su esfuerzo y trabajo honrado.

“Somos dos hermanos. Mi hermana Graciela Herminda –la llamamos Rossy, nadie sabe por qué– es dos años mayor que yo. Actualmente vive en Brisbane, Australia, desde el 4 de abril de 1984. Debí emigrar repentinamente con su familia (marido y dos hijos), tras sufrir amenazas de muerte en Talcahuano por ser parientes míos. Permanentemente hablamos, nunca en la vida hemos peleado, nos hemos dicho cosas, sí, pero con mucho respeto.

“¿Colegio? Comencé con 2 años de primaria en la Escuela 20 de Rancagua. Después, hasta octavo, me eduqué en la gloriosa Escuela número 1 de Rancagua. Más tarde en el liceo Oscar Castro, hasta 3° medio. Ya adulto, completé la enseñanza media. Desde que tenía 14, me puse a trabajar para ayudar a mi madre. Estudiaba y trabajaba. Empecé como repartidor de pan y luego en una fábrica de muebles del marido de una tía. Yo barnizaba, desarmaba sillas, aprendí tanto que para una Pascua hice un ropero en miniatura y una cuna de muñeca para regalarle a mi hermana.

“Cuando cumplí los 18, en 1971, decidí buscar un trabajo mejor. Estábamos en pleno gobierno de la UP. Fui a Codelco y pedí entrevista. Me recibió una mesa de dirigentes políticos; me preguntaron si era de la UP, respondí que no, que no militaba en ningún partido, y que no era partidario de la Unidad Popular. Ahí mismo me dijeron que, entonces, no podía entrar a Codelco. Fue muy dañino, algo que como joven, me marcó mucho. Para trabajar, había que ser de un partido de gobierno, eso me dolió mucho. A mí me gustaba la DC, desde niño fui admirador del presidente Frei Montalva.

“Tras la negativa en Codelco, logré un puesto en una verdulería cuyo dueño –lo conocíamos como “el guatón Calderón”–, era una persona cercana a la Unidad Popular. Por eso, en el negocio además entregaban pollos, aceite y papel confort a quienes tuvieran libreta de la JAP”

¹El regimiento de Infantería de Montaña “Membrillar” de Rancagua posteriormente se convirtió en el Regimiento de Infantería N°22 “Lautaro”. Luego del golpe de Estado, el regimiento Membrillar fue uno de los principales centros de detención y tortura de la VI Región. (Informe Rettig).

3. Amor en la JAP

“A diferencia de Santiago, donde veíamos por la tele que andaban los políticos agarrados del moño, en Rancagua vivíamos sin la agitación que parecía carcomer a los santiaguinos,” nos cuenta Seguel al recordar sus años mozos.

“Un día, estando yo atendiendo la entrega de pollos en la JAP², entra una linda rubiecita, de unos 17 años. Después supe que se llamaba Gricelda Gallegos Olea y que cursaba segundo medio en el Instituto Comercial de Rancagua. Apenas la vi me enamoré de ella.

“Esta es la mujer con la que me casaré, dije para mis adentros, mientras escogía el pollo más bonito que había para dárselo. Pero casarme con ella no fue fácil. Su papá era un maestro especializado en mecánica en la mina, vivían en una linda población, El Escudo, a la que llegaron después de ser trasladada la familia desde Sewell. Yo era un muchacho pobre, que trabajaba en una verdulería. Y mi mamá, en su condición de costurera, le hacía los vestidos a ella. Pura coincidencia.

“¿Cómo era yo de niño? Nunca fui muy estudioso, pero jamás porro. Yo sabía que tenía que aprobar mis cursos, y nunca fui un fracasado, gracias a Dios. ¿Qué quería ser cuando grande? Famoso. Como cantante, me gustaba mucho. ¿Bolero o rock? Música romántica. Pero mi voz era muy mala. Hasta me daba vergüenza escucharme.

“Otra afición que tenía, y hasta hoy conservo, es ir a la ventana de mi dormitorio, en la noche, a crear historias habladas. En ellas invento conversaciones mías con distintos personajes. ¿Escribirlas? Nunca se me ha ocurrido. Es que son relatos muy modestos. Una de mis nietas, Magdalena Carolina, me sigue los pasos en esta afición. Se trata de contar mentiras y verdades, disfrazar cosas, es un juego muy interesante.

“Me gusta el campo. Soy de Rancagua. Esta ciudad en los años 50 era muy chica, una localidad minera con campo al lado. Cerca de Doñihue,

Coinco, pueblos chiquititos. Nos cruza el río Cachapoal, donde íbamos a bañarnos. Pasábamos cuando niños al fundo El Manzanar donde comíamos manzanas que sacábamos a escondidas. Ahora hay ahí una población muy grande de trabajadores de Codelco, que se llama... Manzanar.

“En esa época, muchos andaban a caballo. Era fundamental saber montar. Al frente de mi casa había canchas fútbol, de tierra por supuesto, y la gente que tenía caballos iba ahí a pasear. Aprendí a cabalgar a pelo.

“Pero lo principal era jugar al saltamontes, parir la chancha, caballito de bronce, trompo, rayuela, bolitas para la troya y los 3 hoyitos. Por años guardé mi trompo, la lienza, el hilo de volantín, las bolitas, hasta que llegaron los hijos y ahí se los llevaron, cumpliendo otra tradición familiar.

“Mi primer contacto con la televisión lo tuve en la Plaza de Armas de Rancagua, para ver el Mundial del 62 en un aparato de 23 pulgadas que colocó el municipio y que apenas se veía por la multitud de espectadores. Iba mucha gente. Como los suizos se concentraron en Machalí, había mucha expectación. También íbamos a ver tele en casa de un amigo, el Chico Lillo, o bien donde un vecino, que nos cobraba 50 pesos para ver Sábados Gigantes. Salíamos con los ojos cuadrados. Para nosotros, era un espectáculo maravilloso.

“Mis héroes, de niño, fueron Tarzán y Supermán. En la noche nos pegábamos a la radio, para escuchar “La tercera oreja”, un programa de misterio creado por el periodista Telmo Meléndez en radio Agricultura, que nos gustaba mucho. Ni O’Higgins, Prat o los hermanos Carrera me interesaban. A lo mejor las clases de Historia no fueron buenas. Tampoco quise ser milico, ni paco ni bombero. Nunca se me pasó por la mente ser dirigente político o sindical. Nunca, nunca, nunca.

“De esa época, mi primer gran amigo fue René Fariña, un primo hermano que a los 21 años murió de un cáncer fulminante. Como tantos jóvenes rancagüinos, René trabajaba en Codelco, en la mina de arriba, El Teniente. Nos criamos juntos, era mi yunta, me defendía en todas las peleas, era bueno para los combos y para la pelota. Yo peleaba muy poco, aunque cada vez que me tocó hacerlo, ganaba. Pero no me gustaba.

“¿Algún profesor? Sí, la señorita Juana Abarca Ibacache, de la Escuela 1. Hace poco hubo una romería al cementerio de Rancagua para rendirle homenaje. Fueron muchos exalumnos. Yo no pude ir. Me enteré por Facebook. La señorita Juana nos quería mucho a mí y a mi hermana, nos cui-

daba siempre. Una vez cometí un error en un recreo, por lo que recuerdo. Parece que insulté de palabra a un compañero y ella me escuchó. Me dio un merecido charchazo. Fue una dura lección. Más adelante, la señorita Juana llegó a ser rectora del Liceo 2 de Rancagua, en los años en que el presidente Frei Montalva hizo su reforma educacional. Cuando ella falleció, estuve junto a su lecho de muerte. Mi hermana esa vez le hizo un poema.

“Yo tenía 11 años cuando eligieron a Eduardo Frei Montalva presidente de Chile. A él lo admiré de puro verlo en los noticiarios del cine y la TV. Me impactó su estampa con traje de gala y sombrero de copa, paseando en carroza en Fiestas Patrias. Además, me impresionaba escucharlo en la radio, a la hora de las noticias. Mi abuela siempre escuchaba a Hernández Parker, en la radio Minería, y las noticias del “Repórter Esso” tampoco se las perdía.

“En los últimos dos años del gobierno de don Eduardo viví momentos importantes, cuando había empezado la campaña presidencial que al final ganó Allende. Tenía como 14 años cuando llega a Rancagua el “Tren de la Victoria” de Radomiro Tomic, el candidato de la Democracia Cristiana.

“Siguiendo un impulso que nunca me expliqué, me subí al tren y nos largamos al sur. Con un grupo de amigos nos fuimos cantando y gritando hasta Talca. Regresé a la casa a las seis de la mañana del día siguiente, justo para tomar desayuno e irme al liceo. De nada sirvieron las explicaciones. Tal como lo suponía, mi mamá me sacó la cresta. Pienso que esa primera experiencia política me dejó marcado para lo que vendría después.”

² Las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios, JAP, también conocidas por su sigla JAP, fueron unidades administrativas creadas en los últimos años del gobierno de Salvador Allende. Tenían la función de comités de racionamiento necesarios para enfrentar la escasez de alimentos y suministros que afectaba al país. Fueron creadas el 4 de abril de 1972. Se instalaron dentro de cada barrio en locales vecinales o de pequeños comerciantes. Tras el golpe de Estado, la dictadura abolió de inmediato este sistema.

4. Los Seguel Gallegos

Gricelda Berenice Gallegos Olea, esposa de Seguel, nació en Sewell en 1957. Su padre era mecánico de maquinaria minera. La vida en el campamento minero, a 2.140 metros de altura sobre el nivel del mar, era diferente a la que se vivía en el valle.

“Recuerdo”, dice, “que de niña veía mucha nieve, que no había comunicación fácil con el resto del mundo; era una situación difícil, pero con algunos privilegios del cual gozábamos los niños que allí crecíamos. Los adultos también podían optar a momentos de recreación en gratas condiciones. Llegaban espectáculos novedosos, incluso antes que a Santiago, veíamos las mejores películas.

“La recreación era un ítem del que los gringos se preocupaban mucho, así los trabajadores no tendrían exigencias de otro tipo. Igual la Navidad, siempre recibíamos un excelente regalo, caramelos y lindos espectáculos. Las Fiestas Patrias eran muy especiales, como en los cerros de la cordillera no hay vegetación, para adornar el campamento se llenaban las escaleras de cajones con flores.

“Otras entretenimientos eran el gimnasio, la piscina olímpica y la temperada, a las que podíamos acceder todos sin excepción. Yo era muy chica y lo tengo grabado en mi mente. El estilo de vida era muy particular, habían muchas prohibiciones para mantener el control de convivencia social, sucedían situaciones complicadas también dentro de esa convivencia, no existían los carabineros, eran algo así como guardias de seguridad que mantenían el orden y la seguridad de los vecinos. Hasta el día de hoy rememoro esos momentos.

“Cuando pequeña, en vez de ir al colegio prefería acompañar a mi padre a Sewell. Tenía entre 7 y 8 años. Me gustaba estar con los trabajadores, viví muchas cosas, ver por ejemplo cómo pasaban las ‘cutras’, nombre que les daban a las cámaras de ruedas de autos que iban llenas de aguardiente, lo

que estaba prohibido porque en el campamento había ley seca. Ellos ponían mangueras en las cámaras para tomar mientras iban en el tren, que demoraba unas cinco horas en llegar a Sewell, al tiempo que jugaban brisca.

“Siempre me demostraban mucho respeto, jamás una insolencia. Los trabajadores de los distintos campamentos del mineral El Teniente eran personas sencillas, modestas, respetuosas.

“A Rodolfo lo vine a conocer en mi época de adolescente, llegamos a vivir con mi familia –papá, mamá, hermano– a un conjunto de casas construidas por la cooperativa de trabajadores ‘El Escudo’ frente a la población O’ Higgins, donde vivió el poeta Oscar Castro. Ahí también vivía Rodolfo.

“Nuestras mamás se conocieron y se hicieron grandes amigas en un centro de madres donde las dos asistían. La mamá de Rodolfo era modista, digamos, ‘de alta costura’; se guiaba por modelos de revistas. Cosía ropa en serie y después la vendía. Por ahí él me vio, yo no lo conocía y le pidió a su mamá que lo ayudara a conocerme, lo cual era motivo de broma. Tras reunirnos con amigos comunes nos empezamos a acercar y a compartir entre nuestro grupo.

“Entre idas y venidas pololeamos en total como 8 meses. Nos casamos muy jóvenes. Yo tenía 17 años, Rodolfo 21. Su madre había fallecido de cáncer de páncreas a los 44 años, en octubre de 1974, por lo que esperamos, en señal de duelo, hasta enero del 75 para casarnos. Mi papá no estaba muy de acuerdo, pero finalmente firmó la autorización que se requería por yo ser menor de edad.

“Según su convencimiento, se oponía ‘para que no cortáramos la huincha antes de tiempo’. Menos mal se convenció, la huincha ya se había cortado: yo tenía dos meses de embarazo; él no se enteró hasta cuando ya me había casado por todas las leyes. A mí mamá se lo contamos antes, o sea después del civil, por cualquier cosa que pasara, ya que faltaba la ceremonia por la iglesia aún, y mi hija nos echó al agua, nació de 7 meses y a mi papá no le calzaron las cuentas, menos mal ya estaba todo ordenado según las reglas sociales.

“El matrimonio civil se celebró el 2 de enero de 1975, el de la iglesia fue el 15 de febrero. Fue por la iglesia Adventista en memoria de la mamá que había fallecido en octubre del año anterior, y nos independizamos de nuestras familias, de la mía ‘en la medida de lo posible’, mi mamá por sobre todo estaba preocupada de que no nos faltara nada y más sabiendo que pronto sería abuela”.

Seguel aporta lo suyo: "Tenemos tres hijos, una niña y dos varones. Se llaman Carolina, administradora pública; Rodrigo, ingeniero comercial y Rodolfo, kinesiólogo. Nos han dado cinco nietas hasta del momento. Además, soy padrino de un niño al que incorporamos a la familia cuando era una guagüita de año y medio. Hoy ha cumplido 20 años y cursa segundo de Medicina. Se llama Joel Rojas Henríquez. Este es mi grupo familiar. Soy un hombre muy feliz".

Gricelda retoma la narración para dar cuenta de un hecho poco divulgado: la presencia de activistas cubanos en Rancagua durante noviembre y diciembre de 1971, días en que estuvo Fidel Castro en Chile.

"Mientras estudiaba en el Instituto Comercial de Rancagua, me eligieron delegada del Centro de Alumnos. Yo tenía 14 años y era opositora a la UP. Salíamos a las calles a protestar contra el gobierno de Allende. En Rancagua me tocaba ver a los cubanos que nos daban charlas. Eran muchos, se notaban en la ciudad, se veían muy interesados por el trabajo en la mina, usaban camisas de color rojo concho de vino, botas militares, barbas. Nos hablaban a los jóvenes de que deberíamos cambiar nuestra forma de vida por una comunitaria, como la que tenían ellos en Cuba. Los cubanos empezaron a hablar hasta de cómo debíamos vestirnos.

"Mi mamá no aceptaba esa forma de vida. No nos gustaba ese sistema. Proponían conductas demasiado austeras, sobre todo en lo económico, y muy "uniformada". Eso en mi familia era algo muy lejano.

"Conocí a Fidel Castro cuando estuvo en el estadio El Teniente (el 24 de noviembre de 1971). Fuimos con mi mamá a saber quién y cómo era. Me impresionó su estatura, era muy alto y siempre estaba vestido de militar".

Gricelda Gallegos ha jugado un papel relevante en la vida de Seguel, desde que se conocieron, siendo adolescentes. Ella tuvo interés en la cuestión social ya en su época de dirigente estudiantil, en su colegio de Rancagua, mientras Seguel estaba lejos de aquello. Pero cuando formalizan su relación de pololos, eso cambió.

Doña María Valentina Olea Gálvez, hoy de 84 años, madre de Gricelda, cuando joven era conocida por su interés en la política, siendo una militante muy activa del Partido Demócrata Cristiano, PDC. En las distintas organizaciones sociales siempre fue dirigente, ocupaba cargos que sabía defender con mucho ahínco y sabiduría. Iba a reclamar al centro madres, a la junta de vecinos, a las JAP, para que no hubiera manos negras que hicieran cosas indebidas.

“No se amedrentaba cuando en meses previos al golpe militar, los de izquierda nos apedreaban la casa en represalia por sus alegatos”, recuerda Gricelda. “Nos iban a amenazar también porque mi papá, hoy de 90 años, como buen simpatizante DC, estuvo interesado en pelear por los derechos de los trabajadores, llegando a ser dirigente en cooperativas. Siempre lo acompañaba a las reuniones.

“Mi mamá, con lo movida que era, durante el gobierno de Allende participó en la Marcha de los Mineros por el pago del 41 por ciento. Había una ley que reconocía esa deuda a los mineros, la cual nunca fue pagada dadas las circunstancias. Esa Marcha se realizó desde Rancagua hasta la Universidad Católica en Santiago. Mi mamá presenció los desastrosos sucesos del Puente Maipo, donde la UP opuso mucha fuerza policial para reprimir a los mineros”.

Vio cosas muy dramáticas esa vez, como a los trabajadores que iban con dinamita en los pantalones para tirársela a los carabineros en caso de que hubiera represión. Por suerte no lo hicieron. Como no los dejaron pasar por el puente, los mineros pasaron en tren, otros, como el caso de mi mamá, fueron trasladados en vehículos. Algunos que se fueron bordeando el río, encontraron dos muertos. La violencia ejercida por parte de los uniformados llegó hasta la misma casa central de la Universidad Católica.

5. Y llega el Golpe

“En mi familia no se hablaba de política,” reconoce Seguel, “pero fue tal el cambio que hubo cuando ganó Allende, que al terminar su segundo año de gobierno ya se hablaba de la posibilidad de golpe de estado. Mi abuela, que era del Partido Radical, y viendo que había un tío que estaba en contra del gobierno de la UP, nos advertía: ‘ustedes no tienen idea lo que es una dictadura, se sabe cuándo llega, pero no cuando termina, y cómo dejan al país después.’ Tenía razón la viejita.”

“El ambiente en Rancagua estaba muy cargado. Es que se trata de una zona minera, muy minera, donde al igual que en Chuqui, Salvador y Andina vive gente con recursos económicos sólidos y estables, aunque ese bienestar lo tienen solo los trabajadores del cobre. Me acuerdo que si bien en El Teniente había mineros a los que les gustaba la UP, y eran fieles a Allende, la mayoría de los dirigentes y trabajadores del cobre eran opositores a su gobierno. Es cuestión de recordar que el paro del cobre más grande que se le hace a Allende comienza en Rancagua, en abril de 1973 y termina en junio, cuando los mineros cruzan el puente del Maipo, llegan a la Universidad Católica en Santiago y se toman el Congreso Nacional.

“Eso tuvo un efecto muy importante, diría mayor que el tanquetazo de Souper que vino después. Al menos en Rancagua. Eso sí, el tanquetazo, como hecho político, mostró que los milicos algo estaban tramando.³

“En cuanto al desabastecimiento, cuando la gente bajaba de Sewell y Caletones y se daba cuenta que faltaban alimentos y otros productos para el hogar, venían los reclamos. Yo, como ya dije, trabajaba en venta de pollos en un local de las JAP, viví en carne propia esa violencia verbal. Recuerdo una vez en que los DC terminamos peleando en la calle, en las poblaciones, con la brigada Ramona Parra de los comunistas por unos rayados que ellos y nosotros andábamos pintando.

“Sí. Se hablaba de golpe estado, era conversación normal. La gente lo pedía, era verdad que lo pedía, ahora se han puesto mentirosos y lo niegan,

pero los dirigentes de Chuquicamata, el Salvador, Andina y El Teniente, además de colegios profesionales, transportistas y comerciantes lo pedían y después se dieron cuenta de que se equivocaron.

“Ese martes 11 de septiembre de 1973 amaneció nublado en Rancagua. Yo estaba en la casa, escuchando radio Minería. Ahí supe que había empezado el golpe. Partí a trabajar a la JAP. El dueño no llegó. El regimiento estaba apenas a dos cuadras, la gente puso banderas en sus casas, muchas, y fue su manera de celebrar. Esa es la verdad. Eso sí, nadie esperaba lo que pasó después.

“De lo que pasó, respecto a torturas y asesinatos, en un primer momento nunca supimos nada. En la TV y la radio lo único que se escuchaba eran los bandos número tanto y cuánto. Recién años después, en Suecia, cuando andaba en gira buscando apoyo a la causa chilena, un joven exiliado me hizo escuchar, por primera vez, el discurso de despedida del presidente Allende. La grabación la habían pasado a un disco de vinilo, tamaño 45 rpm. Quedé petrificado. Nunca me imaginé que Allende pudiera haber escrito semejante discurso, de tanto contenido, sabiendo que estaba a las puertas de la muerte.

“Para el golpe de estado, Gricelda tenía 15 años. A diferencia de lo que pasó con otras familias, en su caso no hubo grandes cambios. Al menos, no tan fuertes. El día del golpe militar estaba en el colegio y en el camino de vuelta a su casa, escuchó las balaceras que se producían en los alrededores. Eso le causó desconcierto y mucho miedo. No entendía qué estaba pasando.

“En días siguientes, hubo rumores que decían que los militares les cortarían el pelo a los chiquillos que lo llevaran largo, estilo hippie y los pantalones a las mujeres, porque debíamos usar falda, Gricelda se asustó, tanto que su madre, contestataria como era, la lleva al regimiento Membrillar y pide hablar con el jefe, Moisés Fuentes se llamaba, para saber qué había de cierto en lo que se decía. El militar dijo que no era así, que no hiciéramos caso a esos cuentos, que esa era una de las tantas mentiras que habían echado a correr.

“Pero, sí ocurría. Había mucha confusión, las cosas no eran muy claras, nada se sabía de manera inmediata, la comunicación no era tan fluida como hoy.

³ Como “el Tanquetazo” bautizó la prensa el ataque de blindados a La Moneda, ocurrido el 29 de junio de 1973. Éste lo encabezó el coronel Roberto Souper. Participaron 16 vehículos armados, incluyendo tanques M41 Walker Bulldog, y ochenta soldados. En la sublevación morirían 22 personas entre civiles y militares. En ese momento se instaló la idea de que se trató de “un ensayo del golpe” del 11 de septiembre de ese mismo año.

6. De Colón bajó a Sewell

A comienzos de 1974, Seguel volvió a postular a un trabajo en Codelco. Esta vez le fue bien. “Las nuevas autoridades habían retomado los procedimientos tradicionales de ingreso por méritos, tanto para ser obrero, empleado o profesional, según lo que yo vi”, dice.

“En Codelco tenían mis antecedentes. Tres años antes había llenado la ficha de postulación. Apruebo el examen médico y en mayo entro de planta al Departamento Químico, división El Teniente, el cual estaba en Colón Bajo. En ese Laboratorio analizan los minerales que se extraen: cobre, plata, oro, molibdeno y otros.

“Aprendí rápido, claro, tenía 20 años y terminé haciendo bien la pega, como avezado químico. No me quejo, fue muy interesante estar ahí durante mis primeros seis meses en la compañía. Debo dejar constancia de mi agradecimiento a un hermano de mi madre, Rodolfo Molina, quien trabajaba en la sección de Contraloría de El Teniente. Él fue quien me orientó en mi ingreso a la empresa.

“En el Departamento Químico trabajaba como obrero grado 2, el más bajo. Tenía tarjeta blanca, Rol 21-101069. Era el trabajador número 101 mil 069 de Codelco. Todavía lo recuerdo. Me iba bien, pero quise progresar. Logré ser trasladado a la Contraloría y me envían a Sewell y asciendo a grado 1, como empleado y con tarjeta esta vez de color verde. Mi Rol cambió a 16-101069, que hasta hoy conservo. Ese número de identificación es para siempre, y solo para el portador. Igual que un RUT.

“Mi pega ahora era administrativa, la que también dominé en poco tiempo. Subí a grado 8, con un muy buen sueldo. Mi tarea era ser “alístaro del tiempo”, es decir, revisaba los tiempos efectivamente trabajados por el personal. Tomaba nota de las enfermedades, permanencia en las faenas, las horas extra, ausencias por accidentes. Hacía las cuentas y establecía los montos a pagar. Una pega de corbata, de alta responsabilidad. Después, me trasladan del campamento al Interior Mina, Nivel 5, subterráneo. ¿Claustrofobia? Nunca.

“Como se sabe, El Teniente es la mina subterránea más grande del mundo. Sus túneles tienen una dimensión impresionante: 4.500 kilómetros de largo, construidos durante más de cien años. Son como tentáculos de un gigantesco pulpo subterráneo. Si se fijan en que el largo de Chile es de 4.200 kilómetros podrán darse cuenta lo grande que es El Teniente”⁴.

“Muchas veces dormí arriba, en Sewell. Ese campamento es una maravilla de pueblo, construido en plena montaña, hermoso sobre todo cuando está cubierto de nieve. Aprendí a correr en los miles de escalones que allí hay. A dominar el 4-4 para abajo y el 3-3 para subir. ¿De qué se trata? De correr saltando escalones de 4 en 4 al descender y de 3 en 3 en sentido contrario. A veces también usábamos los pasamanos de las escaleras, que eran de hierro, como “resbalín” para bajar más rápido. Para correr en esas escaleras había que ser muy bueno, tener gran estado físico. Yo lo hacía... pero en esos años; ahora me sería imposible.

“El ambiente que se vivía en los años 1974 a 1975 en El Teniente era muy tranquilo. Arriba prácticamente no veíamos noticias ni hablábamos de política. Pero si había que estar atentos al ‘sapeo’, como llamábamos a las delaciones, acusaciones a veces sin fundamento que se producían por venganzas personales.

“¿Por qué no se hablaba nada al principio? Como dije, por el sapeo, por miedo a perder una pega tremenda de buena, donde pagaban muy re bien. En plata de hoy, un obrero que recibía 700 mil de base, más bonos producción, horas extras y otros beneficios, podía ganar 2 millones al mes. Eso es mucha plata para cualquier trabajador, se vive muy bien. Entonces, a callar, a cuidar la pega, era la conducta de todos.

“En la última parte de los años 70 estuve en Sewell mina interior, en Colón Alto, Colón Bajo y Caletones. Para subir de Rancagua a la mina, el viaje se hacía en un tren. Hoy se puede subir en auto. Al llegar a Colón Alto, se ingresa al interior de la mina. Para acceder a Sewell, hay que tomar la Jaula, un ascensor gigante donde caben unas 450 personas que sube en un túnel iluminado de unos 600 metros hasta llegar a la superficie.

“Volviendo al tema de las delaciones, nos dimos cuenta que empezaba a vivirse un período de revanchas. Fueron tantas las peleas entre amigos, vecinos y trabajadores por cuestiones políticas en la época de la UP, que tras la llegada de los militares vimos la venganza de la sociedad, con una carga tremenda de injusticias. Conocimos de cerca en Rancagua el caso de los 15 campesinos detenidos y asesinados en octubre de 1973 en Lonquén, como

los Maureira, familia a la que le mataron al papá y a cuatro de sus hijos. Eran unos pobres campesinos que no tenían ni una culpa. Fue puro saqueo. Luego de unos años, conocí a un sobreviviente de esa familia con tan triste e injusto destino⁵.

“Por ese tiempo, claro que llegaban cuentos a la mina, pero la gente prefería no saberlos. Hasta que, de repente, empiezan a llegar de pueblos donde los habían relegado dirigentes sindicales que habían empezado a activarse, como Milton Puga, demócratacristiano, y empiezan a contarnos lo que estaba pasando en el país. Las persecuciones, los crímenes.

“Recién en ese momento supimos de la razzia de que habían sido víctimas los dirigentes sindicales, desde fines de 1977. Por esa época, los sindicatos habían iniciado jornadas de resistencia contra la ofensiva de la dictadura. Nuclearon las bases y las restantes organizaciones democráticas. Ahí nos enteramos que se vivía un clima de persecución, soplónaje, expulsión de dirigentes del país, relegaciones, cárcel, asesinatos, torturas y amenazas de muerte.

“Fue impresionante saber todo eso, lo que se tradujo en una indignada movilización en el cobre que culminó a principios de noviembre del 77, llegando a paralizar El Teniente entre los días 2 y 4 de ese mes.

⁴ El 29 de abril de 1905 el gobierno de Chile autorizó la instalación de la empresa norteamericana Braden Copper Company para explotar el yacimiento de cobre El Teniente, que estaba abandonado. Justo frente a Rancagua, a más de 2.100 metros de altura, se construyó el pueblo minero Sewell. En 1998, Sewell fue declarado monumento nacional y en 2006 la Unesco lo distingue como Patrimonio de la Humanidad.

⁵ Los campesinos asesinados fueron encontrados en los hornos de Lonquén en una vieja fábrica de ladrillos, el 30 de noviembre 1978. Habían sido detenidos en Isla de Maipo (localidad donde hoy reside la familia Seguel) el 7 de octubre de 1973. El teniente de carabineros Lautaro Castro Mendoza estaba a cargo. En su Tenencia fue la última vez que se vio con vida a los quince hombres, cuyas edades fluctuaban entre los 17 y 51 años.

7. Por qué sindicalista

“Tengo presente que a fines de 1977, los sindicatos metalúrgicos y de la construcción, junto a los portuarios, organizaron acciones de protesta que provocaron despidos, detenciones, destituciones de sindicalistas y relegación de siete dirigentes al norte del país, tanto del Frente Unitario de Trabajadores (FUT) como de la Coordinadora Nacional Sindical (CNS)⁶.

“Ante tan fuerte represión, a nuestros dirigentes en Rancagua se les para la pluma. Los demócratacristianos empiezan a reunirse para organizar la resistencia. Me acuerdo del Guatón Díaz; de Rosendo Valencia, de Caletones; DC hasta los huesos; a Emilio Torres, de Coya Pangal, también DC. Los de izquierda no podían siquiera gritar, porque estaban disgregados por la persecución de la dictadura. Habían tenido que ir al exilio, los milicos los habían matado o los tenían presos.

“Por la mina, militares armados no se veían, pero sabíamos que andaban muchos de civil, lo cual era muy peligroso, porque no se sabía quién era quién. El sindicalista Guillermo Medina, que al principio era DC pero después se cambió a la derecha, tenía muchos seguidores. Se transformó en el dirigente sindical más importante para la dictadura. Así como Hitler tuvo el apoyo de los trabajadores, Pinochet tuvo a Medina, entre otros, pero este fue el más destacado.

“De a poco los trabajadores de El Teniente y Caletones nos fuimos dando cuenta de cómo venía la mano. Cuando los relegados vuelven, empiezan a hablar. Y se les escucha. ¿Cómo tanto? Porque el sindicato para los mineros es parte muy importante en sus vidas. Desde Manuel Emilio Recabarren hasta hoy. El que maneja el sindicato pasa a ser muy importante para la empresa y también para el país. Por eso, cuando los sindicalistas nuestros empiezan a saber lo que estaba pasando en otras divisiones, informan a los trabajadores y de a poco se generan el rechazo y la indignación.

“En una reunión, Bernardino Castillo, otro DC que se pasó a los milicos, tuvo una maldita frase para justificarse: dijo que era capaz de besarle

las botas a Pinochet si eso ayudaba a los trabajadores. Eso le costó que lo echáramos de la CTC. Después, cuando fui dirigente, nunca quise recibirlo, por traidor.

“Cómo sería el nivel de censura que existía en esos años, que los mineros jamás tuvimos conocimiento de los crímenes que se estaban cometiendo en las divisiones de Codelco. Años después supimos de “la visita” del general Sergio Arellano Stark a Chuqui que andaba pegando los zarpazos asesinos del puma, matando dirigentes de norte a sur, como a Carlos Berguer, por entonces marido de la diputada Carmen Hertz. No había prensa libre, estábamos sin información.

“Para nosotros, en esos días, los medios de prensa más confiables eran Canal 13, a pesar de todo, y las radios Chilena y Cooperativa. Especialmente en Rancagua, fue muy importante el corresponsal de Cooperativa, Benito Limardo Casanova, recientemente fallecido. Casanova tuvo mucho que ver en mi historia. En los días en que convocábamos a las protestas, se las arreglaba para entrevistarme sobre todos los temas que eran noticia. De esa forma, yo de pasada podía transmitir el descontento que manifestaba la clase trabajadora.

“De a poco se rearticulaban las zonales de Chuqui, Salvador, Andina y El Teniente y empieza a fraguarse el reencuentro de la organización sindical. No era fácil hacerlo, pues no se podía hablar públicamente, porque la ley lo impedía. Eran los propios dirigentes nombrados por los milicos los que te denunciaban.

“Recién después de 1980 se pudo hablar y se autorizó la elección sindical. En la primera que hubo, fui elegido. Fue en el sindicato Caletones. La primera mayoría la tuvo un derechista, Jaime Canales Guzmán, a quien le correspondió ser presidente; la segunda mayoría la obtuve yo, logrando el cargo de primer director. Otros elegidos fueron el DC Eduardo Díaz, segundo director, y los derechistas Erasmo Yáñez, secretario, y Wenceslao Astete, tesorero.

“Si existe alguna razón por la que me convertí en dirigente sindical fue el impacto que me causó conocer la dramática situación económica en que vivían muchos mineros. La gente piensa que los trabajadores del cobre son todos ricos, que no tienen mayores problemas, y está muy equivocada. Conocí de cerca muchos casos dramáticos. Por eso, creo que al comienzo mi vocación fue más social que gremial.

“Cuando ingresé a Codelco, como ya relaté, trabajaba en la caja, en Colón Alto, y me tocaba pagar a los “viejos” y también llevar sus tarjetas de

asistencia. Recibían sus salarios quincenalmente y, pese a ello, muchos llegaban a golpear la ventanilla para pedir anticipos entre pagos, cargando consigo historias conmovedoras.

“Recuerdo que el día en que murió don Eduardo Frei Montalva, yo estaba muy afectado con la noticia y lo único que quería era irme a casa. Tenía y sigo sintiendo una gran admiración por el expresidente. Esa tarde, a la salida del turno, entra a la oficina un minero de unos 35 años y me pide un anticipo de 5 mil pesos porque necesitaba comprar urgentemente un balón de gas para su familia. Le llevo la solicitud al jefe y me dice que no porque él ya había pedido un anticipo, era quincena. Cuando le comuniqué la negativa, se puso a llorar. Era un llanto silencioso, de un minero, de un hombre abatido. Insistí con el jefe, se conmovió igual que yo, y le dimos el dinero que pedía.

“Al ir conociendo más casos, me espanto. ¿Qué podemos hacer? ‘Para comenzar’, me dicen, ‘entra al sindicato y preséntate en las elecciones que vienen’. Lo hice. Me cambió la vida”.

⁶ El 23 de noviembre de 1977 se cumplió la detención y posterior relegación de los dirigentes Carlos Frez Rojo, presidente los portuarios y del FUT; Arturo Latus Favi, de mina El Teniente; Milton Puga, El Teniente; Juan Fincheira, presidente del Sindicato de Empleados del Cobre; Carlos Arellano, director del Sindicato de obreros del Cobre; Héctor Hugo Cuevas Salvador, presidente de la FIEMC (Construcción) y Juan Manuel Sepúlveda, vicepresidente de los metalúrgicos y de la Coordinadora Nacional Sindical (CNS). Todos democratacristianos, con excepción de Héctor Cuevas.

A estos dirigentes los relegó la dictadura acusándolos de agitación política y de antipatriotas. Los mandaron al Norte, privados de sus familias, de alimentos y de medicamentos, sobre los 4.000 metros. Solo la solidaridad y la presión nacional e internacional forzaron a la dictadura a levantar la relegación en la navidad de ese año 1977. Dos semanas después, la dictadura volvió a relegar a Juan Manuel Sepúlveda, Georgina Aceituno, Hernán Mery, Henríquez Hernández y Samuel Astorga. Todos de la CNS.

8. Donde la Rosa

☾☾ Cuatro personas fueron muy importantes en ayudarme a postular al sindicato de Caletones. Eduardo Díaz, que era dirigente por los profesionales; Manuel Berríos Saleh, de los electricistas, al que echan después junto conmigo, y me lo llevé de secretario; Guillermo Lemaitre, técnico que trabajaba en mantener la planta de oxígeno, aire y vapor que alimenta la Fundición de Caletones y que hasta hoy está en Codelco y sigue siendo dirigente sindical, y el ‘Chico’ Julio Muñoz Otárola, asesinado por la dictadura.

“Con dos de ellos fui muy amigo. El Chico Muñoz, que no me dejaba ni a sol ni a sombra, cosa rara en ese primer momento. Como ustedes saben, en esos días los peligros estaban en todas partes. Después vine a darme cuenta que el Chico cumplía la función de cuidarme y supe que era del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, FPMR, cosa de lo que nunca tuve idea. Mi otro amigo muy cercano fue Berríos, quien resultó ser informante de la CNI, un sapo. Berríos pertenecía a la División Congrio de la CNI, también un tal Víctor Hugo Gac, que sapeaba a Manuel Bustos en la Coordinadora Nacional Sindical. La documentación probatoria me la mostró años después el periodista Jorge Escalante, del diario Fortín Mapocho. Qué paradoja más grande: mis mejores amigos eran un frentista y un agente de la dictadura.

“Me eligen en mayo del 82 en el sindicato. En las elecciones saqué la segunda mayoría, algo totalmente inusual para un novato en las lides sindicales. Al tiro nos reunimos los DC –yo era simpatizante no más– y empezamos a rearticularnos como dirigentes sindicales opositores a la dictadura. Ni los derechistas ni los milicos nos hostilizaban, porque no cachaban cuáles eran nuestros propósitos. Nos juntábamos en Rancagua donde la Rosa Urrutia, que tenía un local en San Martín con O’Carrol, en las noches, una vez a la semana.

“El de Rosa era un restorán muy pobre. Yo la ponía en apuros porque, como era abstemio, siempre pedía Fanta. Ella nunca tenía y se veía

obligada a conseguir en el vecindario. Rosa había sido funcionaria en la Dirección del Trabajo durante el gobierno de Allende, pero la echaron los militares por ser DC. De a poquito empezamos a crecer, ya sabíamos los riesgos que estábamos corriendo y conocíamos a la chichita con la que nos estábamos curando. Antes de que me eligieran, ya cooperaba con el sindicato y llegué a presidir la comisión de ayuda social. Estaba cumpliendo esas funciones cuando se produjo un paro de los mineros en protesta por el horario de los buses y me correspondió coordinar la ayuda en víveres y otros productos que permitían a las familias subsistir durante la paralización. Así me hice conocido entre los *viejos* y también entre sindicalistas de larga trayectoria.

“Era 1982. Hasta dos años antes, las directivas sindicales no eran elegidas por los trabajadores, eran nombradas por el gobierno militar, de acuerdo a las disposiciones del Decreto 197 promulgado por la dictadura. La mala situación económica porque atravesaba del país y el malestar creciente que reinaba entre los mineros, llevó a Pinochet a permitir la elección libre y democrática de los dirigentes.

“No tuve que hacer una campaña puerta a puerta. La mía fue ‘sobre a sobre’. Como a los *viejos* les pagábamos en unos sobres grandotes, aproveché de echar mi propaganda junto con el dinero. En medio de la campaña, me trasladaron a Rancagua y perdí mi soporte publicitario. Pero, la suerte estaba de mi lado. La gerencia también decidió trasladar a Rancagua el pago de los sueldos y pude seguir metiendo mi propaganda en los sobres.

“Junto conmigo resultaron electos tres candidatos de derecha. Los sindicalistas de derecha eran tremendamente populares en esa época. La dictadura se había preocupado de destacarlos, haciendo pasar por ellos cualquier logro que conseguían los trabajadores. Guillermo Medina, el máximo exponente de los dirigentes partidarios de los militares, era todo un ídolo en Rancagua. No reconocerlo sería una estupidez.

“Nunca se me va olvidar la conversación que tuve en mi auto, a mediados de 1982, con Lucho Otárola. Llevaba apenas seis meses como dirigente sindical. Esa conversación la tengo grabada a fuego. Lucho, muy ceremonioso, me dijo que se había decidido que yo asumiera la presidencia de la Confederación de Trabajadores del Cobre. ¡Pero si yo acababa de ser elegido en un sindicato chico!

“Otárola, que era presidente del Frente de Trabajadores Demócratacristianos de Rancagua, me fue a buscar a la pega. Había un poco de misterio

en su actitud. Nos subimos a mi Suzuki Fronte azul sin saber a dónde nos dirigíamos. En la calle Bueras, donde estaba la sede de la zonal, me dice que pare porque quiere hablar conmigo. Sin preámbulos, me dijo que los demócratacristianos querían que yo reemplazara a Emilio Torres en la presidencia de la Confederación.

“El presidente de la Confederación era Emilio Torres y la inmensa mayoría de los mineros quería que siguiera siéndolo. El problema surgió cuando el Sindicato de Coya, al que pertenecía Emilio, no se reafilió a la Confederación. Según los estatutos, los sindicatos que la integraban debían reafiliarse cada dos años.

“Se trataba de una maniobra política para sacar a Torres del liderazgo nacional de los trabajadores del cobre. Emilio se había constituido en el líder indiscutido a partir del visionario discurso que pronunció en Punta de Tralca. Con el respaldo que recibió en esa asamblea, empezó a recorrer los minerales –Chuquicamata, el Salvador, la Andina y el Teniente– pidiendo a los *viejos* que se preparan porque venían tiempos difíciles.

“Su discurso, que llamaba al despertar de los mineros, fue visto como un peligro para la dictadura. Los dirigentes de derecha, que aún tenían una alta presencia en los sindicatos, pidieron a los trabajadores de Coya que no fueran a votar por la reafiliación y, con esa estrategia, lograron su propósito. El reglamento exigía la aprobación de la mitad más uno de los miembros del sindicato. Al perder la afiliación su sindicato, Emilio Torres perdía automáticamente la presidencia de Confederación. Detrás de esa jugada de la dictadura, estuvo la mano de Guillermo Medina”

9. Una carta temporal

☪ La Confederación se manejaba políticamente. Por acuerdo de los dirigentes de las diversas tendencias, la presidencia correspondía a un demócratacristiano de alguno de los sindicatos del mineral El Teniente. Obviamente la DC no quería perder esa posición, dada la influencia y visibilidad que poseía a nivel nacional. Sin que yo lo supiera en ese momento, se realizaron numerosas reuniones de alto nivel, en Santiago y Rancagua, para resolver el problema que creaba la destitución de Emilio Torres. En esas reuniones participaron varias personalidades de la Democracia Cristiana, entre ellas Gabriel Valdés y Narciso Irureta.

“Dos fueron las razones que se tuvieron para elegirme. La primera era promover un dirigente joven. Con el retorno de la libertad sindical —al menos la libertad de elegir democráticamente a los dirigentes— todas las corrientes se pusieron a la búsqueda de nuevos rostros. Los antiguos, en particular los que habían sido nominados por los militares, estaban desgastados y algunos, desprestigiados.

“La segunda razón que se tuvo en cuenta fue que, por ser yo un dirigente nuevo, sería menos problemático sacarme de la presidencia de la Confederación una vez que se reafiliara el sindicato de Coya y Emilio Torres pudiera recuperar el cargo. Dicho en otras palabras, yo era una carta temporal. Buscaban a alguien que no se apenara. Lo supe poco después y, si lo hubiera sabido en el momento que me hicieron la oferta, habría aceptado igual. Yo estaba convencido de que Emilio era el mejor presidente que podía tener la Confederación y ser un facilitador de su regreso habría sido para mí un gran orgullo. Pero, las cosas no se dieron así.

“Tenía 29 años y no sabía en lo que me estaba metiendo. No dudé mucho cuando Otárola me planteó la propuesta. No sé si fui inconsciente o temerario. No lo pensé mucho y, en cosa de minutos, Lucho se fue con una respuesta positiva. Antes me explicó que primero me elegirían dirigente de la Zonal El Teniente, a la que correspondía la presidencia de la Confederación, y luego los dirigentes nacionales ratificarían mi nominación.

“La decisión, por lo que enteré después, causó mucho escozor. En la Democracia Cristiana había varios dirigentes con una larga trayectoria que tenían más méritos para ocupar el cargo; Julio Jalil y Eduardo Díaz, por nombrar algunos. La presidencia era para un DC porque el Partido contaba con una sólida mayoría en la Confederación, y yo no era militante, era un simple simpatizante.

“Después de la conversación con Otárola me fui derecho a la casa a contarle a mi señora. No me felicitó ni tampoco me retó. Simplemente me recordó que era grandecito y, en consecuencia, tenía que saber lo que estaba haciendo. La verdad es que, en ese momento, no sabía en lo que me metía y tampoco me imaginaba los desafíos que tendría que enfrentar. No conocía a nadie a nivel nacional e iba a asumir el liderazgo del gremio más importante del país. No tenía idea de que, en unos pocos meses, me iba a convertir –para bien o para mal– en una figura conocida por todos los chilenos”.

10. Enano entre macucos

No había personaje con más poder que Guillermo Medina entre los trabajadores del Cobre. Tenía las llaves de las negociaciones colectivas, de las contrataciones, de los despidos. En resumen, tenía las llaves del poder. Además le favorecía el hecho de que la mayor parte de los dirigentes de oposición a los militares había sido relegada a localidades apartadas del norte del país.

La desaparición forzada de estos dirigentes de la vida sindical, permitió también que en la oposición a la dictadura empezara a surgir gente nueva. Muchos de ellos provenían de las únicas organizaciones en que los mineros podían realizar asambleas y elegir directivas libremente: las mutuales y los clubes deportivos. En Codelco había decenas de mutuales y un centenar de clubes deportivos, dirigidos mayoritariamente por personas que no estaban marcadas políticamente. “Podría decirse que yo pertenezco a esa camada”, dice el rancagüino.

“Yo no era militante de la Democracia Cristiana. Era simpatizante desde la época de estudiante. La política no es algo que me venga de familia. Que yo me acuerde, mi abuela era la única que tenía una clara tendencia; era radical de izquierda y partidaria entusiasta de Salvador Allende. Los demás miembros de la familia eran más bien de centro, pero poco involucrados en la política.

“Había algo que me atraía en la Democracia Cristiana. Cuando cabro pasaba por la sede que el Partido tenía en Rancagua, frente al Liceo Oscar Castro, para enterarme de las actividades que se realizaban. Era una casona vieja de dos pisos, pintada de azul y muy bien tenida. En esos años, no sentí necesidad de militar en la JDC y tampoco nadie me lo pidió. Ingresé a la Democracia Cristiana mucho tiempo después, a instancias de don Gabriel Valdés, pero ésa es otra historia.

“Siendo honesto, debo reconocer que me hice dirigente de los trabajadores del cobre sin haber leído un solo libro, ni siquiera la constitución o

las leyes laborales. Llegué a dirigente con las patas y el buche, pero con unas ganas tremendas de apoyar a los mineros en sus reivindicaciones sociales y económicas. Me sentía un enanito al lado de los macucos que llevaban una vida dedicada a la actividad sindical.

“El más grande y sabio de todos era Emilio Torres. En una reunión de la Confederación que se había realizado en Punta de Tralca, Emilio pronunció un discurso que hizo historia entre los trabajadores del cobre. Yo lo tenía grabado en *cassette* y lo escuchaba frecuentemente en el auto. Creo que ese discurso forma parte destacada de mi formación como dirigente.

“El candidato número uno era mi compadre Eugenio López. Nos emparentamos varios años más tarde. Eugenio, además de ser una bella persona, era el dirigente con más llegada en los sindicatos Sewell y Mina, abiertamente opositor a la dictadura y que en ese entonces presidía Julio Gálvez. Pese a su mayor experiencia y las brillantes dotes de orador que poseía, la decisión recayó en el candidato número dos, que era yo.

11. Primera advertencia a la dictadura

“Mi prueba de fuego como nuevo presidente de la CTC”, continúa Seguel, “fue dirigir el congreso que realizamos en Punta de Tralca, el 20 y 21 de abril de 1983, dos meses después de haber asumido el cargo. Sabía que todos los ojos estarían puestos en mí. De uno y otro lado del espectro político observarían cómo se manejaba este recién llegado a las ligas mayores de la vida sindical. No estaba temeroso porque ya había formado mi equipo de trabajo.

“En los días previos a la reunión nos habíamos preocupado de tomar el pulso al sentir de los trabajadores de los diferentes minerales. Era más que claro que los *viejos* estaban molestos con el manejo autoritario de la empresa y lo poco que se valoraba el aporte de los mineros. Tampoco eran ajenos al descontento de la mayoría de los chilenos frente a los atropellos a los derechos humanos y al desastre económico en que estaba sumido el país, que golpeaba duramente a las familias más desposeídas.

“Conscientes de ese panorama, llegamos al congreso con la decisión de acordar la realización de un paro nacional de los trabajadores del cobre. Teníamos mayoría opositora, pero la convocatoria a una paralización de actividades siempre genera dudas y temores, más aún cuando el país lo gobierna un régimen dictatorial. Iba a ser el primer paro de un gremio importante desde que los militares se tomaron el poder y era imposible predecir las consecuencias.

“Unos 110 dirigentes llegamos a la reunión de Punta de Tralca. De ese total, más o menos 20 eran de derecha y tenían como “capitán” a Erasmo Yáñez, a quien conocía bastante bien porque era miembro de mi sindicato, el de Caletones. Su estrategia era torpedear el desarrollo del congreso, y lo hicieron bien. Interrumpían a cada rato las intervenciones de los delegados y nos acusaban de traicionar el sindicalismo, actuando solo por motivaciones políticas.

“Me tenían más arriba de la coronilla. Tanto me hostigaron que, sin medir los efectos que pudiera tener la idea, le pedí a mi secretario, Ro-

berto Carvajal, que me consiguiera una tarjeta roja. No sé de dónde la sacó, pero lo hizo. La escondí entre los papeles en espera de que llegase el momento de usarla. No pasaron muchos minutos antes de que Yáñez volviera a interrumpir la reunión. Me paré, le mostré la tarjeta roja y le dije “¡Expulsado!”.

”Por suerte no se fue. No sabría decir qué pasó por su cabeza en ese momento, pero se quedó en la sala con su grupo. No cabe duda que fue un error político del Chico Yáñez. Si se hubiese ido, habría quebrado el congreso y, de esa forma, inevitablemente habría debilitado los acuerdos que se iban a tomar. A mí, en lo personal, podría haberme acusado de conducta dictatorial y manchar mi estreno como presidente de la Confederación. Al parecer algún efecto tuvo mi arrebato *referil* porque –sin dejar de expresar sus desacuerdos– se portó bastante mejor el resto de la reunión.

“Luego de todo un día y una noche de análisis y negociaciones, en que nos mantuvimos a punta de café y piscola, el 21 de abril se aprobó por amplia mayoría el voto político que incluía la realización del Paro Nacional de los trabajadores del cobre, fijándose como fecha el 11 de mayo. El resultado fue como 90 a 20 en favor del paro; solo votaron en contra los dirigentes de derecha. Los socialistas y los comunistas nos dieron todo su respaldo.

“El acuerdo, que fue redactado y presentado a la asamblea por la mayoría demócratacristiana, también establecía que cualquier persecución o despido de trabajadores con motivo del paro, tendría como respuesta la paralización indefinida de los minerales. Esa amenaza era algo nunca visto ni oído durante la dictadura. Estábamos decididos a enfrentar a los militares.

“Terminado el congreso sentí una suerte de alivio; había pasado mi primera prueba como dirigente nacional. Pero no tenía idea de lo que me esperaba a continuación.

“Citamos a una conferencia de prensa para comunicar el acuerdo de realizar el paro y llegaron decenas de periodistas con cámaras, luces y micrófonos. Algo totalmente nuevo para mí, que no dejaba de causarme un cierto temor. Era un verdadero enjambre de reporteros, todos de medios nacionales, porque hasta ese momento, no éramos noticia para la prensa internacional.

“Creo que de esa prueba también salí airoso. Leí el acuerdo y contesté unas cuantas preguntas; no fueron muchas.

“Me dio la sensación de que los periodistas querían terminar rápido para dar el notición lo antes posible. Como algunos me lo confesaron tiempo después, estaban deseos de comunicar que, por primera vez en casi 10 años, un gremio importante le iba a mostrar los dientes a la dictadura.

“La cosa no terminó ahí. Habíamos contratado cuatro buses para trasladar a los dirigentes a Santiago, pues el acuerdo del plenario incluía la realización, ese mismo día, de una marcha por el centro de Santiago que concluiría en nuestra sede gremial, en la calle Mac Iver.

“Me fui en el auto de la Confederación con Roberto Carvajal y el chofer, Hernán el Nano Garrido, quien terminaría siendo mi asesor, confidente y amigo. Llegamos como a las seis de la tarde y nos estacionamos en Huérfanos con Manuel Rodríguez, al costado de la carretera Norte-Sur. Nos estaba esperando un bus de Carabineros.

“Se bajó un oficial y me dijo terminantemente que no se podía estacionar en ese lugar. Fue mi primer encontrón con los *pacos*. No sé de dónde saqué las agallas para decirle que no nos íbamos a mover cualquiera fueran las consecuencias, y así lo hicimos hasta que llegaron los buses con los dirigentes. Además le anuncié de manera terminante que íbamos a marchar por el centro hasta la sede de la Confederación. El oficial me respondió que la marcha no estaba autorizada, pero no intentó bloquearnos el paso. Al parecer Carabineros tenían instrucciones de no enfrentarnos, pero sí de mantener una estrecha vigilancia.

“Caminamos un par de cuadras y nos detuvimos frente a las oficinas de Codelco, donde cantamos la Canción Nacional a voz en cuello. Cuando reiniciamos la marcha, se produjo un incidente que terminó con la detención de un dirigente comunista, Leonel Abarca, del sindicato de Sewell y Mina. Un tipo calladito pero de muchas agallas. Ahí pudo haberse armado una mocha de proporciones porque los viejos estaban indignados y querían arrebatarle el detenido a los *pacos*. Los calmé y partí a enfrentar al pelotón de Carabineros. Les grité “¡A mí no me detienen a ningún dirigente sindical!” y de un tirón liberé a Leonel Abarca.

“Terminamos la caminata en MacIver con Huérfanos, frente a la sede de la Confederación, donde cantamos nuevamente la Canción Nacional a grito pelado. Fue la primera marcha de los trabajadores del cobre por el centro de Santiago en tiempos de la dictadura”.

El hecho quedó consignado en el libro “Visión de los Sindicatos Chilenos” publicado en 1984 en París, patrocinado por la Confederación de Trabajadores de Dinamarca. Seguel había encabezado un acto pacífico sin precedentes en 10 años de dictadura.

Esta sencilla acción causó tal estupor que la noticia dio la vuelta al mundo. Fue la primera advertencia al régimen. Tras esa manifestación vendrían otras que concluirían en octubre de 1988 con la “tarjeta roja” a la dictadura.

12. Uno que arranca pa' adelante

Son complejas las relaciones de los sindicalistas con el mundo político y parlamentario. El abogado laboralista Luis Eduardo Thayer, legendario asesor de la Confederación de Trabajadores del Cobre, sostiene que la complejidad deriva de la tendencia –a veces ideológica y a veces de las “ansias de poder”–a subordinar a las organizaciones sindicales –y sociales en general– al poder político. Y estas organizaciones defienden su autonomía, porque si se “hacen dependientes”, pierden su naturaleza, su razón de ser, se debilitan y terminan siendo instrumentos de los partidos.

Confiesa Thayer que conoció a Rodolfo Seguel recién unos días antes del 22 de febrero de 1983, fecha en que el rancagüino asumió como presidente de la CTC. Como se ha relatado, ésta la presidía Emilio Torres, quien abruptamente debió dejar el cargo por una maniobra política de Guillermo Medina. Debía ser reemplazarlo otro dirigente de la misma zonal de El Teniente. Precisemos: de los 15 dirigentes nacionales de la CTC, 4 debían ser de Chuqui, 4 de El Salvador, 4 de El Teniente, 2 de Andina y 1 de Santiago.

Como en la CTC la relación entre opositores y pro Pinochet era de 10 a 5, resultó elegido Rodolfo Seguel sin obstáculos.

Una anécdota curiosa: Emilio Torres y Rodolfo Seguel nacieron un 20 de septiembre y Rodolfo, cuando cumplía 29 años, Emilio cumplía 58... Justo el doble... O sea, la salida de éste duplicó la juventud... Ese factor contribuyó a posibilitar la meteórica carrera sindical del rancagüino quien, en apenas dos meses, se elevó de dirigente de base a presidente de la CTC.

Ese 22 de febrero de 1983 llega a las oficinas de la CTC, que estaba plagada de periodistas. La prensa había sabido, como rumor, que “un tal Seguel, de El Teniente” asumiría la presidencia. Como nadie lo ubicaba, “pasó piola”. Hasta ese instante, el sindicalista en la capital era un NN.

“Apenas se asomó en la oficina”, dice Thayer, “nos juntamos a preparar la operatoria. Nos instalamos en la sala de la presidencia, que yacía desocu-

pada. Hablamos cómo enfrentaría a la prensa. Me dijo que creía que tenía que decir que venía para continuar la línea que llevaba Emilio Torres y a eso se abocaría. Le dije que lo dijera tal como me lo dijo. Con su misma convicción y diera sus razones. Sólo le aconsejé que cuando saliera de la sala de Consejo donde iba a ser nominado, caminara rápido a la oficina de la Presidencia, que tomara posición de pie delante del sillón principal, detrás del gran escritorio y así recibiera a la prensa.

“Le indiqué que a los periodistas les interesaba tener una foto, saber quién era y salir con la noticia. Pero que repitiera su mensaje las veces que quisiera, sin cambiar su idea central de continuidad. Que no le importara la lluvia de preguntas, porque en general todos preguntan al mismo tiempo y más o menos lo mismo.

“Luego de responder preguntas, enmarcadas en la misma idea durante unos 5 minutos, dio por terminada la conferencia de prensa, agradeciendo el interés y dejando una invitación para la semana que seguía y recibirlos con su equipo ejecutivo. Así ocurrieron los hechos.

“¿Qué me pareció Seguel en ese momento? Sabía de su valentía y de su forma de ejecutar las decisiones una vez tomadas. Arrancaba siempre “pa’ adelante”. Lo demostró como jefe del Comité de Huelga antes de ser elegido dirigente de base. Y lo ratificó desde sus primeras horas como líder nacional de los mineros.

“En general, quienes son elegidos dirigentes –y sobre todo en el Cobre– tienen características de líder. Ahora, presidir la CTC a los 2 meses de haber sido dirigente, habla de un gran desafío, de su rápido aprendizaje y de saber asumir las responsabilidades cuando le llegan, sin escabullirlas.

“En eso, lo ayudamos varios, entre ellos Milton Puga, viejo dirigente del Teniente. Este fue uno de los 5 sindicalistas a los que Pinochet relegó el 1° de mayo de 1975 por reclamos salariales. Dijo que los tenía “volando pal norte”. Puga asumió como su jefe de gabinete. Otro asesor importante fue el Maestro Yávar, abogado, mayor que nosotros, que fue subsecretario del Trabajo en tiempos de Frei Montalva, con quien tuve oficina junto a otros abogados. Ambos fuimos la “planta de abogados de la CTC”. Yávar era un experto en negociación colectiva y conocedor de la cultura del cobre: Ernesto Yávar Castro, era nombre completo. Él ponía la experiencia y disfrutaba del echar pa’ delante. Desgraciadamente, falleció joven, a los 55, de un maldito cáncer fulminante, recién después de la salida de Pinochet.

“Retomando lo que fueron esos tensos primeros días de Seguel en la CTC, hay que precisar que éste asume en un momento extremadamente delicado. La propuesta inicial de la Confederación era un paro nacional solo del cobre, pero luego se buscó incorporar otros gremios que adhirieran, aumentando el clamor social anti dictadura, la cual amenazaba con mayor represión.

“Supimos y recibimos las amenazas”, continúa Thayer. “Sin embargo, fueron soterradas. El gobierno estaba como descolocado. Y no tenían plan frente al llamado a paro nacional, en el que señalamos:

Nuestro problema no es una ley más o una ley menos, o de una modificación a la existente. Se trata de un sistema completo, económico, social, cultural y político que nos tiene envueltos y comprimidos, que se contradice con nuestra idiosincrasia de chilenos y de trabajadores, que nos ha tratado de asfixiar con armas, el terror y la represión para cada vez envolvernos más, porque nos fue impuesto a la fuerza y con engaños.

Ha llegado el momento de ponerse de pie y decir ¡basta!. Los trabajadores del cobre, tenemos la autoridad moral para llamar a un paro nacional de 24 horas, destinado a protestar contra la legislación laboral y la política económica y social imperante. Sólo una huelga general de todos los chilenos puede hacer que los trabajadores recuperemos nuestra dignidad perdida y que podamos participar en forma decidida y responsable en la forja del destino de nuestro país.

“La dictadura quedó estupefacta. Consideró que el tenor en forma y contenido de la proclama era inaceptable. Planificó entonces llevar a cabo una ocupación militar de los campamentos, trasladando tropas y armamento pesado a los minerales, lo cual llegó a oídos de los mineros.”

13. “Ay muchacho, ay muchacho”

Annte tales amenazas, al interior de la CTC hubo muchas discusiones. ¿Qué hacer, enfrentar con violencia a la dictadura, arriesgando un baño de sangre? ¿Retirar el llamado a Paro Nacional? ¿Idear otra forma de manifestar el descontento ya generalizado? La tensión aumentaba día a día, sobre todo cuando Seguel sorprende a políticos y sindicalistas con su decisión de cambiar el Paro del Cobre por Protesta Nacional pacífica.

Así lo recuerda él mismo: “Hubo gente muy en contra mía, incluso al interior de Codelco. Los comunistas llegaron al extremo de pedir mi renuncia, acusándome de modificar el acuerdo del Congreso de Punta de Tralca 7.

“La razón del cambio se justificaba, pues tras recorrer todos los minerales, recibí información muy certera de que podía haber una matanza muy grande de trabajadores, especialmente en El Salvador y El Teniente. Yo vi personalmente que las divisiones estaban sitiadas por los militares. Chuquicamata y Andina vivían la misma situación. Yo no iba a permitir una masacre de mi gente. Yo estaba dispuesto a irme si los comunistas insistían. Pero ellos, finalmente, cedieron.

“Yo conversé con muchas personas sobre esta decisión de cambiar el Paro por Protesta. Entre ellas, el cardenal Silva Henríquez, con quien hablé en su casa; con Narciso Irureta, Ricardo Hormazábal y Tomás Reyes. Todos me respaldaron. Los dirigentes sindicales de la DC nunca me dejaron de lado.

“Hay que recordar que en esos tiempos, dirigentes y partidos estaban todos proscritos, y la verdad, dicho sea de paso, también tenían miedo. En la historia de Chile, cuando se producen crisis como la que vivimos nosotros, los primeros en salir a la lucha por recuperar la libertad, la democracia, son los dirigentes sociales, los sindicales, los estudiantes y después llegan los políticos, para hacerse cargo de la situación. Siempre ha sido así.

“En nuestro caso, aparte de los ya mencionados Silva Henríquez, Narciso Irureta, Ricardo Hormazábal y Tomás Reyes, hay que poner en la lista a Gabriel Valdés, quien participó muchas veces en nuestras reuniones, aunque no creía mucho en lo que estábamos haciendo. También Patricio Aylwin.

“Andrés Zaldívar se encontraba exiliado en Madrid. Con todos ellos conversábamos, así como con el Grupo de los 10, con otra organización que encabezaba mi amigo Jorge Lavandero, y con alguien muy particular que merece todo mi reconocimiento y de los trabajadores: monseñor Alfonso Baeza. Él, junto con su secretario José Aguilera, fueron fundamentales en el proceso que terminó dándonos el apoyo y la tranquilidad espiritual que queríamos de la gente de la iglesia Católica.

“Pero la verdad es que pocos, en la clase política, creían en nosotros. Gabriel Valdés me decía: “¿Estás seguro de lo que estás haciendo? Ay muchacho, ay muchacho”, era su frase preferida.”

“En verdad, el llamado a Paro Nacional del 21 de abril sorprendió a diversas organizaciones sindicales que no estaban preparadas para enfrentar un movimiento de tal magnitud, pero sí querían participar de otra manera,” dice por su parte Luis Eduardo Thayer. Así lo hicieron saber la ANEF, la Federación de Trabajadores del Petróleo, la Coordinadora Nacional Sindical, la Confederación Bancaria y varias otras.

Ello dio pie para analizar y sondear, a pedido del propio Seguel, alguna forma de incorporar al mayor número de organizaciones sindicales al movimiento que se había convocado. La idea básica era integrar otras formas distintas de protestar, a quienes no estaban en condiciones de llevar adelante un paro.

Esta tarea la encargó Seguel, muy reservadamente, a un grupo de asesores y dirigentes solicitándoles que idearan una propuesta. El gran desafío: debía ser una expresión rotunda, pero pacífica.

⁷ En Punta de Tralca, balneario cercano a Isla Negra, la Iglesia Católica posee una sede que arrienda para encuentros comunitarios.

14. Años difíciles

Mientras Rodolfo saltaba repentinamente a las portadas de diarios y noticieros radiales y TV, su familia en Rancagua contemplaba con preocupación el curso de los acontecimientos. Gricelda retoma el relato.

“Yo supe después que mi marido había pasado a ser dirigente nacional del cobre. Es que Rodolfo me contaba bien poco en realidad. Yo estaba en Rancagua dedicada a mi familia. Pero a contar de ese 21 de abril de 1983 nos dimos cuenta que nos cambiaba la vida.

“Creo que ni él se daba cuenta de lo que estaba viviendo, ni siquiera pensaba en ello. Sólo actuaba. Sin medir las consecuencias ni nada. Además, al convertirse en dirigente nacional de los trabajadores de Codelco, empieza a conocer las barbaridades que estaban haciendo los militares.

“Se suponía, en esos momentos, que la presidencia de Rodolfo sería transitoria. Pero fue tal la adhesión que tuvo desde el principio, que prontamente lo confirman.

“Con mis hijos éramos espectadores externos de todo lo que ocurría. Yo vivía la efervescencia como cualquier vecina, comprometida contra la infamia que ocurría en nuestro país. Nos habíamos salvado de los cubanos para caer bajo la bota de los uniformados chilenos. Una vez, cuando había empezado el ciclo de las protestas, en Rancagua me pasaron un parte por tocar bocina en día de paro nacional, lo cual estaba prohibido. Así mismo fue escrito por el carabinero que me lo cursó. El parte lo guardé de recuerdo. Por esos días, a Rodolfo sólo lo veíamos los fines de semana. De lunes a viernes recorría el país o lo pasaba en Santiago”.

La relatada por Gricelda es una de las decenas de anécdotas que registraron los Seguel Gallegos en aquellos turbulentos años. Carolina (44), la mayor de la prole, hoy administradora pública y cientista política, cuando niña no tenía tanta conciencia de que era la hija de... “Para mí”, dice,

“Rodolfo Seguel era mi papá, entonces, no disociaba al personaje del papá. Creo que, como buena hija, siempre mi papá ha sido mi héroe, por lo que el sentir que otras personas lo admiraban sólo corroboraba lo que yo sentía por él, no sé si se comprende...”

“Claro, era entretenido que todo el mundo conociera mi apellido y que la mayoría de la gente nos cuidara y nos quisiera, por ser una extensión de él. La gente que hablaba tonteras, los que nos trataban mal, para mí no existían porque mi mamá siempre nos inculcó que lo que hacía el papá era algo maravilloso, valiente e importante, por lo que no cabía en mi mundo esa mala onda. Ahora que lo pienso bien, me sentía tan tremendamente orgullosa de ser hija de Rodolfo Seguel, que sólo eso importaba.

“En toda mi vida escolar, tanto en la escuela básica como en la media, nunca, ni una sola vez alguna compañera o compañero me molestó por ser Seguel. Puede que tenga que ver con que nunca fui a colegios *cúicos*, así que mis compañeros siempre provenían de familias de esfuerzo y mayoritariamente contrarios a la dictadura. Ya en la enseñanza media era hija de un Seguel que era diputado, pero los profesores del colegio y los papás de mis compañeras recordaban al Seguel sindicalista, así que siempre me quisieron mucho.

“En el barrio donde vivía en Rancagua, en los años 80, era una población de clase media baja, habíamos mil cabros chicos jugando en la calle, en la tierra y ahí todos los vecinos nos cuidábamos. Supongo que no todos mis vecinos eran de nuestro lado, pero a los niños no nos molestaban, al contrario. Sí recuerdo una familia en particular, a quienes paradójicamente yo quería mucho, que no sé si eran milicos o simplemente adoraban a los milicos y ellos hacían que mi amigo (hijo de ellos) me dijera cosas como: ‘ustedes, los comunistas, hacen puras tonteras’ o ‘a tu papá lo meten preso por comunista’, pero como para mí no era pecado ser comunista o estar preso, sólo miraba a mi amigo y le decía: ‘no, a mi papá lo meten preso porque no quiere a Pinochet y es demócrata cristiano’. Ese amigo es amigo mío hasta el día de hoy y sigue siendo *facho* (risas).

“¿Echábamos de menos al papá? Claro que hubiese querido tener más tiempo para compartir con él en mi infancia, que fuera a los actos del colegio y que mi mamá no anduviera siempre sola con nosotros, pero era lo que había no más, otros niños habían perdido a sus papás y eso sí que era tremendo. Mi mamá nunca dejó que sintiéramos la distancia del papá y siempre nos hablaba de que cada cual hace lo que le corresponde y mi papá debía hacer lo que estaba haciendo, fin del cuento.

“Puede que mi mamá le haya recriminado otras cosas, tiempos, presencia, pero no que dejara de hacer lo que hacía. Además, ella no lo hacía nada de mal: era la primera en las protestas, toma de lugares, panfleteos, etc. Lo de ser ‘valientes’ lo tenemos por los dos lados.

“Mi mamá, mi abuela, mi Tata y mi madrina se las ingeniaban para hacernos la vida feliz, para que jugáramos en la calle con los primos y los amigos, que tuviéramos una infancia medianamente normal y creo que lo lograron. Ahora, no tenían el dominio de todo lo que pasaba a nuestro alrededor, entonces siempre lograba escuchar alguna conversación o algún vecino me comentaba algo, como por ejemplo cuando pusieron una bomba en el colegio o cuando mi papá estuvo desaparecido unos días.

“Esa vez fue complicado porque mi mamá me había llevado al hospital y se acercó un compañero de algún sindicato a hablar con ella y la sacó a un lado. Le dijo que no sabían dónde estaba mi papá. Recuerdo que supe eso pero como que no entendía bien qué quería decir, entonces mi mamá se puso pálida, la pobre, y trató de que yo no me diera cuenta de nada pero para mal de ella yo era súper intrusa, entonces siempre escuchaba cosas que no me correspondía saber”.

15. Hablan los hijos

Rodrigo Seguel Gallegos (42, ingeniero), el mayor de los hombres, recuerda esos azarosos tiempos cuando llevar el apellido Seguel era todo un tema. “Más me costó cuando era niño. No me gustaba que me conocieran solo por ser hijo de Rodolfo Seguel, o que me hicieran preguntas o felicitaran. Algunos profesores y compañeros me apodaban ‘el diputado’, pero no me sentí ofendido por eso.

“Con el tiempo me fui dando cuenta que la mayor parte de las veces lo hacían con genuino afecto y admiración. Eso me hizo darme cuenta que en realidad era un halago. E incluso me pasa ahora y lo acepto. Puedo darme cuenta de lo importante que mi padre hizo y a cuánta gente afectó positivamente.

“Cuando empieza el auge de las protestas, no me entusiasmó participar en ellas. Nunca me atrajo salir a protestar. Incluso, hasta al día de hoy he participado en muy pocas manifestaciones de protesta. Nunca me ha dado por participar en política, muy a pesar de mi papá, que me invitaba a las reuniones o actos que pudiera y luego a todas las campañas y me llevaba a su lado y me presentaba a miles de personas. Nunca me gustó. Más aún, me generó un rechazo con el tema.

“A pesar de lo dicho, siento que todos los sacrificios familiares que hicimos en esos años valieron la pena. Y lo digo, sin lugar a dudas”.

El menor de los Seguel, Rodolfo Antonio (31, kinesiólogo), por su parte tuvo experiencias más duras debido a su nombre de pila, Rodolfo. “Fue algo pesado”, dice, “me pasó algunas veces: reconocían el nombre y la pregunta llegaba *al tiro*: ‘¿eres familiar de Rodolfo Seguel?’ Obviamente, mi respuesta siempre era afirmativa. Algunas veces me trajo problemas, sobre todo en mi época escolar y en mis primeros años universitarios, tuve compañeros y profesores que no me la hicieron fácil. Gracias a Dios también tuve buenos amigos, que me ayudaban cuando tenía alguna dificultad”.

“Yo nací en Australia. De chico, no tuve la oportunidad de compartir tanto con mi padre. Por motivos de trabajo, él viajaba mucho. Ahora que pasó un poco el tiempo para todos, cuando salgo solo con él no dejo de sentir orgullo cada vez que lo reconocen y le demuestran tanto cariño”.

A diferencia de su hermano mayor, a él sí le habría gustado viajar en la máquina del tiempo para participar en las protestas contra Pinochet. “Por supuesto que sí”, afirma. “Aun considerando todos los riesgos que conlleva estar en una época donde se vivió tanto dolor y sufrimiento, hubiese sido increíble saber que fui de ayuda tanto a mi papá como a personas que hasta el día de hoy siguen sufriendo.

“Soy de los que piensan que todo sacrificio vale la pena, absolutamente. Pero lo que veo del Chile de hoy, es que la gente tiene muy poca y mala memoria, además del desinterés en querer aprender de la historia. Lo veo incluso en gente mayor, que se hace la desentendida o sale con excusas como ‘no sé, no viví nada de eso’. Ese tipo de declaraciones me parecen un poco egoístas.

“También fui víctima de bullying, por mucho tiempo en la época escolar. Hoy en día entiendo que el bullying es algo ‘normal’, aunque no debería existir. En mi experiencia con respecto a ese maltrato debo reconocer que lo pasé muy mal. Pero con el tiempo, aprendí a vivir y cargar con el peso de mi nombre y hoy en día lo llevo con orgullo”.

16. Faltaba un zorro correteado

A todo esto, desde que empieza involucrarse en la lucha por volver a la democracia, Seguel no le contaba mucho de sus andanzas a la familia, “para no preocuparla”. Pero eso no quería decir que su esposa fuera una espectadora pasiva de lo que estaba pasando. Por el contrario: Gricelda solía tomar parte activa en la organización de las manifestaciones rancagüinas y ocasionalmente en Santiago, como aquella vez que encabezó la toma de la Basílica de Lourdes para exigir la libertad de su esposo, una de las tantas veces en que éste fue encarcelado.

Volviendo al tema de las protestas, la tarea más difícil fue convencer a la experimentada dirigencia sindical minera sobre el cambio de estrategia, de paro a protesta. “En especial a los compañeros comunistas, que llegaron al extremo de pedir mi renuncia”, recuerda Seguel.

Tras alcanzar el acuerdo, que aprobaron con amplia mayoría, Seguel salió en gira a todos los minerales: Calama, Chuquicamata, El Salvador, Andina, El Teniente, Santiago. Visitó también a muchas organizaciones que lo invitaron para que les explicara qué querían hacer como CTC, y qué les proponía este desconocido.

“En efecto, yo era un desconocido para los trabajadores y para el país. Los sindicatos querían saber quién era el que les hablaba, y por qué hablaba en la forma en que lo hacía. Cómo se atrevía a convocarlos en un momento tan difícil como el que estábamos viviendo en el país. Había que considerar que habían matado a Tucapel Jiménez, que habían mandado al exilio a Manuel Bustos junto con Alamiro Guzmán y a Cuevas, dirigente de la construcción y las mineras. La situación no era fácil.

“Estaba claro que había que informar a todos los dirigentes. El horno estaba preparado para este tipo de cosas, pero parecía que faltaba alguien que dijera ¡basta!, que se atreviera a levantar la mano para que los demás salieran detrás de él.

“Los dirigentes que estaban presentes eran experimentados, pero no eran zorros correteados como se dice. Parecían no tener la fuerza, la garra, la pachorra, la patudez para enfrentar a la dictadura. Entonces, eso hice. A lo mejor no supe apreciar el peligro que corrían mi familia y yo. No sabía qué era enfrentar una dictadura, pero lo hice no más, porque creí que como dirigente nacional era lo que tenía que hacer.

“En eso me acompañó un grupo muy importante de dirigentes del cobre como Eugenio López, Sergio Barriga, Manuel Rodríguez, el ‘Negro’ Roberto Carvajal, el ‘Chueco’ Guerra, Carlos Ogalde, Eduardo Díaz Solís, Milton Puga, Hernán Garrido. Como que me estaban esperando. Ellos me dieron la fuerza, las agallas, la voluntad, junto a Gricelda, mi señora, y mis hijos Carolina y Rodrigo, que en este tiempo tenían 9 y 7 años.

“Gracias a ellos, no tuve mayor problema. Los *viejos* avezados de los sindicatos se pusieron a mi lado y me ayudaron a iniciar juntos el recorrido del camino de las protestas pacíficas, algo que siempre planteé con fuerza, que fuera protesta pacífica, no violenta, porque de lo contrario, los únicos que ganaban eran ellos, los que tenían las armas, los regimientos, los pacos, Investigaciones, la CNI, los que tenían el poder económico y militar. Nosotros teníamos las puras manos.

“Es cierto que era muy arriesgado, pero ahí se dio algo muy especial. Como yo era un dirigente muy joven y no me conocía nadie, no se entendía cómo estaba a cargo de la organización sindical más importante del país como es la Confederación de Trabajadores del Cobre. Los de la dictadura no me conocían –a decir verdad, tampoco los dirigentes de otros sindicatos–, ni siquiera los del cobre. Como que en el gobierno me miraron por encima del hombro y dijeron, este cabro, ¿qué va a poder hacer, quién le va a hacer caso?, y me dejaron actuar”.

“Así, me vi con el camino despejado. Nadie me metió preso ni me pegaron al comienzo de las protestas. Nunca imaginé que pudieran matarme, como lo habían hecho con Tucapel Jiménez, pero, la verdad, no me amilané. Hasta ese momento, no se me pasaba por la mente que pudieran matarme o degollarme. Yo quería solo echarle pa’adelante. Aunque no conocía casi a nadie, fui ganándome la confianza de los dirigentes y fuimos haciendo las cosas. Me acuerdo que personas como Alejandro Foxley, René Cortázar, Milton Puga y otros de ese grupo decían que yo era como ‘un diamante en bruto’ que debían pulir”.

El “zorro correteado”, que empezó su vida laboral a los 14 años, reparando pan de madrugada, que luego fue carpintero, verdulero, repartidor

de pollos en una JAP, administrador de buses y que finalmente ingresa con rol de obrero a Codelco, tenía aún otra tarea pendiente: convencer a la clase media chilena a incorporarse a las protestas pacíficas cuya meta era recuperar la democracia para Chile, Vaya desafío.

17. Parte la cuenta regresiva

“El mandato que se me había entregado era claro: organizar un paro nacional de los trabajadores del cobre, y con fecha determinada, el 11 de mayo. Dicho en otras palabras, tenía 21 días para concretar la primera paralización de faenas de la gran minería en tiempos de dictadura. Era una tarea difícil, además de arriesgada. Pero en esa época no le tenía miedo a nada; no tenía conciencia de lo que era el miedo. No se me pasaba por la cabeza que me pudieran matar o mandar al exilio. Si había que organizar un paro, hagámoslo.

“Empecé a viajar de Rancagua a Santiago todos los días, de lunes a domingo. Mi vida cambió radicalmente. Una reunión tras otra, con dirigentes locales y nacionales del cobre, representantes de otras organizaciones gremiales y diversos grupos que querían expresarnos su solidaridad. Empezaron a invitarme a las embajadas, especialmente de los países de Europa Occidental, y las solicitudes de entrevistas para medios extranjeros era más de las que podía atender.

“Además la prensa nacional, alguna con más entusiasmo que otra, reproducía a diario mis declaraciones y actividades. Las oficinas de la Confederación se convirtieron en un enjambre de periodistas. Me había convertido en “persona importante”, digo persona importante entre comillas porque yo me sentía el mismo dirigente al que, una semana antes, solo conocían los *viejos* de Caletones.

“Entre esas muchas reuniones me reuní con monseñor Alfonso Baeza, quien era Vicario de la Pastoral Obrera. El contacto lo hizo Milton Puga, un fogueado dirigente demócratacristiano que, a esa fecha, se había convertido en mi secretario y consejero. Esa fue la primera de una serie de reuniones con personeros de la Iglesia Católica, que incluyeron al cardenal Silva Henríquez en un par de oportunidades.

“La Iglesia quería saber lo que estábamos haciendo y las medidas que estábamos tomando para resguardar la seguridad de los mineros el día del

paro. Siempre nos expresaron abiertamente su apoyo, pero temían que la dictadura militar nos reprimiera con violencia y produjera una matanza.

“En esos días empecé a conocer a personajes importantes del mundo político y sindical. Algunos pedían entrevistas solo para conocerme, porque estaban intrigados con este dirigente que, en nombre de los trabajadores del cobre, se atrevía a desafiar abiertamente a la dictadura. En una de esas reuniones conocí a Ricardo Hormazábal, dirigente bancario, que llegó acompañado de Jorge Donoso y Guillermo Pérez, el *Chute* Pérez.

“Ese encuentro marcó el inicio de un equipo político dentro de la Confederación. Días después aparecieron Miguel Vega, de la Coordinadora Nacional Sindical; Eduardo Ríos, que un comienzo se mostró muy despectivo; Federico Mujica de la CEPCH, un viejito chico que estaba en todas y hacía poco; José Ruiz de Giorgio, presidente de los trabajadores del petróleo, y Miguel Allende, de los empleados bancarios, entre otros connotados dirigentes gremiales.

“En medio de ese ajetreo me llegó una invitación de don Gabriel Valdés, presidente de la Democracia Cristiana. Quería reunirse conmigo. Fijamos la cita y partí al edificio Carlos V, en la calle Huérfanos, acompañado de Carlos Ogalde, que no me dejaba a sol ni sombra, Roberto Guerra, Roberto Carvajal y Sergio Barriga. Luego de que nosotros le contáramos detalladamente lo que estábamos haciendo para organizar el paro, don Gabriel nos pregunta: “¿Y ustedes creen que los trabajadores de Codelco van a acatar la paralización?”. Le contestamos que sí, ¿qué otra cosa le podíamos decir?

“Detrás de la pregunta, yo vi que don Gabriel no estaba muy entusiasmado con la idea. Me pareció entrever que, con la sagacidad de un viejo político, temía la eventualidad de un fracaso que terminara robusteciendo a los militares. Pero, en ningún momento, nos pidió que depusiéramos el paro. Muy por el contrario, nos dio su respaldo, pero pidió que actuáramos con mesura, que minimizáramos los riesgos. Al igual que la Iglesia, temía que se produjera una matanza.

“Otra invitación que recibí en esos días provino del cardenal Silva Henríquez. Me invitó a la celebración del Día de los Trabajadores, el 1 de mayo, que se iba a celebrar en la iglesia de La Gratitud Nacional, en la Alameda con Cumming. Llegué al templo junto con monseñor Baeza y cuando vamos caminando por el pasillo central hacia nuestras ubicaciones, se produce un tremendo aplauso. La verdad es que no entendía lo que estaba pasando. El recibimiento me confundió y no sabía cómo responder.

“Mi bochorno pasó cuando vi al Cardenal que salía a recibirme con los brazos extendidos. Su abrazo cariñoso me tranquilizó. Otro abrazo que recibí con mucho agrado fue el don Clotario Blest, a quien no conocía hasta ese momento, y a cuyo lado tuve el honor de estar sentado durante la ceremonia. Con el tiempo, he llegado a conclusión que la invitación y el abrazo de don Raúl fueron la forma de dar su bendición pública al movimiento que encabezábamos.

“Ese día 1 de mayo empezó la etapa final de la cuenta regresiva. Nos quedaban solo diez días. La primera decisión fue recorrer los minerales para informar a los trabajadores de la marcha de los preparativos y detectar su disposición a acatar el paro. El balance fue positivo, los mineros estaban cuadrados con la paralización y nada hacía suponer que se echaran atrás en el último momento.

“Nuestros temores o dudas no decían relación con la actitud de los trabajadores que parecían dispuestos a todo, sino con los informes que empezamos a recibir por distintas vías, incluyendo la Iglesia: el Gobierno está preparando la ocupación militar de los minerales en las horas previas al paro. Eso nos hizo pensar que las advertencias que habíamos recibido podían ser justificadas. La ocupación militar de los minerales podía traer consigo un enfrentamiento con los trabajadores y concluir en una matanza.

“En medio de esos temores, decidimos ir a conversar con don Narciso Irureta. No recuerdo a quien se le ocurrió, pero nos pareció bien escuchar sus opiniones. Yo no lo conocía, pero en nuestro medio tenía fama de ser un hombre serio y ponderado. Nos juntamos en su casa. Yo llegué en compañía de Ricardo Hormazábal y dos dirigentes de la Confederación. Uno de ellos era Roberto Guerra. Fue en esa reunión y luego de sopesar la posible pérdida de vidas humanas, que yo tomé la decisión de suspender el paro. Los dirigentes me respaldaron de inmediato y don Narciso se mostró complacido de que primara la responsabilidad y que además estuviéramos dispuestos a pagar el costo político que, con toda seguridad, nos iba a traer la suspensión”.

18. La estrategia

Francamente, nadie creía posible que la clase media chilena pudiera o quisiera incorporarse a las protestas, pues se pensaba que era reacia a estas convocatorias. “Yo nunca pensé ni imaginé que la clase media pudiera participar”, reconoce Seguel. “Francamente, nadie lo creía. Yo no conocía a nadie de los medios del transporte, del comercio, de Asexma, de la Confederación de la Producción y el Comercio, pero participaron. Y de una forma tan masiva que a todos nos sorprendió. Hay que recordar que la clase media también estaba afectada por la grave situación económica que se vivía, y eso tiene mucho que ver en la expresión popular.

“En realidad, fueron tres las situaciones que estuvieron presentes. Primero, lo afectados que estaban los trabajadores en general por los malos tratos que recibían de los dictadores; luego, la situación económica que perjudicaba a las pequeñas y medianas empresas, y, lo más importante, los graves atentados a los derechos humanos cometidos por la dictadura. Todo eso había que unirlo para la convocatoria y eso hicimos”.

Pero, para lograr la mayor adhesión posible, era necesario desarrollar una estrategia adecuada, novedosa, inexistente hasta ese momento. Esa tarea la encargó Seguel, muy reservadamente, a un grupo de asesores y dirigentes solicitándoles que idearan la propuesta.

En definitiva cinco de ellos -José Ruiz di Giorgio, Santiago Pereira, Guillermo Pérez Vega, Jorge Donoso Pacheco y Luis Eduardo Thayer Morel- en una larga reunión llevada a cabo en la sede de un organismo de asesoría sindical, concordaron la propuesta que se entregaría al Consejo Ejecutivo de la CTC, en especial, a Rodolfo Seguel, su presidente, y a Roberto Carvajal, su secretario general. En las protestas siguientes, a ese comité se agregaron asesores de otras federaciones de distintos colores políticos para mejorar la coordinación y fortalecer al movimiento.

La idea propuesta fue convocar a una “Gran Jornada de Protesta Nacional” durante 24 horas, que incorporara no solo a los trabajadores del cobre, sino a la ciudadanía en su totalidad.

Así fue como se propusieron las siguientes formas de protestar:

1. No enviar a los niños al Colegio; no comprar;
2. Realizar Asambleas sindicales y estudiantiles en la Universidades;
3. No entrar a los comedores a quienes concurrían con viandas llevadas desde la casa;
4. Marcha lenta de los vehículos retrasando o deteniendo el tránsito;
5. Tocar bocinas durante el día. Paros de brazos caídos y trabajo lento;
6. Tocar las cacerolas a las 20:00 horas con el fin de reconocerse entre los vecinos y vencer los miedos y temores que se infundía desde los aparatos represivos de la dictadura cívico-militar.

Esa idea fue aprobada por el Ejecutivo de la CTC y dada a conocer al resto de las organizaciones que ya se constituían como el Comando Nacional de Trabajadores. Así el 7 de mayo se informó que el día 11 se llevaría a efecto la “Gran Jornada de Protesta Nacional”, dando a conocer el instructivo que se difundió por fotocopias por todo el país. Se sentían las ganas de protestar por quienes repartían y recibían clandestinamente el instructivo que estaba prohibido difundirlo a la prensa.

Parece que los astros se juntaron todos y la protesta resultó muy bien. Como que el país estaba esperando que alguien lo convocara para salir a la calle. “Era tal la desesperación y el deseo que existía de manifestarse”, dice Seguel, “que la gente no temió expresarse. Y fueron muchos los que lo hicieron. El 12 de mayo, al día siguiente de esa primera protesta, llegó un mar de periodistas nacionales e internacionales a la sede de la CTC para registrar nuestras opiniones y saber de nuestros planes. Al verlos, pensé: en qué estamos metidos, qué está pasando aquí”.

“Para nosotros, que haya participado tanta gente, que la clase media se hubiera incorporado a tal nivel junto a los trabajadores, pobladores y otros sectores sociales nos dio fuerza, en ese momento, para realizar un fuerte anuncio: continuar mes a mes con las protestas, hasta que se fuera la dictadura. Pienso que ese llamado fue un nuevo acierto que tuve, a pesar de mi inexperiencia como dirigente”.

Sin embargo, el acierto principal fue realizar una multitudinaria y variada manifestación pacífica que dejó asombrada a la dictadura, a los propios manifestantes y a la opinión pública nacional e internacional. “La idea que se comunicó a la gente fue que actuara como de costumbre, pacíficamente, pero sin mandar a los niños al colegio, no yendo a hacer trámites a las oficinas públicas, que las dueñas de casa no hicieran compras, que los automovilistas tocaran sus bocinas, que hubiera paralización de actividades como se hizo en Codelco, en El Teniente y El Salvador, que otros trabajaran lento o con brazos caídos, y por la noche, desde sus casas, que las familias hicieran sonar las cacerolas. Y eso fue lo que pasó. En la mayoría de las ciudades del país”.

19. Militares sorprendidos

“Los milicos no supieron qué hacer”, continúa Seguel. “Fueron tomados de sorpresa porque no hubo violencia. Ellos nunca se imaginaron que eso podía ocurrir y con tanta convocatoria. Espontáneamente hubo unas pocas barricadas y algunas fogatas en poblaciones, con palos y neumáticos, pero esas fueron manifestaciones de alegría ciudadana, sin violencia. Los militares no se prepararon para este levantamiento popular pacífico. Como nunca llamamos a nada violento, fuimos creciendo y ordenándonos. Pero ellos se dieron cuenta de lo que estaba pasando, que esto de las protestas era muy grande, algo incontrolable para la dictadura, entonces la represión fue fuerte. Hay que recordar que cuando el criminal de Pinochet habla en mi contra y de mis compañeros, parecía que me querían matar, porque la organización sindical había tomado mucha fuerza y gran credibilidad”.

Otro factor sorprendente fue que esta manifestación se ideó, organizó y gestionó con escasos recursos, sin apoyo del extranjero. “Para la primera convocatoria nada. Todo fue una cuestión nuestra”, aclara el sindicalista, “de la Confederación de Trabajadores del Cobre que presidía, de la Coordinadora Nacional Sindical, algo del Frente Unitario de Trabajadores, FUT, de la Cepch de Federico Mujica, algo de la Anef, el petróleo con ese gran dirigente que fue José Ruiz de Giorgio, los bancarios de Miguel Allende, Ricardo Hormazábal. Entre todos juntamos los recursos para publicidad, que eran unos pocos panfletos, lo principal era el boca a boca, y los pocos mensajes que podíamos transmitir a través de algunos medios que desafiaban a la dictadura. De ayuda internacional, nada de nada, esa llegó más adelante”.

De los soplones infiltrados ni se preocuparon. “Nunca se nos pasó por la mente que los hubiera. Tienen que haber habido porque eran como ratas que estaban en todas partes y seguramente les llevaron la información que recolectaban. Pero como a la dictadura no le interesaba lo que hiciéramos nosotros, porque no me creían capaz de llevar adelante este movimiento con la CTC, por lo tanto, no sé si había soplones infiltrados en nuestra organización”.

“Los minerales sí estaban llenos de militares. Eran cientos de soldados a los que veías en todas partes, no era un camión de milicos y nada más. Eran tropas que llevaron de Antofagasta a Calama, de Copiapó a El Salvador, Los Andes lo cubrieron, igual en El Teniente. Esa fue la razón por la cual cambié el paro nacional por protesta, por el evidente peligro de que se produjera el desastre.”

“Mirado en la perspectiva del tiempo, se podría decir que la primera protesta no tuvo organización. Si bien es cierto que la habíamos convocado los trabajadores del cobre y que cientos de organizaciones sindicales, profesionales, vecinales y estudiantiles le dieron su apoyo, el cambio de estrategia se produjo tres o cuatro días antes del 11 de mayo. No había tiempo para planificar una organización. Nosotros solo pudimos imprimir unos cuantos miles de volantes con las instrucciones para las actividades que podían realizarse el día de la protesta, incluyendo el cacerolazo a partir de las 20:00 horas. Importante fueron los rayados de muralla que realizaron jóvenes de las poblaciones en la oscuridad de la noche, desafiando la creciente vigilancia policial. Y un papel vital jugaron los medios de comunicación, en especial los que valientemente se alineaban en la oposición a la dictadura militar.

“Con todas las cartas ya jugadas, el día de la protesta llegamos casi de madrugada a la Confederación y decidimos ponernos las zapatillas. Físicamente nos pusimos calzado deportivo y salimos a recorrer Santiago a pie. Habíamos aparecido tanto en la televisión y los diarios que la gente nos reconocía y nos entregaba entusiastas muestras de afecto. Esa era una buena señal. Pudimos comprobar que ya al mediodía muchos establecimientos comerciales empezaron a bajar sus cortinas, en parte por la falta de trabajadores, en parte por la ausencia de compradores. El transporte colectivo comenzó a menguar después de almuerzo y en la tarde casi no existía. Cuando regresamos a la Confederación, nos informaron que el panorama en regiones era muy similar. Hasta ese momento, la protesta estaba funcionando.

“Cuando se hizo de noche, Garrido y yo nos fuimos caminando por el paseo Huérfanos hasta el Hotel Panamericano. Habíamos decidido quedarnos en Santiago por lo que pudiera ocurrir. El centro estaba desierto. No más nos instalamos en nuestras respectivas habitaciones, se empezaron a escuchar los primeros cacerolazos. Al comienzo eran un poco tímidos, pero con el correr de los minutos fueron aumentando de intensidad. No lo podíamos creer, estábamos frente al Ministerio del Trabajo y a un par de cuadras de La Moneda y los cacerolazos resonaban entre los edificios. Asomados a las ventanas, gritábamos de satisfacción y alegría.

“Esa noche fue muy poco lo que dormimos. Nos pasamos horas viendo televisión y escuchando radios, especialmente la Cooperativa que estaba transmitiendo desde las poblaciones. Así supimos que el cacerolazo había sido ensordecedor tanto en los sectores populares como en los de clase media. También nos enteramos de que en algunas poblaciones la gente había salido a la calle e instalado barricadas para impedir el ingreso de los carabineros y militares que el gobierno había mandado a reprimir las manifestaciones”.

20. Quincheros contra cacerolas

Al interior del grupo que acompañó a Seguel en esta primera protesta, la gran sorpresa que tuvieron fue la enorme magnitud del apoyo que recibieron. Lo singular fue que el llamado se hizo desde una organización sindical, la CTC, que por primera vez invitaba a sumarse no sólo a trabajadores, sino también a profesionales, clase media y estudiantes. Lo increíble fue el eco, jamás esperado, que tuvo la convocatoria y que se expresó al anochecer en un cacerolazo que ningún oído sordo pudo dejar de escuchar.

Un miembro de ese grupo, el abogado Luis Eduardo Thayer, relata lo que le sucedió a él y familia.

“Por supuesto participamos en familia, en esa época con María Olivia Monckeberg y sus hijos mayores, primero, tocando cacerolas; después un balón de gas con un fierro para acallar los parlantes con música de Los Huasos Quincheros” que un vecino, Roberto Guerrero⁸ hacía sonar a todo volumen, y, por último, en auto por las calles de Vitacura, Las Condes y La Reina, llenas de gente, hasta que fuimos detenidos por carabineros quienes nos retuvieron un par de horas en la Comisaría Lo Castillo y de la que no nos fuimos hasta recuperar las cacerolas, muy abolladas, que tenía requisadas el oficial de guardia sobre su mesón tras un estrado.

“El éxito de la protesta motivó que en la última conferencia de prensa, ya en la noche de ese día martes 11 de mayo, se dejase convocada la segunda gran jornada de protesta para el 11 de junio siguiente. Creo que ese segundo-llamamiento “instantáneo” fue un aviso al gobierno de la decisión de llevar adelante el sentir de la primera convocatoria: ¡¡Que se vaya Pinochet!!, ¡¡Que venga la democracia!!, ¡¡Y va a caer...!!, eran los gritos de la gente.

“La gran observación política, sin embargo, fue que el liderazgo de Seguel salió de los márgenes de los Sindicatos de cobre para, de un día para otro, transformarse en un líder social a nivel nacional y prontamente a nivel internacional.

Respecto de la protección que se debía dar al nuevo líder opositor –y considerando lo sucedido a Tucapel Jiménez– Thayer revela que después del éxito de la primera protesta, “siempre se corría peligro, las amenazas eran frecuentes; pero aprendimos que éstas no debían importarnos, porque no se ejecutaban. Andar libremente por la calle daba más protección que andar buscando lugares escondidos...”

“Al día siguiente, en las oficinas de la Confederación se congregó un mar humano. Reinaba la alegría. Di muchos abrazos a gente que jamás había conocido; me imagino que eran dirigentes de las muchas organizaciones que se habían sumado espontáneamente al movimiento. Al leer los informes que daban cuenta de la participación masiva en las actividades de protesta y comprobar el estado de ánimo que reinaba entre nosotros, me di cuenta de que Chile había cambiado, que el país no era el mismo que habíamos conocido hasta ese 11 de mayo de 1983. Y, como dije en la conferencia de prensa que dimos ese mediodía, la protesta había conseguido perforar el dique de la dictadura. La dictadura militar había empezado a hacer agua.

⁸ Roberto Guerrero del Río, vecino de la familia Thayer en 1983, fue un abogado socio del exministro de Pinochet y dirigente UDI Jovino Novoa, ambos mencionados en el escándalo de las boletas y facturas falsas usadas en SQM para financiar las actividades del gremialismo, el célebre “caso Penta”. Guerrero del Río también fue rector de la Universidad Finis Terrae, de 1988 a 1996.

21. Luces al final del túnel

El éxito alcanzado por los organizadores de esa primera Protesta sorprendió por igual a partidarios y opositores a la dictadura. La apuesta de Seguel y sus colaboradores era riesgosa: convocar masivamente a opositores que habían guardado silencio, durante 10 años, sin que se supiera con certeza si lo hacían temerosos de la represión o porque apoyaban a la “dictadura militar”, según lo proclamaban los medios adictos al régimen.

Que se llamara a la población a manifestarse casi en privado y en forma repentina por un desconocido sindicalista, hicieron a muchos pronosticar un fracaso seguro.

Por ello, el asombro empezó a registrarse desde la misma mañana del 11 de mayo de 1983, al constatarse notoria disminución de personas en las calles, ausencia de estudiantes en colegios y universidades, menos público en oficinas estatales y baja de clientela en los comercios. Creció el impacto al mediodía, con los bocinazos en las esquinas y al anochecer, con el bullicio de sartenes, cucharones y cacerolas.

Testimonio de aquello dejaron destacados políticos, sindicalistas y reporteros para este libro.

MANUEL SALAZAR SALVO

“Edwards no lo podía creer”

Por esos días, varios periodistas jóvenes que escribían en El Mercurio –y no podían publicar en el diario todo lo que reportaban, por la censura– sí lo hacían en un boletín clandestino que editaban en el Colegio de Periodistas. Ahí daban cuenta de las actividades de la oposición y tenían numerosos contactos con otras organizaciones gremiales y sindicales. Sabían perfectamente quién era Seguel y la gente que lo acompañaba en El Teniente, en el CNT y en

la Democracia Cristiana. Y que contaba, además, con el apoyo de dos hombres claves en ese tiempo en la Pastoral Obrera: Jorge Donoso y Enrique Correa.

Uno de esos jóvenes cronistas, Manuel Salazar Salvo, revela que nadie imaginó en esos momentos las repercusiones que tendrían las protestas que encabezó el sindicalista Seguel. “Fue muy impresionante para todos. Recuerdo que, para la segunda protesta, Agustín Edwards salió del diario con sus escoltas, en varios autos, a mirar lo que ocurría. Al regreso, nos decía que no podía creerlo, pero que era verdad...”

¿La dictadura menospreció a Seguel? “Pienso que no creían que fuera posible que pudiera lograr lo que obtuvo. Incluso, estimo que la clase política también lo miró en menos. Como que a muchos no les gustó su irrupción. Temían que se les fuera de las manos. Ahora, con las protestas, sin duda hubo un cambio de ánimo en la ciudadanía. La gente supo que no estaba sola, que eran miles, cientos de miles y más”.

RICARDO LAGOS ESCOBAR

“Vía pacífica, camino sensato”

El expresidente Ricardo Lagos Escobar, que integraba en 1983 el grupo de altos dirigentes políticos opositores a la dictadura –al igual que Gabriel Valdés, Enrique Silva Cimma, Patricio Aylwin y otros– estaba intrigado cuando supo del cambio de paro del cobre a protesta nacional. “¿Qué es eso, protesta nacional?”, le pregunta directamente al sindicalista. Éste le explica que para evitar la represión que preparaban los militares contra el Paro del Cobre, discurrieron el cambio, invitando además a otros gremios y organizaciones sociales.

Lo fundamental: es que sea una manifestación pacífica, le dice. La idea es que, en sus casas, la gente toque las cacerolas durante el toque de queda, sin salir a la calle, que al mediodía hagan sonar las bocinas de sus autos en la calle, en fin, se trata de una protesta ciudadana. La instrucción era que la gente no se expusiera a la represión.

“Seamos claros: Seguel emerge como presidente de un movimiento sindical, es un hombre nuevo, que nadie conoce, pero que actúa con mucha fuerza, con mucha decisión”, señala Ricardo Lagos, haciendo memoria de esos días.

“Recuerdo que ese día de la protesta iba camino a mi casa y en unos conjuntos de departamentos, había gente de clase media, de clase media modesta, y había un ruido ensordecedor que nadie sabía lo que era, y eran las protestas. Y fue la primera vez que escuché una protesta. Quien la planteó, quien tuvo la idea, fue Rodolfo.

“Alguien decía que en la política, para que se tenga éxito, debe llegar la idea en el momento adecuado; y el éxito en las protestas estuvo determinado por la forma de enfrentar una dictadura en forma pacífica, cuando había una gran oscuridad y no se sabía cómo hacerlo. Algunos pensaban que se podía hacer por la venia de las armas, pero la gente intuía que por ahí no iba el mejor camino. El escogido por Seguel fue el más sensato”.

ARTURO MARTÍNEZ MOLINA **“La fundamental vocación unitaria”**

Arturo Martínez Molina, el histórico dirigente sindical, expresidente de la CUT desde el 2000 al 2012, fue secretario general del Comando Nacional de Trabajadores y colaboró muy de cerca con Rodolfo Seguel en toda la lucha que significó abrir el camino a la democracia. “Rodolfo llegó en el momento preciso, cuando nos empezábamos a rearmar y articular en el sindicalismo la lucha contra la dictadura. Seguel, con su vocación unitaria, le dio el impulso que se requería”, reconoce.

Aclara que, en su gran mayoría “nunca los sindicalistas pensamos que la forma de derrocar a la dictadura fuera la vía armada. Teníamos la convicción, igual que Seguel, de que la vía no violenta era viable. Ese era un momento político en que la dictadura administraba una crisis económica, había un fuerte malestar ciudadano, por lo que era de esperar que una acción de protesta pacífica podía tener adhesión, aunque nos sorprendió lo masivo de la convocatoria.

“Su valentía para encabezar el movimiento y la mística que puso en esa lucha política fueron los más destacados atributos de Seguel”.

Lamenta, eso sí, que la clase política se haya apoderado de lo que significó esa entrega generosa “y se olvidó de los que pusieron su esfuerzo y se arriesgaron, de los que no se escondían para convocar y que una y otra vez fueron encarcelados y relegados. Pero más que con los dirigentes, la deuda

es con el sindicalismo y con los trabajadores en materia de derechos sindicales y laborales, y las promesas que nunca cumplieron”.

ASCANIO CAVALLO CASTRO **“La dictadura los subvaloró”**

El columnista, escritor y redactor político Ascanio Cavallo Castro, al recordar estos acontecimientos, apunta a un hecho pocas veces mencionado: “Me temo que hace años se viene enseñando a los jóvenes chilenos una historia distinta de la que conocimos, Casi ninguno de sus verdaderos protagonistas es recordado como se debería”, dice explicando por qué Rodolfo Seguel circula por Santiago como un perfecto “NN”.

“Cuando emerge su liderazgo en 1983, sabíamos que era un dirigente sindical del cobre que había destacado por su valentía y su carisma, pero muy poco más. Al momento de plantear su estrategia de protesta pacífica la creímos factible, porque salimos a reportear y había ambiente para ella. Pero el resultado fue mucho mayor a lo esperado.

“Creo que la dictadura lo subvaloró a él y a todo el movimiento del cobre, en cambio me parece que Valdés, Aylwin y otros de esa época lo valoraban mucho, aunque de todos modos, fue superior a lo previsto. Gracias a este movimiento, sobre todo luego de las primeras protestas, se rompió parcialmente el miedo. Pero las últimas creo que desalentaron a mucha gente. Entre otras cosas, porque ya no se veía a Seguel y dirigentes como él, sino más bien al Frente Patriótico Manuel Rodríguez y al MIR”.

EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE **“Fue un momento clave”**

El expresidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle tiene una postura bien definida. “Asumir que las protestas ciudadanas eran la mejor forma de manifestar el rechazo a la grave crisis política, económica y social que afectaba al país, fue uno de los momentos clave en la lucha por recuperar la democracia”.

“Muchos estábamos convencidos que ese era el camino más adecuado, ya que la violencia era condenada por la mayor parte de la ciudadanía y solo fortalecía al gobierno.

“En esa estrategia, Rodolfo Seguel cumplió un papel muy importante, enfrentándose al gobierno dictatorial con gran valentía y firmeza, en su rol de presidente de la Confederación de Trabajadores del Cobre y liderando a cientos de miles de chilenos que le perdieron el miedo a la represión.

“De esta manera, quedó demostrado que la movilización pacífica de la ciudadanía podía tener éxito y de hecho fue un gran éxito. En ellas se comenzó a gestar lo que después sería la Concertación de Partidos por la Democracia”.

SERGIO CAMPOS ULLOA **“La vía pacífica se legitimó”**

El académico, periodista, conductor de radio Cooperativa y Premio Nacional de Periodismo, Sergio Campos Ulloa, fue uno de los difusores claves de las actividades de los sindicalistas en 1983.

“La ciudadanía se atrevió a protestar e hizo sentir su rechazo al régimen represivo, mediante caceroleos en sus domicilios, en las calles y plazas públicas. Fue tal el éxito de la protesta que casi el 80% de los chilenos participó. La vía pacífica y ciudadana se legitimó”.

“El movimiento encabezado por los líderes del cobre fue de gran impacto entre los chilenos y tuvo repercusión internacional. Las fuerzas represivas quedaron sorprendidas por la magnitud de la movilización social. Quien la encabezó se transformó en un líder carismático, ya que supo expresar el descontento ciudadano en un Chile donde la pobreza llegó al 40% y se atropellaron brutalmente los DDHH.

“A través de la Radio Cooperativa, informamos minuto a minuto de la movilización que ocurrió de Arica a Magallanes. Es decir se socializó la información y eso permitió que los ciudadanos salieran del letargo y comenzaran a organizarse masivamente para desplazar del poder a la dictadura cívico-militar”.

GUILLERMO TEILLIER DEL VALLE
“Creímos en todas las formas de lucha”

Guillermo Teillier del Valle es profesor de Castellano, escritor y desde hace 14 años se le conoce por su condición de presidente del Partido Comunista chileno. Es diputado desde 2010.

“Sabíamos que para derrotar a la dictadura había que recorrer un camino difícil, que no bastaba solo con las protestas, había que debilitar a la dictadura. Fueron muchos años de esas luchas de debilitamiento del régimen en el cual contribuyeron varios factores.

“Sin embargo, por sobre todo creíamos en que la gente se organizara y protestara, porque mientras más masiva y organizadamente lo hacía, era mejor. Las protestas ciudadanas, que empezaron en los años 80, fueron, entonces, de vital importancia para llevar la lucha contra la dictadura”.

“Pienso que las protestas asumieron muchos riesgos. No eran tan pacíficas, sino que también tenían aspectos de confrontación aguda por la propias respuestas que tenía el régimen, y la gente se identificaba. Ahora, si usted me dice si creíamos nosotros, en aquel momento, si sería posible tener éxito a través de la protesta, nosotros si creíamos en eso. Por eso participábamos de lleno, contribuyendo.

“Nosotros, como Partido Comunista, no hacíamos gran separación respecto a las formas de lucha que tomaba el pueblo por sacar a la dictadura. Nosotros aplicamos el principio de la rebelión popular, que pasa a ser el derecho a la rebelión, y actuábamos con todas las formas de lucha, desde las formas de masas a las más restringidas, que podían ser acciones armadas o de otro tipo.

“Creo que hay una deuda del país pendiente con Seguel, la misma que aun existe con tantos miles de chilenos y chilenas que dieron la vida por esa lucha, otros a los cuales ni siquiera los conocemos y que estuvieron muy firmes en esa batalla, y yo creo que debe reconocérseles, es necesario”.

EUGENIO LÓPEZ LÓPEZ
“El pueblo no soportaba más”

El dirigente sindical del cobre, expresidente de la Zonal El Teniente y de otras organizaciones sindicales durante la dictadura, Eugenio López López, reconoce que tuvo duras palabras contra Seguel cuando éste descarta el Paro Nacional del Cobre y lo transforma en una considerada débil protesta pacífica contra el dictador.

Pero al ver los resultados de la convocatoria, todo cambió. “No solo yo fui el sorprendido por el tamaño de la protesta, que reunió a más de 2.500.000 personas a lo largo de Chile, sino todo el mundo. La gente salió a manifestar su descontento con la dictadura. El pueblo ya no soportaba más las violaciones a los derechos laborales y sindicales, no soportaba más las muertes, relegaciones y exilio. La situación económica era muy difícil. Por cierto, los más sorprendidos fueron Pinochet y sus ministros, que no esperaban una reacción tan grande del pueblo a contar de este momento y con gente en las calles.

“La dictadura busca dar un giro político a las movilizaciones y trae a uno de sus embajadores que estaba en Argentina, Sergio Onofre Jarpa, para hacerse cargo del Ministerio del interior, quien debutó con los militares en las calles y con más de una veintena de asesinados en una de las protestas.

“Uno de los mayores atributos de Seguel, sin duda, fue su valentía y coraje para ponerse a la cabeza de esta organización, crear nuevos vínculos y sobre todo ser una persona creíble, que inspiraba confianza para desarrollar una lucha contra el dictador más grande de la historia de Chile”.

FERNANDO PAULSEN SILVA
“Terminé tocando cacerolas”

El periodista Fernando Paulsen Silva, por ese tiempo redactor de la revista opositora Análisis y de su informativo audiovisual Teleanálisis, hoy en CNN Chile, señala que “el destino de Chile hubiera sido muy distinto sin esa irrupción de los trabajadores del cobre en 1983 y sus líderes, entre quienes Rodolfo Seguel es su máxima expresión. Pinochet, como quería su Constitución, podría haber gobernado mucho tiempo más”.

Y relata su experiencia personal: “Como la instrucción era ‘proteste como pueda’, yo y mi esposa de entonces decidimos salir a la terraza y ondear una bandera chilena. Como vimos que otros tocaban cacerolas, contra mi parecer porque pensaba que esas eran un símbolo de derecha, terminé tocándolas, entendiendo que era un signo de protesta de cualquier mal ejercicio del gobierno.

“Yo vivía entonces en la comuna de Providencia, cerca de la Avenida Costanera, y realmente no podía creer la cantidad de gente que salió a la calle y que tocaba cacerolas. Fue mi primera percepción de que la oposición a la dictadura era, significativamente, más numerosa que la de quienes la apoyaban”.

JORGE BURGOS VARELA

“Esa gesta articuló a la oposición”

En esos días de protesta, el abogado, exministro de Defensa e Interior, y exdiputado DC, Jorge Burgos Varela, era un activo dirigente estudiantil, y como tal colaboró en la organización de las manifestaciones. Así describió el ambiente previo y posterior a esas jornadas.

“Como que había una sensación poco esperanzadora, sobre todo al principio, pero, a poco andar, la voluntad que mostraron Seguel y otros, el apoyo que recibieron de las directivas de los partidos políticos y de los colegios profesionales, fue transformando al movimiento en una movilización de tremenda convocatoria durante ese 1983. Tengo la impresión de que fue de tal magnitud, que muchos creímos que, sobre esa base, íbamos a lograr sacar a Pinochet. Esa gesta articuló a la oposición y le dio mucha fuerza”.

MARIA ANTONIETA SAA DIAZ

“Fue increíble, maravilloso, emocionante”

Para quien fuera presidenta de la Asamblea de la Civilidad y fundadora de la Concertación de Mujeres por la Democracia, la profesora de castellano María Antonieta Saa Díaz, el apoyo de la gente en esa primera protesta

la emocionó: “Yo estaba cerca de las torres de Carlos Antúnez con Providencia y se sentían los cacelrazos. Fue increíble, maravilloso, algo muy emocionante”.

“La protesta de las mujeres fue grande, porque tuvimos un destacado protagonismo. Cuando salimos a la calle las mujeres, para que eligieran entre dictadura y democracia, los hombres se atribuyeron el movimiento, que se llamaba ‘Las Mujeres por la Vida’..

“Seguel y Manuel Bustos fueron decisivos en el movimiento social, pero no hay que menospreciar a las mujeres. Nosotras estuvimos desde antes del 83, como aquella vez en que formulamos llamados para concurrir al Caupolicán a escuchar a Frei Montalva. También fue muy decisiva la María Rozas”.

MARÍA OLIVIA MONCKEBERG PARDO

“Empezaba el fin de la dictadura”

La periodista, académica y escritora María Olivia Monckeberg Pardo, Premio Nacional de Periodismo 2009, formó parte del “anillo chico” de asesores de Rodolfo Seguel. Considera que las protestas fueron “la respuesta unitaria a un estado de cosas que no daba para más, tanto por la represión política existente, los atropellos a los derechos humanos como por la situación económica y social deplorable”.

“Una de esas noches de protesta tuve el privilegio de acompañar junto a otros amigos a Rodolfo en un recorrido en auto -de incógnito- por diferentes barrios de Santiago, mientras seguían sonando las cacerolas más allá de lo previsto y se generaban manifestaciones diversas en respuesta a su llamado.

“A esa altura, ya los medios internacionales daban cuenta de lo que estaba ocurriendo en Chile, sin duda un hito en la historia del país que ya soportaba casi diez años de dictadura. Un hecho que cambió el estado de ánimo colectivo de los opositores y que nos hizo pensar que la opresiva dictadura podía tener fin”.

RAÚL MONTECINOS ROSALES

“Chile está en deuda”

En el mundo sindical se recuerda con pasión lo sucedido en aquellos años. Raúl Montecinos Rosales, dirigente de la CTC, compañero de Seguel en la lucha contra la dictadura, entrega su versión de los hechos:

“Cuando se llevan a cabo movilizaciones como las del 83, se tiende a pensar en una persona, un líder al cual sigue la masa, pero en los hechos, insisto, es la acción conjunta de un grupo, de un colectivo, en que cada uno tiene una responsabilidad y un rol que cumplir. No son las personalidades, sino la organización la que está en juego.

“La rebelión que se expresó en el paro de los trabajadores del cobre tiene sus causas en una suma de factores, siendo Seguel uno de ellos, pero estaba el ejemplo de muchos luchadores, hombres y mujeres, que se arriesgaron, entre ellos muchos que cayeron luchando, como el propio Presidente Allende.

“El país tiene deudas pendientes con Seguel y demás dirigentes del cobre, pero también con los miles de hombres y mujeres que lucharon desde distintos sectores, las organizaciones de pobladores, los obreros industriales, los intelectuales conscientes, los estudiantes, los artistas, la iglesia del cardenal Silva Henríquez. Y sobre todo, con los perseguidos, torturados y asesinados por las fuerzas represivas, que hasta el día de hoy en gran medida permanecen impunes”.

CARMEN FREI RUIZ-TAGLE

“Era el primero en estar ahí, presente”

La exsenadora Carmen Frei Ruiz-Tagle considera que la principal virtud de Seguel fue ser capaz de convocar a personalidades muy distintas, “que comprendieron que, a través de un movimiento como el que él planteaba, íbamos a ser capaces de salir de la dictadura. Además, era una persona que convocaba y que participaba de todo. No se quedaba tranquilo viendo lo que hacíamos los demás, sino todo lo contrario. Nos motivaba, pero era el primero en estar presente. Por eso también estuvo detenido,

recibió amenazas y al final, por su valentía, logró que salieran los trabajadores a la calle”.

“Rodolfo llegó en un momento en que había mucho desconcierto, temor y creo que logró lo que parecía imposible, aglutinarnos en ideas que en ese momento comenzamos a verlas factibles.

“Destaco la tremenda valentía, de él y su señora, porque los vi participar activamente y sin miedo salían a la calle, a pesar de las amenazas. Trabajamos mucho con él porque, –tal vez no lo recuerda mucho la gente– las primeras que salimos a la calle a manifestarnos contra los abusos fuimos las mujeres y con Rodolfo nos sentimos siempre acompañadas. Él fue el que motivó a la gente diciendo que, si las mujeres podían, cómo no iban a poder ellos, los trabajadores, los estudiantes. Y ahí se fue armando todo un movimiento de no violencia”.

22. Los volvimos locos

El generalizado estallido de la protesta de ese miércoles 11 de mayo sorprendió a los políticos. También al régimen. Golpeado de sorpresa, éste quedó perplejo. La parálisis duró solo dos días. A 48 horas del cacerolazo, la dictadura suspendió las transmisiones de radio Cooperativa y La Voz de la Costa, una radio disidente de Osorno, sufrió un atentado en su antena transmisora.

Pero lo más grave lo sufrió el pueblo capitalino: efectivos de la Guarnición de Santiago allanaron cinco poblaciones del área sur, sacaron de sus viviendas a unos diez mil pobladores y los llevaron a canchas de fútbol previamente alambradas, para realizar un humillante control de identidad. Fueron extremadamente violentos con los detenidos, a los que golpearon brutalmente porque veían en ellos a personas que les habían perdido el miedo. “Esa fue una muestra de desesperación de la dictadura, que no sabía qué hacer para enfrentarnos, ya que no usábamos nada violento en contra de ellos. No tenían contra quién pelear y no sabían qué hacer”, dice Seguel.

Cuatro días después, la Corte Suprema, siguiendo la tradición, elige de presidente al magistrado de mayor antigüedad, Rafael Retamal. Éste, en su discurso inaugural, dice que “las protestas son legítimas”. Pinochet estalla en cólera. El jueves 19, reunió al gabinete y a los altos mandos e hizo un enfurecido discurso contra los políticos. Denunció “un plan soviético” para dañar su imagen y fustigó a la dirigencia partidaria que se escondía –según él– tras los trabajadores para promover el desorden.

“Lo que más parecía molestarle a Pinochet”, dice Seguel, “era que yo no fuera comunista sino demócratacristiano, y que yo apoyara al sindicalista polaco Lech Walesa, declarado adversario del gobierno comunista de su país, para que se le otorgara el Premio Nobel de la Paz, a cuya entrega en Oslo me invitarían las autoridades noruegas posteriormente. Fue tal el desconcierto de la dictadura que hasta un cantito inventaron, supongo, para afectar mi credibilidad: ‘qué tiene Seguel, qué tiene Seguel, que son los co-

munistas los que andan con él'. La verdad es que los volvimos locos, y ésa era la idea, volverlos locos.

“Era fácil suponer lo difícil que sería organizar una masiva demostración de repudio a un régimen tan amenazante como el de Pinochet, pero fue posible porque la dictadura jamás creyó que ésta tuviera éxito. Por ejemplo, no se registraron amenazas previas contra mí ni mi familia.

“En la primera protesta no hubo nada de eso. Sí, había dirigentes sindicales que me decían que me estaban siguiendo, pero no recuerdo amenazas, pero sí pienso que estábamos siendo vigilados.

“En cuanto a las dificultades para informar de esta convocatoria al país pudimos resolverlas porque lo que planteamos era algo novedoso. “Hay que recordar que del 19 al 21 de abril del 83 salimos del congreso de Punta de Tralca dando a conocer a la opinión pública que íbamos a realizar un paro nacional del cobre. Eso fue como despertar al país, porque ahí se supo que algo iba a pasar el 11 de mayo.

“Se fueron sumando todos los gremios. Los sindicatos empiezan a informar a sus bases, la pequeña y mediana empresa comienzan a saber, los empresarios, la clase media también.

“Aquí hay que destacar, con toda nobleza, el rol que jugaron los medios de comunicación que, aunque censurados, se arriesgaron a informar. La radio Cooperativa, por ejemplo, que fue un baluarte de este movimiento; escuchar sus tambores era anuncio de que algo importante estaba pasando. También la radio Chilena, que pertenecía a la Iglesia en esos tiempos y en menor medida la radio Santiago.

“Se agregaron la revista Hoy, con cuyo director, Emilio Filippi, desayuné varias veces antes de la primera protesta, y también Apsi, Análisis y Cauce, con tremendos periodistas como Felipe Pozo, el gran Fernando Paulsen y otros. También cabe mencionar a la revista Mensaje, de los jesuitas, cuyo apoyo junto al de la Iglesia Católica chilena fueron fundamentales.

“Había matices editoriales en todas estas revistas, que las hacían diferentes entre sí, pero todas eran publicaciones de clara oposición a la dictadura, luchadoras, valientes, cada una en su estilo. Uno no puede dejar de reconocer a sus periodistas.

“Los medios de TV también dieron la noticia, recuerdo, como criticándola, porque estaban férreamente controlados por la dictadura, pero

finalmente igual informaron. Especialmente el Canal 11 en esa época, con destacados periodistas que se atrevían a dar las noticias. Creo que fue un gesto de gallardía de esos valientes profesionales, que no temieron informar al país de lo que ocurrió, no solo en la primera protesta, sino también en las restantes. Ellos tienen un rol muy importante en la caída del régimen militar. La prensa chilena merece todo nuestro reconocimiento, todos nuestros elogios, por haber sido valientes, jugados, audaces. Entre ellos Francisco Castillo, el periodista que escribe este libro.

“También debo reconocer a más profesionales de los medios comprometidos con la causa, como María Olivia Monckeberg, que fue la persona que me enseñó mucho a manejarme con la prensa y a Patricia Verdugo, una mujer que dejó su vida por los derechos humanos. Al director de noticias de la radio Chilena, Guillermo Hormazábal, a Oscar Reyes periodista de Canal 11, a los reporteros de Fortín Mapocho. Además, a los destacados profesionales de radio Cooperativa Silvia Yermani, Sergio Campos y Benito Limardo Casanova, corresponsal éste del cobre chileno en la Región de O’higgins, un tremendo baluarte. Él siempre me apoyó; Benito Limardo falleció recientemente. Todos ellos debieron soportar censuras, clausuras y despidos. La cúpula completa de Prensa de Canal 11 que en la época pertenecía a la Universidad de Chile, fue exonerada entre Pascua y Año Nuevo de 1984.

“La inmensa mayoría de los periodistas que cubrían el sector laboral de la época nos apoyaron, salvo algunos de TVN que parece que tenían orden de atacarnos mí y al movimiento, de la peor de las formas, y siempre nos trataron muy mal. En cambio La Tercera, que a veces nos pegaba y otras veces no, era bien raro, pero entregaba la información. El Mercurio por supuesto nos sacaba la mierda, Las Últimas Noticias publicaba más cosas que el principal diario de los Edwards.

“Hubo un camarógrafo independiente, corresponsal de la TV europea y estadounidense, Raúl Cuevas, que fue muy importante en la información que se entregó al extranjero, un luchador, un valiente. Fue muy importante en el proceso, desde el principio hasta el final. Nunca me dejó solo. Un tremendo hombre.

“En suma, para la prensa de la época, un siete, siete, siete. No hay nada que decir, me siento orgulloso de ella. Siempre estuve rodeado de profesionales del periodismo que también querían el fin de la dictadura, todos estuvieron muy cerca de nosotros y de mí. Por lo tanto, mi reconocimiento y agradecimiento a todos los medios de comunicación y a la prensa libre.

“Además de los medios, hay que destacar a los estudiantes universitarios y secundarios, más los pobladores, juntas de vecinos. Todos eran muy importantes para llevar las noticias a los barrios, a las comunas más apartadas, a las aulas, lo que se llama el boca a boca, ‘el teléfono personal’. También la Iglesia Católica, que posee una red de información muy poderosa, que pocos tienen en el país, en la que participaron sus curas y feligreses, quienes en esos años fueron una voz de alerta muy grande. En todas sus misas y reuniones daban cuenta de las protestas y anunciaban las que vendrían. Los curas de la época eran decentes, honestos, trabajadores y luchadores, de los cuales uno se siente orgulloso”.

La prensa en días siguientes a esa primera protesta confirmó que, pese al carácter pacífico de la manifestación ciudadana, se registró la muerte de dos jóvenes víctimas de baleos en las poblaciones La Victoria y Lo Plaza, que hubo decenas de heridos y 600 personas fueron detenidas por las fuerzas represoras.

23. Seguel y Bustos, perdidos

“La estrategia que definimos fue dar la pelea en forma abierta, a cara descubierta y manos limpias, y no en forma clandestina”, refiere Luis Eduardo Thayer. “Ciertamente tuvimos eventos imprevistos, como aquella vez en que secuestraron a Seguel la noche después de una de las protestas. Todos negaron haberlo detenido, sin embargo, al otro día en la mañana, supimos que estaba en Investigaciones. Sospechamos que la idea era echarlo del país. Pero, pareciera que a última hora el gobierno desistió, porque debió calcular que el costo podría ser mayor...”

“Seguel estuvo preso muchas veces. La generalidad de ellas por Ley de Seguridad del Estado. Una vez por ofensas a Pinochet por declaraciones al diario Excelsior de México, las que tituló de la siguiente forma: “Seguel: Jamás le daría la mano a Pinochet, porque las tiene manchadas con sangre”. Por esa expresión, formulada en los primeros días de septiembre de 1983, fue castigado con cárcel. En protesta, Rodolfo inició una huelga de hambre.

“Ese hecho desencadenó una gran movilización en que la protesta de septiembre sirvió para que se fuera generando un movimiento de ayunos y huelgas de hambre en distintos lugares de Chile. Llegados los días del 18 de septiembre, era tan creciente movimiento de huelgas de hambre que Pinochet, tras un pedido del Arzobispo de Santiago, Juan Francisco Fresno, decidió desistir de la acción judicial en contra de Seguel. Rodolfo fue liberado después de 10 días de ayuno; sólo bebió agua, bajó 1 kilo por día.

“Como sabíamos que éramos objeto de seguimientos, nos protegíamos con música a todo volumen cuando la conversa era reservada... Y cuando queríamos que oyeran, jugábamos a dar pistas falsas como usar nombres de algunos civiles cercanos al gobierno que aparecieran como informantes nuestros. Incluso, hubo sapos infiltrados a quienes detectamos y los hicimos transmitir falsedades o despistes.

“A pesar de los cuidados que teníamos, una vez se nos ‘perdieron’ Seguel y Manuel Bustos, tipo hora de almuerzo, mientras los abogados de la CTC

esperábamos que salieran las órdenes de detención por un nuevo requerimiento del ministerio del Interior. La idea era acompañarlos a presentarse al tribunal. Los buscamos sin encontrarlos,

“Fue como a las 18:30 que recibí un llamado de mi casa a la oficina. No había celulares en esos años, y fue la pregunta insistente de uno de mis niños sobre si iba a ir con él a hacer compras al supermercado, lo que me alumbró. Y partimos, creo que con Rafael Carvallo o Mario Márquez, a mi casa. Y ahí estaban los dos dirigentes que habían llegado a almorzar, diciendo que preferían esperarnos ahí, pero habían decidido no entregarse y fondearse con el fin de demostrar que no estaban dispuestos a entrar y salir de la cárcel a cada rato. Así fue ‘y la tierra se los tragó’ durante dos días...

“Cuando estuvieron dispuestos a entregarse, la Corte se llenó de policías para detenerlos antes y llevárselos. Concordamos entonces con Jaime Hales y Roberto Garretón estudiar la forma en que se entregaran sin ser detenidos. Observamos los movimientos policiales y nos percatamos que los guardias que cubrían todas las puertas de la Corte, más de 100, empezaban a llegar a las 8:00 horas y se instalaban a tomar café en las cercanías... Entonces, el operativo fue que Seguel y Bustos llegasen a las 7:45 horas en un “pan de molde”, sin ventanas, a esa hora.

“Contactaron a un desenvuelto joven que manejó el pequeño furgón de marca Subaru esa mañana. Su nombre: Gerardo Hormazábal Lagos. Sus buscados pasajeros descendieron en calle Morandé y cruzaron la vereda. Los esperábamos junto a Senén Conejeros, periodista de radio Chilena. Entramos con ellos a la Corte por la puerta del Conservador de Bienes Raíces, que en ese tiempo estaba en el subterráneo de la Corte. Una vez dentro, con Roberto Garretón los llevamos hasta la oficina del jefe de Gabinete del Presidente de la Corte Suprema don Rafael Retamal, que llegaba día a día a las 7.30 a leer el diario.

“Nos presentamos ante él y le pedimos que llamara a Retamal. Éste, de inmediato, los puso bajo protección de Gendarmería y ordenó que esperaran en su oficina a que llegara el ministro en visita que llevaba la causa.

“Conejeros, en tanto, había aprovechado de entrevistarlos. Se fue a la radio a despachar la noticia. En media hora se llenó de prensa, que había escuchado el anuncio de Conejeros: ¡habían aparecido los sindicalistas! Seguel y Bustos dieron una conferencia de más de media hora, ¡en la mismísima oficina del presidente de la Corte Suprema!

“La operación previa de dar ‘el pase’ al pan de molde en dos esquinas anteriores, confirmando que los policías estaban ausentes, estuvo a cargo de los abogados Gabriel Ascencio, Jaime Hales y Luis Toro.

“Dejo testimonio que el primer periodista en llegar a los 20 minutos que Senén Conejeros diera los avisos a los auditores, fue Mario Gómez López, un gran reportero que transmitió en directo a su radio, desde el teléfono directo del propio presidente de la Corte Suprema”.

24. Tanquetas en la parrillada

Otro de los momentos tensos vividos por Seguel, esta vez junto a toda la familia, ocurrió en una noche de viernes, en Rancagua, en agosto de 1983, durante una cena en un restorán ubicado a orillas de la carretera. Allí Rodolfo se vio envuelto en una fiera discusión a gritos con la primera autoridad regional, el coronel de Ejército Eduardo Silva, la que terminó bajo la amenaza de las armas y con su pequeño Suzuki Fronte rodeado de tanquetas.

“Fue después de un acto sindical en el que participó Radomiro Tomic en Rancagua. Rodolfo nos lleva a la Parrillada Lizana con los niños”, relata la esposa del sindicalista. “Al fondo del salón principal, celebraban en una mesa grande muchos hombres bulliciosos, encabezados por el intendente de O’Higgins, Eduardo Silva, un militar de alto rango. Se apreciaba que estaban pasados de copas. Había otro par de mesas ocupadas por unas pocas parejas. De pronto, desde una de ellas, un muchacho reconoce a Rodolfo y empieza a insultarnos. ‘Hay mal olor aquí, está hediondo’, nos decía en evidente estado de ebriedad, y avivaba con entusiasmo a la mesa grande. Se pone de pie y los saluda con el brazo extendido, a lo Hitler. Las autoridades –que eso eran– celebran la ocurrencia mientras continuaban las provocaciones hacia nosotros.

“En ese clima, mi hijo le pide ayuda a Rodolfo para una tarea de colegio. La profesora les había pedido que averiguaran quién era el representante del Presidente en Rancagua. Rodolfo, a quien ya le hervía la sangre, toma al niño, se pone de pie, y lo lleva frente al intendente Silva. ‘El representante en regiones del Presidente es el Intendente. Pero eso es en democracia. ¡Míralo bien, hijo, este no es un legítimo intendente; es el representante de una dictadura, que me ha metido preso a mí, que los ha amenazado a ustedes, que ha matado a mucha gente; que nunca se te olvide, hijo!’”

“Quedó la grande. Silva empieza a gritar. El muchacho de los insultos vocifera ‘¡van a morir como ratas!, ¡ustedes le expropiaron el fundo a mi

papá en Rengo!». A mi hija se le caen las lágrimas encima del postre. Yo le digo, no llore hijita, usted es valiente, es una Seguel. Rodolfo, viendo que estábamos corriendo peligro, va al mesón, pide teléfono y llama a Mario Márquez, dirigente de Derechos Humanos de Rancagua, quien al rato llega con el dirigente sindical Eduardo Díaz, y Eugenio López, otro dirigente del cobre. Venían con garrotes en las manos, ‘por si las moscas’ nos dijeron.

“¡Trajiste a tus guardaespaldas!, le grita el intendente. ¡Yo también tengo quien me defienda!, le dice a Rodolfo. Y en eso llegan cuatro camiones con militares, otras cinco camionetas con carabineros y dos tanquetas. ‘¡Yo no necesito guardaespaldas!’, le responde Rodolfo al intendente, ‘pero tú vas a necesitar ayuda, porque vas a pagar por esto.’ ¡Sargento, proceda!, ordena el intendente a un suboficial bajito, que dice, ‘perdone señor Seguel, es mi pega’. Rodolfo estaba eufórico. ‘Vámonos de aquí’, dice, paga la cuenta y salimos.

“Pero el Suzuki estaba bloqueado por las tanquetas. Rodolfo se asoma por la ventanilla y les grita a los militares: ¡Saquen esas gueás de ahí, que me voy yendo pa’ mi casa. Háganse a un lado! Increíblemente, los carros de asalto se echaron atrás y nos abrieron camino”.

Testigo del incidente fue Eugenio López, expresidente de la Zonal El Teniente: “Seguel demostró en ese momento su tremenda valentía y coraje. Se vio enfrentado a un grupo de unas 20 personas, alcaldes y otras autoridades del régimen que acompañaban al Intendente Eduardo Silva, el que, en su borrachera junto a sus acompañantes empezaron a lanzar ofensas y agresiones de palabra a Rodolfo.

“Rodolfo se acerca a la mesa para manifestarle al intendente sus reproches, en un tono muy fuerte. Silva, fiel al estilo militar, no acepta que lo increpen, y llama al regimiento. En menos de 3 minutos el comedor se llenó de un centenar de militares, con fusiles y metralletas, además de policías y agentes de seguridad que amenazaban a Seguel. Uno de los alcaldes, de apellido Masferrer⁹ y que posteriormente en democracia fue diputado, amenazó con pistola a Seguel. Se origina una disputa entre ellos, sobre meter preso a Rodolfo o dejarlo libre.

“En ese intertanto, Mario Márquez avisaba a la Comisión de Derechos Humanos de Santiago. Los civiles presentes gritaban alarmados, las mujeres lloraban, todo el mundo estaba atemorizado. Esta fue una de las experiencias más fuertes que me tocó vivir en esa época, ya que pensamos que podían acribillarnos a todos juntos”.

⁹ El dirigente López se refiere al ex alcalde de Las Cabras y exdiputado UDI, Juan Masferrer Pellizzari, graduado como técnico en motores a reacción en la Escuela de Especialidades de la FACH, fallecido en 2017 a la edad de 77 años. En 1990, Masferrer se encuentra con Seguel al coincidir ambos como diputados en el Congreso Nacional, y le pidió excusas por el altercado. Seguel las aceptó.

25. Discurso transparente

El expresidente Ricardo Lagos Escobar considera que el gran aporte de Seguel en estas instancias fue ver con claridad un camino posible para recuperar la democracia. “En ese sentido, Rodolfo tiene razón al estar tranquilo con su conciencia, porque fue leal a sus ideas, fue capaz de pensar, de actuar de acuerdo a su pensamiento, y que sus acciones fueran acorde a sus pensamientos. Esa consecuencia creo que la ciudadanía la entendió muy bien.

“Es difícil imaginar cómo se hubiera escrito la historia sin la existencia de esas protestas. Éstas estaban en el ambiente, pero es él quien las interpreta, las encarna, las plantea. Es Rodolfo quien tuvo la idea.

“Básicamente, en primer lugar, su discurso fue muy transparente. En consecuencia, se nota el grado de compromiso con lo que está diciendo, y la confianza que le tenía a su estrategia pacífica para enfrentar una dictadura que, a esas alturas, estaba pasando por momentos muy duros. De hecho, la economía chilena había caído 12 o 14% y los indicadores económicos eran malos y la gente lo sentía en el bolsillo. Con la crisis del 81-82, aumentaron mucho los despidos, y por ende los desempleos.

“Entonces, había razones para la indignación. Creo que Rodolfo supo encaminar ese enfado en elementos positivos pacíficos y no confrontaciones. Y eso yo creo que fue lo que le dio el espacio que tuvo en el futuro. Después hubo otras propuestas que quisieron hacerse con un signo más político, pero no fue lo mismo.

“Lo único que los militares sabían hacer era responder con violencia. Sacaban tanques a la calle y sus efectivos armados empezaron a hacer esas redadas masivas que pintó tan magistralmente Nemesio Antúnez, cuando iban a una población y todos los varones mayores de 15 a 60 años tenían que ir a la cancha de fútbol, donde los sometían a humillantes revisiones.

“Ciertamente colaboramos con él y con su equipo de sindicalistas durante todo ese periodo. Ocurre que esto tiene lugar desde abril del 83 y un mes antes, en marzo, había salido un manifiesto democrático donde se plantearon las primeras demandas. Luego vino una organización muy nuestra, la Alianza Democrática, propiciada por un grupo de la DC. Los socialistas estábamos divididos en varias facciones, pero había una muy importante que entendía que, a través de un movimiento pacífico, las cosas se podían solucionar. Ahí, entonces, se produjo una coincidencia de estrategias, por así decirlo, y desde ahí se comenzó a trabajar con Rodolfo.

“Después fueron surgiendo otros entes, como la Asamblea de la Civilidad años después, pero el punto de partida fue esa convocatoria de huelga de los trabajadores del cobre de Rodolfo, que después devino en las protestas ciudadanas como se vio.

“Seguel entendió que su elección como dirigente nacional de los trabajadores del cobre le daba una responsabilidad y como no había prácticamente otro movimiento sindical con ese grado de organización, fue natural que asumiera como la auténtica voz de los trabajadores. A partir de ahí, él entendió una forma de protesta que no es solamente de los trabajadores, también es de sectores de clase media que se sintieron interpretados e interpelados por lo que decía Rodolfo.

“En cuanto a si existen deudas pendientes en reconocer a quienes protagonizaron la gesta de recuperación de la democracia, pienso que sí las hay, y muchas. Rodolfo tuvo la notoriedad propia del dirigente, pero aquellos que lo siguieron también son héroes. No sigamos ignorándolos. Son los héroes que no aparecen en un primer plano, pero también lo son, porque se requería coraje para hacer sonar las cacerolas incluso en tu casa, porque había temor a que te tomaran preso. Entonces yo creo que efectivamente Seguel fue una persona importante para ver este camino para recuperar la democracia”.

26. El grito del cobre

En el transcurso de este relato, en varias oportunidades se ha hecho referencia a la oposición de algunos dirigentes, en particular vinculados al Partido Comunista, de usar métodos pacíficos para enfrentar a la dictadura. No se confiaba en su eficacia. Se debatía el tema, porque no había consenso.

María Olivia Monckeberg aclara que, aunque la mayor parte del PC y sectores del Partido Socialista y del MIR estaban en esa postura, también se apoyaba la movilización social unitaria de todos los opositores a la dictadura. Y en ese sentido, “Rodolfo Seguel representó un importante liderazgo no solo para los demócratacristianos, precisamente porque encarnó aquella ‘unidad política y social del pueblo’, anunciada en la campaña presidencial del 70 por el DC Radomiro Tomic.

“La Confederación de Trabajadores del Cobre era la más poderosa organización sindical del país, en momentos en que Codelco, la principal empresa estatal era la única que explotaba el mineral. Sus dirigentes eran elegidos por sus bases y representaban a los diferentes sectores políticos.

“Antes de Seguel, como se ha dicho, fue presidente de la CTC Emilio Torres, también demócratacristiano, que había diseñado un camino unitario y activo en sus demandas. Pero debió dejar el mando en enero de 1983. En ese escenario llegó Seguel, quien sorprendió desde los primeros días en que asumió su cargo por su decidida personalidad.

“Estuve presente en la asamblea que se efectuó en Rancagua el 21 de abril de 1983, donde Seguel, a nombre de los trabajadores del cobre, llamó a un paro nacional para el 11 de mayo. Lo novedoso fue que el grito del cobre fue por democracia y justicia.

“Posteriormente, diversas organizaciones sindicales, entre ellas la Federación de Trabajadores del Petróleo, encabezada por José Ruiz Di Giorgio –también DC, quien años después en democracia llegó a ser senador–, los

trabajadores textiles, los metalúrgicos, los profesores, los bancarios y los de la construcción apoyaron el llamado a paro del cobre.

“No obstante, las presiones no se hicieron esperar. En particular fueron significativos los recados recibidos a través de la embajada de Estados Unidos, que advertían a los sindicalistas que si iban al paro, tanques del Ejército rodearían la mina de Chuquimata con impredecibles consecuencias.

“Fue así como Seguel, con el amplio apoyo de los dirigentes sindicales del cobre y de las demás ramas, convocó a la Primera Protesta para esa noche histórica del 11 de mayo de 1983.

“Las protestas que se iniciaron esa jornada, fueron justamente la respuesta unitaria a un estado de cosas que no daba para más, tanto por la represión política existente, los atropellos a los derechos humanos como por la situación económica y social deplorable.

“En todo momento vi a Rodolfo asumir su responsabilidad como dirigente con valentía, claridad de objetivos y entereza. Y con la confianza de que el llamado tendría eco. A sus palabras se sumaron rápidamente los estudiantes universitarios que por aquellos años empezaban a organizarse en las universidades intervenidas por la dictadura, dirigentes de poblaciones del amplio arco político opositor, lo mismo que dirigentes de colegios profesionales que empezaban a democratizarse y organizaciones de derechos humanos.

“El 11 de mayo fue un día especial a lo largo del país. Se distribuyó un instructivo que fue elaborado con el apoyo de organizaciones que respaldaban a los trabajadores, el cual circuló de mano en mano -en tiempos que no había internet, ni celulares ni whatsapp- y llamaba a no mandar a los niños al colegio y a tocar cacerolas a las ocho de la noche.

“Los periodistas opositores al régimen colaboramos en la difusión del instructivo y en buscar la aparición de noticias tanto en las pocas radios y revistas opositoras como a través de la prensa extranjera.

“El resultado fue notable. El ritmo de actividad en las ciudades bajó. Hubo manifestaciones en las intervenidas universidades. Y a las 8 en punto estalló el impactante ruido de las cacerolas”.

27. Ecos en el exterior

A estas alturas de la revuelta pacífica chilena, la nueva situación del país era seguida con muchísima atención en el extranjero, particularmente en Europa en los ámbitos político y sindical. Llamaba especialmente la atención que la lucha por recuperar la democracia en Chile la encabezara un dirigente sindical y no un líder político.

“Recién en la segunda protesta mi oficina estaba llena de corresponsales extranjeros que querían saber quiénes éramos, por qué actuábamos de la forma en que lo hacíamos y también comenzó a llegar la solidaridad de los dirigentes sindicales de todo el mundo”, recuerda el sindicalista.

“La primera que se hizo presente fue la CIOSL, Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, con sede en Bruselas, donde nosotros teníamos un chileno que trabajaba ahí y que era muy solidario con nosotros, Juan Manuel Sepúlveda. También estaba Manuel Bustos, quien a pesar de estar exiliado por la dictadura en Italia, desde allá trabajaba en la rearticulación del movimiento sindical chileno. Él fue una persona muy importante, muy clave en lo que pasa después.

“También fue clave el trabajo de los periodistas extranjeros que tenían contacto con las radios chilenas, las cuales les informaban lo que estaba ocurriendo, noticias que ellos difundían en sus países y después rebotaban y se conocían en Chile.

“De hecho, la iglesia con el cardenal Silva Henríquez y monseñor Alfonso Baeza mantenían informado a Su Santidad el Papa, Juan Pablo Segundo, sobre todo lo que estaba pasando en Chile, tema que detallaré más adelante cuando hablemos sobre los encuentros que tuve con Su Santidad”.

El chileno Agustín Muñoz Vergara, sociólogo, especialista de la Organización Internacional del Trabajo, OIT, en Sociología Laboral y Relaciones Profesionales, diplomado en las universidades francesas París I (Pantheon-Sorbonne) y París IV (París Sorbonne), militante socialista, fue de

los primeros en la OIT en prestar atención al sorprendente rol que estaba cumpliendo en Chile Rodolfo Seguel, un “benjamín” en las grandes ligas del sindicalismo mundial.

Sus investigaciones las publicó Muñoz en el libro “Visión de los Sindicatos Chilenos: Treinta Años de Relaciones Profesionales” (París, 1985). En esta obra alude al meteórico ascenso del joven sindicalista que lideró desde la Confederación chilena de Trabajadores del Cobre la lucha pacífica contra la dictadura en la primera mitad de la década de los ’80.

Nos dice el sociólogo, desde la capital francesa, que a comienzos de los años ’80 el movimiento sindical chileno se observaba débil y dividido, en que cualquier intento de oposición era reprimido por la dictadura con dureza contra los dirigentes sindicales, a quienes se castiga con cárcel, golpizas, relegaciones, expulsión del país, llegando incluso al asesinato del presidente de la ANEF, Tucapel Jiménez”.

Todo lo anterior, hasta que surge “un nuevo protagonista, con bastante poder de convocatoria, que comienza paulatinamente a liderar las nuevas actividades de la Confederación de Trabajadores del Cobre, CTC: Rodolfo Seguel Molina”.

“El sindicalista Seguel logra, a través de sus acciones de oposición a la dictadura, imponer su liderazgo a pesar de su juventud, liderazgo que se consolida con las protestas y los paros nacionales. Por ello, su figura concita una fuerte atención del sindicalismo internacional y genera satisfacción de ver que sindicalistas jóvenes asumen los valores democráticos”.

Apunta el sociólogo que “es necesario recordar que en esos días la mayoría de los dirigentes históricos chilenos estaban presos, asesinados o en el exilio. Por ello, la actividad sindical era casi inexistente. A partir de 1979 se comienza a reactivar y aparecen figuras demócratacristianas: Manuel Bustos, José Ruiz Di Giorgio, Ernesto Vogel, Rodolfo Seguel, María Rozas, Diego Olivares, Miguel Vega; socialistas como Manuel Dinamarca, Arturo Martínez, Víctor Hugo Gac, Fanor Verdugo, Luis Gutiérrez, Manuel Jiménez e independientes como Tucapel Jiménez, Federico Mujica o Hernol Flores, además de los comunistas Héctor Cuevas, Alamiro Guzmán o Juan Gianelli, entre otros”.

Consigna Muñoz que el sindicalismo internacional, a través de las organizaciones de la época como la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), Confederación Mundial del Trabajo (CMT), Federación Sindical Mundial (FSM), Unión Internacional de Tra-

bajadores de la Alimentación (UITA), habían seguido desde el golpe de estado con mucho interés la evolución política y social chilena, aportando solidaridad moral y apoyo a los movimientos y dirigentes que iban surgiendo en Chile.

Y destaca que Seguel aunque sólo tenía 29 años cuando fue elegido presidente de la CTC, “a partir de ese momento, inicia un gran actividad que lo hará ocupar el primer plano de la noticia nacional y mundial. Ha sido detenido varias veces, apaleado y relegado. Ello no le ha impedido continuar su lucha por la democracia. Ha estado presente en todas las manifestaciones de protesta contra el régimen militar. Su vocación de demócrata lo ha hecho solidarizar con todos los pueblos que se rebelan contra las tiranías, como en el caso de los polacos”¹⁰.

El experto OIT cierra su visión sobre lo hecho por Seguel citando a la revista noruega *El Mundo del Trabajo Libre*, que entrevistó al sindicalista sobre las semejanzas y diferencias entre la dictaduras chilena y polaca, a lo cual respondió que siendo una de derecha y la otra de izquierda eran lo mismo: ambas no respetaban los derechos humanos ni los derechos de los trabajadores. Y cuando le consultan sobre qué Chile le gustaría ver, el rancagüino contestaba: *“Me gustaría en primer término un Chile en que los chilenos puedan mirarse de frente, sin vergüenza; un Chile en el que los chilenos se sientan libres, sin temor; un Chile democrático y justo, que restablezca el orden que hoy no existe”*.

“Cuando haya democracia”, agregaba Seguel, “tendremos que asumir una gran tarea: asegurarse que todos los chilenos estén dispuestos a trabajar por el mantenimiento de una democracia estable y que nunca más vuelva a suceder lo que ocurrió con los militares; que los acontecimientos no lleguen jamás a este extremo”.

¹⁰ Muñoz se refería al apoyo brindado por Seguel a la lucha de Lech Walesa en Polonia contra el régimen dictatorial del general Wojciech Witold Jaruzelski. La prensa mundial, en esos años, se refería al sindicalista Seguel como “el Lech Walesa chileno”.

28. La visión académica

La irrupción del movimiento sindical liderado por Seguel generó consecuencias en todos los ámbitos. Incluyendo por cierto el académico. Institutos universitarios y centros de estudios sociales dedicaron tiempo, recursos y espacios para el análisis político y sociológico de este fenómeno.

Lo sorprendente fue que se juntaron dirigentes de trabajadores interactuando con intelectuales e investigadores sociales, “algo que los militares golpistas jamás imaginaron”, dice Seguel.

También se les unieron, desde el principio, los dirigentes estudiantiles universitarios, “con los cuales hasta el día de hoy, mantengo relación”, agrega el sindicalista. “Puedo mencionar a Humberto Burotto, Yerko Ljubetic, Germán Quintana, Tomás Jocelyn-Holt, a muchachos de todas las universidades, pues me reuní con todos ellos para dar esta pelea. Eso nadie lo puede desmentir. Hasta el día de hoy tengo relación con muchos de ellos”.

El sociólogo Patricio Frías Fernández publicó en mayo de 1985 un estudio para el Centro de Estudios del Desarrollo, CED, en el que analiza el “huracán Seguel”.

Señala que a pocos días de la primera Protesta nacional, nace el CNT (Comando Nacional de Trabajadores), bajo la presidencia de Rodolfo Seguel. Dicho comando se define como “expresión de la unidad de acción de los trabajadores chilenos, encaminado al restablecimiento de la democracia en nuestro país, y del libre ejercicio de los derechos sindicales y ciudadanos”. Gracias a su aparición “se consigue el ensanchamiento de espacios para el surgimiento de otros sectores sociales y políticos que suman fuerzas en una movilización que apunta al restablecimiento del régimen democrático”.

Reconoce el CED que el movimiento sindical ha jugado los roles de crear las bases de un movimiento social de resistencia y dinamizar la acción de los partidos, al desarrollar las sucesivas jornadas de protesta ciudadana.

Sin embargo, no estuvo en condiciones de encauzar y dirigir aquella movilización. “Ello pone de manifiesto la difícil reconstitución de la trama social atomizada tras diez años de dictadura, así como las brechas existentes entre dirigentes y dirigidos, por una parte, y por otra, entre los sectores laborales organizados y el resto de los actores sociales”, sostiene.

Seguel está de acuerdo con el académico: “Frías tiene razón. Nuestra convocatoria tuvo una adhesión tan masiva de trabajadores, estudiantes, pobladores, empresarios, colegios profesionales y dirigentes de partidos políticos democráticos que resultó muy difícil tener una dirección centralizada. Fueron muchísimas las personas que se ofrecieron para ayudar y nosotros no le negamos el paso a nadie. En cuanto a los políticos, ellos mismos se dieron cuenta de que ingresaban atrasados, pero lo hicieron. Apenas se incorporaban les pedíamos que asumieran responsabilidades, ya que había sido demasiado el tiempo en que habían estado ausentes”.

El estudio del CED, a la vez, destaca otro elemento positivo en lo hecho por los sindicalistas: actuar siempre buscando los consensos y respetando el pluralismo, lo que siempre había sido difícil de alcanzar, especialmente luego de las polarizaciones precedentes. “La dirigencia política ha comprendido que debe responder prioritariamente a los intereses concretos de sus dirigidos, antes que embarcarse en discusiones sobre divergencias doctrinarias”, afirman.

Añade Seguel una cruda explicación: “Al principio, cuando planteamos y llevamos a cabo la primera de las protestas, sufrimos la indiferencia y hasta el menosprecio de la clase política, no solo de los que estaban con la dictadura, también desde quienes se oponían a ella. Los sindicalistas veíamos en los que creíamos cercanos que estaban aplastados por una especie de cobardía moral muy profunda. En lo personal, me los imaginaba como a esos señores que van al Club Hípico a ver correr a los caballos desde sus palcos, mientras miraban lo que hacíamos nosotros, enfrentando la represión en las calles. Ellos solo observaban. Finalmente, comprendieron y se sumaron a nuestra iniciativa, como afirma Frías; fue un apoyo importante, aunque tardío.

“Por esos días, tuvimos mucho contacto con organizaciones académicas, centros de estudios, diplomáticos. Con estos últimos, el contacto fue muy importante y frecuente, porque a través de ellos recibíamos información y enviábamos nuestros mensajes al exterior, dando a conocer al mundo el desarrollo de nuestro movimiento y denunciando el castigo que recibíamos por insistir en nuestra lucha libertaria y pacífica. Hay que recordar que den-

tro del país la censura era muy estricta y poco y nada sabía la gente acerca de lo que de verdad estaba ocurriendo. Creo haber estado en casi todas las embajadas europeas y también algunas latinoamericanas. Los contactos más relevantes se hicieron con las misiones de España y Venezuela, que fueron las más colaboradoras”.

29. Primer brote de primavera

En más de 1.500 páginas, presentadas en tres volúmenes de fácil y apasionante lectura, seis investigadores narraron los casos más significativos de violación a los derechos humanos perpetrados por la dictadura, entre los años 1973 a 1983. La colección se titula “Chile: La Memoria Prohibida” (Editorial Pehuén, 1989), y fue escrita por Rodrigo Atria sobre la base de información recogida por Eugenio Ahumada, Javier Luis Egaña, Augusto Góngora, Carmen Quesney, Gustavo Saball y Gustavo Villalobos, todos integrantes de la Vicaría de la Solidaridad.

En el volumen 3, bajo el título de “El Primer Brote de Primavera”, se detalla lo hecho por Seguel desde que impensadamente tomó las riendas del corcel que iniciaba el galope que lo conduciría a recuperar la democracia arrebatada a los chilenos. En efecto, fue el “primer brote” de una primavera hasta ese momento esquiva, cuya ausencia se prolongaba ya por un decenio.

En el libro describen a Seguel como “un hombre con carisma, que no provenía de la élite político-sindical tradicional, como el resto de los dirigentes sindicales vigentes, y cuyas opiniones y actuaciones respondían más a su intuición y a su audacia que al cálculo; un hombre que, siendo militante de la Democracia Cristiana, escapaba de la racionalidad política de los partidos y que, con esas características, iba a romper esquemas y llenar un vacío de liderazgo para jugar un papel muy significativo en el curso de los años siguientes”.

Los autores presentan un extenso y detallado informe de lo que fue la primera protesta nacional, preludio de la anhelada primavera libertaria. “A Chuquicamata llegaron militares con cañones y morteros; los uniformados lanzaron panfletos contra el gobierno con la clara intención de que nos fuesen atribuidos a los mineros. En El Salvador ubicaron soldados a la altura de Llanta y Diego de Almagro. Al interior de Río Blanco, personal militar efectúa ejercicios de tiro al blanco y patrullaje en helicópteros. En

El Teniente se han desplazado tanques y jeeps artillados, llegando incluso a patrullar en Rancagua”, denunciaron los dirigentes de la CTC.

Escribe Atria: “El miércoles 11 de mayo fue un día excepcional. Por primera vez en casi una década de dictadura en Chile, el pulso del país recuperó la antigua emotividad de las épocas democráticas. La jornada comenzó con escasa presencia de micros en las calles, donde sí había sobreabundancia de carabineros y hasta tropas. El comercio abrió, pero hubo escasa venta. A las 10 de la mañana se produjeron las primeras detenciones: un grupo de 35 seminaristas y dos monjas fueron arrestados por marchar en silencio por las calles de Santiago. Más de tres mil estudiantes de las universidades de Chile y Católica efectuaron asambleas de apoyo a la Protesta”.

“En Tribunales, se congregaron unos 200 abogados que fueron reprimidos por gendarmes; hubo pugilatos y forcejeos. En las empresas hubo ‘viandazos’, trabajo lento, ausentismo. Al anochecer, desde las poblaciones al barrio alto, empiezan a sonar las cacerolas. Al principio, con timidez, pero al rato aumentó. Pobladores y dueñas de casa salieron a la calle; sonaban las bocinas; algunos hicieron barricadas. En los barrios residenciales abrieron las ventanas de sus departamentos para hacer oír mejor el caceroleo. Entonces intervino la policía, lanzando lacrimógenas a los edificios”.

“Hacia la medianoche volvió la calma. Sin embargo, hubo dos muertos: Víctor René Rodríguez Celis, de 15 años, abatido por una bala disparada por detectives cuando había salido de su casa a comprar pan, y el taxista Andrés Fuentes Sepúlveda, quien estaba en la calle cuando tres civiles bajan de un furgón policial y disparan directamente contra la víctima, según testigos. Además, hubo 350 detenidos”.

30. Desconcierto y lealtad

Dos días después de la primera protesta, el Ministro del Interior a la fecha, el general Fach, Enrique Montero Marx, declaró: “La ciudadanía ha comprobado el profundo fracaso a la instigación al paro y a las demostraciones de protesta. Los responsables deberán asumir ahora las consecuencias de su conducta delictual”. Seguel le contestó: “¡No fueron los trabajadores ni el pueblo quienes provocaron la violencia!”.

“Este no es un gobierno fascista”, clamó Pinochet en cadena nacional, “es un gobierno que trata de proteger al país del totalitarismo”. Desde la Iglesia Católica le preguntan: “¿Es necesario allanar más de seis mil hogares para encontrar a 300 delincuentes comunes? ¿Merece el pueblo más pobre que se le agregue a su dolor cotidiano la vejación gratuita de humillarlo y tratarlo en forma masiva como si fuera delincuente? ¿Se atreverían a hacer esto en otros sectores sociales? ¿Dónde queda la dignidad de todos estos humildes hermanos chilenos, que tienen ganas de trabajar, de construir una familia, de aportar a la Patria, de ser felices y respetados como cualquier ciudadano?”.

No hubo respuestas. Lo único que le importaba a la dictadura era saber qué pretendía Rusia. El propio Pinochet, el viernes 20, volvió a hablar por TV: “No hay duda, señores. Aprovechándose de la situación que vive el país, aprovechándose de esta crisis económica, aprovechándose de la ambición de algunos, aprovechándose de momentos internacionales difíciles, (Rusia) ha pretendido desarrollar una acción a nivel laboral y político para derrocar al gobierno. Esos mismos que la noche del 11 tocaban bocina, no saben lo que les espera si acaso volviera el marxismo a ocupar el gobierno”.

“Más allá del menosprecio expresado por la dictadura a la primera Protesta Nacional”, relata ‘La Memoria Prohibida’, “lo cierto fue que se transformó en un hecho de incuestionable trascendencia”. El propio gobierno intentó llegar a un diálogo, el lunes 16 de mayo, cuando convocó a una cita a dirigentes de la Unión de Trabajadores, UDT; de la ANEF y de la Central

de Empleados Particulares de Chile, Cepch, en una movida que tuvo dos lecturas: era un signo alentador o una táctica para dividir al sindicalismo. No se supo, pues los contactos fueron desahuciados.

En respuesta a esa intentona, cinco días más tarde los sindicalistas constituyen el Comando Nacional de Trabajadores, integrado por la Confederación de Trabajadores del Cobre, CTC; por la Coordinadora Nacional Sindical, CNS; por las ya mencionadas UDT y la Cepch, y por el Frente Unitario de Trabajadores, FUT. El propósito fue contribuir al restablecimiento de la democracia y del libre ejercicio de los derechos sindicales y ciudadanos. La nueva organización aseguraba una representatividad de casi el 100% de los trabajadores organizados. Su comité ejecutivo lo encabezaron Seguel (CTC), Manuel Bustos (reemplazado por Miguel Vega ya que Bustos estaba en el exilio, CNS), Eduardo Ríos (UDT), Humberto Soto (FUT) y Federico Mujica (Cepch).

A esas alturas, la forma de canalizar el descontento del pueblo en forma pacífica era de conocimiento general, a nivel nacional. Cada región iba sabiendo cuál era su situación y qué debía hacer para preparar sus convocatorias a protestar. Cada ciudad las hacía, parecidas a las de otras ciudades, pero a distintos horarios, excepto los viandazos, que se programaban siempre a la hora de la colación, no así los caceroleos o los bocinazos que podían ser al mediodía o entrada la noche.

Muy a pesar de la dictadura, el grupo de sindicalistas que rodeaban a Seguel, en su mayoría demócratacristianos, no peleaban con los comunistas. Precisa el rancagüino: “No se equivoquen: ellos son, por decirlo de alguna manera, ‘muy de sindicato’ y aceptaban todo lo que proponíamos nosotros. Fueron muy activos y colaboraron en todo. Siempre me entendí bien con ellos. Al principio, antes de la primera protesta, me molestaron con críticas porque temían que el plan no resultara; es que era algo nuevo, pero después, al darse cuenta que nosotros teníamos razón, me apoyaron en todo. Los comunistas fueron extremadamente leales.

“Y fueron más allá, porque, por ejemplo, en cada una de las elecciones sindicales o de federaciones en que postulé, los comunistas siempre me apoyaron con sus votos, que se sumaban a los de la Democracia Cristiana. Lo hacían, según me decían, porque pensaban que en cada elección Seguel tenía que sacar la primera mayoría.

“En el mundo sindical, y lo digo enfáticamente, no había problemas con los comunistas ni con nadie. Suele suceder que los políticos, cuando se me-

ten en asuntos sindicales, empiezan a enredar todo. Y supimos de aquello en esos años. De pronto aparecían las envidias de los demócratacristianos, los socialistas, los radicales, de toda una cantidad de caballeros que en sus centros de estudios hablaban más de lo que hacían. Más que nada, eran ‘pensadores’. Pero yo diría que más bien eran estudiantes en práctica de cómo enfrentar a una dictadura.

“Ellos no luchaban. Desde sus oficinas, querían decirles de todo a los militares, pero cuando salían a la calle, claro, sufrían el castigo de los represores que les daban a conocer el olor de las lacrimógenas y les pegaban. Algunos hasta fueron detenidos. Lo que es calle, calle, empezamos a manejarlas nosotros, los sindicales, los estudiantiles, los poblacionales. No eran los dirigentes políticos opositores a Pinochet los que dirigían la calle. Ellos rara vez salían, y las pocas veces que lo hicieron, al parecer les fue mal”.

31. Gricelda enfrenta a Fresno

Desde que Seguel empieza involucrarse en la lucha por volver a la democracia, no le contaba mucho de sus andanzas a la familia, “para no preocuparla”, dice. Pero eso no quería decir que su esposa fuera solo una espectadora de lo que estaba pasando. Por el contrario: Gricelda Gallegos solía tomar parte activa en la organización de las manifestaciones rancagüinas y, ocasionalmente, en Santiago, como aquella vez que encabezó la toma de la Basílica de Lourdes para exigir la libertad de Seguel, encarcelado por decisión de la dictadura luego de la quinta Protesta Nacional llevada a cabo en septiembre, y para pedir el reintegro a sus trabajos de mineros del cobre exonerados por adherir a las protestas.

“Los exonerados eran de la División Salvador de Codelco, comuna Diego de Almagro. Los habían echado por participar en las Protestas. Rodolfo estaba preso”, explica Gricelda, “y para hacer público nuestro reclamo, organicé una toma de la Catedral de Santiago, pero alguien nos delató y cuando íbamos llegando, vimos que la Plaza de Armas estaba llena de carabineros y ni acercarnos pudimos.

“Resolvimos entonces partir a la iglesia San Francisco. Lo mismo. Llegamos y de nuevo carabineros. Definitivamente, había un soplón en el grupo. Entonces, con mayor cautela, agarramos micro junto a Hernán Garrido, que era el chofer de Rodolfo, Ivonne Rozas, hermana de María Rozas, la Guillermina, eterna dirigente democratacristiana, y familiares de presos políticos. Partimos a la Basílica de Lourdes. Ahí había una misa por los detenidos desaparecidos, de quienes no se hablaba en público en aquella época. La oficiaba el padre Mariano Puga y había muchos periodistas extranjeros, lo cual a nosotros nos convenía para nuestro propósito.

“Sabíamos que había que ponerse firmes en el caso de que alguna autoridad de la Iglesia intentara impedir la toma. En efecto, cuando llegamos, estaba el arzobispo Juan Francisco Fresno cerrándonos el paso. El padre Alfonso Baeza, que estaba detrás de Fresno, me hacía señas para darme ánimo e indicarme que avanzara. No sabía qué hacer en ese momento. Entonces

alguien me empuja y no sé de dónde saqué fuerzas y le digo al arzobispo: ‘Soy católica, esposa de Rodolfo Seguel, quien está preso injustamente. Vengo a quedarme aquí para pedir su libertad, y lo hago junto a trabajadores del cobre exonerados, con quienes nos declararemos en huelga de hambre hasta que liberen a mi esposo y estos trabajadores puedan volver a sus labores.

“Al padre Alfonso se notaba que le hacía gracia la situación, pero no podía decir nada, Fresno tuvo que aguantar la palada. Nos quedamos en la Basílica. El padre Oliver, encargado de la iglesia, nos dio facilidades para quedarnos, pero nos advirtió que no podía cerrar la iglesia, pues los fieles querían ir a misa y nos dijo que debíamos prepararnos por si aparecían partidarios de Pinochet que quisieran desalojarnos y hacernos daño. Nos acomodó en la capilla bautismal, nos pasaron mantas, se transmitió todo en la radio Cooperativa: ‘Se toman Basílica de Lourdes, piden liberación de Seguel, manifestantes ayunan.’

“Como impensada jefa de la toma, tuve que negociar. En mi calidad de católica observante, no puedo hacer huelga de hambre, entonces, les dije a los sacerdotes, lo cambio por ayuno temporal. Llegamos a un acuerdo: después de cuatro días, depondríamos la toma siempre que hubiera una misa pública. Lo que pasó fue increíble. Llegó muchísima gente a la misa, que la hizo Alfonso Baeza. Se rebalsó la iglesia, hubo que poner parlantes hacia la calle, todos pidiendo la libertad de Rodolfo. En ese mismo momento, se anunció que Manuel Bustos podía regresar desde su exilio en Italia (septiembre de 1983). Estaba lleno de periodistas extranjeros”.

En semanas siguientes, Gricelda fue a un edificio ubicado en Plaza de Armas donde funcionaban oficinas de la OIT para de nuevo tomarse el recinto. “Don Klauss –no recuerdo si era su nombre o su apellido–, el jefe de la oficina representante de la OIT en Chile, nos recibió muy amablemente a quienes íbamos a la cabeza de esa acción, que buscaba liberar a dirigentes presos. Entre otros, estábamos con la esposa de José Ruiz Di Giorgio, la del dirigente comunista José Luis Figueroa, sindicalista de la Construcción, papá de Bárbara, la presidenta actual de la CUT, la mamá de Lucho Campos, de Temuco, entre otras. Era una lucha constante que había que seguir.

“Si Seguel y sus camaradas iban a la cárcel, había que luchar por su liberación. Yo no tenía miedo, para nada y de nada. Ahora no lo haría ni llorando, pero en esos años, una actuaba no más, las cosas eran así. Cuando concluyó la toma, le pedimos a don Klauss que nos sacara por un lugar

donde los carabineros no nos pudieran apresar. Nos dijo ‘yo las acompañaré; tengo fuero diplomático; no podrán hacerles nada.’ Y así fue.

“Una de las señoras que iba en la toma le bordó al representante de la OIT una arpillera en señal de agradecimiento. En ese momento, nos comunicábamos con Rodolfo por cartas y nuestro “cartero” era Luis Eduardo Thayer, abogado de Rodolfo.

“En esos años, mis hijos eran chiquitos. Recibíamos muchas amenazas. Cuando Rodolfo salía en libertad, 4 o 5 veces estuvo preso, cada vez que llegábamos a la casa en nuestro Suzuki Fronte 800 a descansar, caían piedras contra rejas y ventanas. Como Rodolfo no podía salir a exponerse, una vez agarré el auto y salí yo, muy enojada, a perseguir a los agresores. De veras, no pensaba que pudieran dispararme a mí.

“Recuerdo en otra ocasión que fue después de la primera protesta, íbamos en nuestro auto con el dirigente Eduardo Díaz y el periodista de la radio Cooperativa, Benito Limardo Casanova, y al llegar a la población Rancagua Norte nos disparan; la bala dio en una llanta, no pasó nada gracias a Dios. Todo esto ocurría de noche y sin luces para no delatar a quienes estaban en las fogatas o trincheras de protesta, por lo que no se sabía si los vehículos que se movilizaban eran a favor o en contra de los que protestaban. Era todo muy riesgoso”.

32. Riesgos y peligros

Gricelda Gallegos no se refugió en su hogar rancagüino en esos crudos meses. Por el contrario, sin que lo supiera su esposo, a veces encarcelado, otras ocupado en Santiago o recorriendo el país, participaba activamente en actos relacionados con la movilización social en Rancagua y la capital.

“En las protestas salía con dirigentes a recorrer las poblaciones para ver cómo estaba la participación de la gente. En una ocasión me tocó ser mensajera. Tenía que correr desde el sindicato, que estaba en calle Rubio con Brasil, y cubrir no sé cuántos kilómetros hasta llegar a la población Recreo para avisarle a un señor comunista en qué momento tenía que lanzar los cadenazos a los postes donde estaban los generadores para provocar los apagones. No había celulares en esa época y los teléfonos fijos eran intervenidos por la CNI. Yo podía correr porque era joven y liviana. Otras veces, debía correr a la casa de seguridad donde estaba Rodolfo, con todo apagado, no se veía ni un alma, sin linterna, tenía que ser a pie no en auto, pues me podían seguir.

“En otra ocasión, Rodolfo me trajo de regalo una enorme cartera de cuero, muy fina pero también resistente. Para puro lucirme vanidosamente, porque estaríamos en pelea con la dictadura, pero como es el dicho antes muerta que sencilla, yo tenía entonces 24 años, la llevé a una reunión del Sindicato Sewell y Minas. Se iban a planificar acciones de una nueva protesta o paro. En plena sesión, llega el aviso. ¡Viene la CNI! Los viejos estaban con cosas que iban a llevar a la manifestación.

“En medio del alboroto, siento que me abren la cartera. Todos van pasando y me echan cuestiones dentro de la cartera. Yo no decía nada. Ni preguntaba qué era. Salen todos y luego yo, muy tranquila, aparentemente. La cartera estaba pesadísima. Y yo, haciéndome la desentendida. Llego a mi casa, la reviso, y me encuentro con bolsas de miguelitos, bombas de humo, cartuchos con perdigones. Si era peligroso hasta llevar una honda.

Imagínese que me revisan. Enseguida, tuve que preocuparme de hacer desaparecer esas cuestiones, por si allanaban la casa.

“Y no es un decir, porque sufrimos un allanamiento. Llegaron de Investigaciones buscando a Rodolfo, que por supuesto no estaba. Iba a cargo un señor igualito a Jorge Rencoret, el animador del matinal de Canal 11. Me acuerdo que justo me había enviado un mensaje Rodolfo pidiendo que le tuviera preparada ropa por si se lo llevaban preso. Él nunca me decía dónde estaba. Tampoco lo hacían los que andaban con él. Eso les dije a los detectives. ‘Miren, esta es mi casa, tengo niños chicos, ustedes buscan a mi marido, ellos nada tienen que ver’, les decía. No sé de dónde sacaba las patas para enfrentar así las cosas.

“Tenemos obligación de buscar, me respondían. Entonces los dejé pasar, pidiéndoles que no los despertaran. Y así lo hicieron. Fueron cuidadosos y respetuosos. En eso se dan cuenta que al fondo hay un patio. Les advierto que allí hay un perro callejero, que había aguachado en nuestra casa, que justo esa noche se quiso quedar en el patio trasero y no en el antejardín como siempre lo hacía. Me dicen que ellos saben cómo actuar. Temí que le hicieran algo al perrito. Entra uno y se encuentra de frente con el Dinky, así se llamaba el perro, que estaba parado como fiera, con los colmillos asomados, los ojos brillantes. El policía prefirió volver sobre sus pasos. ‘No se preocupe, todo está bien’, dijo y se retiró”.

El Dinky siguió protegiendo la casa de los Seguel y a sus ocupantes, acompañando ocasionalmente a la madre de la dueña de casa, para cuidarla cuando salía a comprar cigarrillos en la noche. “Mi casa no era firme, tenía paredes de volcanita”, continúa Gricelda. “Mi temor era que entrara una bala loca y afectara a los niños. Mi vecino estaba asustado, creía que nos podrían poner una bomba. Con Rodolfo preso, decidí cambiar la muralla, hice poner ladrillos aprovechando que siempre teníamos puntos fijos.

“Había tipos vigilando nuestra casa. Eran los militares, investigaciones o CNI. Vigilaban desde un auto, frente a la puerta y lugares cercanos. Los niños, en su inocencia, me decían, ‘todavía nos están cuidando’. Yo les llevaba café y algo de comer. Ellos se sorprendían: ‘Señora, no le podemos aceptar’, pero si ustedes me ayudan a cuidar que no lleguen delincuentes, son mi protección, les decía, y les daba vuelta el asunto. De veras, prefería ver el lado bueno de las cosas. A los niños les divertía cuando nos seguían en auto.

“Varias veces fui a ver a Rodolfo a la Cárcel pública, a la Penitenciaría, y al Anexo Cárcel Capuchinos”, continúa Gricelda. “Ocasionalmente llevaba

a los niños. En una oportunidad hubo una experiencia grave y dolorosa: una funcionaria de Gendarmería violentó sexualmente a mi niña. Ella se aterrorizó tanto que esta experiencia tan terrible recién me la vino a contar no hace muchos años atrás. Hasta hoy está afectada. La desgraciada era de la Penitenciaría.

“En otra ocasión se introdujo a la Peni, de manera camuflada, una cámara fotográfica, con la que habían sacado fotos al interior del penal para mostrar en qué condiciones estaban los presos políticos. Había imágenes de las celdas, de los dirigentes, de los guardias, de la manera en que estaban. La cámara la sacó escondida la esposa de Genaro Arriagada –la odontóloga Ana María Urzúa Pilotti–. Capaz que ni se acuerde de esta historia (en verdad, la esposa del dirigente DC se acuerda perfectamente de aquello).

“A mí me tocó sacar una grabadora donde se entrevistaba a Rodolfo y a Manuel Bustos al interior de la Peni, la saqué dentro de mi cartera, la revisión la hacían al ingresar no al salir. Afuera me la pidió un periodista que estaba en la movida. Yo hacía todas esas cosas porque era lo que correspondía hacer. No pensaba en que algo me pudiera pasar. Todos éramos muy arriesgados, la idea era luchar contra el sistema de la dictadura”.

“Después hubo un motín en la Peni y corrió mucha bala. El mocito que atendía a los dirigentes políticos encarcelados cayó muerto frente a ellos. Las autoridades decidieron sacar de allí a los presos políticos, porque era muy peligroso. Rodolfo ya era conocido internacionalmente. Entonces debieron protegerlo. A todos los trasladaron a Capuchinos. Un lugar más de elite, pero cárcel igual.

“Allí recibían un trato más decente que en los otros recintos. Los niños vivieron todo eso. De hecho, hay recuerdos inolvidables. Dos veces pasó que Rodolfo estaba preso para el cumpleaños de los niños. Mi hija Carolina tiene guardada una carta que le escribió su papá desde la celda de la cárcel pública en el día de su cumpleaños. En otra ocasión mi hijo Rodrigo también cumplió años, y de nuevo el papá estaba preso. Yo me quejé en voz alta por la pena que sentíamos, y me escuchó casualmente don Andrés Aylwin. Pasan los días y voy con los niños a visitar a Rodolfo a la cárcel nuevamente. A la entrada estaba don Andrés con su esposa, y le entrega un regalo a mi hijo. “Te lo doy en nombre de tu papá, que hoy no sólo es tu padre, sino también lo es de todos los chilenos, le dijo”.

33. La red de la Iglesia

La Iglesia Católica jugó un rol importantísimo en todo el proceso, desde inicios de la primera protesta. Lo dice con énfasis Seguel, quien revela antecedentes poco conocidos.

“Me reuní varias veces con el cardenal Raúl Silva Henríquez y con Alfonso Baeza, vicario de la Pastoral Obrera. Baeza siempre estuvo de acuerdo en todo lo que emprendíamos nosotros. Era un cura muy aguerrido, muy solidario, muy luchador, demasiado cristiano.

“En las primeras reuniones que sostuvimos con el cardenal, me invitó a la homilía por el 1 de mayo del 83, en la que pronunció hermosas palabras de saludo a los trabajadores. Fue en una iglesia cercana a la Alameda, del Colegio Salesiano, la Gratitud Nacional. En una de esas. Yo ya había hecho el llamado al primer paro nacional. Fui muy bien recibido por el cardenal Silva en esa oportunidad.

“A los pocos días, me parece el 9 de mayo, fue entre el 5 y el 10, fui a su casa, en calle Simón Bolívar. Había mucho ajeteo en ese lugar. Yo iba a informarle que suspendíamos el paro nacional por las razones que ya expliqué anteriormente. Fui con Carlos Ogalde, Roberto Guerra y otros dirigentes.

“Él me recibe y dice que me escucha, pero que no es mucho lo que puede hacer, pues acababan de informarle que debía dejar el cargo de Arzobispo de Santiago, y que sería reemplazado por otro pastor, monseñor Francisco Fresno, quien, años después también sería nombrado cardenal. Fue un día muy triste para él y para todos los que allí estuvimos. Fue un momento muy tenso y doloroso. Igual logré informarle de nuestros planes y él nos dio su bendición, recomendándonos que hiciéramos bien las cosas y que tuviéramos cuidado.

“El cardenal Silva Henríquez siempre estuvo al lado nuestro. El recuerdo de esa reunión la guardo de forma especial. Fue una tremenda coinciden-

cia, informarle que partíamos con las protestas en el mismo instante en que le comunicaban que dejaba su cargo en el Arzobispado de Santiago y por ende, líder de la Iglesia católica chilena.

“Después de lo que hicimos ese 11 de mayo, ciertamente la dictadura tomó represalias. No tanto en la primera protesta, pero sí en las siguientes. En la tercera, efectuada en julio, caímos presos diez dirigentes del cobre. Obviamente me tocó encabezar la pasada a tribunales y me fui directo a la Cárcel Pública. De los otros nueve, me acuerdo de Roberto el “Negro” Carvajal, Manuel Rodríguez, Héctor Guerra. Entre el grupo, cayó uno, que se llamaba Hugo Estivales, que era dirigente de Andina, que fue un descrreditado porque ese era milico y nosotros no lo supimos hasta después. Dentro de la cárcel tenía mucho miedo.

“Cuando salió de la cárcel se dio vuelta la chaqueta y se puso del lado de la dictadura. Después fue un traidor, porque fue a una reunión de la OIT en representación de la dictadura y nos encontramos allá, donde yo iba representando a los trabajadores chilenos. Cuando me anuncian en Ginebra como máximo dirigente sindical de los mineros del cobre de Chile, todos los presentes, dirigentes sindicales, de empresarios y representantes de gobiernos extranjeros, me aplauden y cuando lo presentan a él, como representante del gobierno militar, le tiraron (papel) Confort. Sí, a Estivales en la OIT le tiraron Confort, por traidor. Eso fue en mi presencia, lo vi con mis propios ojos.

“Hubo mucha represión contra la gente. Allanamientos en las poblaciones, miles de personas fueron llevadas a las canchas de fútbol, las cercaron con alambradas, golpeaban a las personas, los milicos armados vigilaban a la gente para que no se arrancara, las arreaban como ganado. Fue una represión muy, muy fuerte. Operación Peineta la llamaron. Nos sentimos afectados por eso, pero eso mismo nos dio más fuerza a los dirigentes sindicales y a los trabajadores para seguir luchando contra la dictadura.

“Esto no puede seguir, decíamos, la represión no nos va a atemorizar. Van a caer muchos, con toda seguridad, pero los que vayan quedando tienen que seguir la lucha. Este proceso ya se inició y no vamos a permitir que se eche pie atrás porque nos dio miedo. Y así lo seguimos haciendo, aunque nos allanaran, nos sacaran la cresta y mataran a muchos de los nuestros en las tres primeras protestas”.

34. Políticos, a sus covachas

El recién formado Comando Nacional de Trabajadores, CNT, lanzó el llamado a la segunda protesta para el 14 de junio de 1983. Ese martes, Pinochet habló golpeado en Copiapó: “¡A los señores políticos les digo desde acá que ligerito los vamos a mandar a sus covachas para que terminen sus problemas!”. La amenaza no surtió efecto. Esa noche, la segunda protesta estremeció al país. Muchas más ciudades del país se sumaron a la sonajera de cacerolas. Las poblaciones periféricas de Santiago se lanzaron a hacer barricadas para resistir a la policía.

En la madrugada del día siguiente fueron arrestados en sus casas Rodolfo Seguel, los dirigentes campesinos Carlos Opazo y José Oróstica y el dirigente de la Construcción, Sergio Troncoso. En Codelco hubo despido para 30 dirigentes de la CTC y de casi dos mil trabajadores que participaron en el paro. Cinco requerimientos contra sindicalistas se abrieron en los tribunales.

La andanada contra los sindicalistas hizo mella. Los dirigentes sindicales castigados por la dureza de las represalias insinuaban que era hora de que los partidos asumieran la conducción del movimiento. Pero el grupo organizador de las protestas se opuso, porque prefería continuar con el trabajo silencioso y clandestino.

Ese día de protesta los estudiantes universitarios no entraron a clases, realizaron actos internos, colgaron lienzos, hicieron tomas, intentaron marchar, pero fueron repelidos. Hubo “sentadas” en fábricas, en los Tribunales y en la Catedral de Santiago. La mayoría de las acciones, silenciosas.

A las 20 horas, empezó el caceroleo en todos los barrios capitalinos. También en regiones. Los “gurkas” (carabineros de civil) lanzaban con hondas balines de acero a los automovilistas que se manifestaban a bocinazos. Desde Copiapó, Pinochet amenazaba: “No modificaré la Constitución del 80; ese camino lo vamos a cumplir. Y si es necesario que tenga que endurecer el gobierno, lo voy a endurecer. Cueste lo que cueste”.

La jornada culminó con cuatro muertos, una decena de heridos, 350 arrestados y algunos daños materiales. En la madrugada del 15, fuerzas de seguridad irrumpieron con violencia en la casa de Seguel y se lo llevaron detenido; el gobierno comunica que ha ampliado las acusaciones contra los dirigentes sindicales por los hechos acaecidos en la segunda protesta.

La reacción en la industria del cobre fue instantánea: sus sindicatos iniciaron un paro; el gobierno ocupa los centros mineros con tropas; despiden a 1.800 trabajadores y a 30 de sus dirigentes. En Ginebra, la OIT rechaza las credenciales del dirigente oficialista Guillermo Medina, “porque no representa a los trabajadores chilenos”. La dictadura continuaba la razia contra los sindicalistas de distintas organizaciones: otra veintena de ellos cae preso. La mayoría son relegados a remotos puntos del país. La ofensiva del régimen era a fondo.

Dice Seguel: “Fue a media mañana, ya llevaba varios días preso. Estaba tranquilo en mi celda, fumando pucho tras pucho, cuando un gendarme vino a anunciarme que tenía visita. En esa época, yo fumaba hartito y tras las rejas, mucho más. Me extrañó el anuncio porque las visitas las teníamos bien programadas, tanto las de mi abogado, Nurielddín Hermosilla, como las de mi familia y de los dirigentes sindicales.

“Me llevaron a una oficina, en vez de las habituales salas de visita. Ahí me esperaba un señor muy formal, de mediana edad, a quien jamás había visto. Se presentó como funcionario de una notaría, cuyo nombre no me acuerdo, y que su misión, representando a Codelco, era solicitarme que firmara mi finiquito. ¿Finiquito de qué? Me explicó que la empresa había decidido poner fin a mis servicios y que, por lo tanto, yo debía firmar el término de mi contrato de trabajo.

“Los dirigentes del cobre estábamos conscientes de que Codelco podía despedirnos en cualquier momento. Lo habíamos conversado en varias oportunidades y sabíamos que la dictadura militar tenía el toro por las astas. En una dictadura no se requieren razones legales para echar a un trabajador, aunque este sea dirigente sindical, y menos si se trata de una empresa del Estado. Nuestra única defensa era el respaldo de los mineros a los que representábamos. Los *viejos* estaban dispuestos a paralizar las faenas en un caso como este y así se lo habían hecho saber a la empresa.

“En ese momento, metido en la cárcel, ni me acordé de esas conversaciones, como tampoco del hecho de tener a los mineros detrás de mí. Estaba indignado y las consecuencias las sufrió el pobre empleado de la notaría.

‘Váyase a la mierda’, creo que fue lo más suave que le dije. Al tipo le quedó claro que yo no iba a firmar ningún finiquito, pese a ello me insistió que Codelco tenía el derecho a despedirme y que yo estaba obligado a firmar el finiquito. Me advirtió que, si no lo hacía, había otras vías legales para desvincularme de la empresa. Otro argumento que usó fue que mi negativa significaba que yo no iba a recibir los dineros que me correspondían por concepto de desahucio.

“Debo reconocer que el empleado de la notaría fue muy caballero. Aunque yo me alteré bastante, cosa que no era extraña en mí, él mantuvo la calma y me reiteró no sé cuántas veces que yo debía firmar el finiquito. Finalmente se dio por vencido, guardó los documentos en el maletín y se despidió. Nunca más supe de él.

“Ese rechazo significó que yo siguiera vinculado a Codelco y, por lo tanto, mantuviera mi calidad de dirigente sindical. Lo que sí perdí fue la plata del desahucio porque la empresa nunca me lo pagó, cosa que también le ocurrió a otros dirigentes. Tuvimos que esperar el retorno de la democracia para conseguir que se nos pagaran los dineros que legítimamente se nos adeudaban”.

35. Mujeres por la vida

Quizás por tratarse de un dirigente joven fue tan exitosa la respuesta al llamado a protestar formulado por Rodolfo Seguel, el cual tuvo especial eco en los jóvenes, tanto en los universitarios como en los pobladores. Dicho apoyo fue decisivo en las siguientes protestas nacionales.

Así lo estima la investigadora María Olivia Monckeberg: “Creo, además, que donde hubo bastante sorpresa por la gran convocatoria fue en los partidos políticos, que en cierto modo se vieron sobrepasados y se tuvieron que sumar a los siguientes llamados a protestar, no siempre con total voluntad. Y eso motivó después un cierto tironeo desde las instancias directivas hacia sus militantes, que se mantuvo hasta el fin de la dictadura. En especial, eso fue evidente en el caso del propio Rodolfo Seguel, a pesar de que el presidente de la DC de aquellos años, Gabriel Valdés –a quien le tocó ir preso después de una de las protestas– lo miraba con simpatía y le dio un cierto apoyo.

”El camino señalado por Seguel tuvo eco significativo entre las mujeres de agrupaciones y partidos opositores. Dentro de la DC contó con el respaldo del departamento femenino encabezado en ese entonces por la exsenadora Carmen Frei, por Chela Bórquez, a la vez que por la profesora y dirigente de la Coordinadora Nacional Sindical, María Rozas, quien falleció en mayo de 2011.

“Ya avanzado el año 1983 se configuró el movimiento Mujeres por la Vida, precisamente en la línea unitaria marcada por Seguel. De hecho la primera conversación informal, para convocar a mujeres de diferentes signos surgió una tarde de septiembre u octubre, en la antesala de la oficina de Rodolfo Seguel en la calle Mac-Iver –donde estaba la sede de la CTC– entre tres mujeres amigas. Todas éramos DC en aquel entonces: la ya nombrada María Rozas, la periodista Patricia Verdugo –quien murió en enero de 2008– y yo. Veíamos que los partidos políticos –ya integrados en la Alianza

Democrática– estaban alejados de ese espíritu movilizador y unitario que habían expresado Seguel, y los sindicalistas opositores. Consideramos, por eso, que había que hacer algo para seguir avanzando en la acción firme y decidida contra la dictadura a través de la movilización social pacífica.

“Ese episodio está relatado en el libro *Bucarest 187* de Patricia Verdugo, quien lo recuerda así: ‘Hacia fines del 83, en la tarde de una jornada de protesta, Rodolfo Seguel estaba solo y abatido en su oficina de la Confederación de Trabajadores del Cobre. Entre los tira y afloja del diálogo y con cada vez más dura represión, los dirigentes políticos de la Alianza Democrática le quitaban el respaldo. Tres mujeres DC estábamos con él: la dirigente sindical María Rozas, la periodista María Olivia Mönckeberg y yo.

“No podíamos entender cómo surgían disputas entre políticos y sindicalistas en un momento que exigía unidad para luchar contra la dictadura. Sabíamos que estaba en juego el liderazgo de la disidencia. Y sabíamos que la Alianza Democrática era el primer paso de un proyecto de largo aliento: romper la unión histórica del socialismo con el Partido Comunista, de modo de crear una poderosa fuerza política de centro-izquierda que pudiera gobernar el país con estabilidad. Así que en la soledad de Seguel confluían esos dos factores: los celos por su liderazgo y la molestia por su acción sindical donde participaban los comunistas.

“Y más adelante Patricia Verdugo señala: ‘Percibíamos la dificultad de poder reconquistar la democracia si nos lideraban actitudes tan poco democráticas al interior de sus partidos. Estoy convencida de que el movimiento social despertado por Rodolfo Seguel, en mayo del 83, no fue un hito más, sino que fue el gran impulso para todo lo que vino después en la línea de la movilización social unitaria y pacífica que culminó con el triunfo del No en el Plebiscito de octubre de 1988. Pensar que esos fueron hechos aislados o que el No fue el resultado de una simple campaña comunicacional –como algunos han pintado– o el resultado de tratativas políticas, creo que sería un error de apreciación”.

Por su parte Sergio Campos, de radio Cooperativa, resalta que Seguel siempre fue “inclusivo en su accionar; no discriminó a ningún sector político y social. Las mujeres (que se unieron a la causa) jugaron un papel muy importante en ese tiempo de represión. Asumieron en muchos casos el sustento del hogar, de sus hijos. Madres, abuelas, tías. Se organizaron en ollas comunes para dar de comer a los necesitados. Articularon organismos de mujeres para defender los DDHH.

“Más que una deuda con Seguel, que fue elegido parlamentario en democracia, Chile tiene una deuda con los familiares de Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos. Hubo muchos dirigentes sindicales, sociales y políticos que siguieron los pasos de Seguel, que no han sido reconocidos en la historia de los 17 años de dictadura”.

36. Continúa la mano dura

Yllegó la tercera protesta, el martes 12 de julio. La DC la había respaldado tras fuerte debate interno. Gabriel Valdés dudaba del momento y de la conveniencia real de que la dirigencia se arriesgara a la cárcel... o al exilio. Finalmente, Valdés aceptó hacer la convocatoria, pero por la censura nada pudo salir en la prensa. La dictadura había prohibido informar.

Pero el 29 de junio, Jorge Lavandero es llamado a declarar. A la salida de Tribunales, da la fecha: 12 de julio. “Otra vez pudo quedar en silencio”, relatan en el libro ‘La Historia Oculta del Régimen Militar’, “pero un día después, el abogado del ministerio del Interior, Ambrosio Rodríguez, anunció el estudio de acciones contra Lavandero por la nueva convocatoria. Así conoció el país el tercer llamado”.

Como está dicho, no fue sencillo llegar a acuerdos para organizar la tercera protesta. A las dudas de Valdés, sobre la conveniencia real de llevarla a cabo, se sumaba la “falta de hábitos clandestinos” de los organizadores DC, lo que se tradujo en incautación de propaganda y arresto de los responsables de su elaboración: Gabriel Valdés, Jorge Lavandero y José de Gregorio, además de los jóvenes Gonzalo Duarte, sociólogo; el estudiante de teología, Daniel Sierra, y a Eugenio Lizana, técnico de la imprenta donde se elaboraban 700 mil panfletos con instrucciones. Luego arrestan a la dueña de la imprenta Emes, Eladia Meza.

A ello se sumó la actitud del PC, que había guardado silencio hasta el momento, formulando críticas al contenido de las convocatorias. Sostenía que las instrucciones debían ser elaboradas previo acuerdo entre todos. La DC rechazaba la idea, y se reservaba el derecho a conducir las. Aparecieron entonces instructivos diferentes y varios comandos y comités de protesta. Un desorden evidente.

La protesta igual se hizo. Pinochet ordenó toque de queda entre las 20 y las 24 horas. Los dirigentes DC escucharon los cacerolazos desde la cárcel.

Pasado el sexto día de incomunicación, fueron liberados. Una multitud los recibió en la puerta de la cárcel: parecía que la presión callejera estaba consiguiendo los resultados que nunca antes habían podido obtener los partidos políticos de oposición a la dictadura.

Aunque la mano venía dura, la ofensiva gubernamental no sirvió. La protesta del martes 12 se desató con fuerza, igual que las anteriores. En el centro, se notó la presencia de fuerzas antimotines acompañadas de perros adiestrados. Durante el día los estudiantes se manifiestan en sus propias sedes. En la UC de Valparaíso se registran enfrentamientos con carabineros. En Tribunales esperan decisiones sobre los recursos de amparo interpuestos en defensa de los dirigentes detenidos.

A las 20 horas empieza el caceroleo. El sonido de las ollas vacías se prolongó hasta las 23 horas. Las fuerzas policiales estuvieron muy agresivas, particularmente en poblaciones y campamentos populares, como en San Joaquín, Famae, Nueva Esperanza, La Victoria, el Pinar. Hubo balazos y lacrimógenas contra los pobladores. Hubo intensos tiroteos en Conchalí, en el sector de Santa Julia, y destrucción de un templo católico y otro evangélico baleados por carabineros.

También hubo un saldo trágico: dos muchachas perdieron la vida víctimas de balazos. La joven evangélica Marta Isabel Sanhueza, de 19 años, en Pudahuel, y Carmen Gloria Larenas, de 17, en Viña del Mar. Además se arrestaron unas mil personas en todo el país.

“La noche de la tercera protesta nos quedamos hasta tarde en la sede de Confederación”, recuerda Seguel. “Habíamos pasado el día entero en reuniones con dirigentes sindicales y sociales evaluando los alcances de la paralización del país y planificando las actividades de la noche, en particular el cacerolazo, que era la expresión de descontento que más molestaba a los militares.

“En la mañana los estudiantes universitarios y secundarios habían marchado por el centro y, cerca del mediodía, se concentraron en la esquina de Huérfanos con Mac-Iver, debajo de nuestras oficinas, que estaban ubicadas en el quinto piso. Me asomé a la ventana para saludarlos y empezaron a pedir a coro que les hablara. Me paré en el marco de la ventana y a gritos les agradecí su participación en el movimiento y les pedí que no cesaran en la lucha por recuperar la democracia. Mientras hablaba, Hugo Estivales y el Nano Garrido me tenían agarrado del cinturón y las piernas para que no me cayera. En realidad yo era un tipo muy irresponsable o temerario. Me

entusiasmaba y me olvidaba del peligro. Hoy no me subiría por nada del mundo al marco de una ventana de un quinto piso.

“Terminadas las actividades, como a las 20:00 horas, con el Nano nos fuimos a descansar al departamento que nos prestaba en la calle Pérez Coptapos un destacado dirigente sindical, de quien guardo gratos recuerdos: Hernán Mery. Comimos un rico pollo asado con papas fritas que compramos en el camino, vimos las noticias en la tele, que decían muy poco de la protesta, y nos fuimos a acostar. Estábamos cansados, pero satisfechos. Los informes que teníamos hasta ese momento indicaban que la jornada había sido todo un éxito.

“Como era mi costumbre, me metí a la cama solo en calzoncillos y me quedé dormido de inmediato. Recuerdo que estaba soñando que alguien echaba abajo la puerta e ingresaba cargando al hombro un cajón con unas hermosas naranjas de color rojizo. Despierto asustado porque sentí un ruido tremendo en la habitación de al lado. De inmediato se me vino a la cabeza el asesinato de Tucapel Jiménez. Me dije hasta aquí no más llegamos.

“Salí violentamente de esa mezcla de sueño y miedo cuando una voz me grita ‘Vístete, concha de tu madre’. Era un hombre de civil con una pistola en la mano. Le contesto que no me voy a vestir y el tipo, con otro grito, me pregunta por qué. Mi respuesta fue muy tonta, pero es la única que se me ocurrió en ese momento: ‘No me voy a vestir porque la ropa que está ahí es la que usé ayer. Si quieren que me vista, me tienen que vestir ustedes’. Después de una sarta de garabatos y tirones, me tomaron entre varios y me vistieron, prenda por prenda, hasta los calcetines y los zapatos. Me pusieron el polerón blanco, azul y rojo que usaba los días de protesta.

“Cuando me sacaron de la pieza, vi que también se estaban llevando al Nano. Después me contó que a él se le tiraron encima como cuatro tipos al mismo tiempo. Creían que era mi guardaespaldas y que, a lo menos, era karateca de cinturón negro. A Hernán Mery no lo vi y me entró una tremenda preocupación. Pensé que podía estar muerto.

“Me bajaron los cuatro pisos por la escalera, no por el ascensor. Casi peldaño por medio había un tipo apostado. Tremendo despliegue para detener a un par de dirigentes sindicales desarmados. Me meten a un auto y allí me doy cuenta que tenían todo el perímetro cercado. Creo que nadie vio que me detenían o quizás alguien fue testigo detrás de una cortina y guardó silencio, muerto de miedo. Yo también tenía miedo. Pensé que me iban a cortar el cuello como a Tucapel y tirarían mi cadáver en algún lugar abandonado.

“Fue el viaje en auto más largo y más corto que he hecho en mi vida. Salimos a Mapocho por Independencia, pasamos frente a la cárcel, en la calle General Mackenna, e hicimos un giro a la izquierda. Sentí un inmenso alivio, un tremendo relajó. Me dije “No me van a matar, me llevan a Investigaciones”. Y así fue. Pegadito a nosotros, llegó el auto que traía al Nano Garrido. Otro alivio, está vivo, pensé para mis adentros. ¿Y Hernán Mery? No se sabía nada de él.

“Cuando entramos, el cuartel estaba lleno de *tiras*, incluyendo la máxima jefatura. Tenían todo preparado. Debo reconocer que después de la detención, nos trataron muy bien. Uno de los jefes me trató de ‘señor Seguel’ y me dijo que estábamos en Investigaciones, que no teníamos nada que temer. Sin interrogatorio de por medio, nos llevaron a lo que supongo que sería el sector *vip* de los calabozos. Nos dieron una pequeña habitación a cada uno. La mía tenía una buena cama, con sábanas limpias e incluso una especie de bata de levantarse. Antes de dejarnos solos, nos pidieron que nos sacáramos los cordones de los zapatos. Después supe que era una medida para evitar eventuales suicidios. En ese momento, lo último que quería era perder mi vida.

“También me enteré después que a Hernán Mery no lo habían arrestado. Lo dejaron en su departamento. A mi juicio, fue un tremendo error de los que planificaron mi arresto. Hernán era quien tenía todos los contactos internacionales; con los gobiernos extranjeros, las organizaciones multinacionales y los principales diarios del mundo. Lo primero que hizo cuando se vio libre fue informar a la prensa chilena y llamar a todos sus contactos internacionales para denunciar mi arresto por parte de sujetos desconocidos. Esa vez, como varias otras, mi principal protección fue el trabajo de un puñado de periodistas chilenos que se jugaron la pega por informar la verdad de lo que ocurría y de las protestas internacionales que generaban los abusos del régimen militar.

37. ¿Se sirve un coñaquito?

La noticia era que Seguel estaba desaparecido. “Lo más terrible es la forma en que lo supo mi familia. Un dirigente sindical descriteriado, sin tener más antecedentes que lo que le habían contado, le dice a mi mujer “Chiche, tú vas a tener que ser muy fuerte. Todos sabíamos que esto podía ocurrir en cualquier momento”. Ella, como es lógico, se imaginó lo peor, que yo estaba muerto. Al ver su desesperación, le aclara que estoy desaparecido, pero que no se sabe si sigo con vida. Desde ese momento hasta que se supo de mi detención, dos días más tarde, mi familia creyó que yo estaba muerto.

“Según me contaron después, durante los días de mi desaparición, la dictadura militar se vio asediada nacional e internacionalmente. En Chile, las organizaciones sindicales, sociales, profesionales y estudiantiles responsabilizaban al régimen de mi desaparición y exigían el esclarecimiento de lo ocurrido. Y desde el exterior llovían las protestas de gobiernos y organizaciones internacionales. Gracias a la gestión de monseñor Fresno, solicitada por el padre Baeza de la Vicaría de la Pastoral Obrera, el Vaticano hizo saber su malestar al régimen militar.

“Y una cosa de la que me enorgullezco es la actitud de mi mujer. Pese a la forma estúpida en que supo la noticia y su temor a que estuviera muerto, luchó tenazmente por obtener información de mi paradero. Entre las cosas increíbles que hizo, con sus apenas 27 años, fue a una asamblea del Sindicato de Caletones y, pese a la negativa de algunos dirigentes, consiguió que se acordara una paralización de actividades.

“Creo que, en este caso, la dictadura cometió un segundo error. Si lo que quería era atemorizar a quienes encabezábamos las protestas, quizás debería haber prolongado mi secuestro por algún tiempo más. Sin embargo, al segundo día, dejaron en libertad al Nano. Así se supo la forma en que habíamos sido detenidos la noche de la protesta y que yo me encontraba en un calabozo del cuartel de Investigaciones. El Nano cuenta que cuando llegó

a la sede de la Confederación fue como si hubiese aparecido un fantasma. Nadie entendía nada y lo asediaban con preguntas. Después tuvo que someterse al interrogatorio de un enjambre de periodistas ávidos por conocer los detalles de los que nos había sucedido.

“Al saberse la noticia de mi detención, el gobierno tuvo que darle una forma legal a mi privación de libertad y presentó una querrela en mi contra. No me acuerdo bien cuál era el cargo, pero tenía que ver con la alteración del orden público o algo por estilo. La querrela la presentó el abogado del Ministerio del Interior, Ambrosio Rodríguez, que me tenía de casero. No era la primera vez que se querellaba en contra mía. Esta vez se nombró un ministro en visita para que llevara el caso, misión que recayó en el ministro de la Corte Suprema Hernán Cereceda, quien con el paso del tiempo fue destituido por el Congreso. Siendo diputado, tuve el honor de votar por su destitución.

“Recuerdo que Cereceda me recibió en una tremenda oficina. Me costó llegar hasta allí pese a que iba custodiado, porque la Corte estaba llena de periodistas, camarógrafos, abogados y dirigentes de todo tipo de organizaciones. Antes del interrogatorio, se me permitió ver unos minutos a mi mujer. Fue un encuentro muy emotivo; ella me preguntaba qué me habían hecho, si me encontraba bien, y yo la interrogaba sobre los niños. Nos costó mucho separarnos.

“Lo más insólito de mi comparecencia ante el ministro Cereceda fue que, cuando quedamos solos, me pregunta si me tomaría un ‘coñaquito’. En esa época yo no tomaba trago, pura bebida. Pero aunque hubiese tomado alcohol, no podía entender por qué se me ofrecía un coñac en la Corte Suprema y todavía no lo entiendo. Según él, era para que yo estuviese más tranquilo. La verdad es que su actitud era la de un viejo ladino. Yo asumí toda la responsabilidad por la convocatoria a la protesta, como siempre lo había hecho, y ante mi reconocimiento, me mandó preso. Por primera vez en mi vida, caía a la cárcel. Aunque fuera por un motivo noble, me causó un profundo impacto.

“La primera impresión fuerte fue que me subieran a un carro celular. Fue un viaje corto pero imborrable. Me llevaron a la Cárcel Pública, el viejo edificio de la calle General Mackenna. Cuando se cerró detrás de mí la primera reja y sentí el fuerte ruido metálico, tuve conciencia de la pérdida de la libertad y de la injusticia de la que estaba siendo víctima. No era lo mismo que había experimentado durante los dos días que me habían tenido encerrado en Investigaciones. Estaba en un mundo totalmente desconoci-

do para mí. Me llevaban por pasillos hediondos, traspasamos dos rejas más, cruzamos una especie de gimnasio, vi decenas o cientos de caras desconocidas que me miraban con indiferencia o curiosidad. Unos pocos, tal vez los que me reconocieron, me saludaron con un gesto o levantando la mano.

“Finalmente llegamos a una especie de cité de tres pisos. Era el pensionado del recinto carcelario, mi hogar por los siguientes días. Pasada la primera impresión, empecé a conocer lo que podría llamarse la solidaridad de la cárcel. Llegué sin nada, tal como me habían vestido la noche que me secuestraron. Al poco rato, tenía frente a mí una taza de café y un sándwich de mortadela en marraqueta, además de una frazada sobre mis hombros. Creo que ese ha sido el mejor café de mi vida. De esa camaradería casi incomprensible de gente hasta ese momento desconocida, disfruté todo el tiempo que estuve preso. Yo mismo la proporcioné a quienes llegaron detenidos en los días siguientes, incluyendo algunos dirigentes sindicales que también fueron responsabilizados de la organización de las protestas.

“En horas siguientes a mi encarcelamiento, se corrió la voz entre los presos de que yo estaba en la cárcel. Me saludaban a gritos desde los diferentes sectores y yo contestaba de la misma forma sus muestras de afecto. El día que recuperé mi libertad fue uno de los más emocionantes que me ha tocado vivir. Me soltaron después de la hora de encierro y, por lo tanto, todos los presos estaban en sus celdas, tras las rejas. Cuando voy recorriendo los pasillos hacia la salida, con mis efectos personales en una bolsa, empiezo a sentir aplausos y gritos de despedida que se van haciendo cada vez más fuertes. De repente, desde una celda, se escuchan las primeras estrofas de la Canción Nacional y, a los pocos segundos, lo que oigo es un coro multitudinario que viene de diferentes lugares. Fue algo increíble, difícil de describir. Me di cuenta que nuestra lucha tenía un sentido épico, que incluso traspasaba los inhóspitos muros de la cárcel.

“Como lo dije días después en una entrevista de prensa, esa despedida me demostró que los presos de la cárcel eran más libres que los chilenos que estaban afuera”.

38. Llega Jarpa a Interior

En la inmediata rueda de prensa que concedió al salir de la cárcel, declaró Seguel: “Nosotros le abrimos los ojos a un pueblo. Y les abrimos también los ojos a los partidos políticos. Creo que ellos deben de asumir el papel que les corresponde y nosotros, los trabajadores, tenemos que seguir con el papel de defensa de nuestros derechos y recuperación de lo que hemos perdido. Los partidos políticos deben presentarle un proyecto al pueblo y éste debe decidir. No podemos seguir siendo ‘bisagras’ que se subordinan y hacen reverencias, de nadie”.

Los investigadores y analistas que participaron en la publicación de “La Memoria Prohibida” coincidieron con ese análisis: terminada la tercera protesta, era el momento del relevo en el liderazgo, y parecía que los sindicalistas entregarían esa responsabilidad a los políticos. Pero, faltaba para ello. Llegó primero la Cuarta Protesta, la más castigada de todas.

En tanto, Pinochet y sus aliados civiles de derecha no se quedaron de brazos cruzados ante el avance de las protestas. Echaron mano al experimentado Sergio Onofre Jarpa, en ese momento embajador en Buenos Aires, quien había estado trabajando en un plan político con el abogado William Thayer, directivo de la Editorial Jurídica. El primer borrador se lo llevaron al general Santiago Sinclair quien le hizo un resumen a Pinochet. Este autorizó que siguieran en ello, incorporando al general Jorge Ballerino y al coronel Guillermo Garín.

El plan consistía en medidas económicas y políticas destinadas a “recuperar el respaldo de los sectores gremiales, empresariales y políticos”. Jarpa sería el encargado, desde el Ministerio del Interior, de llevar a cabo tal proyecto.

Paralelamente, la disidencia trabajaba en estructurar su propia iniciativa, la Alianza Democrática, AD. En una cena de homenaje a Valdés tras su liberación, se lanzan dos noticias: el nacimiento de la AD y la fecha de la cuarta protesta: 11 de agosto.

Jarpa asume en el Ministerio del Interior en la tarde del 10 de agosto, en vísperas de la cuarta protesta. Al siguiente día, la represión fue fuerte, terrible. La más dura de cuantas se conocían. Santiago fue virtualmente ocupado por casi 20 mil soldados. Hubo toque de queda a partir de las 18:30 horas. Igual salió la gente a manifestarse. En los dos días que duró la protesta, 26 personas murieron. Algunas cayeron en sus casas, baleadas a través de los muros; otras fueron ultimadas desde autos en marcha; otras, alcanzadas por balas sin destino.

Los trágicos resultados plantearon un grave dilema moral a los organizadores de las protestas: ¿se podía seguir exponiendo a gente indefensa a un clima de violencia descontrolada?

Seguel se hace cargo. “En efecto”, dice, “lo conversábamos mucho entre los sindicalistas. El debate era sobre si podíamos seguir exponiendo a la gente a la crueldad represiva, si había que poner más o menos fuerza en la calle, y ahí empezamos a tener discusiones más políticas con los dirigentes del PC, porque ellos sacaron su teoría de utilizar lo de ‘todas las formas de lucha’ y nosotros les dijimos que no. Que la única forma de lucha era la pacífica, activa, pero con manos limpias. Tuvimos duros cuestionamientos con ellos sobre este tema, esa es la verdad. Y nosotros teníamos que asumir esa responsabilidad, que era nuestra”.

Después de esa cruenta cuarta protesta, se acentúan los contactos políticos entre Jarpa y la disidencia. Ésta genera un documento titulado “Bases del Diálogo para un Gran Acuerdo Nacional”. El arzobispo de Santiago Juan Francisco Fresno invita a dialogar en su casa a Jarpa con los líderes de la AD. Hubo enorme expectación. Lo que sucedió en esa reunión es relatado en otro de los libros importantes sobre la dictadura de Pinochet, “La Historia Oculta del Régimen Militar”, escrito por los periodistas Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, exeditores del desaparecido diario La Época.

Primero habló Jarpa. Dijo que había sido nombrado para llegar a un acuerdo; que le habían dado facultades para ello y que concurría con los mejores propósitos. Agregó que el clima mejoraría si se suspendían las protestas, no se podía continuar con esa cuota de muertos. Gabriel Valdés le explicó que las protestas eran la única forma de expresión que tenía la ciudadanía, porque las demás seguían clausuradas. Las protestas, le dijo, no son actos de violencia, sino gestos de rebeldía de un pueblo sin vías de expresión. Y terminó diciendo que, para la oposición, había una persona que obstaculizaba el entendimiento: el general Pinochet.

Jarpa lo interrumpió: “Si me van a pedir la renuncia del presidente, esto se va a volver absurdo. A mí me ha nombrado él y ustedes pretenden desconocerlo. Entonces yo no soy ministro. Se termina esto y me retiro”. Hugo Zepeda, también presente, y que en la previa se había opuesto a esa mención a Pinochet, se adelantó: “Dé por retirado ese tema. Pasemos a los otros”.

Jarpa les aclaró que no podía recibir los documentos de la Alianza, porque en ellos se volvía sobre lo mismo, pero que era bueno desarrollar esa instancia de información mutua. Se acordó continuar el 5 de septiembre. Los dirigentes de la AD salieron –dice el libro– con la impresión de que se había producido algo notable: Jarpa parecía interesado en buscar acuerdos y los opositores estaban satisfechos de exponer su pensamiento.

39. Las movidas políticas

Todavía impactados por la brutalidad de la represión, los dirigentes políticos se reúnen con Jarpa, como está dicho, por iniciativa de Fresno. El gobierno deja que su ministro del Interior actúe, autoriza el retorno a Chile de 1.600 exiliados y pone fin al estado de emergencia. Ese clima sorpresivamente distinto de mediados de agosto de 1983 estimuló la actividad política a una velocidad desconocida. La prensa habló de “La Primavera de Jarpa”.

Según los autores de “La Historia Oculta...”, todo parecía marchar bien. Incluso el PC quiso incorporarse a la AD, pero por mayoría de los partidos integrantes se estimó que sería inconveniente. Solo el PS estuvo de acuerdo. La piedra en el zapato fue que parte del PC no abandonaba la idea de la vía insurreccional, lo cual entorpecería cualquier intento de entendimiento de la Alianza. A la inversa, el PC sostenía que si continuaba el diálogo decaerían las protestas, y que eso equivalía a hacerle el juego a Pinochet.

Como no hay acuerdo, el PC, el MIR y la facción Almeyda del PS crean el Movimiento Democrático Popular, MDP.

En eso estaban los políticos cuando, sorpresivamente, el 30 de agosto asesinan al intendente de Santiago, general Carol Urzúa. Un comando del MIR disparó desde tres puntos; 60 impactos perforaron el auto. Murieron Urzúa, su chofer y el escolta. La idea de los autores pareció destinada a que el incipiente diálogo naufragara. Aunque Pinochet quiso implantar estado de sitio –con lo que le hacía el juego al MIR–, lo convencieron que no lo hiciera: no se podía suspender el plan político diseñado por Jarpa por ese crimen.

Igual, había otro gran tema pendiente: la quinta protesta, programada para el jueves 8 de septiembre. Pese a la sugerencia de Jarpa, la Alianza había decidido seguir adelante de todos modos, hasta estimulada por las amenazas de Pinochet que había declarado: “Yo tengo la fuerza, y si la cosa

se generaliza y me empujan, y me empujan, pierdan cuidado que vamos a llegar al estado de sitio, más duro que antes” fue la advertencia del jefe del gabinete.

La opinión pública, en tanto, estaba preocupada. Jarpa había llamado a que se crearan entre los partidarios del gobierno “guardias vecinales de autodefensa”, los opositores estaban aún impactados por la violencia, la cantidad de víctimas y por el despliegue militar que actuó en la represión de la protesta de agosto. ¿Qué podría pasar ese 8 de septiembre?

Tres días antes, de nuevo en casa de Fresno, se reúnen Jarpa y los líderes de la Alianza. Valdés pide comenzar el diálogo, Jarpa le interrumpe y le expresa que si vuelve a pedir la renuncia de Pinochet, él de inmediato se retira. Valdés le replica: “Creíamos y seguimos creyendo que la presencia del general Pinochet en la presidencia es un obstáculo insalvable para llegar a un acuerdo y tenemos que hacerlo presente. Pero, hay otros temas en la agenda”. Enseguida propone: elecciones libres, acortar el período presidencial, crear un ministerio de reconciliación, libertad de prensa y fin del exilio. Jarpa le responde que en el plan de 1984 se contempla abrir registros electorales y ley de partidos; lo demás, dice, debe estudiarlo.

Silva Cimma le pide que termine la CNI. Jarpa le dice que ésta sirve para infiltrar a los ultras y parar el contrabando de armas desde Bolivia. Y agrega “el Consejo de Estado estudiará las leyes políticas; sería útil que ustedes se integraran”. Valdés rechaza la idea. “No podemos ser asesores del régimen. Lo que se exige son cambios reales. Hay que precisar: cómo, cuando, para qué”.

Jarpa deja planteado el tema. “Analícenlo”, les dice, y cierra con información sobre la protesta que se avecina: “Las tropas no van a salir a la calle, tampoco habrá toque de queda. Solo carabineros saldrá para conservar el orden público”. Los dirigentes opositores se retiran convencidos de que hay avances positivos. Convienen con Jarpa una tercera cita.

Sin embargo, ese buen ambiente sufrió el embate de una represión que parecía inevitable. La quinta protesta del 8 de septiembre comenzaba con un acto simbólico en Plaza Italia, el 8 de septiembre. Los dirigentes encabezados en la instancia por Genaro Arriagada, se sentaron pacíficamente en la vereda para dar inicio a la marcha, pero llegan las fuerzas policiales y los reprimen de manera feroz. A Arriagada lo arrastran por el suelo mientras lo golpean, caen decenas de lacrimógenas mientras el guanaco dispara sus chorros a los manifestantes. Vejación total.

La AD estimó inaceptable la humillación. El día 9 declaró suspendido el diálogo. La protesta se extendió por cuatro días. Cuatro personas murieron. El día 11, Pinochet celebra los 10 años del golpe. Anuncia que haría plebiscito para modificar el poder Legislativo. Parecía que el “plan Jarpa” seguía vigente. Valdés vio que era el momento de hablar de nuevo con Jarpa. Pero, algunos dirigentes y las juventudes políticas estaban en desacuerdo. “La oposición está entrando en un juego de distracción y debilitando su mejor herramienta: las protestas”, sostenían. Entonces, la AD le pide a Fresno que la próxima reunión con el Ministro del Interior sea en secreto.

Se juntan el 29 de septiembre y Valdés le entrega la propuesta: 1) plebiscito el 84 para formar Asamblea Constituyente; 2) comisión paritaria para generar leyes políticas en 120 días; además, plan económico de emergencia y terminar con la campaña de injurias. Jarpa descartó de inmediato el punto uno. Insistió en que prefería comisión bipartita para estudiar cambios constitucionales. Dijo que en breve habría un plan de reactivación económica y que el resto quedaba en estudio. Terminaron en armonía.

40. Un amargo encuentro

En el mundo sindical, las movidas políticas crearon desconcierto. “Con sinceridad”, dice Seguel, “debo reconocer que no solo a los políticos opositores al dictador sino también a nosotros nos atrajo la idea de conversar con Jarpa, un viejo político de derecha que parecía traer una postura diferente. Varios de nosotros teníamos reticencias, pero en Codelco teníamos en ese momento poco más de mil trabajadores injustamente despedidos, sobre todo en Salvador, El Teniente y Andina y teníamos que explorar cualquier camino para recuperar esos puestos de trabajo. Se trataba de evitar el dolor de las familias de esos mineros exonerados y había que hacer lo posible por reintegrarlos.

“En el plano más político, ese momento marca además el nacimiento de la Alianza Democrática, que constituyen los políticos tradicionales, pero que en realidad es hija de las protestas. Digo esto no sin fundamento, porque fue gracias a esas manifestaciones del pueblo en su conjunto que las elites despertaron. Eso lo sostengo aunque, hasta el día de hoy, les duela a los dirigentes de los partidos políticos. La Alianza Democrática nació impulsada por el Comando Nacional de Trabajadores. Nosotros no creíamos que el denominado Plan Jarpa fuera bueno, pero teníamos que ver cómo participábamos de eso. Como dije, más que nada nos interesaba defender a nuestros trabajadores despedidos.

“Antes de la reunión de Jarpa con la AD, le entregué personalmente, en sus manos, a Gabriel Valdés la nómina de todos los trabajadores despedidos en Codelco. De los 7 puntos que discutirían Valdés y Jarpa, el último era el de reponer en sus puestos de trabajo a los mineros exonerados. Pero, ese tema no lo plantearon. Nos dio la impresión que los políticos solo estaban interesados en lo que sucediera con ellos en las cúpulas del poder y nada más.

“Posteriormente tuve un amargo encuentro, diría una discusión muy fuerte, con Valdés y demás dirigentes de la Alianza Democrática. Les dije

que eran unos cobardes, sinvergüenzas y aprovechadores de nosotros, que no fueron capaces de enfrentar a la dictadura porque le tenían miedo y que solo habían ido a dialogar para ellos, no para la gente, no para los trabajadores, ni para los estudiantes ni para los pobladores.

“Ellos fueron a juntarse con Jarpa para un diálogo exclusivamente político, lo que a mí me dejó muy disconforme, muy desmoralizado, me sentí decepcionado. Yo creía que los políticos eran otra cosa. Nos dimos cuenta que teníamos que seguir trabajando solos, por nuestra gente. Fue un golpe muy fuerte el que recibimos.

“Ese diálogo, además, fue un rotundo fracaso. Desde la dictadura se rieron de ellos y entorpecieron nuestra movilización, enfriaron los ánimos. Quedamos muy disconformes con el actuar de los dirigentes políticos, a quienes les habíamos entregado nuestro apoyo y respaldo. No fue bueno lo que sucedió”.

Como está dicho, la quinta protesta del jueves 8 fue violentamente reprimida por Carabineros apenas comenzó. La AD, indignada, rompió relaciones con Jarpa. En respuesta a la represión, la protesta se extendió por cuatro noches en las poblaciones periféricas. Cuatro personas murieron en las refriegas nocturnas. El diálogo con Jarpa se congeló. Todo se había entrapado.

El viernes 9 de septiembre Seguel es encarcelado a requerimiento del Ministerio del Interior. Inició inmediatamente una huelga de hambre indefinida a la que se sumó el jueves siguiente su mujer, Gricelda, y otras 40 personas más, que permanecían encerradas en la Basílica de Lourdes.

En su edición el 16 de septiembre, el diario español El País informa que “el conocido dirigente sindical chileno Rodolfo Seguel Molina fue acusado el miércoles por el juez instructor Alberto Novoa de injurias al presidente de la República por unas declaraciones efectuadas al diario mexicano Excelsior en las que calificaba al general Augusto Pinochet de “dictador demencial, absurdo y obcecado”. Seguel, que fue encarcelado el pasado viernes día 9, a requerimiento del Ministerio del Interior, inició inmediatamente una huelga de hambre indefinida a la que se sumó el jueves su mujer, Gricelda, y otras 40 personas.

“A su salida de los tribunales de justicia, el presidente de la CTC declaró que se encontraba ‘bien, con mucha hambre nada más’, y afirmó que proyectaba continuar su huelga ‘hasta las últimas consecuencias’ y añadió que

‘sin tener nada contra la justicia, he de decir que me siento perseguido por las autoridades.

“Preguntado por varios periodistas a principios de esta semana por la huelga de hambre iniciada hoy hace ocho días por Rodolfo Seguel, el Ministro del Interior y hombre fuerte del régimen chileno, Sergio Onofre Jarpa, contestó: ‘No sabía. ¿Huelga de hambre? Seguirá una cura de adelgazamiento’”.

41. Se cae la primavera de Jarpa

En privado, los dirigentes de la AD reconocían tener la sensación de que Jarpa los estaba envolviendo en el juego de la dictadura, y se sabía que la presión de la izquierda iba en aumento. Los indicios eran claros: las protestas no iban a terminar. Jarpa, por su parte, tenía la certeza de que la insistencia de la AD sobre una asamblea constituyente conducía a un callejón sin salida. Pinochet jamás lo aceptaría. También al interior del gobierno se escuchaban voces críticas hacia Jarpa. “Cómo puede dialogar, en medio de las protestas”, le objetaban.

Pinochet, a la vez, declaraba: “La constitución no se alterará, cueste lo que cueste. Los políticos podrán seguir conversando no más”. Ante esa afirmación, la Alianza exigió una respuesta inmediata y clara a la propuesta entregada a Jarpa tras el tercer diálogo. Sin ella, el diálogo llegaba a su fin. No hubo respuesta. Sólo una declaración de Jarpa en radio Minería: “Estábamos conversando para ponernos de acuerdo, no para hacernos concesiones mutuas”.

La AD puso fin de inmediato a su contacto con el régimen. El 11 de octubre sacó a la calle a la sexta protesta, que se prolongó hasta el día 14 impulsada por el MDP. Hubo cinco manifestantes muertos y un carabinero murió tras ser baleado con su propia metralleta. Ya no hubo dudas: todo se había ido al suelo.

Concluida su “Primavera”, Jarpa buscó una nueva ruta: crear un frente político de derecha que pudiera respaldar al régimen. En eso estaba el 11 de noviembre, cuando un hombre desesperado, frente al arzobispado de Concepción, pidió a gritos que la CNI les devolviera a sus hijos secuestrados María Candelaria y Galo Fernando y luego roció y encendió un bidón de parafina sobre su cuerpo. La horrible muerte de Sebastián Acevedo Becerra, de 50 años, estremeció al mundo. Unos días después, el 18 de noviembre, la AD convocó a la séptima protesta con un acto en el parque O’Higgins, bajo la presidencia rotativa de Enrique Silva Cimma. “Más importante que el

discurso de Silva Cimma, dicha concentración tuvo un significado relevante: los dirigentes de los partidos democráticos, ¡por fin!, empezaban a asumir su responsabilidad de ocuparse de dar respuesta política al movimiento social que pedía el fin de la dictadura”, comenta Seguel. “La tormenta de las protestas”, consigna a su vez “La Historia Oculta”, “que en siete meses transformó la fisonomía política del país y reveló las explosivas tensiones acumuladas en la estructura social, amainó con el fin del año 1983”.

42. De la cárcel al Nobel

En la primera semana de octubre había llegado a la CTC una carta de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, CIOSL, invitando a Seguel a la ceremonia de entrega del Premio Nobel de la Paz, otorgado ese año al sindicalista polaco Lech Walesa, en Noruega. Seguel fue el único dirigente laboral del continente americano en recibir tal distinción.

Participar en tan significativo acto formaba parte de un gira más extensa: 20 días, entre noviembre y diciembre de 1983, recorriendo diversos países para reunirse con dirigentes sindicales americanos y europeos, exiliados chilenos, autoridades políticas del Viejo Mundo, de Estados Unidos, incluso monarcas y el Papa Juan Pablo II en El Vaticano. Era un viaje en extremo exigente.

“Yo venía saliendo de la cárcel”, dice el sindicalista, “no tenía un peso, no había salido nunca del país, lo más lejos había sido volar por primera vez a Calama para organizar las protestas en Chuquicamata. En ese vuelo me subió y bajó todo, pero no vomité, no comí nada y fumé todo el viaje, ida y vuelta, porque en esa época se podía”

“Yo tampoco sabía idiomas, por lo que pedí ser acompañado por el abogado laboralista Luis Eduardo Thayer, mi asesor en la Confederación, quien según creía dominaba el inglés.

“Eso no resultó tan cierto, pero igual nos arreglamos. El problema fue que no había plata para financiar el viaje de un acompañante, por lo que hubo que conseguir un préstamo con la CTC, de cuyo pago se hizo cargo después la Vicaría Pastoral Obrera, gracias a la generosidad del padre Alfonso Baeza. Esto es primera vez que lo cuento”.

“La preocupación de Rodolfo era legítima”, dice por su parte Thayer. “Debía enfrentar en 20 días una agenda que obligaba a dar prácticamente dos vueltas por los países de Europa, participar en la entrega del Premio

Nobel a Lech Walesa, reuniones con prensa europea, gobernantes, políticos y sindicalistas, el Papa y otras.

“Además, la gira continuaba a Nueva York y Washington, la que era organizada por los sindicatos estadounidenses reunidos en la AFL-CIO, que tenían fuerte influencia en un sector del sindicalismo chileno controlado por la vieja guardia de dirigentes como Vogel, Ríos, Mujica, Flores y otros integrantes del Grupo de los 10, que se confrontaba con la Coordinadora Nacional Sindical que conducían líderes como Manuel Bustos, Arturo Martínez y otros”.

“El 17 de noviembre de 1983 salimos de viaje. Debimos hacer escala en Sao Paulo, pues en esa época no había vuelos directos a Europa”, agrega Seguel. “Estuvimos dos días en Sao Paulo. Allí nos recogieron los dirigentes paulistas que habían organizado todo cuidadosamente, pasajes, hoteles, transporte y programa de reuniones. No fue difícil entenderse con ellos. Yo comprendía el portugués lo justo y necesario, ese idioma es fácil.

“Primero, nos juntamos con los gringos, dirigentes de la AFL-CIO que llegaron de Estados Unidos al saber que estaríamos de paso en Brasil. Querían ajustar agendas para la visita que después de la gira por Europa haríamos a Nueva York y Washington. Era necesario ultimar detalles para los encuentros con sindicalistas y políticos estadounidenses, entre ellos, el senador Edward Kennedy.

“Después fuimos a la sede de una confederación brasileña donde tras conversar con ellos, de cómo estaban las cosas en Chile, de los trabajadores, la represión, los derechos humanos, me preguntan si aceptaba reunirme con Lula. Yo pregunté ¿quién es Lula? Resultó que era Luiz Inacio ‘Lula’ da Silva, el dirigente sindical más importante del Brasil, que estaba en la clandestinidad. Yo no sabía nada de Lula hasta ese momento, porque sólo me preocupaba de lo que estaba pasando en Chile, que era lo más importante para nosotros.

“Como seguíamos a Europa la tarde del día siguiente debimos programar la cita con Lula para esa misma mañana. Concordamos que nos pasarían a buscar a las 8:30 am. Nos advierten que el encuentro se debía mantener en reserva. Lo que no supimos hasta esa mañana, era que se trataba de una cita clandestina. Nos dimos cuenta de aquello porque hicimos varios cambios de auto y de ruta, siguiendo instrucciones de dos dirigentes brasileños de la CUT paulista que nos acompañaron.

“Cerca de las 10:30 de esa mañana llegamos a una evidente casa abandonada, lejos del centro, sin muebles, una mesa vieja y yo creo que nos sentamos hasta en cajones. Sí había buen café que bebimos en tachos enlozados. Allí, nos recibieron otros dirigentes y tuvimos un diálogo muy interesante sobre el rol de los sindicatos y el de los partidos políticos”.

43. La previa con Lula

“Recuerdo que nos instalaron en una pieza oscura. No entendía mucho, ¿en qué estábamos metidos? De a poco fui comprendiendo que nos encontrábamos en una casa de seguridad, porque esa era una reunión secreta, clandestina, que nos tomó por sorpresa.

“A Lula da Silva lo perseguía la dictadura brasileña, encabezada en ese entonces por el dictador Joao Figueiredo, un militar exjefe del Servicio Secreto de otro gorila brasileño de esa época oscura, el anterior presidente Ernesto Geisel.

“Habíamos dado tantas vueltas para despistar, por si nos hubieran seguido. Seguramente mi llegada ya estaba en conocimiento de la policía secreta brasileña y matar de una a Lula y Seguel podría ser un muy buen golpe de ambas dictaduras.

“También nos dimos cuenta que los sindicalistas brasileños tenían un debate sobre si transformaban su CUT –perseguida por la dictadura– en el Partido de los Trabajadores (el PT) o separaban aguas. Había discrepancias internas. Lula por un lado, partidario de crear el PT, y dirigentes que se oponían. En esa discusión estaban delante de nosotros cuando, a eso de las 11:15 horas apareció Lula, sin compañía visible. Fue un encuentro bien emotivo y significativo.

“Se veía un poco mayor que yo, con su barba negra, crespa. En verdad, tiene 8 años más que yo. Observé que le faltaba el dedo índice de una mano, la derecha me parece; es bajito, un metro 65 diría, gordito, más preocupado de conversar en serio que de hacerse el simpático. Yo igual, serio, escuchando sus ideas de crear el Partido de los Trabajadores, para reemplazar a la central sindical brasileña.

“Lula quería saber si en Chile pretendíamos lo mismo que él: cambiar nuestra CUT y crear un partido para llegar a la presidencia de la república, cosa que él hizo el 2003 en Brasil. Le dije que no. Que nuestra idea era sacar

a Pinochet y que los políticos se encargaran de dirigir el país y nosotros volver a lo nuestro, que es defender a los trabajadores. No sé si se molestó o no por mi categórica respuesta.

“Igual me preguntó detalles de lo que estábamos haciendo para recuperar la democracia, de nuestra estrategia de movilización pacífica. Estaba intrigado; quería saber por qué los chilenos nos habían escuchado a nosotros, sindicalistas, en vez de a los políticos democráticos chilenos.

“También quiso saber cómo era el movimiento social en Chile, si había entendimiento con los partidos o si veía que éstos iban demasiado lento. El tema siguió con algunos matices y naturalmente no quedó agotado, sino que apenas iniciado.

“La historia posterior muestra con claridad el camino que siguió Lula. Sin duda, un gran líder en Brasil. Se separó de nosotros cerca de las 13:00 horas; 10 minutos después iniciamos el regreso, con menos cambios de auto, pero igual con resguardos hasta que nos dejaron a una cuadra del hotel.

“Con Lula nos volvimos a encontrar un par de años más tarde, en Buenos Aires, invitados a un programa de TV en el que participó también el líder de la Confederación General de Trabajo (CGT), Saúl Ubaldini, un sindicalista muy poderoso que movía un dedo y paraba a toda Argentina. Fue un gran programa, muy visto, con mucha promoción por los medios trasandinos, pues había reunido a los tres líderes del sindicalismo sudamericano que más pesábamos en esos años.

“Después de salir en la tele, llego al hotel y me llaman de recepción, para avisarme que tengo visitas. ¿Visitas yo, si no conozco a nadie en Buenos Aires? Igual bajé y veo a un par de señoras, una bien mayor que me dice: “Yo soy hermana de tu padre. Ella es tu prima”, agrega, señalando a la mujer joven que la acompañaba.

“Quedé mudo. No tenía idea que tuviera parientes en Argentina. No podía creerlo. Como en Chile había muchos Seguel que decían ser familiares míos, sin serlo, tras disculparme le pido que me enseñe alguna credencial. Era cierto.

“Nos invitan a su casa –yo estaba con Gricelda, mi mujer, en ese viaje–, a Trujui, un modesto suburbio bonaerense, para conocer al resto de la familia. Nos reciben con mate amargo y rico almuerzo. Y me presentan a un noble anciano, de 93 años, el hermano mayor de mi padre, quien me toma las ma-

nos y me dice, emocionado: 'Ahora puedo morir tranquilo; te he conocido'. Ellos sabían de mí por la tele. Hasta el día de hoy me comunico con mis primos argentinos, por internet. Este ha sido uno de los episodios más lindos e impensados que me ha tocado vivir por haberme metido en lo que me metí.

“En cuanto a Lula, volví a encontrarlo por última vez en un congreso mundial de sindicatos metalúrgicos realizado en Japón en 1986, al que asistimos como dos mil delegados. A mí me rindieron homenajes por nuestra lucha contra Pinochet, pero poco y nada hablé con Lula en medio de tanta gente. Nunca más nos vimos”.

44. En Mercedes con chofer

Partieron a Europa según lo programado, pero hubo nuevas sorpresas. No pudieron aterrizar en Bruselas, por mal tiempo, y debieron seguir a Bonn, Alemania, y desde allí coordinar el traslado a la capital belga, distante 230 kilómetros, donde los esperaba una concurrida conferencia de prensa en la sede de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), que era la mayor central sindical a nivel mundial.

“¿Cómo nos arreglamos con el idioma alemán? Hablando en inglés o francés que algo manejo. Para las reuniones oficiales siempre contamos con traductores”, dice Thayer. “Para las citas posteriores con un total aproximado de 3 mil chilenos exiliados, en teatros y sedes sociales europeas, obviamente no fueron necesarios. Al llegar a Bonn pudimos contactarnos con Bruselas y nuestros anfitriones nos enviaron un Mercedes con chofer que nos llevó a destino”.

“En Alemania se nos une Enzo Frizo, de CIOSL, un dirigente italiano espectacular. Allá oscurece muy temprano y había nieve”, recuerda Seguel, “y yo apenas abrigado con mi chaleco chilote. Partimos de una a Bruselas, urgiendo al chofer porque el tiempo apremiaba. Frizo nos explica que han convocado en la sede de la CIOSL a la prensa europea, que quería conocer al sindicalista que igual que Walesa en Polonia, que desafiaba a un dictador comunista como Wojciech Jaruzelski, Seguel enfrentaba en Chile a un dictador fascista como Augusto Pinochet.

“Después de dos horas de viaje por cerros nevados y con mucha curva llegamos esa noche a Bruselas. La sala estaba llena de cámaras y prensa. Nunca imaginé que iba a tener tanta concurrencia. Me conocían como el Lech Walesa chileno. Les hablé en español, había traductores en varios idiomas que jamás había escuchado.

“Yo no les daba mayor importancia. Con mi chomba chilota, les iba relatando quién era y qué estábamos haciendo para sacar a los milicos del poder sin usar armas, solo con métodos pacíficos, tal como Walesa lo hacía en Polonia”.

Thayer retoma el relato: “Llegamos retrasados, directamente a la conferencia de prensa. El tenor de éste y los siguientes encuentros con los medios, autoridades y con los exiliados era contar, ‘desde el interior’, cómo se había gestado el movimiento social chileno y la decisión de llevarlo adelante hasta poner fin a la dictadura”.

“Rodolfo, con su lenguaje directo y casi brutal, ‘derrocaba a Pinochet’ en cada discurso, intervención o entrevistas sin mucho protocolo. Creo que él aprendió bien cómo era moverse con esos códigos, precisamente para eludirlos. Nunca fue muy diplomático, porque no venía con su estilo ni con el carácter de su liderazgo.

“Hubo de todo en las relaciones con la prensa. Nunca tomamos mucha conciencia de lo que pasaba en cada ciudad, porque la gira seguía y los diarios del día siguiente, normalmente, nos pillaban en otro país. Sí, recuerdo, que fue destacado el viaje, sobre todo, porque hubo muchas reuniones con primeros ministros y autoridades de los países que visitamos.

“Recuerdo, por ejemplo, que en Oslo la TV pública transmitía al anochecer unos monitos durante una hora para que los niños se acostaran y, después, un noticiero de una hora. La entrevista a Seguel duró más de 5 minutos, hartó para lo que en general destina la televisión a estos temas en sus noticiarios.

“Como la ceremonia del Nobel a Walesa era recién el 10 de diciembre, se llevaron a cabo reuniones con autoridades, sindicalistas, políticos y prensa en Estocolmo; París, ésta manejada por Oscar Espinoza, el ‘Zambo’; en Colonia; en Bruselas; en Amsterdam, coordinada por un gran amigo, Roberto Celedón, en Oslo, con unas 50 personas, pocas, pero muy intensa. En total, en unas quince ciudades de distintos países”.

El más numeroso y “peludo” de esos encuentros con exiliados chilenos fue en Madrid, el 4 de diciembre del 83. Dos días antes Seguel estuvo en Alemania. Según reportó José Comas en El País de España, desde Bonn, en esa gira el sindicalista chileno se vio enfrentado “con la dura realidad del exilio, con los chilenos que llevan encima 10 años de desarraigo y amargura”.

En Bonn, Seguel fue recibido por dos ministros –el de Trabajo y el de la Juventud– del Gobierno Federal alemán y también se entrevistó con el Partido Socialdemócrata y con el presidente del Sindicato Mundial de Minería. En Colonia, habló con compatriotas del exilio, que a veces les decía: “A mí, si me vienen con una piedra, trataré de buscar una más grande. Yo no les voy a poner la otra mejilla”.

El líder sindical repite una y otra vez que el pueblo chileno “está desarmado, hambriento, es pacífico y no quiere repetir el pasado. Queremos una lucha pacífica”. Cuando le preguntan sobre los militares, dice que “yo ni dentro ni fuera de Chile me pronuncio sobre las fuerzas armadas, que creo no se deben dividir y deben regresar en bloque a los cuarteles, para ocuparse de defender la soberanía nacional”.

Estará en Oslo, cuando la esposa de Walesa reciba el Premio Nobel de la Paz. El líder polaco le invitó a que asistiera y Seguel estará allí, porque encuentra mucho paralelismo entre su cruzada y la de Walesa, dos sindicalistas que luchan bajo un régimen dictatorial. Antes de ir a Oslo, Seguel pasará también por España.

Pregunta. La reunión que mantuvo con chilenos en Colonia deja la impresión de que hay un choque entre los exiliados y los que llevan la resistencia dentro del país. ¿Es difícil coordinar estas dos posiciones y se puede provocar una brecha?

Respuesta. No, no creo que sea difícil. Es una cuestión de ordenamiento nada más, que tienen que ver los dirigentes sindicales y muchos que están en el exilio. Deben saber manejar la situación respecto a lo que pasa en el país. Quizá hay una desesperación por querer estar realmente enterados de lo que ocurre en Chile y querer volver al país, pero no veo una gran diferencia, sino más bien desesperación.

P. Yo veo que a mucha gente en el exilio le cuesta aceptar esta vía pacífica que usted propone.

R. Yo he conversado con muchos chilenos que están en el exilio ahora. Quizá sean muy pocos los que piensan que la vía pacífica puede ser dañina. La gran mayoría de los exiliados plantea que el trabajo que hemos realizado en Chile ha sido de acuerdo con la realidad que vive el pueblo chileno y no se oponen a nuestro trabajo, sino que apoyan toda acción nuestra.

P. En la exposición que hizo a los exiliados en Colonia daba la impresión de que usted proponía el paso de la dictadura a una *dictablanda*.

R. ¿Cómo?

P. Usted no ve la posibilidad de pasar a una democracia de una forma automática, sino una fase.

R. No. Lo que yo dije es lo mismo que plantea la Alianza Democrática (coalición de oposición formada, fundamentalmente, por democristianos y parte de los socialistas); el hecho de que exista un período de transición, que Alianza Democrática dice que debe ser de 18 meses, eso no significa una *dictablanda*, sino el paso a una verdadera democracia. Antes de la democracia hay que trabajar mucho y preparar al pueblo entero. No es que sea una *dictablanda*, sino un trabajo de ordenamiento de un país.

P. ¿La huelga general es un objetivo del movimiento sindical chileno o es una utopía? La movilización en las calles es algo relativamente fácil de conseguir en un estado de desesperación como existe en Chile ante la situación económica, pero una huelga general es mucho más difícil. Esto es algo que usted, como sindicalista, debe conocer bien.

R. La huelga general es una instancia que tienen todos los trabajadores del mundo y en algún momento hacen uso de ella. En Chile es difícil en este momento, pero no es imposible. Es difícil, y para preparar una huelga habría que trabajar bastante. En estos momentos no nos hemos planteado hablar de huelgas. Es prematuro.

P. ¿La CUT (organización sindical chilena durante la democracia) piensa igual?

R. La CUT, en Chile, no existe.

P. Usted, a sus 30 años, casi no conoció la Unidad Popular en Chile y el Gobierno del presidente Allende. ¿Qué impacto tuvo en su vida la Unidad Popular?

R. Yo conocí la Unidad Popular en mi juventud. Todo lo que ocurrió con la Unidad Popular, especialmente al final, me dejó una experiencia muy mala, como terminó la juventud chilena, como terminaron los partidos políticos, como terminó el sindicalismo chileno, que al final fue manejado por los partidos políticos, especialmente el partido comunista, que manejaba la CUT. Yo creo que esta historia no se repetirá nunca más en Chile. Vamos a trabajar para crear el sindicalismo chileno como organización totalmente independiente de los partidos políticos, para poder trabajar y presionar por los problemas de los trabajadores y no los de los partidos políticos.

P. ¿Usted es partidario de excluir al Partido Comunista de las organizaciones unitarias de oposición?

R. No, porque hay trabajadores de pensamiento comunista, y uno, como dirigente sindical, no los puede dejar de lado, sino todo lo contrario, hay que defender a todos los trabajadores. Pero sí soy partidario de que los partidos políticos no manejen a las organizaciones sindicales.

P. ¿Qué va a ocurrir o qué preconizan ustedes ante los torturadores y los asesinos?

R. Nos lo hemos planteado mucho. Cuando volvamos a la democracia, hay tribunales y ellos tendrán que dictaminar quiénes son culpables de los hechos acontecidos en el país; pero no los tribunales populares, no el pueblo, sino los tribunales de justicia.

P. ¿Los tribunales de justicia ordinarios, los mismos que están en funciones ahora?

R. Los tribunales de justicia. Serán los jueces actuales u otros, pero no debemos emocionarnos tanto y tenemos que ser responsables.

45. Tensión con exiliados

☾ Nuestra gira la había armado el chileno Juan Manuel Sepúlveda, de CIOSL, quien no viajó con nosotros sino que coordinó los encuentros con los dirigentes de cada país y ciudad, quienes, además organizaron los encuentros en las tardes y noches con los chilenos en el exilio”, dice Seguel.

“Siempre me reuní con los exiliados, no para pedirles plata, sino para informarles de lo que estábamos haciendo para recuperar la democracia. La reunión más concurrida tuvo lugar en Madrid. Fue en un lindo teatro, repletado por unas 200 personas, la mayoría jóvenes, todos chilenos. Yo no conocía a nadie. Por supuesto, la enorme mayoría eran militantes de la Unidad Popular: comunistas, socialistas, Mapu, MIR, Frente Patriótico, mucha extrema izquierda.

“Bueno, como ellos tampoco me conocían, cuando me ofrecen la palabra parto por contarles quién era este joven sindicalista de Caletones, y seguí explicando cuál era nuestra estrategia para sacar al dictador, utilizando métodos pacíficos, sin usar violencia y descartando de plano la lucha armada.

“En ese momento me interrumpen: ‘¡¡Traidor!!’ fue lo más suave que me gritaron. Insistían en voz alta que no había otro camino que las armas, que a peñascazos no se gana a los dictadores. Me *chorié* y les respondí que el movimiento lo dirigía yo, y que si querían usar la violencia, que se fueran a pelear a Chile. Ustedes son buenos para hablar y después pasar el platillo, y de esa plata no llega un peso a Chile. Si no les gusta, me paro y me voy. Que les quede claro, si opinan de otra forma, me da lo mismo”.

Por su parte, continúa Thayer: “La reunión comenzó con la música folklórica típica de las peñas de la izquierda y continuó con encendidos discursos, en que los oradores hablaban de la CUT y de las luchas del sindicalismo chileno en el pasado. Todo muy previsible, hasta que apareció la franqueza de Seguel. Éste, con toda su brutal delicadeza, cuando empieza a explicar por qué se optó por la vía pacífica, lo primero que dijo fue algo así

como: ‘¡Compañeros! Tengo que empezar diciéndoles dos cosas. La primera: he oído mucho hablar de la CUT y de nuestra historia pasada, pero debo decirles con la mayor franqueza: ¡Hoy, en Chile la CUT no existe!’

“El teatro se vino abajo en pifias y gritos. Seguel no desistió, y fue apagando los gritos y pifias diciendo, ‘Sí, compañeros es verdad ¡la CUT no existe! ¿O quieren que les mienta? Y aquí la segunda cosa: lo que existe hoy día en Chile es ¡el Comando Nacional de Trabajadores! ¡Es este comando el que tiene a Pinochet de espaldas! Ya habrá tiempo en el futuro para reorganizar la CUT y las organizaciones de trabajadores que han sido destruidas! ¡Por eso, les pido pensemos en el presente y en el futuro! ¡Anclados en el pasado no sacaremos al dictador!! ¡¡Y este es el mensaje que traigo desde Chile!!’.

“Poco a poco las pifias disminuyeron hasta que llegaron los aplausos. Sobre todo de los mayores. Sin duda, en algún momento, pensé cómo sacaríamos a Rodolfo del teatro sin que algo le pasara”.

Cierra Seguel: “Parece que la noticia de la rosca con los exiliados en Madrid corrió por toda Europa, porque de ahí en adelante no hubo más discusiones sobre el tema”.

46. ¿En qué andaba Mónica Madariaga?

En esos mismos días en Madrid, Seguel y Thayer junto a Nicolás Redondo, presidente de la UGT, son invitados por Felipe González, entonces presidente del Gobierno español, al Palacio de la Moncloa. La reunión fue solicitada por el gobernante socialista. Éste quería pedir un favor a los sindicalistas, si podían confirmarle la veracidad de una increíble historia que había llegado a sus oídos: altos oficiales del Ejército chileno planeaban asesinar a Pinochet.

La impactante información, con carácter de secreta, se la había transmitido a González nada menos que la abogada Mónica Madariaga, a la sazón renunciada ministra de Justicia y Educación de la dictadura. Madariaga, que era prima de Pinochet, se encontraba también en gira por el viejo continente, pero la suya era una “misión especial y secreta” encargada por su primo para que ella contara a los gobiernos europeos, “la verdad de lo que sucedía en Chile”.

“El periplo fue decepcionante”, dice al respecto el libro ‘La Historia Oculta del Régimen Militar’, cuyos autores tomaron conocimiento de la estrambótica gira de la prima del dictador. Las cancillerías europeas no hicieron nada especial para recibir a la enviada, salvo la española, tal vez por la ayuda que prestó Madariaga a González y al PSOE para liberar en Chile al socialista Erich Schnake

Tras transmitirles el relato de Madariaga, el presidente español pide a los sindicalistas que a su regreso a Chile, y bajo estricta reserva, consulten la veracidad de esta versión a Gabriel Valdés, quien tenía fama de ser una persona muy bien informada. La reunión con González duró más de una hora. Al retornar a Santiago, Seguel cumplió con el encargo. Lo dicho por la exministra Madariaga nunca pudo confirmarse. Pareció ser una denuncia sin mayor fundamento.

Mónica Madariaga Gutiérrez fue una controvertida figura de la dictadura. Pariente directa de Augusto Pinochet por el lado de la familia Ugarte,

durante la dictadura militar fue ministra de Justicia del 77 al 83, época en la que redactó la Ley de Amnistía que amparó violaciones de derechos humanos y participó en la redacción de la Constitución del '80. Fue designada ministra de Educación desde el 14 de febrero de 1983 hasta el 18 de octubre de ese año y posteriormente su primo la designó embajadora ante la OEA.

En 1985, Madariaga se arrepintió de haber colaborado con la dictadura y pidió perdón en la revista *Análisis*, durante una entrevista concedida a Mónica González en la que le dijo que había estado viviendo una “micro realidad” que le impidió darse cuenta de lo que verdaderamente ocurría en el país y agregó que en ese período había estado influenciada por Jaime Guzmán y José Piñera, a quienes responsabilizó de algunas de sus acciones.

Además de aquella confesión, Madariaga causó revuelo al revelar que dirigentes de la UDI fueron adoctrinados en Colonia Dignidad y que en 1982 había intercedido para liberar a Sebastián Piñera, acusado en esa época de supuesto fraude cuando era ejecutivo del Banco de Talca, hecho que Piñera refutó.

Mónica Madariaga falleció de cáncer en octubre de 2009, a la edad de 67 años.

47. “Así que tú eres Rodolfo Seguel”

Antes de emprender la gira europea, los sindicalistas italianos les confirmaron a sus colegas en Santiago que, durante la permanencia en Roma, estaban invitados a una audiencia especial con el Papa Juan Pablo II. Era una gran oportunidad de comentar y agradecer el apoyo de la Iglesia Católica a la lucha de los trabajadores chilenos por recuperar la democracia, similar a la que encabezaba en Polonia Lech Walesa, compatriota de Su Santidad. Ese era el anhelo. Faltaba saber cuán dispuesto estaría el Papa para semejante diálogo.

Tras las consabidas reuniones en Roma con sindicalistas, políticos y prensa italianos, hubo espacio para visitar brevemente los lugares históricos –el Foro Romano, el Coliseo, la Fontana de Trevi–, y llevar a cabo una insólita aventura: manejar un pequeño Fiat 600, el auto más popular de los años 70 y principio de los 80 en muchos países.

“Se me ocurrió pedirlo prestado a un compañero romano quien accedió sin problemas”, relata Seguel. “Nunca había manejado un coche tan chico y menos por esas calles de adoquín, tan estrechas y llenas de autos manejados por choferes tan atrevidos. De veras, para conducir en Roma hay que ser valiente. Ellos llegan y tiran el auto encima. Hay que estar muy atento para esquivar y tener sangre fría para salir de las rotondas, porque la preferencia la tiene el que entra a ellas, no el que sale, al revés que en Chile. Fue toda una experiencia manejar entre los romanos.

“Cuando bajamos a caminar por el centro, de casualidad entramos a un local que, según nos contaron, era frecuentado por don Eduardo Frei Montalva donde aprovechaba de descansar con un cafecito fumándose un habano. Estaba en una calle muy famosa, Vía Veneto me parece que era.

“Al día siguiente era la audiencia con el Papa. Llegamos por la mañana al Vaticano, en taxi, hasta una calle peatonal que desemboca la Plaza San Pedro. Caminando llegamos al pórtico donde nos recibe la Guardia Suiza, verifican nuestras credenciales, y de inmediato nos separan. Thayer para

un lado, yo para otro. Entramos a una pequeña sala donde había un podio y dos grupos de sillas. Las de adelante, pocas; unas diez; detrás, otro grupo más numeroso; unas 25 sillas. A mí me sientan en primera fila, con gente de distintos países, fue impactante. A cierta distancia divicé vi a Thayer.

“A los pocos minutos, entra Juan Pablo II. Un hombre alto, de un metro 85, muy blanco, de ojos azules, mirada muy profunda, con una expresión muy noble. Lentamente saluda de mano, casi sin detenerse, a los que estábamos en primera fila. Al estrecharle la diestra, me doy cuenta que es una mano muy grande, suave, sin callosidades, con la contextura de una esponja. Mi mano desapareció entre sus enormes dedos.

“Al saludarlo, le digo en castellano: ‘Soy Rodolfo Seguel, sindicalista chileno. Mucho gusto’, y le hago una pequeña reverencia. Él me mira sonriente y como que va a seguir su camino, pero se devuelve y me dice, en su castellano agringado:

–Así que tú eres Rodolfo Seguel, Yo te conozco mucho. Yo sé mucho de ti y de Chile.

–Yo también sé mucho de usted–, le respondí espontáneamente.

“Cuando le conté después a Thayer el comienzo del diálogo, me retó. ‘Cómo se te ocurre hablarle en ese tono... ¡Si es el Papa!’. ‘Si, a lo mejor fui irreverente, pero lo hice con respeto y al Papa no le molestó, creo, mira que hablamos harto de la situación chilena’, le expliqué.

“Pero Thayer tenía razón. Lo lógico era que yo conociera al Pontífice y él no tenía por qué conocerme, eso era lo extraordinario. Pero así estaban las cosas en ese momento. Ahí vine a comprender algo a lo que no había dado mayor importancia: el tremendo grado de conocimiento que había en Europa por la lucha pacífica que dábamos en Chile por recuperar la democracia, similar a la que daban los trabajadores y sindicalistas polacos. Nosotros contra Pinochet, ellos contra Jaruzelski.

“La conversación con el Papa se prolongó por unos pocos minutos, y versó sobre el mismo tema. Él quería saber cómo estaban el pueblo, los trabajadores, los jóvenes. Me di cuenta del alto grado de conocimiento que tenía sobre el movimiento sindical de nuestro país y del grado de descontento del pueblo por los abusos en derechos humanos y los problemas económicos. Como que nos quería dejar en claro que él sabía perfectamente lo que estaba pasando y del porqué de nuestra lucha. Hasta llegué a pensar que él sabía más de Chile que yo mismo.

“¿Acaso hablamos algo de Polonia, Walesa y Jaruselski? No correspondía. El diálogo fue solo sobre Chile. Terminado éste, me di cuenta que se habían acercado varios fotógrafos a registrar el encuentro. Considero que esa conversación tan personal con el Papa ha sido la instancia religiosa más importante de mi vida. Me hice más católico que antes”.

“Volví a estar con Su Santidad en 1987, cuando visitó Chile. Esa vez fue una audiencia masiva, más de cien personas en el Salón de Honor de la Casa Central de la Universidad Católica, donde dictó una conferencia sobre la responsabilidad empresarial y sindical a líderes de ambos sectores. Nos saludó en general, expuso sus argumentos, hizo recomendaciones, nos dio la bendición y eso sería todo. No hubo diálogo esa vez”.

48. Danuta Walesa, un encanto

“Dos días antes de la ceremonia del Nobel llegamos de Bruselas a Oslo por avión. El frío era tremendo; en el camino del aeropuerto al hotel vimos los campos nevados. Un espectáculo notable. Y qué ciudad más preciosa. Nos alojaron en un hotel antiguo, que me pareció debía ser muy caro. Si hasta un oso embalsamado había en la recepción y por las ventanas podías observar a los renos pastando en medio de la nieve”, relata Seguel.

Danuta Gołoś, la joven esposa de Walesa, que ya era a los 33 años madre de 7 hijos (llegó a tener 8) también llegó dos días antes. Lo hizo acompañada por su hijo mayor, Bogdán, y un asesor de Solidaridad, la organización sindical polaca que presidía su esposo. En el aeropuerto la recibieron numerosos sindicalistas noruegos que querían demostrarle su satisfacción ante el hecho de que ésta sería la primera vez, en la historia del Premio Nobel, que un trabajador era coronado.

“Por intermedio de la CIOSL”, dice Seguel, “obtuvimos espacio para una cita privada con Danuta; queríamos hacerle entrega de una carta personal donde le manifestaba a Walesa la satisfacción y alegría de los trabajadores chilenos por la distinción otorgada a quien encabezaba una lucha similar a la nuestra: él contra una dictadura comunista, nosotros contra una fascista.

“Con Danuta tuvimos una reunión muy simpática y cordial. Además de entregarle la carta para su marido, manuscrita con una lapicera Mont Blanc que me prestaron, le obsequié a nombre de los trabajadores del cobre un par de espuelas de plata para Lech. Eran súper caras, pero Walesa se las merecía.

“En la reunión privada con Danuta estuvo el Secretario General de la CIOLS, el de la CMT (la central de los Sindicatos cristianos), y un dirigente danés”, relata Thayer. “La reunión fue en el Hotel donde ella se alojaba y donde fue después la cena de gala con el Rey Olaf V de Noruega.

“En ese momento, al entregarle muy rancagüinamente las espuelas de plata, Rodolfo le explicó en el perfecto castellano de gestos de qué se tra-

taba el regalo. Danuta sonreía con la explicación que, sin duda entendió, y le agradeció muy protocolarmente los saludos que le enviaba a su marido, Lech Walesa. Ella era una mujer fina, muy linda y sencilla en sus modos. Un encanto de mujer. Estuvo, sí, un poco nerviosa con tanto personaje que quería sacarse la foto con ella.

“La cita con Danuta fue más bien breve, unos 15 minutos. Ella debía recibir a mucha otra gente. Fue una entrevista formal: la carta, las espuelas, los mensajes, las fotos que sólo tomé yo, porque no hubo fotógrafo. No sé cómo las desarrollaron en una hora y les sacaron 10 copias... Dejé los negativos en manos de los anfitriones de la CIOLS”, concluye Thayer.

Sigue Seguel: “Danuta me explicó que lamentablemente su esposo no pudo viajar pues temía que la dictadura del general (Wojciech) Jaruzelski no autorizara su reingreso a Polonia. Yo también en ese momento pensaba que Pinochet me podía cerrar las fronteras, pero eso no ocurrió”.

La prensa europea publicó ese día que Walesa había enviado a su esposa a Oslo no sólo porque temiera que las autoridades polacas le impidieran a él regresar a su patria, en caso de ir el mismo a recibir el premio, sino para evitar tener que “disfrazarse” y participar en un fastuoso banquete mientras sus compañeros de lucha seguían en la cárcel.

“Finalmente terminamos conversando sobre nuestras respectivas familias, la de ella, mucho más numerosa que la mía, y nos despedimos hasta el día siguiente”, concluye el sindicalista.

A esas alturas, Seguel y Thayer ya sabían que debían vestir de etiqueta para la ceremonia. El abogado había hecho las averiguaciones sobre los requerimientos protocolares y el personal del hotel les informó dónde arrendar las prendas. A media cuadra del hotel estaba la sastrería. Llegamos, les tomaron las medidas y en un santiamén recibieron los smokings, las camisas y las corbatas humita. “¡Se pasaron los noruegos!”, recuerda Thayer. “Y nada de caro: el arriendo de los trajes salió por 245 coronas cada uno, unos 35 dólares de la época”.

“Al día siguiente al mediodía”, dice Seguel, “nos volvimos a encontrar con la mujer de Walesa, en un salón maravilloso, el Aula Magna de la Universidad de Oslo, la principal de Noruega, junto a sindicalistas de todo el mundo, políticos, intelectuales, en presencia del rey Olaf V. Y ahí estaba este pobre obrero, sentado en primera fila, un lugar de privilegio, frente a Danuta, al monarca y autoridades del Nobel”.

49. Nobel y cena con el Rey

La entrega del Premio Nobel se efectuó frente a unas 400 personas. Una ceremonia muy sobria, con un quinteto de cuerdas y después una pequeña orquesta, dos discursos y el agradecimiento de Danuta acompañada del mayor de sus hijos duró no más de una hora.

Danuta Walesa leyó un mensaje del dirigente de Solidaridad, en el que aseguró: “Exigimos justicia y, por ello, seremos persistentes en la lucha por nuestros derechos. Deseamos la paz y, por eso, nunca empleamos la fuerza física”.

Previamente, visiblemente emocionada por la recepción que le dieron, la esposa del polaco declaró ante la prensa que el Premio Nobel de la Paz no recompensaba únicamente a su marido, sino a todos los militantes que luchan por los mismos objetivos en otras partes del mundo. En ese sentido, destacó la prensa local, resultó significativa la presencia en Oslo del líder sindical chileno Rodolfo Seguel, invitado a participar en la entrega del premio.

Danuta, descrita como “una locuaz aunque cauta madre de familia de 33 años”, confesó en esa reunión previa a los periodistas que su marido nunca le hablaba de los problemas de la estrategia del movimiento social de su país y que su papel se limitaba a ser una “pequeña consejera”.

Absteniéndose de responder preguntas de carácter político, ella habló como madre que es de siete hijos, e hizo reír a los corresponsales cuando dijo que con las preocupaciones nuevas que le ha creado el premio “ahora hay más gente en la casa y tengo menos tiempo para ocuparme de ellos”.

En tanto, Walesa, en la casa parroquial de Santa Brígida de Gdansk, a través de la emisora Radio Europa Libre, siguió la ceremonia que se efectuaba en Oslo. La prensa polaca registró que al momento en que se entregó la medalla a su esposa, Walesa descorchó una botella de champaña, sirvió el contenido, alzó su copa y dijo: “Brindo por la victoria de la idea común de Solidaridad”. Horas antes, rodeado de periodistas, firmando autógrafos

sobre estampas de la Virgen Negra, había recordado la existencia de presos políticos en su país y advirtió sobre el riesgo de manifestaciones callejeras.

Después de la ceremonia oficial, a las seis de la tarde unos 120 invitados, entre ellos los dos chilenos enviados de la CTC, ingresan al elegante y gigantesco salón donde se serviría la cena de gala. “Es costumbre de ellos comer muy temprano, porque ya a las cinco de la tarde oscurece”, refiere el sindicalista. Esa fue la primera de varias experiencias que vivieron esa noche. La segunda fue observar la enorme y elegantísima mesa doble, en forma de U, “más larga que la del Té Club”, dice el rancagüino, donde el personal los guía hasta sus puestos. “Lo bueno fue que quedé al lado de la cabecera, cerca de Danuta y del Rey Olaf V; lo malo fue que a Thayer lo mandaron lejos.

“Cierto”, dice el abogado, “el Rey, Danuta, su hijo, el presidente de la Fundación que entrega el Premio, el primer ministro y otras autoridades estaban en el sitio de honor. Seguel por el lado izquierdo respecto del Rey, bastante adelante. A mí me tocó por el otro brazo de la mesa bastante más atrás. Los mozos y mozas, elegantemente vestidos, ingresaban por dos puertas que enfrentaban la mesa y se cruzaban en el centro para ir a ubicarse detrás de los comensales, cada vez con dos platos en sus manos. Al golpe del bastón del maestro de ceremonias, quedaban todos los platos servidos al mismo tiempo. Así ocurría también con el retiro de los platos y con el servicio del bebestible. Sobrio pero ceremonioso”.

“Al sentarnos me vi rodeado de gente que hablaba idiomas que nunca había escuchado”, dice a la vez Seguel, “y lo peor fue observar los cubiertos: cuatro tenedores a la izquierda, cuatro cucharas al frente, cuatro cuchillos a la derecha, cinco vasos al frente, tres servilletas, una bandeja redonda frente a cada silla donde había un sobre con mi nombre y cargo. ¿Quién me habrá escrito?, me pregunté. Nadie. ¡Era el menú! Venía escrito en inglés, idioma que no entiendo. Tuve que aprender a comer mirando discretamente a mis vecinos. Todos elegantísimos y qué decir de las damas, luciendo joyas y trajes de fiesta.

“Detrás de cada uno de nosotros había dos mozos, estos seguían las órdenes de un maitre. Como éramos 120 los invitados, los mozos serían unos 240. Me rellenaban la copa apenas bebía un sorbo. En mi vida había visto algo semejante y seguro que jamás lo volveré a ver.

“¿Qué comí? Francamente no me acuerdo. Estaba tan nervioso que apenas probé bocado. Eran como tres entradas, frías y calientes; un par de

sopas; tres o cuatro platos de fondo, cuatro postres. Harta variedad, pero servían en platos chiquitos, como de degustación. ¡Me hubieran visto los *viejos* de la mina, me matan! Si no comí nada... ¡Putá ma're que la sufrí!

“Al terminar la cena, presentan una orquesta y tocan música para bailar. Pero todo era muy diferente a lo que uno veía en Chile, tanto la música como los bailes. Todo muy a la europea escandinava. ¿Bailar con Danuta? Ni se me ocurrió. Aburridos, con Thayer nos fuimos al hotel. Debíamos prepararnos para continuar la gira de madrugada, la cual entraba a su última etapa: Estados Unidos”.

Obviamente, la invitación a Seguel para asistir a la ceremonia en Oslo tuvo un importante eco en los medios políticos y sindicales chilenos e internacionales. Es la apreciación del experto OIT Agustín Muñoz Vergara. “Recordemos que, a partir de las grandes huelgas polacas y de los acuerdos de Gdansk en que se reafirma Solidarnosc (Solidaridad) como entidad independiente y autónoma del poder político, los países del socialismo real europeo comienzan a sentir las primeras fisuras que lo llevarán a su extinción algunos años más tarde”, nos dice Muñoz desde París.

“En Chile”, agrega, “esos eran los años de los grandes movimientos sociales, como las 11 Protestas Nacionales, los Paros Nacionales, cuya mayor expresión fue el del 30 de octubre de 1984 donde el liderazgo de Seguel es incontestable. Él mantendrá ese peso, que compartirá más tarde con el de Manuel Bustos, cuando éste regrese al país tras ser expulsado por la dictadura.

“Esos son también los tiempos del surgimiento de entidades como el Comando Nacional de Trabajadores y la Coordinadora Nacional Sindical. Pero también son los tiempos de la dura represión contra los dirigentes sindicales, tanto a los que estaban en Chile como en el exterior. Por ello fue importante ese reconocimiento. Fue, aparte de ello, una advertencia más a la dictadura de que el mundo estaba con la democracia y que observaba y denunciaba las atrocidades”, cierra Muñoz.

En efecto, cada vez que la prensa europea le preguntaba en la gira al sindicalista qué había de común entre Chile y Polonia en esos días, respondía: ‘El hecho de que ambos países tienen dictaduras; una de izquierda, la otra de derecha. Pero ellas fundamentalmente son idénticas, porque atacan los derechos de los trabajadores y atentan contra los derechos humanos’.

En ese tiempo tales expresiones se ignoraron en Chile, debido a la estricta censura que afectaba a los medios, pero sí se conocieron en el resto del mundo.

En tanto, Danuta y Bogdán Walesa regresan Varsovia. Junto a Lech viajan a Czestochowa. Allí el polaco depositó la medalla del Nobel en el monasterio católico de Jasna Gora, en homenaje a la Virgen Negra, volviendo de allí a Gdansk, lo que significó para ellos recorrer 450 kilómetros de carretera.

Durante ese trayecto fueron persistentemente hostigados por la policía polaca; en 13 oportunidades los detuvieron para registrarlos y someterlos a revisiones humillantes. Con la familia viajaba el sacerdote Henryk lankowski, confesor de Lech Walesa. “Es todo tan deprimente”, dijo Danuta al volver a casa, “luego de volver de una bella ceremonia en Oslo, regresamos al caos”.

50. Del SoHo a Kennedy

Cumpliendo con la invitación de la Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales, AFL CIO, formulada en Sao Paulo, los chilenos Seguel y Thayer parten el domingo 11 de diciembre de Oslo a Nueva York. “Viajamos en la aerolínea escandinava, la SAS, a las 8:00 am, en un vuelo directo de Oslo al aeropuerto JF Kennedy de esa ciudad” rememora el abogado.

“A la llegada, como a las 10 de la mañana en horario estadounidense, nos esperaban algunos dirigentes de sindicatos neoyorkinos quienes nos llevaron al hotel, creo que un Hilton muy cercano a la Penn Station, en la 7th Ave. con la 33 Street. Dejamos nuestro equipaje y salimos a recorrer una ciudad vacía como lo es Nueva York en los fines de semana.

“Almorzamos con nuestros anfitriones en algún restaurant del “SoHo”, un entretenido barrio popular ubicado al suroeste de la ciudad, cuyo nombre proviene de un acrónimo: SOuth of HOuston (al sur de la calle Houston). Este sector neoyorkino se hizo famoso como un vecindario de artistas durante los años 60 y 70. Actualmente el barrio subió en la escala socioeconómica, causando el éxodo de los artistas, dejando únicamente las galerías, las boutiques, los restaurantes exclusivos y, como nuevos inquilinos, a los yuppies.

“Regresamos temprano a dormir para recuperarnos del *jet lag* de 6 horas por efecto del viaje y el cambio horario entre Oslo y Nueva York.

“El lunes 12, tuvimos un par de reuniones en la mañana, fuimos al medio día al barrio de Wall Street donde almorzamos en un elegante restaurant para después retirar maletas y partir a Washington, donde tuvimos una apretada agenda con los dirigentes de su máxima organización sindical. De esas reuniones, lo más importante fue que ellos conocieran de primera fuente los alcances y objetivos del movimiento que empujaba en Chile el Comando Nacional de Trabajadores.

“El martes después de almuerzo, nos fue agendada una reunión con Edward Kennedy en su oficina en el Capitolio. Se mostró el senador demócrata muy interesado con el giro que había tomado el movimiento sindical chileno y su influencia en hacer despertar al mundo político. Fue una reunión importante, sobre todo, porque se recibía el respaldo de un influente político norteamericano.

“A la salida de esa reunión con Kennedy, en la secretaría de su despacho ocurrió uno de esos típicos encuentros ‘casuales’, perfectamente evitables, pero que las circunstancias lo provocaron. Casi al llegar a la puerta por la que debíamos salir, esta se abrió y nos encontramos de frente con Napoleón Duarte, candidato en ese tiempo a la Presidencia de El Salvador, militante de esa `controvertida Democracia Cristiana salvadoreña que nada tenía que ver con dirigentes sindicales militantes de la DC chilena que encabezaban un movimiento unitario con fuerzas de izquierda para enfrentar la dictadura de Pinochet.

“Seguel, sin saber quién era el personaje, se ve envuelto en un afectuoso saludo con él y un fotógrafo que acompañaba a Duarte descargó un rollo de fotos. No fueron más de 5 segundos los que me demoré en pedir al dirigente sindical norteamericano que nos acompañaba que saliéramos de ahí, ya que este encuentro era altamente inapropiado, sobre todo por el efecto que podría tener una eventual publicidad de las fotos.

“Salimos rápido de ese lugar y nos fuimos al hotel a preparar nuestro regreso a Chile al día siguiente. Estábamos en eso cuando aparece el dirigente de AFL CIO quien, después del breve diálogo que tuvimos para separarnos de Duarte, había entendido muy bien que si don Napoleón usaba esas fotos para sus intereses electorales, podría llegar a generar un quiebre de las confianzas en Chile, las que tanto había costado construir con los compañeros de izquierda para dar unidad al movimiento sindical y social chileno que, además, forzaba el encuentro de los partidos políticos que después conformaron la Concertación de Partidos por la Democracia.

“Pues bien, nuestro amigo se acercó y en su mano derecha traía un rollo de fotos que nos mostró. Sin muchas palabras procedió a extenderlo para velarlo en nuestra presencia. Tuve un primer atisbo de duda, en si se trataba verdaderamente del rollo del fotógrafo de Duarte y él pareció comprender de inmediato la mirada o la cara que puse y me dijo, ‘no tengas dudas, no hay ni habrá fotos de Seguel con Napoleón Duarte’. En efecto, no las hubo”.

51. El legado de la gira

Luego de cumplir tan extensa gira y haberse reunido con tantas personalidades mundiales –el Papa Juan Pablo II, Edward Kennedy, Felipe González, Lula da Silva, los reyes Olaf V y Balduino, Danuta Walesa, decenas de autoridades, parlamentarios, periodistas y unos tres mil chilenos que querían conocer al sindicalista que había desafiado a la dictadura chilena–, había llegado el momento del regreso.

“Cuando llegamos a Chile”, dice hoy Seguel, “me sorprendió ver a muchos periodistas esperándome en Pudahuel. Creo que pensaban que la dictadura no nos iba a dejar entrar. Las preguntas más frecuentes fueron sobre el encuentro con el Papa y sobre aspectos de seguridad. Sobre esto, respondí que durante la gira nunca nos preocupó el tema de la seguridad. Nadie nos hostilizó. Creo que nadie intentó hacernos daño. Ya era demasiado conocido, de modo que circulábamos libremente, aunque en más de algún país me pusieron guardias.

“Nos movíamos con tanta libertad que, en una que otra ocasión, me permití hacer travesuras inocentes que ponían muy nerviosos a mis acompañantes. Cuando estuvimos en el palacio real de Amsterdam me saqué una foto sentado en el trono de la Reina Beatriz de Holanda, luego de saltar los cordones que impedían el paso. En Bruselas, al momento de presentarnos ante el Rey Balduino de Bélgica, les dije a los de la comitiva: ‘les apuesto que le digo weón al rey’. ¡Nooo!, por favor, me dicen, pero lo hice igual. ‘Hola weón’, le dije en español y le hice la tradicional reverencia. Él ni cuenta se dio”, recuerda muerto de la risa.

Luis Eduardo Thayer, más en serio, reflexiona sobre lo que fue esa tan intensa como alocada gira de fines de 1983: “Lo vivido no nos lo quitará nadie. La verdad es que el tiempo pasa y hoy transcurre a la misma velocidad, pero con muchísimos acontecimientos y cambios. El autismo del celular que afecta hoy a las generaciones jóvenes y el individualismo tendrán que pasar en algún momento, porque los seres humanos somos

sociales y caeremos en cuenta que en esos fenómenos perdimos el tiempo. Mientras antes los jóvenes dejen esos vicios, que sólo cultivan el ego y el hedonismo, más tiempo tendrán para vivir más la vida en sociedad y más en comunidades.

“Este libro, aunque no lo lean muchos jóvenes ahora por causa de estos propios vicios, que no dejan tiempo para mirar más allá de la nariz o el ombligo –según lo que se tenga adelante– quedará para cuando se pierdan esos vicios y nos empecemos a preguntar qué pasó antes, de dónde venimos y por qué llegamos a esta vida de paseos en moles de cemento y no en plazas y campos, mares y cerros con la gente que queremos y nos quiere. Piensa que para llamar por teléfono a alguien, hoy día le mandas antes un WhatsApp para preguntarle si le puedes llamar.

“Cuando los jóvenes y viejos de hoy vayan cayendo en cuenta que se perdieron de vivir su vida intensamente, que ‘el mundo se los vivió’ y que les queda poco tiempo para mirar y saber de los que la supieron hacer, viviéndola con intensidad y con pasión, tal vez encuentren sentido a lo que les digo.

“A la hora de reconstruir la historia chilena es importante consignar lo hecho por Seguel porque, sin duda, él fue parte de ese pedazo de la historia. Lo singular es que hoy él deambula como un NN por Santiago. Los jóvenes ignoran su existencia”.

Los jóvenes de los años 80, en cambio, siguieron a Seguel en la lucha pacífica contra la dictadura. Así lo recuerda Jorge Burgos: “El gran acierto del entonces presidente de la CTC fue haber sido capaz de interpretar la voluntad de los ciudadanos y no darle un carácter político, sino que muy general, a las protestas. En eso fueron muy acertados los sindicalistas. Incluso después, el propio Partido Comunista ingresó al movimiento. Desgraciadamente más tarde ellos propusieron un tipo de violencia que no ayudó mucho.

“Destaco en Seguel su valentía, era empático con la gente; sencillo, no tenía pretensiones ideológicas. Él venía de un mundo social cristiano, pero siempre fue convocante a todo. Su simpatía fue muy importante para la convocatoria que consiguió.

Cuando comenzaron las protestas, Burgos era dirigente en la JDC. Tenía 26 años. “Las juventudes políticas fueron activamente participativas en las protestas”, recuerda, “e intervinieron en cada una de ellas. De esa forma yo

colaboré. Para nosotros fue muy importante la presencia de dirigentes sindicales legítimos al frente de este movimiento, que además de convocantes tuvieran apoyo de sus sindicatos base y de sus confederaciones. Gracias a ello marcaron la impronta del movimiento”.

52. Una voz desafiante

El periodista Fernando Paulsen, actual conductor de espacios informativos en CNN Chile, antes corresponsal de Time y The Wall Street Journal, en los años 80 trabajó en la revista Análisis y desde allí apoyó como profesional y ciudadano la lucha de Seguel por el retorno a la democracia,

Lo hecho por éste “debió haber sido reconocido como la primera piedra de un movimiento que canalizó el parecer ciudadano, desde la efímera crítica de años anteriores a 1983, hasta la tremenda vorágine de movilización popular que hizo que la dictadura perdiera el plebiscito, en 1988, y el gobierno, en 1990” sostuvo Paulsen para este libro.

“Yo no tenía idea de su existencia”, reconoce, “hasta que el abogado Luis Eduardo Thayer me advierte que se trataba de un joven sindicalista al que había que prestarle atención.

“En efecto, Rodolfo Seguel fue una voz desafiante, que apareció cuando lo que se necesitaba era exactamente aquello, proveniente de un sector que era percibido como vital para la economía del país. Él fue parte de quienes crearon la Asamblea de la Civilidad y se elevó a personaje indispensable para entender el cambio de actitud de la ciudadanía chilena durante los últimos años de la dictadura, desde la pasividad a la actividad movilizadora.

“El plebiscito del ’88 y la posterior elección de Patricio Aylwin, de alguna manera, relegó la fuerza de las movilizaciones iniciadas al alero de los llamados de Seguel y otros a un segundo plano. De hecho el primer gobierno democrático le pide al movimiento sindical que baje sus aspiraciones y demandas, para garantizar la estabilidad de la democracia, cuando Pinochet aún era Comandante en Jefe del Ejército.

“Por eso, quizás, las figuras del sindicalismo durante la dictadura y los políticos que aún no tenían cargos parlamentarios en esa época, fueron relegados de las primeras páginas en beneficio de quienes llegaban recién a

ejercer el poder. Personas como Rodolfo Seguel, Manuel Bustos, Clotario Blest, María Rozas y tantos otros líderes sociales y sindicales quedaron en un segundo plano de quienes ahora ostentaban el poder ejecutivo y parlamentario.

“Eso hizo, sin duda, que la imagen de aquellos quedara subordinada a los nuevos políticos electos bajo el sistema binominal. Una realidad política que conspiró a que la historia de las protestas y el empuje extraordinario de los trabajadores del cobre y sus líderes fuera relegado a un segundo orden de importancia, cuando debió haber sido reconocido como la primera piedra de un movimiento que canalizó el sentir ciudadano.

“Sin esa irrupción de los trabajadores del cobre en 1983 y sus líderes, entre quienes Rodolfo Seguel es su máxima expresión, probablemente el destino de Chile hubiera sido muy distinto, y Pinochet, como quería su Constitución, podría haber gobernado mucho tiempo más”, cierra Paulsen.

La periodista María Olivia Monckeberg, por su parte, estima que existe una deuda pendiente con el rancagüino y que haría extensiva a todos los sindicalistas que junto a él marcaron un camino ejemplar. “Falta un reconocimiento a la hazaña que significó el haber encabezado ese movimiento unitario y pacífico que llevó a Chile por el camino de la recuperación de la democracia.

“Más allá de los límites que hoy presente esta democracia y de las críticas que podamos hacer al modelo socio económico impuesto por la dictadura, las nuevas generaciones deberían conocer más de lo ocurrido en ese tiempo; de los desvelos y acciones desinteresadas que tenían como norte el bien del país y sus ciudadanos, la recuperación de la libertad, la justicia y la democracia. Seguel debería ser conocido por los jóvenes de hoy, reconocido por los mayores y junto al movimiento que encabezó, ser objeto de análisis y estudio”.

53. Don Francis y el “puntarenazo”

Reintegrado a la vida nacional, Seguel empieza a viajar continuamente a las regiones, para promover las protestas, que continuaron en 1984. En estas actividades se registraron situaciones riesgosas y otras divertidas, como la ocurrida el 26 de febrero de ese año, al día siguiente del “Puntarenazo” que le propinaron en Magallanes los trabajadores del petróleo a Pinochet.

Dicha manifestación fue una de las primeras demostraciones anti dictadura realizadas en regiones. Se llevó a cabo durante un acto de homenaje a Pinochet en la Plaza Muñoz Gamero de Punta Arenas. Los manifestantes se agruparon frente a la Iglesia Catedral, mientras los partidarios del dictador se congregaban frente al edificio de la ENAP. Al mediodía llega Pinochet, y los opositores le gritan en su cara «¡Y va a caer, y va a caer!» y «¡Asesino, asesino!». Uno de los asistentes, incluso, lanzó un conejo muerto a Pinochet, que le manchó el traje.

Efectivos de carabineros comenzaron a reprimir, los manifestantes se refugian en la Catedral, donde en ese momento se realizaba la misa dominical. Hubo una confusión tremenda entre los feligreses. Pinochet, a quien se le vio furioso por el incidente, decidió irse al Hotel Cabo de Hornos. La Catedral fue rodeada por militares de civil hasta alrededor de las 17:00 horas. Recién a esa hora los manifestantes pudieron abandonar en bus el templo.

Los manifestantes eran unos 600. De ellos, 16 fueron detenidos, encabezados por el sindicalista petrolero José Ruiz Di Giorgio, militante DC. El gobierno le echó la culpa del incidente al obispo de Punta Arenas Tomás González, pero éste estaba en Roma.

Eran las 11 de la mañana del día siguiente al escándalo cuando aterrizan en una nublada Punta Arenas dos famosos pasajeros: Rodolfo Seguel, que iba a visitar en la prisión a su camarada Di Giorgio, y Mario Kreutzberger, Don Francisco, que viajaba por compromisos laborales.

Ambos se saludan al recoger sus respectivas maletas y salen juntos al exterior. Había unas dos mil personas esperando, con gritería y banderas incluidas. Don Francisco, sorprendido, le comenta a Seguel: “¿Por qué tanta gente habrá venido a buscarme? ¿Cómo supieron que venía?”. “Ni idea”, responde el sindicalista. “Es que usted hace tantas cosas”, trata de explicarle... “Vamos a ver qué pasa”, dice el animador, y se dirige a la multitud. Pero la gente no le presta atención, mientras grita: “¡¡Seguel, Seguel, Seguel!!”

Todavía se ríe el rancagüino al recordar la cara que puso Don Francis. Mientras el hombre de TV abordaba un taxi como un turista más, los magallánicos, eufóricos, invitaban al sindicalista a encabezar una enorme caravana de vehículos que se dirigió al centro de la ciudad en medio de un concierto de bocinazos.

Luego de dejar las maletas en el hotel, Seguel baja a la Plaza, donde lo saludan y fotografían como si fuera un rockstar. “Yo seguí el juego, porque eso servía a la causa. No me dejaron entrar a la cárcel, pero sí a un teatro que estaba lleno, donde a las seis de la tarde pronuncié un fuerte discurso contra el gobierno que fue transmitido en directo por una radio que, entiendo, era de propiedad de la familia del actual senador independiente Carlos Bianchi.

“Pienso que la gente en Punta Arenas vivió momentos que hasta hoy se recuerdan. Primero, el valiente ‘Puntarenazo’ propinado a Pinochet el 26 de febrero del 84 y al día siguiente la transmisión por radio a todo Magallanes del acto de repudio al dictador. ¿Don Francisco? Capaz que se acuerde del chascarro”.

La opositora revista “Hoy”, en su edición del 7 de marzo de 1984 publicó lo sucedido, citando algunas frases de lo dicho por Seguel en la radio, en las que invita a los chilenos de todas las regiones a recibir a Pinochet en los mismos términos del puntarenazo, “donde quiera que vaya”.

54. ¡Hay un sapo, hay un sapo!

Otra jornada para el recuerdo se vivió en Concepción, donde otro sindicalista, también petrolero, el DC Jorge Matute, se lució con una concentración contra la dictadura en plena Plaza de Armas penquista. “Allí habló el dirigente Eduardo ‘el Paco’ Ríos, que discursaba como los dioses, usando frases bonitas, conmovedoras, que dejaron como tetera prendida a toda la región, aunque después él no hiciera nada. Pero, puchas que hablaba lindo”, dice Seguel.

“Después del acto nos fuimos a comer. Yo andaba con Hernán ‘el Nano’ Garrido, y nos dimos cuenta que algo raro pasaba con nuestro alojamiento. El dirigente DC José Miguel Ortiz nos llama a la calma. ‘Tenemos toda la seguridad dispuesta para ustedes’, nos dice. ¿Seguridad? ¿Para qué? Si quisieran matarnos, hace rato que lo hubieran hecho, le digo a Ortiz. ‘Usted, tranquilo; esto es nuestra responsabilidad’, me dicen.

“Como a las 11 de la noche nos llevan a dormir. Lejos del centro. Por la ventanilla del auto veo la figura de un corazón rosado en luces de neón y un portón de corredera que se abrió solo. ¡Era un motel parejero! ¡Y yo con el Nano Garrido! La habitación, coqueta como son las de esos lugares, menos mal que tenía dos camas. No podía conciliar el sueño. Me levanto y salgo a inspeccionar. Y ahí me sorprende la presencia de dos guardias armados, compañeros sindicalistas de Concepción encargados de cuidarnos. ‘Es que la CNI sabe que ustedes están acá’, me explican.

“Cuento esto para dar testimonio de la solidaridad sin límites que existe en el mundo sindical, donde al margen de las diferencia políticas, se dan estos gestos de compañerismo tan escasos en la política. La lealtad y pureza de esos compañeros me conmovió. Vigilando al aire libre, pasando frío, sin dormir, todo para protegernos de una posible detención.

“En Arica ocurrió un hecho de alta tensión, que pudo pasar a mayores pero que logré manejar casi por instinto. Viajamos allá invitados por los portuarios ariqueños a una concentración pública en la Plaza de Armas

Cristóbla Colón. La idea era explicar los fundamentos de nuestras protestas pacíficas y aprovechábamos de despertar a la ciudadanía con nuestro mensaje.

“La autoridad regional, al observar que podría congregarse demasiada gente, retiró el permiso para la reunión y nos desplazó hacia un sector alejado, donde se ubica la piscina olímpica ariqueña. Igual llegó mucha gente. Unas 3 mil personas.

“Cuando estaba en pleno discurso, me doy cuenta de un griterío que se producía en medio de la concentración. Dejé de lado el mensaje para preguntar qué sucedía. ‘¡Hay un sapo, hay un sapo!’, me grita la gente, mientras retenía por la fuerza al intruso. El hombre estaba en serio riesgo de recibir una golpiza muy severa. Como que la gente quería lincharlo.

“¡Alto! ¡Paren, no le hagan nada! Grité con fuerza. ¡Es mejor que se quede y escuche lo que estamos diciendo, para que sepa de los abusos que cometen sus jefes, de los crímenes de los milicos, de las torturas, los abusos! ¡Que no se vaya y escuche!

“Y así fue. El hombre no pudo arrancar y se quedó hasta el final, sin que la gente lo tocara. Lo sucedido lo captó el periodista de una radio local, que de tanto en tanto repetía mis palabras llamando a no castigar al sapo. El reportero en cuestión por esos días colaboraba con el comentarista de Radio Chilena, Germán Gamonal.

55. Manifiesto PC en La Moneda

“En todo ese período muy poca relación tuve con funcionarios de la dictadura”, continúa Seguel, “pero cuando sufrimos en la Confederación el embargo de nuestras cuentas de Codelco, por orden del ministerio del Trabajo, y nos dejaron hasta sin papel ni plata para pagar las cuentas de agua, luz, gas y teléfono, fui a reclamar directamente al ministro Alfonso Márquez de la Plata, responsable del abuso.

“Subí por las escaleras del ministerio al sexto piso, hasta las oficinas del ministro, pero sus guardias me cerraron el paso. Se armó una rosca tremenda. En medio del escándalo, apareció el subsecretario Guillermo Arthur, una persona muy decente. Me llevó a su oficina para atender mis protestas.

“Fue muy atento, me escuchó y aunque no pudo hacer nada ante la arbitrariedad de sus jefes, al menos demostró que hasta en las peores familias hay alguien que se comporta como un caballero. Lo digo aquí porque fue cierto.

“Otro contacto directo con un ministro de la dictadura lo había tenido un año antes, en agosto de 1983, después de la cuarta protesta. Los militares, en represalia, nos echaron dos mil mineros de El Teniente, Chuquibambilla y el Salvador. Como ya lo conté, les había pedido a los dirigentes de la Alianza Democrática que, como se iban a reunir en la casa del cardenal Fresno con Jarpa, recién llegado al ministerio del Interior, que intercedieran para que los *viejos* exonerados recuperaran sus pegas. Me dijeron que lo harían, pero no lo hicieron. Quedé muy enojado y decepcionado. Entonces, no me quedó otra que pedir yo una audiencia con Jarpa. Éste, viejo zorro, de inmediato me dio cita para ir a La Moneda.

“Lo hablé con los compañeros de la Confederación y acordamos que no iría solo. Fuimos cinco. En la delegación estuvo el dirigente del PC Manuel Rodríguez, del sindicato industrial de Caletones, quien quiso darse el gusto de su vida: introducir a La Moneda un ejemplar del Manifiesto Comunista, un libro emblemático para ellos.

“Cuando me advierte lo que pretendía hacer, me fui de negativa. ¡Cómo se te ocurre! ¡A la entrada nos van a revisar; capaz que se cancele la reunión! Pero él insistió. Quería de forma simbólica rendirle homenaje a Salvador Allende, ingresando el Manifiesto hasta un lugar cercano al salón donde murió el presidente.

“El día de la reunión los periodistas nos siguieron desde una cuadra antes de llegar a La Moneda. La expectación era total. Sin decirme nada, a pesar de mi opinión contraria, Rodríguez se las arregló para esconder el libro entre sus ropas y entrar con él al palacio, sin problemas.

“Ya en la sala de reuniones, me lo muestra discretamente. Casi me caigo de la silla. Lo tenía en sus manos. Entra Jarpa, nos saluda y no se da cuenta de nada. La cita concluye quedando en veremos el tema de los despidos por el momento, pero con Rodríguez feliz y emocionado. No era para menos. Había ingresado a La Moneda y al despacho del ministro del Interior de la dictadura con el emblemático Manifiesto. Fue su homenaje a Salvador Allende.

“Así somos los sindicalistas: respetuosos de los simbolismos y junto con ello, hombres de acción”.

56. Viviendo en peligro

Los tres años que siguieron al “despertar” de 1983 estuvieron marcados por hechos de extrema violencia. A la muerte de medio centenar de manifestantes en las cuatro primeras protestas se sumaron los asesinatos del intendente de Santiago, Carol Urzúa (agosto 1983); de cinco miristas en represalia; 6 manifestantes mueren en la 7ª protesta (marzo 1984); otra decena en la protesta del 4 de septiembre de ese año, entre ellos el sacerdote de la población La Victoria André Jarlan, quién recibe un tiro en la cabeza por parte de carabineros. Seis meses después, secuestran a José Manuel Parada de la Vicaría de la Solidaridad, al profesor Manuel Guerrero Ceballos, frente al Colegio Latinoamericano en calle Los Leones, y al artista pintor Santiago Nattino Allende. Tras ser interrogados y torturados, los tres militantes comunistas son degollados por carabineros.

“Un manto de terror y malos presentimientos se extendió en la oposición. ¿Qué estaba realmente ocurriendo?”, se preguntaban Cavallo, Sepúlveda y Salazar en “La Historia Oculta”. Era el anticipo de una temida guerra interna.

En una crónica publicada el 29 de noviembre de 1985 por el periódico español El País –frecuente difusor de la lucha democrática chilena– se informaba de la liberación de Rodolfo Seguel y de otros dos sindicalistas que habían sido encarcelados el 26 de septiembre acusados de “subversión”.

A la salida de la prisión de Santiago fueron aclamados por decenas de simpatizantes. “Hemos salido igual que entramos: con las manos muy limpias y una conciencia muy clara de haber cumplido 63 días de prisión injustificada”, declaró a El País el presidente del Comando Nacional de Trabajadores (CNT) al abandonar la cárcel. Los otros dos sindicalistas liberados fueron Eduardo Valencia, presidente de la Coordinadora Metropolitana de Pobladores (CMP), y Arturo Martínez, miembro del directorio del CNP.

Agrega el diario español que la Corte de Apelaciones dejó, sin embargo, en prisión, “por ser un peligro para la sociedad”, a otros tres sindicalistas: José Ruiz Di Giorgio, presidente de la Confederación de Trabajadores del

Petróleo; Manuel Bustos, presidente de la Coordinadora Nacional Sindical, y Mario Araneda, dirigente de los pobladores. “Ellos, que también tienen las manos muy limpias y la frente muy en alto, están muy conscientes, al igual que lo estuvimos nosotros, de que se trata de un encarcelamiento injusto”, afirmó Seguel ante los periodistas en la puerta de la cárcel.

En julio del '86 se registra el estremecedor caso de los jóvenes Rodrigo Rojas De Negri y Carmen Gloria Quintana, quemados por una patrulla militar en el marco de una protesta pacífica. Rojas muere, Quintana sobrevive pero queda desfigurada. La criminal acción que encabezó el teniente de ejército Pedro Fernández Ditus horrorizó al país y hubo escándalo mundial. El Ejército negó las acusaciones; funcionarios de gobierno culparon a Estados Unidos.

Poco después se descubre la internación de armas en Carrizal Bajo, y el intento de asesinato a Pinochet por parte del FPMR, donde mueren cinco escoltas. Se decreta Estado de Sitio, toque de queda y, en venganza el asesinato de cuatro opositores, perpetrados por el Comando 11 de Septiembre, entre ellos el periodista José Carrasco quien recibió trece balazos en el cráneo. Iban a ser cinco las víctimas, pero la quinta se salvó ayudado por vecinos: el abogado de la Vicaría de la Solidaridad, Luis Toro.

El ambiente estaba definitivamente alterado, peligroso, cundía el miedo. El escenario de las protestas de 1983 se había esfumado. Ahora cundía un clima de extraordinaria incertidumbre.

Gricelda, la esposa de Seguel retoma el relato: “Recuerdo dos acontecimientos que nos ocurrieron en esa época. Uno es cuando mi hijo Rodrigo, de más o menos 6 años, se miraba en el espejo y se peinaba para un lado y luego para el otro y probaba distintas formas, cuando le pregunto por qué hacía eso, me dice que ‘quería peinarme como lo hacía mi papá’, con una mirada melancólica, después se vuelve a mirar y más contento me dice: ‘No mamá, no como se peinaba, como se peina, si aún no lo han matado los militares’. Fue muy triste ese momento. Uno no se imagina cómo los niños van a reaccionar ante las situaciones vividas.

“El otro momento fue cuando a mi hija Carolina, que en ese entonces tenía como nueve años, la llevé al consultorio Roberto Martínez que estaba ubicado en la calle República de Chile en Rancagua. Se sentía enferma y había que hacerle exámenes. Fuimos preocupadas de que la atendieran, porque a Rodolfo ya lo habían exonerado de El Teniente y como ese consultorio pertenecía a Codelco, tal vez no la atenderían. Estábamos esperando

que la llamaran, cuando aparece el dirigente Dagoberto Verdugo, del Sindicato 7 de ese entonces. Eran aproximadamente las 08:00 de la mañana. Tuve la corazonada de que él nos informaría sobre el tema de la atención.

“Al rato llaman a mi hija por altoparlante al box de atención. Nos estaban esperando en la puerta de ingreso unas enfermeras y le dicen a mi hija que las acompañen a ellas para hacerse el examen y que yo debía ir a otro box cercano. Veo a Dagoberto esperando junto a un médico y otras personas. Mi hija observaba con atención desde donde ella estaba tratando de escuchar,

“Dagoberto empieza a decirme que debía tratar de estar tranquila, que se estaban haciendo todas las gestiones posibles, en fin una serie de cosas para tranquilizarme y yo le digo que por qué no me dice de una vez que si mi marido había corrido la misma suerte de Tucapel Jiménez, o algo parecido.

“¡Y me responde que no se sabe! Que Rodolfo está desaparecido desde la noche anterior, que le perdieron la pista. Mi hija se asustó mucho, aunque no entendió bien que pasaba, igual captó que algo no estaba bien con su papá. Nos fuimos rápidamente a mi casa y ahí había más dirigentes esperando tener noticias y acompañándome en lo que ocurriera.

“Finalmente supimos que los de Investigaciones lo habían tomado detenido junto. Menos mal que ellos se adelantaron ya que, según lo que nos contó Rodolfo, simultáneamente la CNI intentó llevárselo, pero los de Investigaciones no lo quisieron entregar. Tenían la orden de exiliarlo, pero luego de muchas gestiones, lograron que los soltaran al día siguiente”.

57. Drástica decisión: autoexilio

Con un ambiente tan enrarecido y un jefe de familia involucrado al mil por ciento en la demandante lucha social era lógico que se resintiera la vida de los Seguel Gallegos.

Seguel seguía, ahora con Manuel Bustos, en la cresta de la ola opositora, encabezando a las organizaciones sindicales y sociales. Detrás, o al lado de ellos, según el color del cristal con que se mirara el tema, la Alianza Democrática y el MDP daban el soporte partidario. La ocasión de seguir presionando a Pinochet seguía vigente.

Pero el matrimonio del sindicalista rancagüino empezaba a crujiar, como quilla de buque en medio de la tempestad. Seguel revela: “Yo recibí muchas amenazas. Siempre andaba con un par de autos adelante y atrás y yo no sabía quiénes eran. Estábamos sumamente fichados, y después, con el tiempo, nos dimos cuenta de que había infiltrados en los sindicatos. Había dirigentes que pertenecían al bando de la dictadura. Tomé una decisión absolutamente personal: o me iba y salvaba mi matrimonio y mi familia, o la perdía. Los sindicatos me tenían demasiado absorto”, dijo a la Revista del Derecho del Trabajo.

En tanto, la presión social que se ejerció en julio de ese año 86, por medio de una nueva protesta ciudadana, fue drásticamente repelida por fuerzas militares.

“Pero antes, por ahí por mayo-junio de 1986, Rodolfo me dice que iba a renunciar a todo para preparar nuestra ida al autoexilio”, dice Gricelda.

Por cierto, la decisión –que se mantuvo en calidad de reservada– sorprendió a los pocos que tomaron conocimiento de ella. Irse de Chile en tales circunstancias resultaba inexplicable.

“La idea era reconstruir nuestro matrimonio”, dice Gricelda. En efecto, vivían prácticamente separados. “Lo de la separación fue idea mía, porque Rodolfo estaba permanentemente en Santiago y nosotros en Rancagua. Era

lógico que se deteriorara nuestra relación. Rodolfo se fue a vivir al Arrayán con un abogado amigo, Néstor Gutiérrez, ya fallecido, con quien hizo muy buenas migas.

“En una oportunidad, Néstor con su familia deciden ir en auto a la ciudad de Victoria, novena región. Nos invitaron a nosotros. El auto iba lleno, y uno de los del grupo dice: ‘que Dios nos acompañe’, Rodolfo, bromista e irreverente, agrega, ‘Pero cómo, el auto va lleno, no cabe nadie más...’

Siguen viaje y a menos de 200 metros avanzados se revienta el parabrisas, sin razón aparente. Ni una piedra, ni el calor eran los causantes. Quedaron todos helados. Se suspendió el viaje. Todos interpretaron que era un aviso del Cristo de Madera que es muy conocido en el Arrayán. Rodolfo se había convertido en católico, había conocido al Papa y se había hecho devoto del Cristo de Madera del Arrayán.

“A pedido nuestro”, continúa Gricelda, “el abogado Gutiérrez empieza con los trámites de la nulidad, pero su idea era juntarnos. Finalmente, un mes después, llegamos a entendimiento. Y nos casa el padre Alfonso Baeza por la iglesia católica. Años antes lo habíamos hecho por el civil y por la iglesia adventista. Néstor y su esposa fueron nuestros padrinos.

“Yo decidí que por el bien nuestro debíamos irnos a Australia, Rodolfo no quería, pero yo insistí en que lo prioritario era la familia y que si queríamos reconstruirla tendría que ser fuera de Chile. Rodolfo propone ir a Bélgica y no recuerdo a qué otro país y yo le dije que no, porque desde ahí iba a seguir en lo mismo.

“Claudio Huepe estuvo de acuerdo conmigo. A él también la política le había costado el matrimonio. El país elegido fue Australia, donde había familia de Rodolfo, la que nos podría ayudar en caso de necesidad. Viajamos el 12 de julio de 1987.

“Estuvimos un año ocho meses fuera, tiempo suficiente para que naciera nuestro tercer hijo. Rodolfo todos los días lloró por estar lejos de Chile. En Australia le hablaron para ser parte de los laboristas, le ofrecían el cielo y la tierra, pero él les dijo que no, que no era su país, que no hablaba el idioma, que los australianos tenían otros problemas, que prefería seguir lavando baños y realizando otras tareas menores”.

58. Agresión en Chester Hill

«Llegamos a vivir a un hostel en Chester Hill, un barrio de Sidney, donde al interior del recinto había un minimarket que resultó ser de un chileno, Luis Guajardo, al que conocimos de casualidad. Cuando supo que estábamos ahí, se acercó. Él sabía quiénes éramos nosotros; estaba pendiente de los niños, Rodrigo de 9 y Carolina de 11 años.

“Los niños aprendieron rápido el idioma”, continúa Gricelda, “yo entendía bastante, Rodolfo se negó a aprender. Un día nos toca ir a comprar y al regreso encontramos la puerta y las ventanas abiertas. Raro, pues los niños sabían que debían dejar con llave cuando estaban solitos adentro. No conocíamos a nadie. Desesperados, corrimos al negocio a preguntar. Ahí estaban nuestros hijos. Pasó que cuando estábamos fuera, llegó un individuo que lanza piedras a la casa, pateo la puerta y lanza gritos insultando y amenazando a los niños con las penas del infierno, muy cobardemente ya que sabía que los niños estaban solos. Se trataba de un chileno despatriado, de esos que se creían luchadores y defensores del país estando bien lejos. Mi hija, asustada, abre la ventana y pide ayuda en castellano; la escucha un niño polaco que no sé cómo le entiende y corre al minimarket. Ahí sale Luis Guajardo y el agresor arranca”.

El impactante episodio es también recordado por los que entonces eran niños. Dice Carolina:

“Esa historia no la voy a olvidar nunca, estuvimos bien asustados con Rodrigo. Mis papás habían salido a comprar y nos dejaron en el hostel a esperarlos y lo que más nos dijeron fue que pusiéramos pestillo a la puerta.

“Al rato de que se fueran nuestros padres, sentimos que alguien golpeó de manera muy violenta y muy fuerte a la puerta, con mi hermano nos miramos asustados, y nos acordamos que no le habíamos puesto el seguro. Me acuerdo que Rodrigo se adelantó a mí y logró ponerle llave a un par de segundos antes que el hombre que estaba afuera se pusiera a patearla y

golpearla, intentando derribarla para poder entrar, estaba como loco y nos gritaba insultos y cosas como: “Abran la puerta cabros de mierda”.

“Era claramente un chileno, puteaba como chileno y tenía acento chileno. Con mi hermano nos miramos con mucho miedo y nos agarramos la mano, pero nos dimos cuenta que no sacábamos nada con quedarnos así. Estábamos en un departamento de un segundo piso, entre los dos miramos por la ventana por si pasaba alguien para pedir ayuda, pero el niño que nos divisó no nos entendió, creo que hablaba menos inglés que nosotros.

“Finalmente, mi hermanito, que es mil veces más valiente que yo, me dijo que me quedara tranquila y saltó por la ventana desde el segundo piso a buscar ayuda. Cayó al pasto casi como gimnasta. Me dijo que estaba bien y salió corriendo a buscar al tío Lucho (un chileno que atendía el almacén del lugar y que nos adoptó como familia) para que nos ayudara. Al par de minutos el tipo dejó de golpear y cuando llegó Rodrigo con el tío, ya no había nadie. Nunca supimos quien había sido el ‘valiente’ que asustó a dos niños solos”.

Con más detalles es la versión de Rodrigo:

“Cuando llegamos a Australia fuimos a vivir en un lugar que era como un condominio gigante de departamentos con 2 o 3 pisos donde todos eran inmigrantes. Nosotros estuvimos en un segundo piso. Tenía un casino comunitario, lavanderías, un centro de entretenimiento para niños, negocios, etc.

“Sobre el suceso en particular, recuerdo que estábamos solos con mi hermana y era temprano. Yo estaba viendo TV, cuando de pronto alguien golpea la puerta y con la Caro nos fuimos hacia la puerta ya que por unos segundos todo parecía normal. Por suerte no alcanzamos a abrir; cuando el que estaba golpeando perdió la paciencia y se puso a aporrear la puerta y a gritar que le abriéramos de manera muy agresiva, en chileno perfecto y con hartos garabatos.

“Nos asustamos mucho y nos escondimos en el baño, pero el tipo seguía azotando la puerta. Yo pensé que si nos quedábamos ahí, el hombre entraría en cualquier momento y estábamos fritos, así que le dije a Carolina que yo saldría por la ventana de atrás, la que estaba a unos 4 metros del suelo y que daba a un pasillo de unos dos metros de ancho y luego había como una lomita con un desnivel y si la saltaba, el pasto y la pendiente amortiguarían la caída para después partir corriendo por el pasillo unas 3 cuerdas aproximadamente (si la memoria no me falla) y llegaría al negocio que atendía el

tío Lucho, un chileno súper cariñoso que se había hecho muy amigo de mis papás y a él le pediría ayuda.

“Por suerte el plan salió bien y encontré al tío Lucho y cuando volvimos al departamento ya el tipo se había ido. Yo creo que me vio salir corriendo a pedir ayuda, aunque yo nunca lo vi”.

59. La vida en Sidney

“Empezamos a ser amigos con Luis Guajardo”, continúa su relato la esposa de Seguel. “Él, además de atender su negocio, trabajaba con el gobierno australiano de intérprete. A los 4 meses de estar nosotros en precarias condiciones económicas, con empleos esporádicos e inciertos, entramos a trabajar en una fábrica de frutos secos llamada Sanitarium, perteneciente a la iglesia Adventista donde concurrían los familiares de Rodolfo.

“Como las cosas empiezan a mejorar, Rodolfo manifiesta el deseo de comprarse una casa. ‘Quiero que esta sea mi base, para tener apoyo a mi futuro’, le dice a Luis, y le pide ayuda para gestionar un préstamo bancario. Luis lo avala y la casa que compramos, resulta ser vecina a la de nuestro amigo, la consigue a muy buen precio al enterarse el dueño quien era la persona que la estaba comprando. Pura generosidad.

“Era barrio muy lindo, la casa muy bonita, la anterior dueña me deja muebles, vajilla, todo, hasta una arrocera eléctrica que no supe usarla y que después regalé. Otra chilena casada con argentino polaco me regala frazadas, muebles y otras cosas para armar mi casa. Quedé embarazada del concho de la familia. Rodolfito nace en agosto de 1988. Precisamente el 8 del 8 del 88 a las 8 de la mañana. Cábalá. Fui atendida por una matrona chilena”.

Otra experiencia solidaria vivida por Seguel en Australia dice relación con las múltiples ofertas laborales que le hicieron los sindicalistas de ese país, pero le pusieron una condición que él no aceptó: incorporarse al Partido Laborista australiano. “Yo no me quería involucrar en la política partidista de allá. Cuando nació mi hijo Rodolfito y vi que mi familia nuevamente estaba consolidada, tomé la decisión de volver a Chile. Al regreso, me llamaron de mi partido, el PDC, para integrar la lista de candidatos a diputado.

Se le consulta si le parecía prudente que los sindicalistas fueran, a la vez, militantes de partidos políticos, dice: “Eso a mí me gusta, porque uno sabe con quién está hablando. Con el debido respeto que me merecen todos los

dirigentes sindicales, a mí los independientes no me dan la confianza necesaria como para poder desarrollar una actividad o tener una conversación privada, en la cual uno pueda explayarse en temas que puedan afectar los intereses del otro.

“No creo que por ser militante se coarte la libertad de acción del dirigente laboral”, agrega. “En los tiempos de la Concertación, los dirigentes sindicales de los partidos teníamos autonomía de vuelo bastante amplia. Cuando hicimos las protestas, nunca nos llamó Gabriel Valdés, que era el presidente de la DC en ese momento, para decirme haga esto o no haga esto otro. Me recuerdo claramente de las frases de don Pato (Aylwin) y de don Gabriel cuando les decíamos que si los dirigentes tomábamos alguna decisión, la llevaríamos a cabo de todas maneras, le gustara o no a la directiva del partido. ‘Es delicado lo que van a hacer, pero si lo van a hacer, que resulte bien’, nos señalaban. Y así fue que conseguimos las grandes movilizaciones.

Volviendo a las experiencias familiares de los Seguel Gallegos en Australia, el nacimiento de su hermano chico fue lo mejor que le pasó en Australia a su hermana mayor, Carolina, a la cual no le explicaron por qué razón se habían ido de Chile. ”No nos dijeron mucho, fue todo bien rápido. Los papás llevaban harto tiempo separados, para nosotros con mi hermano fue una etapa muy triste, difícil porque ellos ni se hablaban.

“Un fin de semana nos quedamos con el Rodri en la casa de los Tatas, lo cual no tenía nada de raro y al otro día, en la mañana llegan mis papás juntos a la casa. Nosotros no entendíamos nada, están sonrientes y hablaban. Nos sentaron en el living, a mis Tatas y a nosotros, nos dijeron que habían conversado, que ellos se querían mucho, que la familia era lo más importante y que por eso debíamos irnos de Chile.

“Que si seguíamos acá ellos iban a volver a distanciarse y que la cosa en el país ya se veía más ordenada y ahora debían preocuparse de nosotros y que por eso nos íbamos a Australia.

“A mí se me cayó el mundo, eso significaba estar lejos de mi tata Pedro, de mi abuela Tina, de mis primos Pablo y Felipe, que eran como nuestros hermanos, ¡¡me tomé pésimo la noticia!! Creo que anduve enojada hasta que llegamos de vuelta el año 89.

“No me gustó nada vivir allá, no fui muy cooperadora con mi actitud, sólo pensaba en volver y no entendía a mi mamá y a Rodrigo cómo podían estar tan felices lejos de Chile.

“Al par de semanas de haber llegado nos inscribieron en el colegio, primero en uno de transición para hijos de migrantes, para facilitar el aprendizaje del idioma y luego de un par de meses, de patitas al high school. O nadabas o te hundías. Ahí, un niño de nuestra edad está frito, por sobrevivencia aprendes rapidito a hablar inglés.

“Lo bueno es que en ese lugar me hice de unos amigos maravillosos, todos de mi edad, chilenos recién llegados y tan asustados como yo. Hasta hoy nos escribimos y compartimos fotos y cosas lindas. También tuve muchos amigos de otros países, varios de Centroamérica y muchísimos de Polonia, Ucrania y uno de los más queridos era un amigo libanés, Josef, era como un hermano chico que me cuidaba aunque no nos entendíamos casi nada. Nunca me pude aprender su apellido, así que nunca más supe de él.

“Claro que conocí los canguros y los emues, por el colegio hacían hartos paseos a zoológicos y cosas naturales, así que creo que no fue tan malo vivir allá, pero es mejor vivir acá. Lo bueno de Australia es que nació mi hermano chico, el Fito”

A Rodrigo le dijeron que era necesario irse a Australia “porque era para unir a nuestra familia pues mis padres se estaban distanciando. Mi papá tenía que salir mucho de Rancagua para ir a reuniones a Santiago, al extranjero o estaba preso.

“La verdad es que me gustó mucho vivir en Australia. Sentía que realmente mi familia estaba junta, veía a mi papá y a mi mamá muy unidos. El país también lo encontraba maravilloso, todo limpio y ordenado, hermosas playas y montañas, me encantó. Lo que más eché de menos de Chile fue a mis amigos del barrio y a mi tata Pedro y mi abuelita Tina.

“No me sorprendió que al volver a Chile mi papá se metiera de inmediato en política, esta vez para ser diputado. También me daba cuenta que volver era lo que él más quería. Y si eso lo hacía feliz, era lo que había que hacer”.

60. La alegría del No a Pinochet

Cuando llega el día del plebiscito. Seguel es invitado a una radio australiana, de un chileno de apellido González, para comentar el desarrollo de la histórica jornada del 5 de octubre de 1988.

Esa noche se juntaron unas 200 personas en la casa del sindicalista en Sydney. La mayoría de los concurrentes, chilenos, exiliados políticos y económicos. También mucho latinoamericano, junto a sindicalistas, dirigentes sociales, gente de ONGs, políticos australianos y mucha prensa.

Gricelda debió ser la anfitriona ante la ausencia justificada de Rodolfo, quien alcanzó a llegar justo cuando se confirmaba el triunfo del No. Era la madrugada chilena del 6 de octubre, pasadita la hora de almuerzo en las tierras de los canguros. Dos meses después, Seguel regresa a Chile.

Recuerda Gricelda que desde temprano empezaron a llegar a su casa chilenos que iban a buscar noticias. “Cuando se confirma el triunfo del No, la alegría fue inmensa. Llegó mucha gente a nuestra casa, para felicitar a Rodolfo, pero él estaba en la radio. Yo llamaba a mis parientes a Santiago para confirmar los resultados. Al final, quedó la zalagarda”, dice con la cara llena de risa.

“Pero tuve sentimientos encontrados. Después de todos los sacrificios que habíamos hecho, no podíamos estar en Chile celebrando la victoria. Era una pena inmensa. Pero, por otro lado, ver la alegría y cariño de los muchos compatriotas que llegaron a vernos a nuestra casa en Sidney, gente que lo había pasado muy mal con la dictadura y compartir con ellos, era también muy valioso. Ver esas caras de felicidad es inolvidable”.

Carolina también rememora ese día. “Nos estuvimos preparando con harta anticipación. Estábamos nerviosos, ansiosos y melancólicos de no estar en Chile. Mi papá se fue temprano a la radio latina desde donde iba a comentar el acontecimiento para la comunidad chilena y latina en general. En casa nos quedamos con mi mamá y mis hermanos y de a poco se empezó a llenar el lugar.

“Teníamos la radio puesta a todo volumen, no había señal internacional chilena, como hoy, sólo nos podíamos informar por esa radio y por alguien que hablara por teléfono para Chile. Fue un día lindo, tenso, de mucho recuerdo. En mi casa había mucha gente, varias a quienes yo no conocía pero todos chilenos, casi todos exiliados, todos unidos por lo mismo. Cuando llegó mi papá, recuerdo que abrazaba a todo el mundo, ahí todos se abrazaban y todos lloraban, fue algo muy emocionante”.

Continúa Gricelda: “Rodolfo me dice que no aguanta las ganas de volver a Chile a juntarse con sus amigos, a ver qué le trae el futuro. El señor González, el de la radio, hace una campaña relámpago de recolección de fondos y le regala los pasajes. Mi hijo menor no cumplía los dos meses cuando Rodolfo me dice ‘me voy’. Se me vino el planeta encima, de nuevo quedarme sola y ahora con tres niños. Pero él viajó no más. ¿Qué hago?, ¿dividir la familia?, ¿vender la casa recién comprada y regresar a Chile, de nuevo a lo mismo?.

“Tomamos la decisión entre los cuatro y el resultado fue volver. Tuvimos suerte al vender la casa, porque justo hubo un importante alza en el valor de las propiedades, por lo que pudimos saldar la deuda y quedar con un fondo que financiara el retorno. Al partir, no teníamos nada. Al regresar, lo justo para partir de nuevo. Pero esta vez con un gran apoyo: el Cristo de Madera de El Arrayán, que lo ha ayudado varias veces, y que ahora lo está haciendo en su lucha contra el cáncer dándole una nueva oportunidad de vida.

“Esa noche nos juntamos unas 200 personas en la casa en Sydney para celebrar el triunfo del No. Yo regresé a Chile con los niños a comienzos de 1989”.

A Carolina no le sorprendió que su padre anticipara su retorno a Chile para incorporarse esta vez derechamente a la política. “Yo creo que antes de subirnos al avión él ya estaba decidido y nosotros ya lo sabíamos. No fue difícil la decisión y nunca hemos dejado de apoyarlo.

“A mí siempre me ha gustado la participación social. La participación política no me gusta tanto, porque encuentro que es un poco traicionero el trato de algunas personas y eso me cuesta asimilarlo. Mis papás siempre dicen que hay que tener cuero de chanco, que las opiniones mal intencionadas hay que obviarlas y dejar que resbalen, pero cuando escuchas a gente hablar indecencias o decir mentiras sobre tu papá, es difícil tener cuero de chanco. Así y todo, igual me postulé a Concejal, hice campaña pero no me fue bien. Yo no creo en eso de los triunfos morales, se gana

o se pierde y yo perdí. Fin. No sé si en el futuro recaeré, por el momento no está en mis planes.

“Ahora, viendo cómo está el país, si me preguntas si valió la pena el sacrificio familiar que debimos asumir en los años 80, sin dudarlo ni un segundo te digo: todo valió la pena. No hay nada más hermoso ni que te honre más que sacrificarte por el prójimo, por la comunidad y finalmente, lo único que nosotros sacrificamos fue el tiempo de estar juntos, pasar un poco de miedo, recibir algunos palos, la cárcel.

“Tuvimos suerte nosotros, porque nada de eso se compara con lo que sacrificaron tantos otros. Sólo deseo que aquellos que no vivieron en esa época se eduquen y que logren entender lo que significa vivir en dictadura, vivir con miedo y todo lo que mujeres y hombres valientes, como mi papá, pasaron para garantizarnos un país donde, al menos, tengamos libertad para criticar a los que pensamos que no hacen lo suficiente y que no den por sentado nada, nunca”.

Rodolfo Jr., por su parte, señala que es de los que piensan que todo sacrificio vale la pena absolutamente. “Pero lo que veo del Chile de hoy, es que la gente tiene muy poca y mala memoria, además de su desinterés en querer aprender de la historia. Lo veo incluso en gente mayor, donde hay personas que se hacen las desentendidas o salen con excusas como ‘no sé, no viví nada de eso’. Ese tipo de declaraciones me parecen un poco egoístas”.

Y cierra Rodrigo: “Aunque cuando niño yo quería que mi papá no fuera conocido y estuviera solo con nosotros, con el tiempo fui madurando y dándome cuenta de que lo que había hecho era de gran importancia y que había repercutido en la vida de no solo miles, sino millones de chilenos. Y eso era más importante que sólo los 5 integrantes de nuestra familia”.

61. Protestas: modelo que perdura

La historiadora Ana López Dietz, investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile, en “La Izquierda Diario” publicó su visión general sobre el fenómeno de las protestas pacíficas impulsadas por los sindicalistas del cobre en los años ‘80 en Chile. Éstas cambiaron la mentalidad de muchos chilenos y posibilitaron que las organizaciones y movimientos de la oposición pudieran darse con fuerza en el plebiscito de 1988.

Considera que el método de represión selectiva utilizado por la dictadura contra los sindicalistas y militantes de partidos de izquierda; provocó que las manifestaciones anti gobierno se trasladaran a un ámbito más cercano y confiable, como lo eran las poblaciones o simplemente donde la gente vivía.

Otra forma fue en manifestaciones callejeras diurnas en las ciudades, donde era fácil pasar a ser anónimo o mezclarse entre la muchedumbre en caso de represión. Esto condicionó a que los propios partidos llamaran a realizar manifestaciones contra el régimen en forma de protestas.

Si bien siempre se llamaba a “paro” de actividades, estos no eran visibles ni importantes políticamente, por la represión interna en las empresas o porque los medios oficiales de comunicación permanentemente mostraban que los paros no eran acatados. No era lo mismo en el mundo estudiantil donde los padres, ante el temor de acciones de violencia no enviaban sus hijos a clases. Donde era notorio y asumido era en las universidades que realmente detenían su funcionamiento.

Previo a cada jornada de protesta, se multiplicaban las paredes pintadas con letreros llamando al día de paro o de manifestación. Las octavillas y panfletos cubrían las calles y la prensa y radios de oposición llamaban a apoyar el paro. Comúnmente se realizaban algunas manifestaciones en las calles los días previos en las que al disolverse se arrojaban panfletos.

La prensa oficialista nunca se refería a los llamados ni cubría las manifestaciones callejeras. La noche anterior era común ver a los empresarios de los microbuses anunciando que habría una total cobertura de su servicio, lo que era falso ya que no salían a trabajar por temor a destrozos.

En las primeras horas era normal ver un ausentismo en las escuelas y empresas, motivados en parte por la falta de locomoción colectiva. Comúnmente ya había algún microbús quemado antes de la salida del sol. En los colegios las clases se cambiaban por actividades extra programáticas para los pocos alumnos que llegaban y ante la falta de profesores para cubrir todos los cursos.

Durante el día se multiplicaban pequeñas marchas y manifestaciones callejeras por las calles céntricas, las que eran fácilmente reprimidas. Sin embargo las manifestaciones más importantes por lo masivas y duraderas se daban en los campus universitarios. Los estudiantes detenían el tránsito y tras enfrentarse con los vehículos policiales se replegaban hacia los establecimientos. A veces los carabineros conseguían orden de ingreso a los recintos y detenían decenas de estudiantes.

A media tarde los trabajadores eran enviados temprano a sus hogares ante la falta de locomoción colectiva que se producía en las últimas horas del día. Apenas se ocultaba el sol, en las poblaciones se comenzaban a cerrar las calles con barricadas que eran defendidas con piedras, palos y a veces bombas molotov de la represión de carabineros y muchas veces militares.

Las poblaciones más agresivas eran invadidas con vehículos de guerra. A diferencia de las luchas universitarias, en las poblaciones siempre había muertos.

La primera protesta ocurrió el 11 de mayo de 1983, y sus características serán replicadas en todas las demás hasta 1986. Fue convocada principalmente por la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC) y apoyada por diversos grupos de la oposición política. Su magnitud, diversidad y fuerza, sorprendió no sólo al gobierno, sino que a sus propios organizadores. En esa manifestación fallecieron dos jóvenes baleados.

El régimen reaccionó con las represalias masivas. Días después de la primera protesta, cientos de Carabineros, militares y personal de civil allanaron en las poblaciones de Santiago más de 5000 casas. En algunas de ellas donde la protesta había sido más masiva las Fuerzas Armadas sacaron de

sus casas a todos los hombres mayores de 14 años y fueron conducidos a canchas deportivas por horas, mientras chequeaban sus datos.

La segunda protesta se realizó el 14 de junio. Nuevamente la convocatoria partió desde el sindicalismo de oposición, conformado por el Comando Nacional de Trabajadores (CNT) la CNS, la CTC, la CEPCH, el FUT y la UDT, Unión Democrática de Trabajadores. El gobierno prohibió a los medios de comunicación informar sobre el tema y ordenó la detención de Rodolfo Seguel, presidente de la Confederación de Trabajadores del Cobre. Esta vez fueron 4 los muertos.

La tercera protesta se efectuó el 12 de julio, organizada por el Comando Nacional de Trabajadores. El saldo final fue, nuevamente, de cuatro muertos. La cuarta protesta fue convocada para el 11 y 12 de agosto de 1983. Esta vez 18 mil efectivos militares salieron a las calles, la mayoría conscriptos inexpertos provenientes de regimientos del norte del país, protagonizando una represión que dejó un saldo de 29 muertos, 200 heridos y mil detenidos.

La quinta protesta nacional duró cuatro días, desde el 8 al 11 de septiembre de 1983. Nueve personas murieron producto de la represión policial. La sexta protesta fue convocada por el Movimiento Democrático Popular para los días 11, 12 y 13 de octubre de 1983.

La séptima jornada de protesta ocurrió el 27 de octubre de 1983. El 27 de marzo de 1984 se desarrolló la octava. La novena protesta nacional se hizo el 11 de mayo de 1984.

El 4 y 5 de septiembre de 1984 se realizó la décima. Se contabilizaron diez muertos durante las manifestaciones. La undécima se ejecutó el 29 y 30 de octubre de ese mismo año.

Durante 1985 se multiplicaron estas manifestaciones. La mayor y última fue convocada para el 2 y 3 de julio de 1986, produciéndose el “caso quemados” en que falleció Rodrigo Rojas de Negri y quedó gravemente herida Carmen Gloria Quintana, al ser rociados con combustible y quemados vivos por una patrulla militar.

Después de 1986 las tácticas de protesta diurna centrada en piquetes callejeros y barricadas serán utilizadas en el paro contra el autoritario rector de la Universidad de Chile, José Luis Federeci, en 1987 y otras protestas universitarias previas y posteriores al plebiscito de 1988.

La forma de manifestarse quedó en la cultura popular de los chilenos y cada 11 de septiembre, 1 de mayo o el 29 de marzo, Día del Joven Combatiente se pueden observar reminiscencias de las jornadas de protesta, como manifestaciones callejeras, fogatas, barricadas y velatones. “Incluso en una propia protesta sindical de Carabineros, estos pusieron velas en las calles”, revela la doctora López Dietz.

62. Atentado en la carretera

Tras las consabidas negociaciones, Seguel, el “padre de las protestas” es designado por el PDC en 1989 como su candidato a diputado por el distrito 28.

Antes de aquello, Rodolfo vivió una experiencia extrema, al ser víctima de un grave atentado en la Ruta 5 sur, que perfectamente pudo terminar en tragedia. Él mismo lo cuenta:

“A fines de 1988, estando relegado en Parral mi hermano, amigo y camarada Manuel Bustos, por haber convocado el 7 de octubre de ese año a un paro de la CUT para reformar el Plan Laboral de Pinochet, me llama Jaime Celedón para que hable con el Huaso Bustos y consiga que acepte recibir en su casa de Parral, donde estaba cumpliendo un año y medio de relegación, al programa ‘A esta hora se improvisa, que transmitía Radio Chilena, la emisora del Arzobispado de Santiago.

“Celedón, conductor del espacio de debate político del mismo nombre, que antes de la dictadura emitía Canal 13, y que prohibió en 1973 el régimen militar, lo había replicado en la radio de la Iglesia Católica ese año.

“Bustos, al igual que yo, éramos en ese momento potenciales candidatos al parlamento y, modestia aparte, ambos teníamos no sólo figuración sindical sino también política.

“El Huaso, que además era presidente de la CUT, aceptó encantado y partimos con Celedón a Parral en su auto. Entre los panelistas, que iban en otros vehículos, estaban Alejandro Foxley, Sebastián Piñera y Herman Chadwick, si la memoria no me falla.

“Todo resultó muy bien. El programa fue un éxito. Toda una novedad para el momento. Las cosas estaban cambiando aceleradamente en Chile. En esa fecha, ya habíamos ganado el plebiscito del No y aunque Pinochet seguiría gobernando hasta marzo del 90 y la mano dura no cedía –la re-

legación de Bustos era una vergüenza—, estaba claro que la alegría de la sociedad estaba cerca.

“Eso creíamos. Cuando veníamos de vuelta, la hecatombe.

“Celedón me pide que de regreso maneje yo su auto; él venía muy cansado. Ni un problema, le dije, y tomé el volante. Todo bien hasta que pasado Talca, en dirección a Curicó, a la altura de una barraca de madera, sentimos un ruido muy fuerte debajo del auto, pierdo el control, casi nos damos vuelta y de milagro no chocamos porque esa parte de la ruta tenía amplia berma.

“Bajamos a ver qué había sido aquello y el auto ¡había perdido las dos ruedas traseras! ¡Los pernos que las sujetaban habían sido aserrados!

“Celedón quedó tan impresionado que rompió en llanto. Y comienza a vomitar a orillas del camino. Yo no sabía qué hacer para calmarlo. Fue tan inesperado. Pero era comprensible: habíamos estado a punto de morir. Y nosotros, que creíamos derrotada a la dictadura, la vimos vivita y coleando en esa carretera, tan cruel y asesina como en los 17 años anteriores.

“Hicimos señas a un bus que se detuvo, dejamos literalmente botado el auto, y continuamos viaje a Santiago. No existían los celulares, no había cómo avisarle a nadie. Celedón seguía muy afectado, llorando y vomitando. Estaba convencido que la dictadura nos había condenado a muerte. Fue un retorno infernal.

“Llegando a Santiago, más sereno, me dice: ‘Rodolfo, por favor, ni una palabra a nadie de lo que pasó. Si los denunciamos, pa’ la otra no nos libramos. Así que, tumba. Aquí no ha pasado nada.’ Le guardé hasta hoy el secreto. Nunca supe si él había recibido otras amenazas y por qué estaba tan seguro que los dardos seguían apuntados hacia nosotros. Tampoco me comentó por qué decidió no denunciar el hecho a la justicia y a los medios de comunicación El secreto se lo llevó a la tumba”.

Celedón murió a los 85 años en julio del 2016. Su partner de toda la vida, el actor Julio Jung, lo despidió con sentidas palabras: “Jaime Celedón creativo, inventor de fábulas, director, actor, conversador indispensable, con humor irreverente y amigo sin igual: descansa en paz”.

63. Seguel diputado, luces y sombras

Seguel resultó elegido en forma consecutiva por cuatro períodos parlamentarios, desde 1990 a 2006 en el distrito 28, que comprendía Lo Espejo, Pedro Aguirre Cerda y San Miguel, “la república independiente” de los Palestros.

La primera vez, su triunfo fue tan arrollador que casi duplicó al dueño de casa: Seguel, 85.358 votos; Mario Palestro, 44.649. Ambos resultaron elegidos como representantes de la Concertación; tercera fue Patricia Maldonado, la cantante y ahora panelista de TV, aún fiel pinochetista, que alcanzó 30.872 sufragios, que no logró ser electa, representando a una alianza efímera de la centroderecha: Democracia y Progreso.

En sus cuatro períodos integró la comisión de Trabajo y Seguridad Social, que presidió en 1994, y en forma alternada participó en las de Minería y Energía, Defensa Nacional y Seguridad Ciudadana. Además, fue vicepresidente de la Cámara, jefe del comité falangista en la corporación, vicepresidente en el Parlamento Latinoamericano, Parlatino, comisión Trabajo, y varias comisiones investigadoras.

Terminó su etapa parlamentaria integrando las comisiones de Trabajo y Seguridad Social; la Investigadora de los Derechos de los Trabajadores e Investigadora sobre tala ilegal del alerce.

Después compitió en las primeras elecciones directas de consejeros regionales de 2013, resultando elegido por la circunscripción provincial de Santiago VI (comunales de El Bosque, La Cisterna, La Pintana, Lo Espejo, Pedro Aguirre Cerda, San Miguel y San Ramón).

Una vez retirado de la vida pública, Seguel se muestra crítico de la manera en que en estos últimos años se hace política, particularmente en el Poder Legislativo. “¿Sabe una cosa?, y no es porque yo ya no sea parlamentario, pero hoy veo a la Cámara de Diputados como algo muy rasca”, le decía al periodista Arturo Castillo de la Revista Chilena de Derecho del

Trabajo. “Rodolfo Seguel”, comentaba por su parte el redactor de la nota, “tiene un estilo de expresarse franco y directo, como caracteriza a los políticos con formación en el mundo de los dirigentes sindicales”.

“Creo”, le insistía el sindicalista, “que faltan políticos de mayor envergadura, de mayor tonelaje, salvo honrosas excepciones. Yo siempre luché, durante los gobiernos de Aylwin, Frei y Lagos, en los 16 años en que fui diputado, para que los congresistas tuvieran especializaciones por área. Resulta que ahora cualquiera habla de todo. Me refiero a diputados a los que he visto opinando de cuanto tema que esté en la agenda noticiosa, ya sea transporte, salud, educación, delincuencia, y se enfrascan en discusiones con otros parlamentarios. Actúan como si fueran unos genios”.

“Yo nunca me metí en otros temas que no fueran los propios del mundo laboral y sindical”, añadía Seguel. “Yo podía ir como arroz graneado a acompañar a alguien a una conferencia de prensa, pero mis temas laborales no me los tocaba nadie. No sé si actué de forma un poco enérgica en ese sentido, pero no dejaba que nadie se metiera en mis temas laborales. Y para eso siempre tuve el respaldo de mi partido y de la Concertación”.

En la comisión de Trabajo de la Cámara Baja hizo dupla con el DC Manuel Bustos. Con él sacó adelante la ley que garantiza a los trabajadores que sus imposiciones sean pagadas por los empleadores. “A mí me parece que es legítimo que se llame la ley Bustos, en homenaje a Manuel.

“¿Su origen? Una vez estábamos con Manuel buscando la manera de hacer algo por los trabajadores. Y él me decía: ‘Oye, Seguel, ¿cómo hacemos para que a la gente le paguen las imposiciones?’ Empezamos a tirar ideas y se las pasábamos a los abogados que nos asesoraban para que le dieran la forma jurídica a lo que queríamos. Pero con Manuel teníamos dudas de que ese proyecto fuera aprobado, menos con ese Congreso que estaba conformado a tan poco tiempo de terminada la dictadura. Y la ley era, básicamente, un método para obligar a los empleadores a pagar las imposiciones. Ese todavía es el tema más recurrente en el mundo del trabajo, a pesar de la ley.

“¿Podría bastar una ley para resolver una anomalía eterna en Chile? En un principio, la idea era que las pagaran los patrones. ¿Cómo? Para eso había que ingeniárselas. Una de ellas fue anular el despido si las imposiciones no estaban pagadas, y anular un despido en Chile era sumamente difícil. La cosa se complicaba, porque ¿qué pasaba si había imposiciones impagas hacia atrás, con otro empleador que ya había despedido al trabajador? Entonces, había que hacerlo solo con el último empleador. Nos

preguntaban ¿hasta qué monto? Nosotros dijimos sin monto tope, se paga todo lo que se deba. Eso fue lo más duro del debate. La ley tardó dos años en su tramitación”.

Seguel está seguro que esa es la ley más emblemática del Código del Trabajo, desde el retorno a la democracia. “No hay otra ley que haya sido más beneficiosa para los trabajadores chilenos. Yo nunca pensé que fuera a ser aprobada, pero recibimos mucho apoyo de los sindicatos, de los abogados laboristas. Manuel y yo tuvimos que hacer mucho lobby porque había muchísima plata en juego. Eran cientos, miles de millones de dólares en platas adeudadas a los trabajadores.

“Solo una cosa nos quedó mal de esa ley, que después pude modificar: los despidos se debían hacer en la Inspección del Trabajo, pero los empleadores chantas los empezaron a hacer a través de notarios para evadir el pago previsional. Eso lo descubrí a través de la revista del Colegio de Abogados, y corregí esa situación. Esta ley se aplicaba a todo tipo de despidos, cualquiera sea el lugar en donde se realice, para que se acredite el pago de cotizaciones previsionales, de salud y a todos los trabajadores, incluyendo a las asesoras del hogar”.

64. La frustrada Ley de la Siesta

Es rutina en “La Copucha”, como se denomina a la oficina de periodistas destacados en el palacio de La Moneda, que diariamente se les entregue por escrito la pauta diaria de las actividades del Jefe de Estado. Durante dos gobiernos, los de Pinochet y Aylwin, entre las 15:00 y las 16:00 horas aparecía el ítem “reunión de evaluación”. Pero, la firme era que no se trataba de revisión o repaso a las actividades del día. Era la hora de la siesta.

Enterado de tan sana costumbre, a Rodolfo Seguel se le ocurrió echar a andar un proyecto de ley que otorgaba “el derecho a siesta de los trabajadores”. Pese a que muchos parlamentarios, empresarios y otros profesionales admitían en privado la costumbre de tomar cada día una pequeña siesta, el asunto fue tomado a la broma y la iniciativa no tuvo destino.

Hasta hoy alega Seguel contra esa injusticia. “Es uno de los cinismos más grandes. Siempre he sabido que muchos duermen siesta. Por mi trabajo de sindicalista, recorrí muchos países y me fui preocupando de las horas del descanso de los trabajadores. Y yo soy de siesta diaria, con trabajo o sin trabajo. Para mí es algo fundamental y me dediqué a estudiar el tema observando lo que sucedía en Francia, en España y en Argentina.

“Junto con eso, solicité un estudio a la Comisión Económica Nacional del significado de la siesta en el mundo del trabajo. Hablé con mucha gente y vi que muchos presidentes dormían siesta. Había camas para ellos en La Moneda. Recuerdo que una vez fui a una reunión con Jaime Guzmán, para ver el caso de Manuel Bustos cuando estaba relegado en Parral, y pedirle que me ayudara a ponerle fin a la condena; y él me dice: ‘Rodolfo, tienes que venir después de las 15:30 horas, porque yo duermo siesta.’ También me preocupé de ver en el Congreso y en casi todas las oficinas, entre las 14:00 y las 15:00, la mayoría dormía siesta.

“Yo creo que el 99 por ciento dormía un rato. Planteé esta idea a dos senadores, me apoyaron, pero a cambio me dijeron: “Veamos cómo flexibilizamos la jornada laboral”. Y yo me negué a tocar la flexibilidad laboral.

Finalmente, pese a que la mayoría reconocía en privado el uso diario de la siesta, incluso los estudios económicos demostraron que un descanso en la mitad de la jornada deja al trabajador más productivo y comienza la tarde con el mismo ánimo con que llegó en la mañana temprano, pocos me apoyaron. Y, entre ellos, varios de la propia Concertación. Incluso, a esos dos senadores con los que hablé yo los vi con los ojitos rojos lavándose la cara para recibirme en sus oficinas”.

Entre los empresarios también se contaban adherentes a la idea. “Recuerdo que al fallecido empresario y abogado Ricardo Claro lo invité a exponer ante la Comisión de Trabajo de la Cámara. Fue y defendió la siesta que él mismo tomaba a diario entre 10 y 20 minutos, y nos dijo que él pensaba que era fundamental que el trabajador duerma un rato entremedio de la jornada laboral. Todos hablaron bien de esa iniciativa, hubo informes económicos, médicos y sociales que nadie pudo rebatir. Y como no encontraron argumentos, echaron el proyecto a la chacota, porque causó cierta hilaridad. Lo cierto es que todos duermen siesta, pero pocos lo admiten”.

En la Revista Chilena de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social, en el año 2011, Seguel hizo un franco y descarnado balance de sus 16 años de parlamentario. “Voy a decir una estupidez, pero debo decirla. El Estado chileno, especialmente los chilenos que pagamos impuestos, invierten mucho dinero en mantener a los parlamentarios. Piense usted en la cantidad de diputados y senadores que hay, y la dieta de los congresales no es menor, es grande. Yo estoy de acuerdo que se les pague bien, para que vivan medianamente cómodos y así poder realizar su gestión. Pero, molesta ver lo mucho que gastamos en el Parlamento y que estos recursos sean mal aprovechados. Mantener un parlamentario es tan caro que el Estado, a través de una ley, debería exigirle un tipo de conducta y un tipo de compromiso con su país”.

“En cuanto a que todos sean profesionales, podría considerarse, pero no puede haber puros ingenieros comerciales, doctores o abogados. El parlamento debe generar una representatividad de lo que es la población chilena. Yo me preparé cuando llegué al Congreso. Tengo 6 semestres de leyes en la Universidad de las Américas, y espero terminar la carrera, aparte de aportar toda mi experiencia como dirigente sindical. Por lo tanto, el Estado debiera obligar al parlamentario a prepararse y a especializarse en algún tema o área que vaya en beneficio del país. No estoy de acuerdo con que haya parlamentarios que engañan a su propio Congreso con dinero y que no les pase nada, o que justifican plata para arriendo de oficinas sin arrendarlas, hacen arreglines por el lado y se llevan \$30 millones, o que contraten

a familiares, esposas, cayendo en conductas poco éticas. Entonces veo que hay poco compromiso con el país, y con lo bien que están pagados debieran tener un compromiso total”.

En el plano anecdótico, Seguel contó la historia de un honorable en ejercicio al que le preguntan cuántos libros ha leído. Y el diputado, que seguía en ejercicio el 2011, reconoció que nunca lee libros. ¿Se imagina un diputado que nunca haya leído un libro? El protagonista de esta anécdota es alguien que lleva muchos años en el Congreso. “Prefiero no decir el nombre, solo lo pongo como ejemplo. Hay otros que no supimos si eran mudos o qué. Nunca hablaron en las sesiones. Me acuerdo que hubo un período en que había un parlamentario que entraba a la sala con un tazón de café y un sándwich. Esto me duele. Hay algunos que ni siquiera tienen un comportamiento adecuado. Eso es tener mala educación”.

65. El sindicalismo en crisis

Seguel, una vez retirado de la vida pública, ha sido frecuentemente requerido para prestar asesorías vinculadas a temas laborales y los medios acuden a él por entrevistas de contingencia, como la dada en el 2011 a la Revista Chilena de Derecho del Trabajo, donde con cruda franqueza se refiere al estado actual del sindicalismo en Chile:

“El sindicalismo chileno está horrible. Los trabajadores no quieren sindicalizarse. Se cambió del colectivismo al individualismo. De la ilusión colectiva y los derechos laborales se pasó a quién tiene el auto más caro y quién saca más millones a relucir. Se perdió la esencia. Yo sé de dirigentes que están 3, 4 o 6 meses en una pega y se hacen sindicalistas para puro vender el fuero sindical. Y ganan con eso dos millones y medio mensuales cobrando los fueros. Cada seis meses se van cambiando con tremendos autos. Se meten a una empresa, forman un sindicato. El fuero dura dos años más seis meses y le hacen problema a las empresas, que les dicen: ‘saben qué más, arreglémonos’. Y la empresa va y les paga dos años y medio de sueldo. Se van y dejan todo botado. Que alguien me lo desmienta.

- ¿Y por qué a los trabajadores no les interesa sindicalizarse?

- Porque hubo una cultura en Chile durante la dictadura, que quedó pegada, en que se decía que los sindicatos no servían para nada. Y aquí al empleador no le gustan los sindicatos. Y, obviamente, si tuviéramos organizaciones de trabajadores como las que existen en Suiza o en Francia, en que la resolución de los asuntos no se trata por la vía del conflicto, no necesitaríamos de una ley de la siesta ni de una ley de salario mínimo. Eso se lograría por contrato colectivo.

-¿Y cuál es el balance que usted hace de su vida sindical?

- Mire, observo una gran diferencia entre el mundo sindical de los años 80 al de 2010. Pero hay algo que nunca debe cambiar en el mundo sindical, y eso es la solidaridad de clase entre trabajadores. Y yo noto que eso se ha

perdido. Yo veo, por ejemplo, a los trabajadores de Codelco, a los que están en las grandes empresas, que los que más tienen no hacen nada por los demás. Yo no concibo que cada día en Codelco, a pesar que hay una ley sobre tercerización del trabajo, todavía existan los trabajadores contratados y subcontratados. En muchos casos ambos hacen un trabajo similar, pero no tienen los mismos beneficios, ni el mismo sueldo que los otros, ni la misma seguridad social. También tienen distintos tipos de salud, de viviendas. Eso es vergonzoso.

-¿Y cuándo estima que se fue perdiendo la solidaridad de clase?

- En los últimos años. No fue durante la dictadura.

-Entonces, ¿diría que hizo falta una dictadura para que los trabajadores fueran solidarios?

- No sé si fue necesaria la dictadura. Pero nosotros en Codelco ganábamos bien. Teníamos un privilegio económico por participar en la producción del cobre, que sustenta al país, y eso hay que pagarlo bien, como corresponde. Nosotros teníamos buenas remuneraciones, buen estatus. Pero allí existió algo peor, la dictadura fue atomizando al trabajador, le quitó las leyes, los beneficios, los denigraron, crearon sindicatos paralelos con dirigente sindicales designados y aprobados por la empresa.

“En ese momento yo era bastante joven, pero tomé la decisión de que había que ayudar a los otros trabajadores del país y dijimos que el problema en Chile no se trataba de cambiar una ley u otra, sino que estaba radicado en el conjunto de la sociedad chilena. Y cuando hablábamos de cambiar al conjunto, nos referíamos, obviamente, a que había que terminar con la dictadura y modificar el sistema político que imperaba en el país. Esa, yo diría, fue la expresión más alta de solidaridad de clase que ha habido en los últimos años. En esa época no había ningún otro gremio que podía poner en jaque a la dictadura. Fíjese que en 1983 el entonces ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, sacó 18 mil soldados a las calles de Santiago. Entonces, nosotros dijimos hay que defender esta causa, que era la causa de los trabajadores, y nos movilizamos”.

66. La batalla contra el cáncer

El 27 de febrero de 2017, en un control médico rutinario, notifican al sindicalista que padece de cáncer al hígado. Recién seis meses después de tan mala noticia, el exlíder sindical decidió hacer público el hecho. Así lo informaba el semanario Cambio21, en entrevista hecha por Guillermo Arellano al histórico militante DC en la ocasión.

- *La gente no sabe que está enfermo. ¿Qué le pasó?*

- Es un cáncer que se descubrió el 27 de febrero, a raíz de un examen médico, un tumor de 8,1 centímetros de largo con metástasis un poco repartido y con un diagnóstico pésimo.

- *¿Cómo se trató?*

- Después de siete meses hemos ido controlando esto a través de un tratamiento oncológico con un remedio carísimo (Nexabar) que, gracias a Dios, me lo dan en el hospital. Y como me tenían con fecha de vencimiento había que hacer algo. No podría esperar a tomarme el medicamento y morirme igual. No tenía gracia. Mi hija se preocupó de buscar y encontrar un iriólogo, que me fue a ver y que también me dijo que estaba mal. Por eso de inmediato me trató con dos remedios muy potentes: un veneno de escorpión (quince gotas tres veces al día) que va matando las células cancerígenas y un Biman (fármaco natural cubano) que se lo va comiendo. Para los que saben de medicina, un examen de sangre en el que debía marcar 8,1 yo tenía 1.113,3. Con eso todos decían que “a este gallo lo vamos a mantener un tiempo no más”. Así empezamos.

- *¿Cómo reaccionó la familia?*

- La familia se puso toda detrás. Nadie se puso a llorar. El que lloró, lloró escondido. Todos levantamos el ánimo con una creencia muy grande en Dios. Por eso somos unidos. Además, con muchos amigos que, en forma privada, mantuvieron el silencio. Mis nietas han sido fundamentales por-

que me entretienen. En la parte más grave de la enfermedad, que fue en febrero, marzo y abril, gracias a ellas me mantuve en pie. Les cocinaba, las sacaba a pasear, rabiaba... puras hueás entretenidas para pasar el día. Fueron mi medicina diaria hasta que se las llevaron porque entraban a clases. Ahí se acabó el remedio (ríe). Pero mis hijos no me dejan botado. Lllaman desde las 7 de la mañana. Lo mismo que mis hijos adoptivos, que son los que trabajan en la Cámara de Diputados y que me quieren mucho.

- *De todas formas la recuperación ha sido rápida. ¿Qué le dicen los médicos*

- No entienden nada de nada. Yo capto lo que me dice el iriólogo y lo que transmiten los médicos y yo compatibilizo las opiniones. Eso sí, mientras los médicos me dijeron que me moría dentro de seis meses o un año máximo, el iriólogo me dijo que iba a sanar, pero no tan rápidamente. Incluso a él le sorprendió la respuesta de mi cuerpo. Lentamente comenzó a bajar el índice de 1.113 a 700, después a 500, 300, 200 y hace una semana a 8,1. En estos seis meses el tumor se achicó a la mitad, el cáncer se eliminó en un 90% y la metástasis prácticamente está desaparecida. Queda un hilito muy pequeño no más en el pecho. El oncólogo me pidió que dicte charlas sobre el cáncer, porque nunca bajé mi ánimo. Jamás estuve en cama. Me preguntó si hice un machitún con alguien. Ahora, sí sé que debemos un millón de mandas por lo que me he estado enterando estos días (ríe).

- *Son difíciles de entender los milagros...*

- Así es. Nadie puede explicar lo que pasó en mi cuerpo. Yo puedo decir que fue la fe y la fuerza de la familia. Hay que ser claro. Le comenté al médico que iba a hacer todo lo que estuviera a mi alcance. “No me puedo morir todavía, tengo muchas cosas que hacer en esta vida. Están mis hijas, mi señora, mis nietas y mis hijos mayores. Debía velar por ellos”, le dije. Y aquí estamos.

- *Pero tuvo que operarse de nuevo. ¿Qué ocurrió ahora?*

- Sí poh. Me saqué el premiado con un cáncer a la piel que me salió en el dedo (índice) de la mano izquierda. Pero felizmente estaba encapsulado. Lo cortaron y quedó el dedo completo. Pensé que me amputaban y que me iban a ir cortando de a poco (ríe), empezando por el dedo. Por suerte no, se terminó este cáncer ahí. El otro está muriéndose. Así que algo está pasando. El iriólogo me dice: “usted tiene más años que yo”.

- *¿Por qué decidió mantenerlo en privado?*

- No lo hice público porque tenía la preocupación de luchar en contra esto. Por eso que yo no estaba dispuesto a que fueran a mi casa a despedirse de mí, a decir: “chucha, se va a morir, vamos a saludarlo antes que se muera”. Eso es lo que hacen todos los hueones cuando hay un enfermo y están todos los familiares ahí.

- *Toda la procesión...*

- Claro poh, decirle a la señora y a los hijos que “puta que lo queríamos”... no. Nadie fue a mi casa. Solo invité a tres personas, todos amigos personales a los que les conté y que se pusieron en la lista de apoyo, y tres amigos políticos que me ayudaron una enormidad y que les pedí que lo mantuvieran en secreto hasta el final, que es ahora después de lo que me dijeron los médicos. Hace poco lo hice público con los demás amigos, “pero no quiero ningún hueón en mi casa que me vaya a ver porque estoy enfermo, ni nada especial”, les advertí. Gracias a Dios todo se hizo de forma normal tanto en mi casa de Isla de Maipo como en San Miguel.

“Todos me recuerdan con el apodo de ‘el Lech Walesa chileno’ (por el líder sindical y expresidente polaco), sobre todo por las ganas de luchar. Un médico me dijo: ‘Si usted le ganó a Pinochet, como no va a ganar esta batalla.’ Soy de la generación del esfuerzo y del sacrificio por el bien común”.

67. Los 30 años del NO

En días previos al 5 de octubre de 2018, día del trigésimo aniversario del “triumfo del No” que puso fin a la dictadura de Pinochet, una singular polémica se apreció en las páginas políticas de la prensa nacional: se trataba de precisar quien tendría “la paternidad” de la histórica gesta que permitió el retorno a la democracia.

En ese contexto, CNN Chile optó por consultar a quien consideró como la persona que fue parte tutelar de la construcción del NO, Rodolfo Seguel, quien como presidente de la Confederación de Trabajadores del Cobre, llamó a la primera protesta nacional el 11 de mayo de 1983, manifestación que derivó en un proceso insólito de unión nacional que concluyó con el plebiscito de 1988.

En entrevista otorgada al programa Última Mirada, el exdirigente, quien en esa fecha acababa de ganar la lucha a dos cánceres diagnosticados, señaló respecto a la eventual propiedad del legado histórico del NO que se siente “con ganas de contar la verdadera historia, con ganas de hablar, de reconocer a quien hay que reconocer, de decir las cosas por su nombre y no esperar recompensa por todo”.

“Esto no es de los políticos, es de todos los chilenos, lo ganamos para otros, pero para otros todos, no para un partido político”, afirmó. Seguel también integró a sectores de derecha que votaron por la opción NO y quienes también tendrían derecho a gozar y sentirse parte de este triunfo.

Al respecto señaló que “me he encontrado con mucha gente de derecha que me han dicho que teníamos razón de iniciar el movimiento que provocamos para que la democracia llegara más rápido y en tranquilidad, no con un baño permanente de sangre”, dijo.

Añadió: “Un país se construye con unidad, conversando, con diálogo, no en quién tiene más puesto sobre otros (...) yo quiero que todos juntos hagamos las cosas bien hechas. No estoy en contra de los políticos, pero se

subieron muy tarde a un camión que ya venía en vuelo, que ya los obreros, los estudiantes, los pobladores y las dueñas de casa habíamos echado andar”, dijo, agregando que ahora es fácil decir “yo soy el dueño y vamos a celebrar todos los que creemos en la democracia de verdad y ustedes no. ¡Qué se han creído! Esto es de todos los chilenos, aquí no hay ninguno que sea dueño”, sentenció a CNN Chile”.

68. Palabras finales

Decidí dejar para la historia el relato de lo que fue el proceso que llevamos a cabo junto a dirigentes de la sociedad civil organizada en la acción sindical, política y social que permitió recuperar la democracia para Chile. Esta tarea la asumimos hace más de 36 años, con las movilizaciones pacíficas contra la dictadura junto a los mineros, a las mujeres organizadas, pobladores, estudiantes, trabajadores, profesionales, pequeños empresarios y la sociedad chilena en su conjunto.

Lo cierto es que las nuevas generaciones no conocen lo que fue aquella gesta, que paulatinamente ha caído en el olvido. A mi juicio, por varias razones: por conveniencia de algunos, por decisión de políticos que no fueron capaces de hacer lo que nosotros hicimos, por envidia de dirigentes de trabajadores incapaces de movilizar a las bases, por la inexistencia histórica de educación cívica y la no enseñanza de nuestra realidad contemporánea a los jóvenes. Ellos apenas saben que en Chile hubo una dictadura, que cayó gracias a algunas movilizaciones, pero ignoran cómo fueron aquellas y cuál fue el precio que debimos pagar para conseguir nuestro objetivo, que era entregar un país libre a nuestros hijos. Hoy vemos con pena que hay grupos juveniles interesados en fomentar esa ignorancia, para ocupar ellos esos espacios de inconformidad.

Es mi obligación dejar este relato para que se sepa la historia, para que se estudie y se conozca; lo hago sin rabia, sin odio, sin malestar, solo con pena por un Chile tan olvidadizo.

En una oportunidad, en esos años de protestas, me preguntaron por qué insistíamos en los llamados a protestar, y yo respondí: Lo hago por mi país. Porque no quiero que mis hijos vivan lo que estamos viviendo hoy, pues nos han quitado lo que teníamos, un país libre y soberano.

Cuando joven, vi a algunos políticos que no eran capaces de trabajar por objetivos comunes; con ambiciones egoístas que los hicieron incapaces de

gobernar. Por su inoperancia se echaban la culpa unos a otros. Muchas veces no fueron capaces de llegar a acuerdos y debido a su falta de visión nos entregaron un país quebrado y gobernado por militares con la complicidad de civiles. Los responsables de aquella ingobernabilidad fueron políticos de todos los sectores, de izquierda, de centro y de derecha.

Al darnos cuenta de aquello, y viendo que a diez años de dictadura continuaba la inacción política, los dirigentes sindicales del cobre decidimos intervenir, llamando a la movilización pacífica ciudadana.

Yo acepté encabezar estas acciones, sin meditar en las consecuencias personales y familiares, por puro amor a Chile. Nunca abusé del poder que se me concedió. Lo utilicé solo en beneficio de mi país. Nunca pensamos en cargos políticos; no trabajamos por dinero. Jamás mendigamos nada, siempre con nuestras manos limpias. Me siento orgulloso de aquello.

Y convencimos al país. Le ganamos a la dictadura, devolvimos al pueblo la soberanía popular, le entregamos un país en democracia, como testimonio de la lucha poblacional, estudiantil y sindical. Porque la victoria se logró no solo con lápiz y papel, sino que se alcanzó gracias a la lucha social que es la que quiero dejar como recuerdo, como historia.

Deseo que este libro contribuya al conocimiento de los hechos y se sepa quiénes fueron los verdaderos conductores del retorno a la democracia. Quisiera que lo que hicimos los sindicalistas en esos años sirva de ejemplo a las nuevas generaciones, para que cuiden lo que algunos políticos no han sabido cuidar: un Chile libre, honrado y soberano.

Aprovecho este espacio para agradecer a mi familia, especialmente a mi esposa Gricelda, una tremenda compañera, fiel y abnegada, que ha estado brazo a brazo conmigo, en una fiesta de historias memorables. Tuvimos problemas, como toda pareja, pero supimos resolverlos.

También a mis tres hijos, partiendo por los mayores, Carolina y Rodrigo, a quienes yo no tenía derecho de quitarles a su padre, y que tuvieron que pagar un costo altísimo durante muchos años, por la incertidumbre que vivíamos bajo la amenaza constante de la dictadura, por el bullying permanente en sus colegios, por los ataques que nos llegaban a nuestra casa por causa del padre ausente que luchaba contra la dictadura. Ellos sufrieron por mi causa, pero entendieron que tuve que hacerlo y me perdonaron. También agradezco a mi hijo menor, Rodolfo, que llegó a la

familia fruto de la reconciliación amorosa matrimonial, constituyéndose en un regalo para todos nosotros.

No puedo dejar de mencionar a quienes, entre muchos, estuvieron a mi lado esos días. Gente valiosa como Marcos Espinoza, el Tatín, acompañando y organizando congresos; al Nano Garrido, mi chofer y amigo, que arriesgó el pellejo en varias oportunidades por estar junto a mí; a Luis Eduardo Thayer, abogado y asesor personal que hasta el día de hoy me acompaña.

Además agradezco a Jorge Donoso, abogado laboralista, escritor y periodista; a Guillermo Pérez, ex subsecretario del Trabajo gran asesor; al Centro de Estudios Laborales Alberto Hurtado y a sus profesores Mariana Aylwin y René Cortázar por sus enseñanzas sobre Humanismo Cristiano y Sindicalismo; a Eduardo Loyola, Rafael Carvallo, Alejandro Foxley y Nicolás Flaño por sus lecciones de Economía.

Cómo no recordar a don Gabriel Valdés, que creyó en mí y tuvo fe en lo que hacíamos, aunque a veces peleáramos; a don Patricio Aylwin, quien al principio estuvo en desacuerdo, pero después nos apoyó en todo; a Andrés Zaldívar que colaboró desde el exilio y luego continuó tras su retorno a Chile; a Ricardo Hormazábal, gran asesor sindical.

Una mención especial a mi amigo, hermano y camarada Manuel Bustos Huerta, El Huaso. No hay palabras para describir el cariño que le tengo, me enseñó mucho, todo lo esencial. Igualmente un recuerdo para esa gran mujer que fue María Rozas, que nos dispensó un enorme apoyo, así como al querido y recordado cardenal Raúl Silva Henríquez quien puso a disposición nuestra todo el aparataje de la Iglesia Católica para apoyar el movimiento social; al padre Alfonso Baeza, de la Vicaría Pastoral Obrera y a su ayudante José Aguilera; a mi secretario en la CTC Milton Puga, de quien aprendí mucho, a los dirigentes comunistas y socialistas del cobre, a los radicales del Comando Nacional de Trabajadores, a los demócratacristianos Sergio Barriga, Roberto Guerra, Carlos Ogalde, Eugenio López, Luis Otárola, Eduardo Díaz. También a Roberto Carvajal, Roberto Lillo, Ricardo Opazo, en general a todos los mineros del cobre del país.

Por supuesto, agradezco a Julio Muñoz Otárola, militante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez quien cuidó de mi vida y a quien los agentes de la Pinochet dieron muerte en los últimos días de la dictadura.

Pido perdón por mis errores. Todo lo hice por Chile y sus trabajadores, a quienes con cariño y respeto les pido que cuidemos a Chile y a los chilenos. Todos podemos hacer de éste un gran país, sin corrupción ni malas artes.

De forma muy especial agradezco a Francisco Castillo que escribió estas Memorias, a Chile y a Dios por estar con buena salud, haber superado dos cánceres y a la dictadura.

Agradecimientos

Agradecemos a la veintena de sindicalistas, dirigentes políticos, periodistas, abogados y académicos que nos entregaron sus testimonios y/o nos autorizaron a reproducir notas atinentes.

Expresamos nuestro reconocimiento a los ex presidentes Ricardo Lagos Escobar y Eduardo Frei Ruiz-Tagle; a los premios nacionales de Periodismo María Olivia Monckeberg, Sergio Campos y Abraham Santibáñez; al experto OIT, Agustín Muñoz Vergara; a la historiadora Ana López Dietz; al abogado laboralista Luis Eduardo Thayer, a los sindicalistas Arturo Martínez, Eugenio López y Raúl Montecinos; a los dirigentes políticos Carmen Frei, María Antonieta Saa, Jorge Burgos y Guillermo Teillier, cuyos dichos aportaron a la solidez de estos relatos.

Deseo mencionar en especial a mis colegas Abel Esquivel Querci, Fernando Paulsen Silva, Ascanio Cavallo Castro y Manuel Salazar Salvo, testigos de lo sucedido en aquellos agitados años, y a las periodistas Cristina Prudent y Teresa Frías, encargadas de entrevistas e investigación anexa para esta publicación. Además la colaboración de Arturo Castillo Vicencio, de la Revista Chilena de Derecho del Trabajo y de Guillermo Arellano de Cambio 21.

También a la familia de Rodolfo Seguel, a su esposa Gricelda Gallegos Olea, orientadora familiar, y a sus hijos Carolina, administradora pública con mención en Ciencias Políticas; Rodrigo, ingeniero comercial con mención en Comercio Exterior, y Rodolfo, kinesiólogo.

Por último, y no por ello menos importante, gracias a la pandilla perruna de los Seguel en Isla de Maipo. Por orden cronológico, saludamos a Mario, Flor, Ghunter, Hércules, Mailén y Kochi, que durante las largas jornadas de trabajo no interrumpieron con sus ladridos ni mordieron a nadie del equipo, aunque ganas tuvieron.

Hicieron posible la publicación de este libro la Federación de Trabajadores del Cobre, el Centro Democracia y Comunidad (CDC) y el Partido Demócratacristiano de Chile.

Francisco Castillo M., La Reina, octubre 2019

Y una última y necesaria reflexión

La lucha que se dio el 83 fue una lucha contra la situación económica agobiante que vivíamos los chilenos, pero también contra la dictadura militar que nos tenía oprimidos. Protestamos por la falta de libertad de las organizaciones gremiales y sociales y por los bárbaros atropellos a los derechos humanos. Sin embargo, como ocurre siempre en los movimientos sociales, un pilar fundamental de esa lucha –como se dice en este libro– fue la cruel situación económica que golpeaba a la mayoría de los chilenos.

Han pasado 36 años y el país vuelve a levantarse. Pero esta vez la injusticia y opresión no provienen de una dictadura, sino de un sistema económico extremadamente liberal, al que no le importan las necesidades y aspiraciones de la gente. Es el sistema económico implantado por la dictadura que se mantiene vigente por más de 40 años porque los gobiernos democráticos no han tenido la valentía ni la capacidad necesarias para desmantelarlo.

Por eso, por la injusticia que el sistema conlleva, los trabajadores, los pobladores, las organizaciones sociales y fundamentalmente la juventud han vuelto a la salir a la calle. Han salido a terminar la obra que dejamos inconclusa el 83 y que los gobiernos democráticos han sido incapaces de asumir.

Ahora me ha correspondido marchar junto a mis hijos y mis nietas. Es hermoso ver tres generaciones unidas en un mismo propósito, pero es triste comprobar que han transcurrido tres generaciones y los problemas de los chilenos son más o menos los mismos. Es claro que las luchas sociales, las luchas reivindicativas no tienen edad ni tiempo. En la sociedad siempre habrá personas dispuestas a salir a las calles para combatir las injusticias.

En estos casi 40 años, vimos pasar frente a nuestros ojos la riqueza, todas las maravillas que ofrecía el sistema, y acumularse con descaro en manos de unos pocos. Vimos como se concesionaban las carreteras y se privatizaba el agua y la electricidad a espaldas del interés nacional. Vimos como se coludían las farmacias, los fabricantes de papel e incluso los productores de alimentos para obtener ganancias ilegítimas. Vimos como los políticos se vendían al mejor postor, aún los de izquierda al yerno de Pinochet. Vimos que el Presidente de la República no pagaba contribuciones y salía al extranjero en viaje oficial llevando a sus hijos para que hicieran contactos en beneficio de

sus negocios. Vimos como los carabineros y los militares robaban dinero de sus instituciones para enriquecerse personalmente. Vimos como autoridades y políticos hacían arreglines para obtener pensiones millonarias.

Todo ocurrió frente a nuestros ojos hasta que llegó el momento en que los chilenos no aguataron más, como sucedió en los años 80. En esta oportunidad fueron los estudiantes los que iniciaron el estallido social; en mis tiempos fueron los trabajadores del cobre. Pero en ambas ocasiones fue el pueblo –trabajadores, pobladores, mujeres y jóvenes– el que se levantó contra la injusticia y logró que se produjera el cambio.

Cerramos este libro de recuerdos sin saber qué va a ocurrir. Ya van decenas de muertos, centenares de manifestantes que han perdido la vista y miles de civiles y carabineros heridos. La violencia se ha apoderado de las calles, se ha saqueado y destruido como nunca en la historia de nuestro país, pero menos de lo que han saqueado los empresarios inescrupulosos a vista y paciencia de los chilenos durante cuatro décadas.

En estas nuevas protestas me vuelvo a encontrar yo, pero esta vez –como lo he dicho– con mis hijos y nietas. Solo queda esperar que terminen pronto por la vía del diálogo y con la entrega a las nuevas generaciones de un mejor país: libre, democrático, justo y solidario, en el que todos los chilenos nos respetemos, nos sintamos iguales y vivamos en paz.

¡Viva Chile!

Rodolfo Seguel Molina, Isla de Maipo, noviembre de 2019

Fotografías



Congreso de la Confederación de Trabajadores del Cobre en Punta de Tralca, presidido por Rodolfo Seguel. Allí se acordó convocar a un paro de los mineros, que luego se convirtió en la primera protesta nacional contra la dictadura.



Asamblea convocada por el Sindicato Sewell y Mina de Rancagua, realizada en el auditorio de los trabajadores de El Teniente, para exigir la libertad de Seguel, encarcelado por convocar a la protesta de septiembre de 1983.



Regreso del exilio al país del sindicalista Manuel Bustos en octubre de 1983. En el aeropuerto de Pudahuel fue recibido por su familia y un grupo de dirigentes gremiales, encabezados por Rodolfo Seguel.



Seguel junto a sus compañeros de la Contraloría de la División El Teniente de Codelco, en una de las típicas escaleras del mineral de Sewell. Invierno de 1975.



El equipo de sindicalistas que conformaba el núcleo más cercano: Eugenio López, Milton Puga y Hernán Mery (de pie), Gustavo Pérez, Rodolfo Seguel, Eduardo Díaz, y Hernán Garrido (sentados).



Manuel Bustos, Rodolfo Seguel y José Ruiz Di Giorgio, líderes de los trabajadores textiles, del cobre y del petróleo. Tríó de sindicalistas que encabezó la lucha por la recuperación de la democracia.



En la mesa de trabajo de la presidencia de la CTC, Seguel junto a Manuel Berríos, su secretario y hombre de confianza que terminó siendo informante de la CNI, y Erasmo Yáñez, dirigente del Sindicato Caletones.



En la puerta del palacio de La Moneda para entregar una carta al ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, exigiendo el reintegro de 1800 trabajadores del cobre despedidos por paralizar las faenas durante los días de protesta nacional.



Tras una querrela ordenada por Pinochet, Rodolfo Seguel fue citado a declarar ante el ministro de la Corte de Apelaciones Hernán Cereceda. Fue la primera de varias querrelas que le entablaron por convocar a protestas.



Junio de 1983, saliendo por primera vez del palacio de los Tribunales de Justicia hacia la Cárcel Pública de Santiago.



Sus llamados a protestas le significaron perder la libertad por segunda vez. El régimen militar lo acusó de infringir la Ley de Seguridad Interior del Estado.



Con Luis Eduardo Thayer camino a tribunales, para enfrentar una de las tantas querellas que por la Ley de Seguridad Interior del Estado interpuso el régimen militar contra el líder de las protestas.



Cantando la Canción Nacional en compañía de dirigentes de diversas organizaciones, en las puertas de la Catedral Metropolitana, frente a la Plaza de Armas Santiago en día de protesta nacional.



Durante una invitación de la CUT brasileña, se programó una reunión privada con Lula da Silva, en ese entonces el más poderoso dirigente metalúrgico y tenaz opositor a la dictadura militar de su país.



Reunión de trabajo con dirigentes sindicales de la CUT de Brasil, cuyo principal interés era conocer la forma en que los trabajadores del cobre estaban encabezando las protestas pacíficas contra el gobierno de Pinochet.



En La Haya, Holanda, tuvo lugar un emotivo encuentro con dirigentes sindicales chilenos de diversos gremios, que se habían visto obligados a partir al exilio luego del golpe militar de 1973.



Uno de los varios encuentros con dirigentes sindicales europeos. En todos ellos se recibieron afectuosas muestras de solidaridad con la lucha que el pueblo chileno estaba dando contra la dictadura militar.



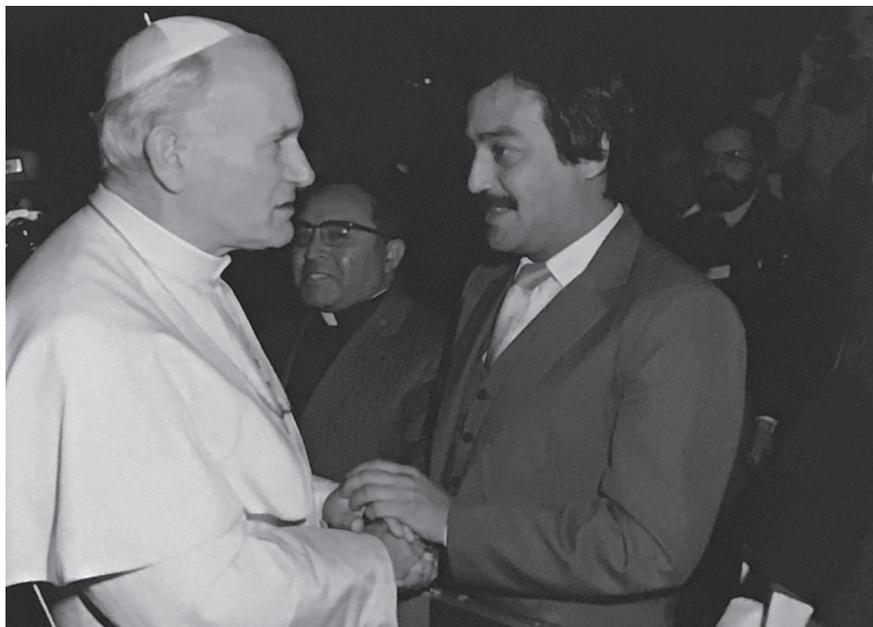
Estando en Madrid, como huésped de organizaciones gremiales españolas, el dirigente chileno fue invitado por el entonces presidente Felipe González. La reunión se llevó a cabo en la palacio de La Moncloa.



Entre los líderes europeos que quisieron reunirse con los dirigentes sindicales chilenos y conocer sus esfuerzos por terminar con la dictadura militar, estuvo el Rey Balduino de Bélgica.



En lo que pudiera considerarse una travesura fuera de protocolo, y aprovechando la falta de vigilancia, el sindicalista chileno se sentó unos segundos en el trono de la Reina de Holanda.



Fue una audiencia privada en el Vaticano. Unas 50 personas de distintas nacionalidades, a las que Juan Pablo II dirigió un mensaje de hondo contenido social y luego saludó de mano, una por una. Cuando el dirigente chileno se presentó, el Papa le dijo “Yo te conozco. Se mucho de ti y de Chile”



Lech Walesa, su esposa Danuta y siete de los ocho hijos de la pareja. El octavo y último aún no había nacido.



Un par de espuelas de plata fue el obsequio que los mineros chilenos enviaron a Lech Walesa, con motivo del otorgamiento del Premio Nobel de la Paz. El regalo lo recibió Danuta, la esposa del sindicalista polaco.



La esposa de Walesa viajó Oslo en compañía de su hijo mayor Bogdán, un muchachito que se ganó el cariño de los invitados a la entrega del Premio Nobel.



A la entrega del Nobel de la Paz siguió una cena de gala, presidida por el rey Olaf V. El dirigente sindical chileno, junto a colegas europeos, minutos antes de ingresar al salón.



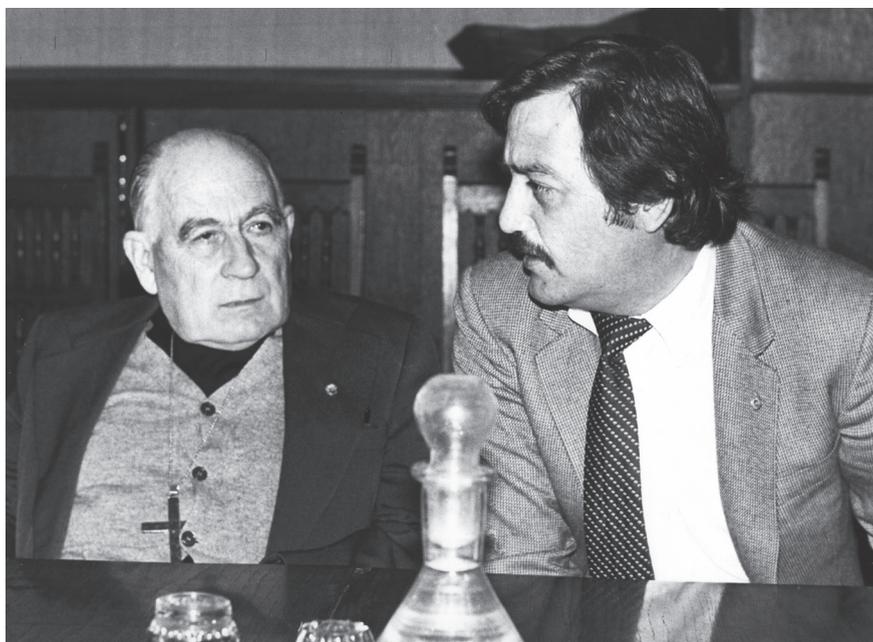
En la puerta del hotel, listo para dirigirse a la cena de gala con que culminó la premiación de Lech Walesa.



Marchando bajo la lluvia en Buenos Aires. Una expresión de solidaridad con la tenaz lucha de las madres de la Plaza de Mayo por conocer el paradero de los desaparecidos durante la dictadura militar argentina.



Edward “Ted” Kennedy, considerado un “amigo” de la democracia chilena por su compromiso con la recuperación del Estado de Derecho tras el golpe militar de 1973. Desafiando a la dictadura, viajó a Santiago en 1986, pese a la negativa del régimen. En la foto junto a los dirigentes sindicales José Ruiz Di Giorgio, Manuel Bustos y Rodolfo Seguel.



El cardenal Raúl Silva Henríquez apoyó sin reservas las protestas pacíficas lideradas por los trabajadores del cobre. La imagen corresponde a una sus visitas a las oficinas de la Confederación.



Monseñor Alfonso Baeza, vicario de la Pastoral Obrera, fue un valioso respaldo moral en momentos difíciles, tanto para los dirigentes sindicales como para la familia Seguel Gallegos. En la foto, con Rodolfo y su esposa Griselda.



El padre Pierre Dubois recibió la nacionalidad chilena por gracia, en reconocimiento a su labor por los más desposeídos. El autor del proyecto fue el entonces diputado Rodolfo Seguel.



El cardenal Raúl Silva Henríquez y el dirigente Manuel Bustos, dos pilares que sustentaron el liderazgo de Rodolfo Seguel.



El senador Radomiro Tomic se distinguió por su respaldo a las organizaciones sociales. La imagen fue captada en una reunión con dirigentes sindicales y estudiantiles.



El senador Gabriel Valdés patrocinó el ingreso de Rodolfo Seguel a la Democracia Cristina. Juntos en un congreso de dirigentes nacionales.



Rodolfo Seguel fue un visitante frecuente de La Moneda durante la administración del presidente Patricio Aylwin Azócar. Ambos habían jugado un papel importante en la recuperación de la democracia.



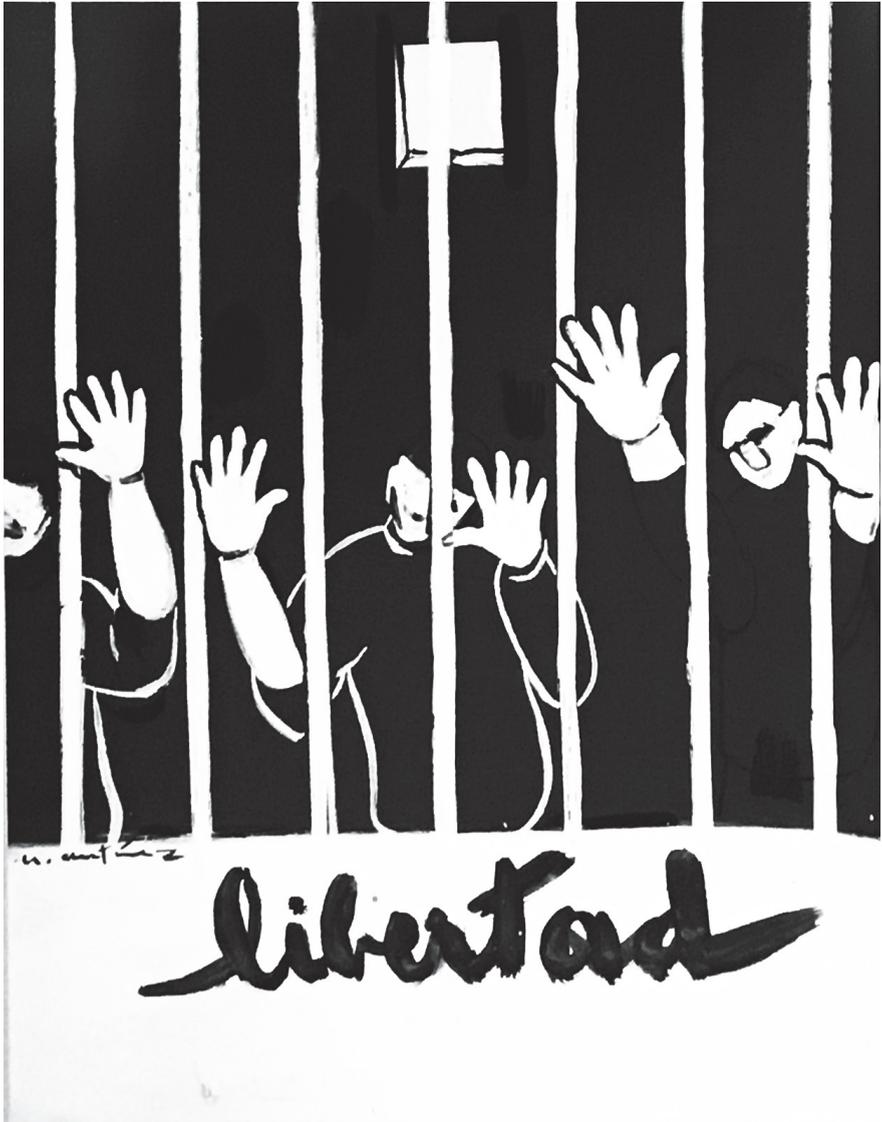
Eduardo Frei Ruiz-Tagle y Rodolfo Seguel hicieron campaña juntos el año 1989 en el Distrito 28, Lo Espejo y San Miguel. Los dos resultaron victoriosos: Frei, senador; Seguel, diputado.



El apoyo del presidente Ricardo Lagos permitió al diputado Seguel convertir en ley iniciativas que, hasta el día de hoy, benefician a los trabajadores chilenos.



Su labor como diputado se caracterizó por la defensa de los derechos económicos, sociales y laborales de los trabajadores. En la foto, presidiendo una sesión de la Cámara, acompañado de Carlos Loyola, secretario general de la corporación.



En una dramática obra, el artista Nemesio Antúnez plasmó el clamor nacional por la libertad de los dirigentes sindicales presos durante la dictadura.

PATRICIO AYLWIN AZOCAR

Santiago, 17 de abril de 2001

H. Diputado
Rodolfo Seguel Molina
Vicepresidente de la Cámara de Diputados
PRESENTE

Estimado Rodolfo:

Mucho me he alegrado de su nombramiento de Vicepresidente de la Cámara. Este reconocimiento que le hacen sus colegas parlamentarios en, en mi concepto, un acto de justicia.

En efecto, desde sus tiempos de dirigente sindical, en los difíciles años 80 —que le costó varias veces la cárcel y el exilio—, usted ha dado permanente testimonio de su espíritu de lucha por las causas de la libertad y de la justicia y de su voluntad de servir a sus compatriotas.

Los trabajadores hombres y mujeres, sus problemas y reivindicaciones han sido su constante preocupación, traducándose esto en leyes como la llamada “Ley Bustos-Seguel”, que impide el despido de un trabajador si sus cotizaciones previsionales no se encuentran plenamente canceladas; la Ley para abolir el trabajo infantil; el apoyo al programa de reconocimiento al Exonerado Político, entre otras. También se ha preocupado de variados temas no laborales, como lo son la Ley de Filiación, la de Libertad de Culto, la llamada Ley del Mono y recientemente, la nacionalización del padre Pierre Dubois, de la cual también es autor. Todo ello es prueba de su importante trabajo legislativo.

Esta constante preocupación suya por servir a Chile y a su gente justifica el honor que sus colegas le han otorgado al designarlo Vicepresidente y merece el reconocimiento de sus compatriotas.

Felicitaciones muy cordiales de su amigo,


PATRICIO AYLWIN AZOCAR

Carta de don Patricio Aylwin Azócar



Santiago, 5 de junio de 2001

Señor
Rodolfo Seguel
Vicepresidente de la
Cámara de Diputados
Presente.-

Estimado Rodolfo:

Con gran satisfacción me he enterado de tu nombramiento como Vicepresidente de la Cámara de Diputados, lo que significa un merecido reconocimiento a tu trayectoria de servidor público, tanto en las tareas realizadas en tu calidad de dirigente sindical como de parlamentario.

Al mismo tiempo, deseo expresarte mi apoyo en las próximas elecciones parlamentarias. Estoy seguro que nuevamente recibirás la adhesión de los votantes de San Miguel, Pedro Aguirre Cerda y Lo Espejo, y así podrás seguir sirviendo con mejores leyes a las personas más necesitadas.

Mucho éxito en la campaña que llevarás adelante.

Afectuosamente,


EDUARDO FREI RUIZ TAGLE

Carta de don Eduardo Frei Ruiz-Tagle



SANTIAGO, Mayo de 2001

Señor
Rodolfo Seguel
Diputado de la República
Presente

Ricardo Lagos

Deseo expresarte mi gran satisfacción por tu designación como Vicepresidente de la Honorable Cámara de Diputados. Esto refleja el reconocimiento a tu gran aporte durante estos 11 años como parlamentario de la Concertación, al trabajo legislativo y a tu compromiso por un Chile moderno, justo y solidario, como asimismo, un justo galardón a tu vasta trayectoria en la lucha por conquistar la democracia hasta consolidarnos como país democrático.

Espero sinceramente que me acompañes durante todo mi mandato presidencial, para seguir haciendo de Chile un país más grande en donde todos los chilenos podamos compartir el crecimiento de nuestra nación.

Recibe un fuerte abrazo de tu amigo,

RICARDO LAGOS

Carta de don Ricardo Lagos Escobar



Los dos grandes cariños de Rodolfo Seguel cuando niño: su hermana Rossy y su madre Cheli.



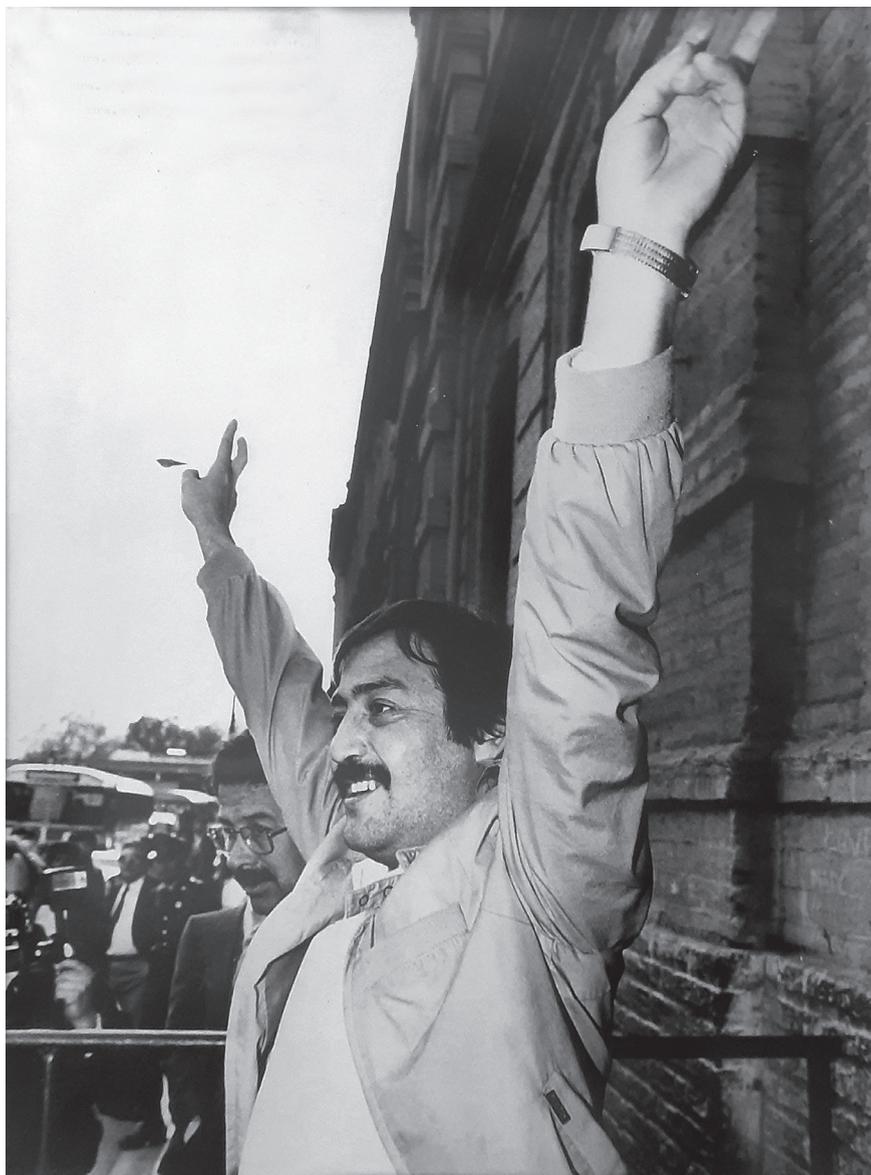
En febrero de 1975, Rodolfo unió su vida a la de Griselda Gallegos, cuyo amor, compañerismo y sostén han sido fundamentales en la vida de Seguel.



Dos etapas de la familia Seguel-Gallegos en Australia, donde nació Rodolfo, el menor de los hijos.



La familia que Rodolfo y Griselda han formado en más de cuatro décadas de matrimonio.



Rodolfo Seguel saliendo de la Cárcel Pública.

Para la segunda protesta, Agustín Edwards salió de El Mercurio con sus escoltas, en varios autos, a mirar lo que ocurría. Al regreso, nos decía que no podía creerlo, que no era verdad... **MANUEL SALAZAR, periodista**

Enfrentar la dictadura en forma pacífica fue el sensato camino escogido por Seguel. Lo hizo en un momento de oscuridad, cuando algunos pensaban en la venia de las armas. **RICARDO LAGOS E., ex presidente de Chile**

Su aparición cambió el estado de ánimo colectivo de los opositores, que ya no soportaba casi diez años de dictadura. Nos hizo pensar que la opresión podía tener fin. **MARÍA OLIVIA MONCKEBERG, premio nacional de Periodismo**

En la historia del combate a la dictadura debemos rescatar de un olvido injusto varios nombres, entre ellos, el protagonista de esta historia ejemplar: Rodolfo Seguel. **ABRAHAM SANTIBÁÑEZ, premio nacional de Periodismo**

Su valentía para encabezar el movimiento y la mística que puso fueron los más destacados atributos de Seguel. Nos sorprendió la masiva adhesión que tuvo la protesta pacífica. **ARTURO MARTÍNEZ, ex presidente de la CUT**

La dictadura lo subvaloró a él y a todo el movimiento del cobre. Valdés, Aylwin y otros de esa época lo valoraban mucho. Pero su éxito fue superior a todo lo previsto. **ASCANIO CAVALLO, periodista**

En su rol de sindicalista lideró a cientos de miles de chilenos que le perdieron el miedo a la represión. Generó momentos claves en la lucha por recuperar la democracia. **EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE, ex presidente de Chile**

Las fuerzas represivas quedaron sorprendidas por la magnitud de la movilización social, que se legitimó. Quien la encabezó se transformó en un líder carismático. **SERGIO CAMPOS, premio nacional de Periodismo**

Hay una deuda del país pendiente con Seguel, la misma deuda que hay con tantos miles de ciudadanos que dieron la vida por esa lucha. Yo creo que debe reconocérselas, es necesario. **GUILLERMO TEILLIER, presidente del Partido Comunista**

Las primeras que salimos a la calle a manifestarnos contra los abusos fuimos las mujeres y con Rodolfo nos sentimos siempre acompañadas. Él fue quien nos motivó. **CARMEN FREI RUIZ-TAGLE, ex senadora DC**

El destino de Chile hubiera sido muy distinto sin esa irrupción. Con mi esposa terminamos tocando cacerolas Si no, Pinochet podría haber gobernado mucho tiempo más. **FERNANDO PAULSEN, periodista**

